

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

CIUDADES YERMAS
HISPANOMUSULMANAS

MADRID
IMPRESA Y EDITORIAL MAESTRE
NORTE, 25 - TEL. 215620
1957

CIUDADES YERMAS HISPANOMUSULMANAS

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

CIUDADES YERMAS
HISPANOMUSULMANAS

M A D R I D
IMPRENTA Y EDITORIAL MAESTRE
NORTE, 25 - TEL. 215620
1957

A la memoria de E. Lévi-Provençal,
sabio y generoso amigo, al que tanto
debe la historiografía de la España mu-
sulmana.

A COSTÚMBRASE hoy a emparejar el proceso de la vida humana con la historia de las ciudades. Suma de la de muchas existencias en un determinado lugar y a lo largo del tiempo, la historia urbana puede alcanzar igual calor e idéntico dramatismo que la de cualquier individuo. Como los hombres, las ciudades nacen, llevan una existencia más o menos azarosa y acaban por desaparecer, aunque su ciclo vital sea casi siempre de mucha mayor extensión que el humano.

En la Antigüedad, los grandes cambios de civilización, charnelas importantes del acontecer humano, llevaban casi siempre aparejada la ruina de las ciudades en las que florecieron y la creación de otras nuevas. Tal vez sea esa violenta mudanza de solar y escenario uno de los síntomas más claros de la terminación de un ciclo histórico.

Para mitigar nuestro posible orgullo de vecinos de cualquier gran urbe contemporánea, conviene evocar la desaparición de las más famosas anteriores a la era cristiana. Tan sólo Roma se calificó de eterna antes de ser sede de la Iglesia católica; en sus veinticinco siglos largos de existencia pasó por dilatados períodos de agonía.

Según *Las Siete Partidas*, por ciudad «se entiende todo aquel lugar que es cercado de los muros, con los arrabales et los edificios que se tienen con ellos»¹. La cerca, pues, según el Rey Sabio, consagraba una agrupación de viviendas como urbana. Acéptase esa definición en las páginas siguientes, aunque incluyendo alguna excepción, como la de Saltés, sin murallas por su condición insular, pero cuyo carácter queda bien definido en las descripciones de varios autores medievales.

Por qué y cómo mueren las ciudades.

El proceso de extinción de las ciudades constituye uno de los capítulos más interesantes de la historia urbana. Desearíamos saber cómo fueron sumergiéndose silenciosamente en la sombra, por qué murieron, en qué forma se apagaron sus hogares y se allanaron sus viviendas hasta no quedar en ellas, como escribió Ibn Jaldūn de las de Berbería central después de las guerras de Ibn Gāniya, un sólo hogar con lumbre ni oírse en su recinto el canto del gallo².

En la formación y desarrollo de toda aglomeración urbana intervienen múltiples factores geográficos, económicos e históricos, permanentes unos, accidentales otros. Circunstancias favorables de los tres pueden coincidir para crear una ciudad próspera y populosa, de vida activa.

Factores geográficos de hondas raíces, ajenos a la voluntad humana, permanentes casi siempre, garantizan su existencia a través de toda clase de vicisitudes, con cierta independencia del designio de los hombres. Es el caso de las situadas, por ejemplo, en una vega fecunda — la buena tierra da máxima estabilidad, aunque no superior ri-

¹ Part. VI, tit. XXXIII, ley VI.

² Ibn Jaldūn, *Histoire des Berbères*, trad. Slane, III (Paris 1934), p. 339.

queza, a una agrupación urbana —; al borde de un río navegable; en una ensenada de buen abrigo y cerca de una región de riqueza agrícola y minera; en un cruce de caminos naturales; en el vado de un río caudaloso, paso de una ruta de tránsito obligado. Pueden ser destruidas repetidamente esas ciudades por causas físicas — terremotos, volcanes, inundaciones — o por acciones humanas ¹ — guerras e incendios casi siempre — y pasar por épocas más o menos florecientes, pero la buena tierra seguirá dando sus frutos con prodigalidad; los navíos continuarán remontando con sus mercancías el curso de los ríos navegables; por las rutas abiertas por la naturaleza — las más fáciles y económicas — no se interrumpirá el tráfico. Y las agrupaciones urbanas situadas en lugares de tan óptimas condiciones naturales, tornarán a ser núcleos de condensación humana. Tal es el caso, en nuestro país, entre las muchas que pudieran citarse, de Sevilla, Zaragoza y Murcia. No hay que insistir en las excelencias del emplazamiento de la gran ciudad andaluza. Situada la segunda en el centro de una región de gran riqueza agrícola y a la orilla de un río navegable — el Ebro era vía fluvial en la Edad Media — unía a esas dos características la de ser cabeza de puente, como ahora se dice, en la ruta natural más importante de la Península. La fecundidad de la vega de Murcia fué causa de que la ciudad, situada en su centro, no cambiara de solar desde que se fundó en 216 (831), a pesar de asoladoras y periódicas inundaciones del Segura.

Ciudades accidentales, de vida más o menos efímera, son todas aquellas cuyo nacimiento y desarrollo responden exclusivamente a razones políticas, militares o económicas dependientes del arbitrio humano. Tales son, por ejemplo, entre las primeras, la de ser cabeza de un Estado o de una comarca, para la que a veces se eligió sin atención a

¹ José Gavira, *La Geografía de la ciudad* (Estudios Geográficos, I, 1940).

las condiciones naturales de su emplazamiento. El cambio de trazado de un camino por la construcción de un nuevo puente; la fundación de un núcleo urbano próximo en lugar más propicio; el cese de una industria, son causas capaces de producir la declinación y muerte de esas ciudades. Las castrenses suelen ser casi siempre las más expuestas a rápida declinación, por la natural mudanza de fronteras y los avances de la técnica militar. Su emplazamiento en lugares elevados, de acceso difícil y pobre cultivo agrícola en torno, desprovistos con frecuencia de aguas corrientes y aun de subterráneas de fácil elevación en épocas pasadas, las condenó a vida efímera y a lenta agonía cuando, al desaparecer las causas que motivaron su creación, perdieron su razón de ser, exclusivamente militar.

Tal es el caso de muchas ciudades de las regiones interiores de la Península, erguidas en lo alto de cerros abruptos, rodeadas de tierras pobres y calcinadas, sin árboles ni matorrales, lejos de los caminos pasajeros de la edad moderna. En lenta declinación desde el siglo XVI, han quedado reducidas a una existencia apagada y rural. Sus cada vez más escasos pobladores, tenazmente enraizados en el áspero solar nativo, más querido tal vez por ello que si fuera cuna fecunda y regalada, nos dan una admirable lección de fidelidad histórica. Tales son, en la España presente, entre otras villas, Pedraza (Segovia), Medinaceli (Soria), Albarracín (Teruel), Zorita de los Canes (Guadalajara), Alarcón y Moya (Cuenca), Frías y Castrogeriz (Burgos), merecedoras de conservarse celosamente en su integridad urbana como imágenes de una Patria pretérita cuyas huellas materiales, de subido valor espiritual y artístico, van camino de desaparición. Si esas ciudades no son muy numerosas en la Península, abundan en cambio aquellas cuyo núcleo urbano se desplaza lenta, pero continuamente, desde lo alto de la colina que ocuparon en la Edad Media, en posición de favorable defensa, hacia el llano extendido a su pie. Des-

pobladas sus acrópolis, arruínanse fortalezas y murallas; los viejos templos, abandonados, sin culto, acaban por caer, y donde antes hubo casas extiéndense hoy solares.

De las ciudades muertas, algunas sucumbieron definitivamente víctimas de una acción militar. Otras, que no padecieron violencia, extinguiéronse día tras día, consumidas por el tiempo en un lento proceso de decadencia. Perdida su razón vital, los vecinos, sin medios de existencia, fueron abandonándolas. Las casas, deshabitadas, faltas de reparación, acabaron por caer. Primero hundíanse tejados y pisos, y puertas y ventanas se abrían al aire en los muros exteriores aún en pie; más tarde, desplomábanse éstos. Bordeaban las calles solares yermos llenos de escombros y se producía el fenómeno inverso al del crecimiento: perdida su condición urbana de calles pasaban a ser callejas y caminos invadidos por la yerba y la vegetación parásita. De trecho en trecho aún suelen conservarse trozos mutilados de la cerca, recuerdos de un glorioso pasado, que ya nada protegen y acabarán por desaparecer. Año tras año el humus y la tierra vegetal se han ido amontonando sobre los escombros y tan sólo algunas excrecencias del terreno, confundidas con su relieve, señalan el lugar de la ciudad destruida y sepultada en el seno de la tierra, terminada su era y cumplido su destino.

El citado Ibn Jaldūn ha descrito el nacimiento, el desarrollo y la agonía, es decir, el ciclo vital de las ciudades con referencia a las norteafricanas. Recién fundadas, sus construcciones eran pobres, como de un pueblo nómada (de beduínos), y de mala calidad los materiales empleados. Si prosperaban al aumentar el número de sus pobladores, levantábanse edificios considerables en los que se desarrollaban las artes de la construcción. Pero si se iniciaba su declinación y disminuían sus habitantes, perdíase la costumbre de edificar con elegancia y solidez y de enriquecer decorativamente las construcciones. Al quedar entonces

deshabitados muchos edificios, de mayor supervivencia que sus moradores, se van desmontando los materiales para aprovecharlos en los pocos nuevos que pobremente se levantan y en la reparación de los antiguos. Cuando comienzan a faltar, el adobe sustituye a la piedra y las construcciones semejan cada vez más a las de las aldeas, propias de la civilización rudimentaria de los pueblos nómadas. Si Dios reserva tan triste suerte a la ciudad, la decadencia termina en la ruina total ¹.

Triste es contemplar una ciudad desaparecida, borrada de: paisaje, hundidos sus restos bajo la tierra madre por la lenta, pero constante elevación de su suelo, producida por los escombros de las fábricas destruidas y las tierras que el agua, el viento y la vegetación parásita acumulan de continuo. Pero aún es más triste visitar una de estas ciudades en lenta agonía, con sus vías y plazas desiertas, ciudades de sombras de las que se va retirando la vida y reina la soledad y el espeso silencio de los lugares abandonados que antes animó la presencia humana.

La melancolía inspirada por las ciudades muertas es sentimiento común a las gentes cultas de todos los tiempos. La expresó Ibn Hazm en *El collar de la paloma*, con referencia al arrabal cordobés de Balāt Mugīt después de los disturbios que en la primera mitad del siglo XI terminaron con el califato. «Sus huellas — dice — se han borrado, sus vestigios han desaparecido, y apenas se sabe dónde están. La ruina lo ha trastocado todo. La prosperidad se ha cambiado en estéril desierto; la sociedad, en soledad espantosa; la belleza, en esparramados escombros; la tranquilidad, en encrucijadas aterradoras. Ahora son asilo de los lobos, juguete de los ogros, diversión de los genios y cubil de las fieras los parajes que habitaron hombres como leones y vír-

¹ Ibn Jaldūn, *Prolegomenes historiques*, trad. Slane, II (Paris 1865), pp. 276-277.

genes como estatuas de marfil, que vivían entre delicias sin cuento. Su reunión ha quedado deshecha, y ellos esparcidos en mil direcciones. Aquellas salas llenas de letreros, aquellos adornados gabinetes, que brillaban como el sol y que con la sola contemplación de su hermosura ahuyentaban la tristeza, ahora — invadidos por la desolación y cubiertos de ruinas — son como abiertas fauces de bestias feroces que anuncian lo caedizo que es este mundo; te hacen ver el fin que aguarda a sus moradores; te hacen saber a dónde va a parar todo lo que en él ves, y te hacen desistir de deseirlo, después de haberte hecho desistir durante mucho tiempo de abandonarlo» ¹.

Pocos años después, en el siglo XI, en una elegía a las ruinas de Madīnat Ilbīra, ciudad desaparecida a dos leguas cortas de Granada, el alfaquí Abū Isḥaq, nacido en ella, cantó la tristeza de la ciudad muerta por los pecados de los hombres y apenas llorada, preguntándose dónde estaban sus pretéritas maravillas, sus generosos y antiguos pobladores, guerreros, sabios, nobles, hermosas doncellas; tan sólo perduraba el recuerdo de sus glorias y virtudes y el de sus descendientes ². Tres siglos más tarde Ibn al-Jaṭīb evocaba su desolación. «El tiempo, escribió, no ha cesado de espantar a los habitantes de Ilbīra; sus casas cayeron cada vez más en decadencia y las guerras civiles entre los musulmanes la asolaron hasta que fué totalmente arruinada y abandonada por sus habitantes». Y termina el visir granadino con palabras coincidentes con otras bíblicas: «Todo lo que sale del polvo, al polvo retorna» ³.

¹ *El collar de la paloma*, traducido del árabe por Emilio García Gómez (Madrid 1952), p. 209.

² *Un alfaquí español, Abū Isḥāq de Elvira*, por Emilio García Gómez (Madrid-Granada 1944), p. 127.

³ *Génesis*, III, vers. 19. R. Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature des Arabes d'Espagne pendant le moyen-âge*, 3ª edic., I (Leiden 1881), página 332.

En la Edad Media, las gentes procuraban apartarse de las ciudades yermas al creerlas malditas, destruidas por haber sido escenario de horribles pecados y víctimas de oscuros sortilegios. Vivo siempre el recuerdo de Sodoma y Gomorra, su extinción juzgábase obra de la cólera divina.

Ciudades muertas hispanomusulmanas.

La Península ibérica, intensamente colonizada por el Imperio romano, fué tierra de gran desarrollo urbano, no tan sólo en las regiones periféricas y en las vegas fértiles, sino también en comarcas hoy rurales o escasamente pobladas de la España árida, como acreditan, entre otras, las extensas ruinas de Lancia (León), «la pujante y mayor ciudad de astures, último reducto de los españoles contra Roma»¹; de Clunia (Burgos); de Uxama y Termancia (Soria); de Julióbriga (Santander); de Ercávica y Valeria (Cuenca); de Oreto (Ciudad Real), y de Cástulo (Jaén).

A partir del siglo III de nuestra era, en el que comienzan las invasiones de los pueblos bárbaros por el norte y por el sur, a través de los Pirineos y cruzando el Estrecho de Gibraltar, se acentúa la decadencia de toda la organización imperial, y las ciudades, una de las grandes creaciones de Roma, cada vez más disminuidas, sufrieron abundantes asaltos y repetidas destrucciones.

No hay que imaginar, en muchos casos, su despoblamiento total por una catástrofe única y repentina. Sucesivos saqueos, incendios y destrucciones, no sólo de invasores extraños, sino también, probablemente, de pastores y campesinos que vivían al margen de la civilización latina, en comarcas pobres y montañosas, irían reduciendo cada

¹ Catálogo monumental de España, *Provincia de León* (1906-1908), por Manuel Gómez Moreno, texto (Madrid 1925), pp. 53-55.

vez más el número de habitantes de esas urbes en decadencia. Arruinadas las grandes edificaciones, sin destino ya varias de ellas, como templos, teatros, anfiteatros y circos ¹, destruidos en las guerras y revueltas los canales y acueductos que las proveían de agua, serían muchas de ellas ciudades moribundas. El Estado visigodo no logró dar nueva vida a la mayoría. Durante su dominio la actividad constructiva parece haber sido bien escasa. Faltan testimonios visibles de ella, semejantes a los que todavía permanecen de las imperiales. Tampoco se descubren huellas de ciudades de esa época en el subsuelo, cuando fortuita o deliberadamente, la espiocha levanta el piso actual. En Córdoba, Sevilla y Valencia, por ejemplo, entre el nivel del suelo de las ciudades romanas y el más elevado de las islámicas medievales, no aparecen rastros del de las urbes visigodas de los siglos VI y VII.

Los invasores musulmanes adueñáronse, pues, de ciudades achicadas y empobrecidas, muy reducido su recinto respecto al que tuvieron en los dos siglos primeros de nuestra era. La invasión terminó, más o menos rápidamente, con la vida lánguida de algunas; otras, de anterior fundación, y varias de las pocas creadas nuevamente por los invasores, extinguíéronse en los siglos sucesivos. Su nombre, cada vez menos frecuente en los textos literarios, acabó por desaparecer de ellos.

Cuando la conquista musulmana, dice el historiador cordobés al-Rāzī, numerosos cristianos huyeron a las Asturias y a Castilla la Vieja, allegándose a las más fuertes sierras que pudieron alcanzar, quedando muchas villas yermas ².

¹ San Isidoro de Sevilla condena en sus *Etimologías* (lib. XVIII, capítulos XXVII y LIX) la impudicia de los espectáculos teatrales, las crueldades que tenían lugar en los anfiteatros y las locuras circenses.

² P. de Gayangos, *Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada del Moro Rasis*, en el t. VIII de las *Memorias de la Real Academia de la Historia* (Madrid 1852), pp. 61 y 67.

Recuerdo y nombre de las ciudades desaparecidas durante el dominio islámico en la Península hay que buscarlos en las viejas crónicas; sus ruinas yacen enterradas en campos y montes, bajo tierras yermas o de labor. Pero no siempre es posible fijar el emplazamiento de las conocidas por referencias escritas, ni asignar nombre a ruinas de otras completamente olvidadas. Ignórase, entre otros, el emplazamiento exacto de Albelda y el lugar donde estuvieron Calatalifa, Madīnat al-Zāhira, Calsena y Laqqo.

Al ver en las páginas siguientes el número relativamente crecido de ciudades muertas, en relación con el de las no muchas fundadas bajo el dominio musulmán de la Península, acude a la memoria el juicio de Ibn Jaldūn al decir que los árabes prestaban poca atención al buen emplazamiento de las ciudades que fundaban, sin tener en cuenta ni las condiciones del solar, ni las cualidades del aire, de las aguas, de las tierras laborables y de los pastos. Alude también dicho historiador a la poca solidez de las construcciones levantadas por los árabes, a causa de su civilización nómada y escaso cultivo del arte ¹.

Varias de las ciudades yermas hispanomusulmanas, entre ellas Calatalifa, Canales, Olmos, Alfamín, Vascos, Albalate, Calatrava, Alarcos, Sietefilla y Bobastro, emplazadas en lugares enriscados, de suelo pobre, sin manantiales ni provisión fácil de agua, estaban condenadas a breve y artificial vida, a extinguirse al cesar las necesidades militares temporales que tan sólo justificaban su existencia. Atalayas dominando parameras y tierras ásperas, su economía ganadera no bastaba para asegurar su vida al desaparecer la importancia militar que apuntalaba aquélla. Es curioso el caso de Mentesa, asentada en la cumbre de un

¹ Ibn Jaldūn, *Prolégomènes historiques*, II, pp. 274-275. Afirma Ibn Jaldūn que de la diferencia de emplazamiento de las ciudades depende su condición de buenas o malas y la prosperidad que deben a causas naturales.

cerro, en fuerte posición defensiva, con tierras a sus pies copiosamente regadas por manantiales nacidos en el mismo solar. Tal vez pereció arrasada en una de las muchas revueltas de que fué escenario su comarca en la segunda mitad del siglo IX. La vecina Jaén, provista también de fuentes generosas, absorbió a sus habitantes. Pero tras una solución de continuidad que prueba la pérdida de su nombre, en torno a una fuerte atalaya cristiana levantada en lo alto del cerro de la yerma Mentesa, que a fines de la Edad Media se llamó con el revelador apelativo de La Guardia, fué cristalizando un nuevo núcleo urbano, formado por viviendas de labradores que cultivaban las huertas situadas a su pie. También interesa el caso de la romana Ocilis, cuya situación encumbrada, desprovista de agua y con pobres tierras en torno, parecía condenarla a definitiva extinción al perder a principios del siglo XII, con la conquista cristiana, su condición de fortaleza fronteriza.

Pero perduró sin solución de continuidad — conserva su nombre romano arabizado ¹ — por ocupar una posición dominante, atalaya, etapa y fortaleza en la ruta natural nordeste-sudoeste citada, la más importante de la Península. Y hoy, como los caminos modernos — la carretera y el ferrocarril — siguen el valle del Jalón, Medinaceli se extingue en lo alto de la meseta, junto al arco triunfal romano, testigo no abatido del paso de los siglos y las civilizaciones. En lugar de agreste belleza de la Jara toledana está el solar yermo de Vascos, y en el centro de una de las comarcas más abruptas de España el de Bobastro, último refugio de 'Umar ibn Ḥafṣūn, cuyo emplazamiento la condenaba a breve y difícil existencia.

Debieron de ir despoblándose lentamente, día tras día, poco después de la invasión musulmana, reducidas por algún tiempo a fortalezas para acabar yermas, Santaver,

¹ Madinat Sālim.

Oreto, Carteya, Mentesa y Cazlona, las dos últimas importantes ciudades romanas en tierras de Jaén, muy disminuidas ya probablemente a comienzos del siglo VIII. Perdida su importancia militar, acabaron por ser abandonadas. Antes del siglo X se despobló Santaver, famosa en las revueltas de los beréberes en el siglo anterior, junto a la confluencia del Guadiela y el Tajo, cuyo solar ha quedado o quedará en breve sumergido bajo las aguas de un pantano.

A la extinción de Alarcos contribuyó lo malsano de su solar. Como Calatrava la Vieja, despoblada por la misma causa a principios del siglo XIII, estaba al borde del perezoso Guadiana, de cauce incierto, lento fluir y solitarias aguas, ocultas por carrizos y enneas, sin los árboles que bordean otras corrientes más activas. También por su emplazamiento en terreno insalubre quedó desierta en el siglo XIV Tejada, cuyas murallas, aún enhiestas, proporcionaron en fecha reciente grava para una carretera.

Algunas de estas ciudades fueron absorbidas por otras inmediatas, creadas posteriormente, de más favorables condiciones naturales. Jaén, de origen por lo menos romano, creció como se dijo a costa de Mentesa, extinguida probablemente en el siglo IX o en el X. Los últimos habitantes de Medina Elvira fueron a engrosar la de Granada, después de la destrucción de aquélla en 1010. La romana Cástulo no pudo competir con Úbeda y Baeza, cuyo emplazamiento era, militar y económicamente, más favorable. Carteya, probablemente muy decaída al invadir los musulmanes la Península, debió de acabar de despoblarse a la par que crecía la vecina Algecira, puerto elegido por los invasores para su más breve comunicación con las tierras de la otra orilla del Estrecho de Gibraltar. El desarrollo de Caracuel y Calatrava terminó con Oreto, y Alarcos despobló al fundar Alfonso X, en un campo llano, sin temor ya a las correrías musulmanas, a Villarreal, más tarde ascendida a la categoría de ciudad.

Ejemplo de extinción de ciudades por abandono de un camino es el de Canales, Olmos y Calatalifa. Hasta fines del siglo XII o en el XIII estaban en la ruta de Toledo a Castilla la Vieja, que seguía el curso del río Guadarrama. El auge de Madrid a partir de esas fechas desplazaría la circulación del viejo camino.

Desaparecieron también, después de breve existencia, dos ciudades fundadas por monarcas y otra que lo fué por Almanzor, creaciones arbitrarias las tres que apenas traspasaron la vida de sus promotores: Recópolis, fundada por Leovigildo en 578; Madīnat al-Zahrā', obra de 'Abd al-Rahmān III y al-Ḥakam II, iniciada en 325 (936) y Madīnat al-Zāhira, que lo fué en 368 (978-979).

Algunas de estas ciudades sucumbieron rápidamente a consecuencia de una acción militar. Entre sus escombros calcinados — el incendio solía terminar la obra del asalto y saqueo — surgen al excavarlas los esqueletos de sus habitantes, como en Medina Elvira. Albelda, Albalate, Oreto y Sietefilla fueron destruidas también violentamente y al ser creaciones circunstanciales no han vuelto a renacer.

En algunos de estos solares yermos — Recópolis, Oreto, Calatrava, Alarcos, Cástulo y Sietefilla — hay una humilde ermita, a modo de capilla funeraria de la ciudad muerta y sepultada. Desapareció de ellos la vida humana; ese modesto santuario acredita la persistencia del culto divino a través de bastantes siglos y de muy diversas concepciones religiosas. Huyeron los hombres, pero perdura el templo renovado.

La humildad del caserío urbano de las ciudades de la España islámica, mezquitas incluídas, salvo casos excepcionales, explica que sus ruinas apenas hayan podido servir de cantera ni sus materiales fueran aprovechados en construcciones posteriores, como ocurrió con las romanas. De los solares ocupados por varias sobresalen como únicos vestigios — Albalate, Vascos, Calatrava, Alarcos, Cazlona,

Tejada — restos, cada día que pasa más disminuidos, de los muros que las rodeaban y de las fortalezas que fueron su último reducto. Tan sólo en Madinat al-Zahrā', fundación regia de la época más brillante del califato cordobés, la espiocha va desenterrando lentamente ruinas excepcionalmente monumentales bajo enormes montones de escombros, canteras inexhaustas durante siglos de materiales de construcción.

De las ciudades muertas descritas en las páginas siguientes sin propósito exhaustivo, eran, que sepamos, de fundación anterior a la invasión musulmana, Santaver, Oreto, Castulona o Cazlona, Mentesa, Calsena, Laqgo y Carteya. Recópolis fué creación visigoda. De Albelda, Calatrava la Vieja y Medina Elvira consta el origen islámico. Si atendemos a sus nombres también lo serían Calatalifa, Alfamín, Albalate, Vascos y Alarcos.

Para el orden seguido en la enumeración de estas ciudades nos hemos atendido a su situación en las cuencas de los ríos peninsulares. En la del Ebro tan sólo figura Albelda. En la del Tajo estuvieron Recópolis, Santaver, Calatalifa, Canales, Olmos, Alfamín, Vascos y Albalate. En la del Guadalquivir, Castulona, Mentesa, Madinat al-Zahrā', Madinat al-Zāhira y Sietefilla. Una isla en la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel fué el solar de Saltés.

A orillas del Guadalete, cuyas aguas van también al Atlántico, estuvo Calsena y en su cuenca y no lejos de aquéllas, en lugar también ignorado, se levantaba Laqgo. Ciudad marítima fué Carteya, al fondo de la bahía de Algeciras. En la cuenca del Guadalhorce, que desemboca en el Mediterráneo, se erigió Bobastro, y no lejos del Genil, cuyas aguas acrecientan las del Guadalquivir, fundóse Medina Elvira.

De todas estas ciudades tan sólo se ha excavado parcialmente Madinat al-Zahrā'. La exploración metódica de algunas de las restantes, sin los resultados espectaculares

del descombro de la fundada por 'Abd al-Raḥmān III, aportaría datos interesantes para el conocimiento de nuestra vida medieval.

Al autor de estas notas, peregrino constante en otras épocas por los viejos caminos españoles, no le ha sido posible visitar los lugares solitarios de todas las ciudades descritas a continuación. Confía en que algún día jóvenes historiadores y arqueólogos interrumpirán por breve espacio su labor en bibliotecas, archivos y museos para recorrer los solares yermos de las no visitadas y añadir así a los testimonios escritos en viejas crónicas y documentos la descripción de los escenarios de algunos de los hechos de mayor resonancia de nuestra historia. En Laqço cayó la monarquía visigoda para dar comienzo al dominio musulmán en España; Bobastro fué refugio de uno de los grandes guerrilleros hispánicos que estuvo a punto de adelantar en seis siglos la Reconquista; en Calatrava nació y adquirió nombre una de las Ordenes militares más influyentes en la vida peninsular en los últimos siglos de la Edad Media; en Alarcos, Alfonso VIII sufrió una resonante derrota por los almohades, acicate para el desquite glorioso, pocos años después, de las Navas de Tolosa.

Terminada su era y cumplido su destino, estas ciudades despobladas esperan el alumbramiento profetizado por Horacio de todo lo que se derrumba y oculta en las entrañas de la tierra y que el tiempo sacará al sol: *Quidquid sub terra est in apricum proferet aetas.*

*Albelda (Al-Baydā)*¹ (Logroño).

Fundóla Mūsà ibn Mūsà, que, según el Silense, se hacía llamar tercer rey de España, después de someter el reino de Zaragoza, a dos leguas al sur de Logroño y en la margen izquierda del río Iregua, de curso variable. Emplazóse en lugar estratégico para dominar el paso de la Sierra de Cameros y las comunicaciones de gran parte de la Marca superior, incluidas Zaragoza, Tudela y Huesca, cerca de una vía romana y al comienzo de la feraz vega riojana que se abre por la quiebra natural del portillo de Viguera. Con la fundación de Albaida trató Mūsà ibn Mūsà de proteger sus posesiones que penetraban en cuña en el territorio dominado por el monarca asturiano Ordoño I.

Cuando apenas estaba acabada de construir la nueva ciudad, obra admirable², cercada de fuertes muros, dice Jiménez de Rada, el año 859 u 860, fué ese rey a combatirla. Acampó frente a ella, y la puso cerco. Acudió a levantarlo Mūsà ibn Mūsà con numerosas tropas, estableciéndose en un monte cercano, llamado Laturce. Ordoño dividió su ejército en dos haces y encargando a uno la prosecución

¹ Don Miguel Asín Palacios, en su *Contribución a la toponimia árabe de España* (Madrid 1940), pp. 47-48, supone que el nombre de Albelda proviene del árabe *al-Baldā*, «la Ciudad». Pero en el privilegio de fundación del monasterio del mismo nombre, del año 924 (documento que algunos suponen apócrifo), aparece ya la etimología tradicional de «la Blanca» (*al-Baydā*): *qui locus vocatur illorum incredulorum caldeā lingua Albelda, nosque latino sermone nuncupamus Alba* (*Esp. Sag.*, XXXIII, pp. 465-468). Otro documento del año 964, se redactó *in atrio sancti Martini episcopi, qua vocitatur Albelda, id est, cándida* (Julián Cantera Orive, *El primer siglo del monasterio de Albelda (Logroño)* (años 924 a 1024) en *Berceo*, año V, 1950, p. 513).

² *Nobiter miro opere instruxit* (Manuel Gómez-Moreno, *Las primeras crónicas de la Reconquista: el ciclo de Alfonso III*, en *B. A. H.*, C, 1932, página 620); *urbem fortissimam* (*Crónica Albeldense*, I, en *Esp. Sag.*, XIII, página 453).

del asedio, atacó con el otro al reyezuelo musulmán, al que infligió gran derrota. Mūsà ibn Mūsà recibió tres heridas; fué muerto su yerno García y saqueado su campamento en el que estaban los regalos recién recibidos de Carlos el Calvo por el rescate de los dos condes francos que Mūsà aprisionó en su campaña por la Marca hispánica.

Tras la victoria, el monarca asturiano concentró su ejército alrededor de Albelda y, después de encarnizada lucha, a los siete días de asedio, penetró en la fortísima ciudad, que mandó arrasarse hasta los cimientos después de degollados sus defensores y reducir a esclavitud mujeres y niños¹. La vida de la ciudad no pudo ser más efímera.

El nombre de Albelda perduró en la Edad Media por la fundación en el año 924, en lugar cercano al de la ciudad destruida, de un célebre monasterio consagrado a San Martín. Fundólo don Sancho García, I de Navarra, en conmemoración de la conquista del próximo castillo de Viguera, realizada tres años antes, que le aseguró la posesión de la mayor parte de la ribera del Ebro lindante con sus estados. El monasterio gozó de próspera vida y lo poblaban

¹ Ninguna de las crónicas árabes menciona la construcción y ruina de Albelda ni la batalla del monte Laturce. Las relatan, en cambio, la *Crónica Albeldense* (*Esp. Sag.*, XIII, pp. 452-453), con detalles que parecen debidos a un testigo presencial; la *Crónica de Alfonso III* (edic. Gómez-Moreno en *B. A. H.*, C, pp. 603 y 620) y la *Historia Silense* (*Introducción de la Historia Silense*, por M. Gómez-Moreno, Madrid, 1921, pp. LXXXVIII-LXXXIX; *Cronica Silense*, edición preparada por Francisco Santos Coco, Madrid, 1919, pp. 31-33). Véase también: *España musulmana*, por E. Lévi-Provençal, t. IV de la «*Historia de España*» dirigida por Ramón Menéndez Pidal (Madrid 1950), páginas 204-205. Nuwayrī e Ibn al-Ağir dan noticia de una famosa batalla llamada de Albaida, en el año 237 (851-852) en la que los ejércitos cordobeses derrotaron a los cristianos (*Historia de los musulmanes de España y Africa*, Granada 1947, p. 44; *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, p. 43; trad., p. 230). Sin fundamento se ha supuesto que esta batalla tuvo lugar en Calatrava, por afirmar Maqqarī que se la daba el nombre de al-Bayḍā (*Analeetes*, I, p. 103), común a varias localidades de la España islámica. Tal vez, como propuso don Eduardo Saavedra, el combate fué en Baides (Guadalajara).

centenares de monjes cuando el escriba Vigila y sus colaboradores Sarracino y García ilustraban con abundantes miniaturas el famoso códice conciliar mozárabe terminado de escribir en 976 y conservado en la Biblioteca del monasterio de El Escorial. Mozárabes abundaban por entonces en la comarca, como revelan los nombres árabes de los confrimantes de varios documentos del año 931 y de otros cercanos ¹. Las celdas de la casa monástica, compuestas de uno o varios aposentos, se excavaron en un gran corte vertical, peña tajada sobre el Iregua, típico banco de las terrazas de blancuzcas calizas terciarias, en continua descomposición, abundantes en la comarca. En época visigoda no escaseaban en esta y en otras inmediatas celdas y hasta pequeñas capillas rupestres ², excavadas en los acantilados, con apariencia de palomares o colmenas ³. Al calor del monasterio, sobre la fértil huerta regada por el Iregua, formóse un humilde pueblo cuyo nombre perpetúa el de la ciudad del siglo IX y del monasterio del X. En él hubo en el siglo XIII una importante aljama judaica que figura en el Repartimiento de Huete, comenzado en 1291 ⁴. A fines del siglo XVI, el lugar no llegaba a los doscientos vecinos y era del conde de Aguilar ⁵. La descomposición continua de las rocas del acantilado sobre el pueblo fué causa de la destrucción en 1683 del pequeño edificio de la colegial, último recuerdo del

¹ Cantera Orive, *El primer siglo del monasterio de Albelda* (Logroño), en *Berceo*, V, 1950, p. 509).

² Francisco Iñiguez Almech, *Algunos problemas de las viejas iglesias españolas* (Cuadernos de trabajo de la Escuela española de historia y arqueología en Roma, VII, Madrid 1955).

³ Por el relieve y la naturaleza del terreno abundan las cuevas en la Rioja, habitadas algunas y muchas destruidas por continuos desgajamientos de las peñas.

⁴ Narciso Hergueta, *Los judíos de Albelda en el siglo XIII*, en *B. R. A. H.*, XXVIII, 1896, pp. 480-487.

⁵ *Crónica general de España* que continuaba Ambrosio de Morales, VIII, Madrid 1791, pp. 148-149.

monasterio aplastado en uno de esos derrumbamientos. Doscientas casas asignaba al lugar el *Diccionario* de Madoz a mediados del siglo pasado ¹.

Ni en el pueblo de Albelda ni en sus inmediaciones han aparecido restos que puedan atribuirse a la ciudad fundada por Mūsà ibn Mūsà ². Sánchez Albornoz supone estuvo emplazada en un montículo destacado sobre el valle, al borde de los crestones terrosos que limitan el del Iregua, a unas dos leguas de la confluencia de éste con el Ebro, en lugar bien defendido a poniente por el foso de aquel río, pero dominado por el monte Laturce y sus estribaciones y por la llanada que se extiende a levante ³. Con posterioridad se han dado, como supuestos emplazamientos de la ciudad destruida, la parte alta de la aldea actual, junto al Iregua y en su margen derecha, donde están hoy las eras, o el Castro, montecillo que corona la explanada sobre la peña tajada a cuyo pie se extiende el pueblo, en situación dominante ⁴.

Santaver o Santaveria (Santabariya) (Cuenca).

Santaver estaba situada en la orilla izquierda del Guadiela, afluente del Tajo, en el límite de la provincia de Cuenca, frente y a un cuarto de legua de los baños de la Isabela, en la de Guadalajara. Ocupaba la parte alta de

¹ *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, por Pascual Madoz, I (Madrid 1845), p. 309.

² *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, Memoria de las excavaciones practicadas en 1925-26, redactada por don Blas Taracena Aguirre. «Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades» (Madrid 1927).

³ Claudio Sánchez Albornoz, *La auténtica batalla de Clavijo* (Universidad de Buenos Aires, *Cuadernos de Historia de España*, IX, Buenos Aires 1948, p. 125).

⁴ Césareo Goicochea, *Castillos de la Rioja* (Logroño 1949), pp. 4-7.

un cerro llamado de Castro, a 764 metros de altura sobre el nivel del mar, rodeado por el Guadiela, que le sirve de foso por norte, este y oeste, en excelente situación defensiva y atalayando la comarca próxima en torno. Circundaban la cumbre del cerro y la ciudad una muralla de argamasa, de 5 a 7 pies de espesor y un cuarto de legua de perímetro, que dicen estuvo revestida de pequeños sillares. Aún se reconocían a oriente, hace algún tiempo, los cimientos de tres de sus torres. Refiérese haber aparecido en su solar piedras labradas, trozos de capiteles, cipos, tejas, ladrillos, teselas de mosaico, muchos fragmentos de *terra sigillata* y de revoco mural con labor pintada de círculos intersecados ¹. En el siglo XVIII, extrayendo piedra en el solar de Santaver para construir una casa en la cercana aldea de Alcubuyate, hallóse una inscripción sepulcral romana que fué llevada a la villa de Cañaveruelas. En 1816 se encontraron en el mismo lugar un busto de mármol y abundantes monedas de Tiberio y Calígula, algunas acuñadas en Ercávica ².

Atribúyense las ruinas de Santaver a una ciudad celtíbera y romana, Ercávica, según Ceán Bermúdez; Centóbr-

¹ *Noticia de las antigüedades de Cabeza del Griego*, reconocidas por orden de la Real Academia de la Historia, por su académico de número don José Cornide, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, III, Madrid 1799, pp. 85-86; *La Alcarria en los dos primeros siglos de su Reconquista*, Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Señor Don Juan Catalina García (Madrid 1894), p. 21.

² *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, por don Juan Agustín Ceán Bermúdez (Madrid 1832), pp. 141-142; *Ajbār maymū'a*, trad. Lafuente Alcántara (Madrid 1867), pp. 261-262; *El arte latino-bizantino en España y las coronas de Guarrazar*, por don José Amador de los Ríos (Madrid 1861), n. 3 de las pp. 154-155. Hübner incluyó en su repertorio (*Insc. Hisp. Lat.*, p. 426, n.º 3.165) cuatro fragmentos de inscripciones que estaban en el siglo XVIII en «el Pozo de agua dulce de la dicha villa de Cañaveruelas, que se fabricó con las piedras de las ruinas de Santaver, según escribió don Francisco Antonio Fuero en su obra *Sitio de la antigua ciudad de Ercávica sobre la boz de Peñascriba, en la ribera del río Guadiela*» (Alcalá 1765), pp. 84-85.

ga, afirmaron Cortés y Fernández Guerra, mientras Fuero cree que fué la Contrebia citada por Valerio Máximo, y supone estuvo emplazada Ercávica aguas arriba del Guadiera, en el despoblado de Huertabellida, sobre la hoz de Peñaescrita ¹. Ninguna de esas atribuciones se basa en sólidos argumentos. El nombre Şantabariya con que aparece en los autores islámicos será de origen latino, derivado del que tendría antes de la invasión; sin duda por la escasa importancia del *oppidum* no figura entre los romanos mencionados por los autores de la Antigüedad. Las dos aldeas más próximas, Alcocer y Alcohuja, tienen nombres de claro abolengo musulmán.

Desde la segunda mitad del siglo VIII hay noticia de estar poblados Santaver y su región por beréberes. Al-Ishtajri, que redactó por el año 921 su *Libro de los caminos y de los reinos*, dice que habitaban en Şantabariya miembros de las confederaciones beréberes de los Hawwara y de los Madyuna ². Posteriormente, Yāqūt incluye entre las aldeas de Santaver, a más de otros lugares, Şantabariya, Cuenca, Uclés, Alarcos y Valera ³. Al-Rāzī, en la primera mitad del siglo X, dice que el término de Şantabariya estaba inmediato al de Medinaceli y «ayunta en sí todas las bondades de la tierra. Que en su término ay mui et buenas vegas, plantadas de muchos buenos árboles, et los mas son nogales et avellanos, et muy altos a marauilla. Et ha mui buenas villas» ⁴.

¹ Ceán Bermúdez, *Sumario de las antigüedades romanas*, pp. 141-142; *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua*, por don Miguel Cortés y López, t. II (Madrid 1836), pp. 349-350; Fuero, *Sitio de la antigua ciudad de Ercávica*, pp. 43, 44, 61 y 93.

² José Alemany Bolufer, *La Geografía de la Península Ibérica en los escritores árabes* (Granada 1921), pp. 16-17.

³ *Ibidem*, p. 104; *Mu'gam al-buldān*, II, p. 802.

⁴ Gayangos, *Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada del moro Rasis*, p. 47; Lévi-Provençal, *La «Description» de l'Espagne d'Abmad al-Rāzī* (Al-Andalus, XVIII, p. 80).

En fuerte posición defensiva, con el foso natural de un río que protegía, eficazmente gran parte de su perímetro, como Toledo, Buitrago, Alarcón y Albarracín, Santaver hallábase próxima a la ruta de Toledo a Zaragoza y en las inmediaciones de uno de los sistemas montañosos más intrincados y difíciles de la Península. Era, pues, un excelente centro para la lucha de guerrillas, de la que tan pródiga ha sido nuestra historia, atalaya desde la que vigilar la vía antes aludida y las mesetas alcarreñas y manchegas. En caso de peligro, sus moradores podían fácilmente escapar y refugiarse en la compleja orografía próxima en espera de circunstancias más favorables. Ese fué el destino de Santaver durante los siglos IX y X, hasta que 'Abd al-Raḥmān III terminó con los focos rebeldes de al-Andalus. El eco de su nombre extinguióse poco después de la conquista de Toledo por Alfonso VI, cuando la marea cristiana desbordó el foso del Tajo y, sobre todo, tras adueñarse de Cuenca en 1177 Alfonso VIII. La instalación de los beréberes en las ruinas romanas de Santaver daría origen a una pobre ciudad militar, de escasa importancia, y si algún día se excavase su solar — cosa imposible, por quedar sumergido bajo las aguas de un pantano — apenas si se encontrarían huellas de la ocupación islámica.

El distrito de Santaver fué centro de la sublevación, de origen político y religioso a la vez, de los beréberes contra 'Abd al-Raḥmān I, la más larga y peligrosa entre las muchas ocurridas en su reinado. La acaudilló Shaqya ben 'Abd al-Wāhid, ambicioso maestro de escuela, dotado de fervor místico, oriundo de la tribu de Miknāssa, cuya madre se llamaba Fátima, por lo que pretendía descender de al-Ḥasan, hijo de 'Alī; haciéndose pasar por fatīmī, y descendiente del Profeta a través de la hija de éste Fátima, esposa de 'Alī. La insurrección, iniciada en 151 (768), tuvo gran éxito entre los beréberes. Shaqya, vecino de Santaver, se adueñó de su fortaleza y comenzó una guerra de guerri-

llas, de golpes de mano por sorpresa, refugiándose en las montañas próximas, de difícil acceso, cuando acudía en su persecución el ejército omeya, para retornar pasado el peligro. Así llegó a apoderarse de las ciudades fortificadas de Coria, Medellín y Mérida y a dominar la extensa región comprendida entre el Tajo y el Guadiana. Centro de su resistencia fué el castillo (*qa'ʿa*) de Šabatrān, de emplazamiento ignorado ¹.

Durante cerca de nueve años, Shaqya, al frente de numerosos beréberes agrupados a su alrededor, tuvo en jaque a las tropas del gobierno cordobés, mandadas a veces por el emir en persona — en 152 (769) y en 154-155 (771-772) — y en otras ocasiones por sus más prestigiosos generales, como el liberto Badr, jefe de una expedición realizada en 153 (770). Dos de ellos, Tammām y Abū ʿUṭhmān, mandaban un ejército enviado a combatir el castillo de Šabatrān, cercano a Santaver, en el que estaba Shaqya. Éste, después de varios meses de asedio y de derrotar a las tropas cordobesas a las órdenes de los dos generales citados, se dirigió hacia Santaver, y en el camino, en la alquería de las Fuentes (*qaryat al-ʿUyūn*), fué asesinado a traición por dos enviados a sueldo del emir, o partidarios suyos, en 160 (776-777). Cortada la cabeza, fué enviada a aquél. Poco después, de camino para combatir una rebelión en Zaragoza,

¹ El *Fatḥ al-Andalus* (edic. de J. González, Argel 1889, p. 72) sitúa la fortaleza de Šabatrān entre Toledo y Santaver; al-Marācid dice que era un castillo fuerte, en el territorio de Toledo. En las montañas de Valencia lo emplaza Ibn Jaldūn (*Historia de los árabes de España*, por Ibn Jaldūn, trad. de Oswaldo O. Machado, en *Cuadernos de Historia de España*, VI, Buenos Aires, 1946, p. 151). González y Lévi-Provençal han identificado Šabatrān con el solar del monasterio de Sopetrán (Guadalajara). Pero si la semejanza fonética apoya esa identificación, la niega la topografía, pues la casa monástica está en una llanura. Tal vez se llamaría Šabatrān entonces la villa de Hita, en cuyo término está el monasterio, extendida por las laderas de un monte cónico cuya cumbre ocupó un castillo medieval.

acampaba 'Abd al-Raḥmān I en la alquería de Santaver, a 36 de cuyos habitantes envió a una cárcel cordobesa ¹.

Unos años más tarde, el 164 (779-780), según Ibn al-Aṭīr, estalló la guerra entre los beréberes de Valencia y los de Santaver, lucha en la que hubo abundantes pérdidas humanas por ambas partes ².

Nuevas actividades militares conoció Santaver en 209 (824-825), al llegar a ella una expedición punitiva salida de Córdoba por orden de 'Abd al-Raḥmān II, pues en aquella ciudad Abū-l-Shammaj Muḥammad ben Ibrahim, jefe de los yemeníes, sostenía la fracción de Emesa contra los mudaríes ³.

Santaver fué una de las ciudades castigadas por las partidas de Hāsim al-Darrāb, jefe de una sublevación toledana contra 'Abd al-Raḥmān II. Iniciada su rebeldía en 214 (829-830), después de reunir en torno suyo buen número de descontentos y bandidos, atacó a los beréberes de Santaver y del valle del Tajuña, salteando caminos, desvalijando viajeros y corriendo a sangre y fuego toda la comarca, hasta que el año 216 (831), Hāsim perdió la vida en un combate cerca de Daroca ⁴.

¹ *Ajbār Maymū'a*, edic. y trad. esp. de Lafuente y Alcántara, texto, pp. 111 y 113; trad., pp. 102 y 104; Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, pp. 56 y 57; trad., pp. 85 y 88; Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, p. 33; trad., p. 125; Nuwayrī, *Historia de los musulmanes de España y África*, pp. 10-11; E. Lévi-Provençal, *España musulmana*, t. IV de la *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Madrid 1950, pp. 74-75.

² Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, p. 44; trad., p. 130.

³ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 84; trad., p. 134.

⁴ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 85; trad., pp. 135-136; Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, pp. 293-294; trad., pp. 206-207; Ibn Jaldūn, *Historia de los árabes de España*, trad. Machado, en *Cuadernos de Historia de España*, VIII, pp. 149-150; Nuwayrī, *Historia de los musulmanes de España y África*, p. 40; Lévi-Provençal, *España musulmana*, pp. 133-134.

A mediados del siglo IX, en las postrimerías del reinado de 'Abd al-Rahmān II, un nuevo seudoprofeta beréber apareció en la región de Santaver. Después de haber dado una interpretación del Alcorán distinta de la acostumbrada, y prohibido, entre otras cosas, cortarse el pelo y las uñas, fué preso y crucificado en 237 (851) ¹.

Los beréberes de Santaver acudieron al llamamiento del misionero andaluz Abū 'Alī al-Sarrāy para la guerra santa. Después de entronizado Ibn al-Qiṭṭ, sus partidarios se dirigieron contra la plaza de Zamora, reconstruida por Alfonso III en 893 (280). La expedición terminó en desastre, con la derrota de los beréberes, en 288 (901) ².

Dominaba el distrito de Santaver a fines del siglo IX, desde que se sublevó en 260 (873-874), una familia beréber de la tribu de los Hawwara, establecida ya en estos lugares a comienzos del mismo. Llamábase el rebelde Mūsā ibn Zennūn (o Dhī-l-Nūn, forma arabizada y ennoblecida del mismo nombre). Erigido jefe de los beréberes rebeldes de Santaver contra el emirato, se puso de acuerdo con un agitador toledano, Lope ben Tarbisha, para apoderarse de la ciudad del Tajo. Con un ejército de 20.000 beréberes de Santaver, entró en Toledo el 1º šawwāl 274 (18 febrero de 888), después de asolar durante varios años la campiña en torno a la ciudad y robar el ganado ³.

Mūsā ibn Zennūn fué durante unos años dueño de Tole-

¹ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 92; trad., pp. 146-147; Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, p. 43; trad., p. 229; M. Asín Palacios, *Abenmasarra y su escuela*, Madrid 1914, p. 23, n. (1); Lévi-Provençal, *España musulmana*, n. (19) de la p. 123.

² Ibn Ḥayyān, *Muqtabis*, ed. Antuña, pp. 133-139; Ibn al-Abbār, *al-Hulla al-siyyara*, edic. Dozy, pp. 91-92; Asín, *Abenmasarra y su escuela*, n. 3 de la p. 33; Lévi-Provençal, *España musulmana*, pp. 241-243.

³ Ibn Ḥayyān, *al-Muqtabis*, trad. Guráieb (*Cuadernos de Historia de España*, XIII, 1950, pp. 174-175); Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, p. 187; trad., pp. 245-246.

do. Quedó unido su destino al del distrito de Santaver hasta que en 283 (comienzos de 897) pasó aquella ciudad a manos del emir Muḥammad. Al morir en 285 (908) Mūsà ibn Zennūn, el que realmente dió fama y provecho a la familia, sus tres hijos, a los que aseguró poder y jerarquía, se repartieron el feudo. La capital de la cora pasó de Santaver a Uclés al construir esta fortaleza uno de ellos, al-Faṭḥ ibn Mūsà (ibn Zannūn) b. Dī'n-Nūn ¹. Los otros dos habitaban y gobernaban conjuntamente Šantabarīya en los últimos años del emir 'Abd Allāh (m. 912 = 300). Rebeldes a éste, fortificaron eficazmente Santaver y su comarca, floreciente por entonces y en aumento su población, a pesar de no ser escasos los asaltos y muertes que en ella tenían lugar ².

Al regresar a Córdoba 'Abd al-Raḥmān III en el verano de 312 (924) de saquear e incendiar a Pamplona, pasó por el distrito de Santaver y exigió la sumisión a los dos hidalguelos beréberes, restos de la familia de los Banū Zennūn, cuya actitud era aún dudosa: Yaḥyā ibn Mūsà y su sobrino Yaḥyā ibn al-Faṭḥ ibn Mūsà ³. En el año 316 (928-929) había en Santaver un gobernador nombrado por 'Abd al-Raḥmān III ⁴.

A la disolución del califato, Santaver quedó unida al reino de Toledo hasta que el monarca de Zaragoza Muqtadir ben Hūd (438-474 = 1046-1081) la conquistó, mientras su aliado Sancho Ramírez de Aragón (1063-1094) sitiaba a Cuenca ⁵. La ocupación sería efímera; debió de volver pron-

¹ *Ibidem*, p. 174; Ibn Ḥayyān, *al-Muqtabis*, ed. Antuña, pp. 18-19; Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 28; trad., p. 35.

² Ibn Ḥayyān, *al-Muqtabis*, trad. Guráieb (*Cuadernos de Historia de España*, XIII, p. 174).

³ Lévi-Provençal, *España musulmana*, pp. 278 y 286.

⁴ *Crónica de al-Nāṣir*, manuscrita e inédita, citada por Lévi-Provençal, *España musulmana*, p. 274.

⁵ *Primera Crónica General de España*, edic. Menéndez Pidal, p. 548. El dato figura también en el *Kitāb al-iḫtiṣā*, en *Locci de Abbād*, y lo recogió

to al reino toledano, pues al conquistar Alfonso VI en 1085 Toledo, su destronado monarca al-Qādir se dirigió a Santaver, heredad de su familia, para explorar desde allí si los valencianos estaban dispuestos a aceptar su señorío ¹. Algo después pasaría a manos de Alfonso VI, puesto que, como antes se dijo, Alvar Fáñez figura como *dominus* de Zorita y de «Sancta ueria» entre los confirmantes de dos documentos de 1097 y 1107 ². Ambas serían entonces fortalezas avanzadas contra los moros de Huete y Cuenca, conquistada esta última efímeramente por ese caudillo en 1111, según refieren los *Anales Toledanos I* ³.

Alejada de Santaver la frontera después de la definitiva conquista de Cuenca en 1177 por Alfonso VIII, su nombre no vuelve a sonar en nuestra historia. En el reinado de Felipe II era una pobre aldea de la jurisdicción de Huete. Ignórase la fecha de su total despoblación.

Aun en la época de su mayor prosperidad — los primeros años del siglo X —, la importancia de Şantabariya como núcleo urbano debió de ser bien escasa. En región abrupta, pobre, de economía ganadera más que agrícola, de difíciles comunicaciones y desprovista de poblaciones importantes, extinguida la ciudad romana cuyas razones de fundación ignoramos, fué en adelante poco más que fortaleza y atalaya habitada por beréberes fanáticos, prestos siempre a la revuelta impulsados por móviles religiosos y económicos.

Gayangos en su adaptación de las *Analectes* de Maqqarī, traduciendo, por error, Santa María en lugar de Şantabariya (*Adefonsus Imperator Toletanus, Magnus triumphator*, en *Idea imperial de Carlos V*, por Ramón Menéndez Pidal [Madrid 1940], p. 135).

¹ *Primera Crónica General de España*, p. 548. La cita, según Menéndez Pidal, procede de Ben Alcama. Repítese el error al poner Santa María en lugar de Şantabariya.

² Arch. Hist. Nac., *Liber privilegiorum Ecclesiae Toletanae*, t. I, folios 51 v y 52.

³ *Esp. Sag.*, XXIII, p. 387.

Si aún en su solar afloran restos arquitectónicos y artísticos de la ciudad romana de ignorado nombre, las huellas de la Şantabariya musulmana serían tan frágiles que ha debido borrarlas por completo la acción del tiempo. Unos y otras, los vestigios enterrados de la ciudad romana y la tierra de las tapias de la islámica, quedarán más hondamente sepultados en breve en el fondo de un pantano. Tal vez algún día su recuerdo dé origen a una de esas leyendas frecuentes de ciudades sumergidas en el fondo de los lagos, las campanas de cuyas iglesias aún resuenan en fechas determinadas bajo las aguas.

Recópolis (Guadalajara).

La *Crónica Biclense* refiere, bajo el año segundo del emperador Tiberio y el décimo del rey Leovigildo — probablemente el 578 de nuestra era, — que después de exterminar a los tiranos y vencer a los invasores de España, ese monarca visigodo fundó en Celtiberia una ciudad murada que adornó, así como sus arrabales, con obras admirables y a la que otorgó privilegios ¹. Para honrar a su hijo Recaredo la dió el nombre de Recópolis. En ella se acuñó moneda con las leyendas en su reverso RECCOPOLIS y RECCOPOLITA FECIT.

La menciona al-Rāzī en la primera mitad del siglo X con el nombre de Racupel, fijando equivocadamente su emplazamiento entre Santa Bayre (Santaver) y Zorita (más tarde conocida por de los Canes); su término, dice, lindaba con el de la primera. Refiere el mismo historiador musul-

¹ ... civitatem in Cetiberia ex nomine filii condidit quam Rocopolis nuncupatur, quam miro opere et moenibus et suburbanis adornans, privilegia populo novae Urbis instituit. (*Esp. Sag.*, VI, p. 381; Irene A. Arias, *Crónica Biclense*, en *Cuadernos de Historia de España*, X, «Universidad de Buenos Aires», Buenos Aires 1948, p. 135).

mán su fundación en los términos expuestos por el Biclarense ¹, y afirma ser «mui fermossa, et mui buena, et mui viciosa de todas las cosas por que los omens se an de mantener». Termina por decir que la inmediata, fuerte y alta ciudad de Zorita la levantaron con las piedras de Racupel, que las había muy buenas ², elogios que han de referirse al pasado y que no aclaran la época ni la causa de su extinción—huellas de incendio se han visto al excavar la ermita situada en su solar —, aunque indican estaba yerma al fundarse Zorita, lo que tal vez ocurriría algo antes del reinado de 'Abd al-Raḥmān III, en el que parece se levantaron los más antiguos restos subsistentes de la cerca de Zorita y de su fortaleza ³. Sustituiría a la arruinada Recópolis, en posición de mejores condiciones defensivas y más reducido solar, sobre un vado y puente de paso del Tajo. La existencia del último, que arrancaba junto a la puerta de la villa, consta en 1152 ⁴. Arruinóse por una avenida

¹ Lo repiten: San Isidoro, en su *Historia de los Godos* (Esp. Sag., VI, p. 491), y, posteriormente, Yāqūt, en su *Mu'jam al-buldān*, Leipzig 1873, II, p. 802; al-Hinyarī, en E. Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique au Moyen Age d'après le Kitāb ar-Rawḍ al-mi'tār*, Leiden 1938, texto, pp. 133-134; trad., p. 161, e Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, p. 442; trad., p. 39. (Este último autor, después de la noticia de la construcción de Recópolis, cercana a Toledo, por el príncipe godo Leovigildo, dice que la fortificó y agrandó sus jardines.

² *Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada del moro Rasis*, por Gayangos, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, VIII, p. 48; Lévi-Provençal, *La Description de l'Espagne d'Aḥmad al-Rāzī*, en *Al-Andalus*, XVIII, p. 80.

³ El más antiguo dato conocido referente a Zorita es de la primavera o verano del año 314 (916), cuando una expedición de tropas de 'Abd al-Raḥmān III conquistó esa ciudad, cuyos habitantes se habían sublevado (Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 240; trad., p. 316).

⁴ Donación del Rey don Alfonso VII de *illa Azenia de Ponte de Zurita*, entre otros bienes. (En el Arch. de Calatrava; publicada por don Antonio Suárez de Alarcón, *Relaciones Genealógicas de la Casa de los Marqueses de Trocifal*, Madrid 1656, escritura XXVIII, p. 14). Por un acuerdo entre el de-

en 1545¹ y no volvió a levantarse hasta el siglo XIX. El camino al que sirvió de tránsito, muy frecuentado en la Edad Media, era ya vía muerta en el siglo XVI.

A mediados del siglo XII, Idrīsī menciona a Zorita², pero no a la despoblada Recópolis, cuyo emplazamiento buscaron repetidamente los eruditos de siglos pasados. Moret la creyó fundada en Ricla; Pujades la lleva aún más lejos, a Ripoll, por el muy lejano parecido del nombre de ambas³. Pero la mayoría de los historiadores la supusieron situada en la confluencia de los hondos cauces del Tajo y del

puesto monarca de Toledo al-Qādir y Alfonso VI, el primero entregó a éste en rehenes los Castillos de Zorita y Canturia, fortificados en tal ocasión y en los que quedaron guarniciones de jinetes y peones bien provistos de armas y bastimentos (*Kitāb al-ikhtifā*, en *Locci de Abbad.*, II, pp. 17-18, según cita de Ramón Menéndez Pidal, *Adefonsus, imperator toletanus magnificus triumphator*, en *B. R. A. H.*, C, 1932, pp. 521-522). Poco más tarde alude al castillo de Zorita el *Cantar de Mio Cid*: «Mynaya Albarfanez, que Çorita mandó» (edic. Menéndez Pidal, III, Madrid 1911, p. 932). Efectivamente, el sobrino del Cid y su «brazo mejor» figura como señor (*dominus*) de Zorita y Santa Veria entre los confirmantes de documentos de 1097 y 1107 (*Arch. Hist. Nac.*, *Liber privilegiorum Ecclesiae Toletanae*, t. I, fols. 51 v y 52). Durante el reinado de doña Urraca los almorávides reconquistaron Zorita, en la misma campaña que Oreja, es decir, en 1113 (*Crónica Adefonsi Imperatoris*, edic. Sánchez Belda, Madrid 1950, p. 84; *Anales Toledanos*, II, en *Esp. Sag.*, XXIII, p. 403). Como de realengo y perteneciente a la diócesis de Toledo figura Zorita en una bula de Eugenio III, de 1148 (*Arch. Hist. Nac.*, Cajón cat. Toledo, 1, Bulas). En 1174 Alfonso VIII dió el castillo y la villa de Zorita a la orden de Calatrava.

¹ Memorial Histórico Español, XLIII, *Relaciones topográficas de España*, *Relaciones de pueblos que pertenecen a la provincia de Guadalajara*, con notas y aumentos de don Juan Catalina García (Madrid, 1905), pp. 114 y 150-151.

² *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, edic. y trad. francesa de R. Dozy y M. J. de Goeje (Leiden 1866), texto, p. 175; trad., p. 210.

³ Moret, lib. 1, cap. 2 de sus *Investigaciones históricas de las antigüedades del reyno de Navarra* (Pamplona 1655), y lib. 2, cap. 3 de sus *Annales del reyno de Navarra* (Pamplona 1766); Jerónimo Pujades, cap. 59 del lib. 6 de su *Corónica universal del Principado de Cathlunya*.

Guadiela, en sitio, dice Ambrosio de Morales, de los más altos y fuertes que se pueden hallar en España, a una media legua de Almonacid de Zorita. Mariana y el P. Henao aceptaron ese emplazamiento para la ciudad visigoda, y el último la refuerza al afirmar que en la citada eminencia rocosa había rastros de murallas y ruinas de edificios, conocidos con el nombre de Recópolis por los moradores de la comarca, según le informaron gentes de la citada villa ¹. A su vez, el P. Flórez la supuso emplazada entre Sacedón y Zorita y Sayatón, es decir, a norte, aguas arriba del Tajo, de su emplazamiento real ².

Fué don Juan Catalina García, buen conocedor de la comarca, el que, después de recorrer los contornos de Zorita de los Canes, negó ese supuesto emplazamiento de Recópolis, por ser lugar ingrato y peñascoso, desprovisto de agua y tierra vegetal, sin espacio para una urbe mediana, asiento tan sólo en la Edad Media de alguna torre y puesto militar, del que aún permanecían ruinas de toscas murallas ³; al mismo tiempo, Catalina García fijó el emplazamiento de Recópolis en lo alto de una extensa colina bordeada por el Tajo, un cuarto de legua aproximadamente aguas abajo de Zorita, en el cerro llamado de la Oliva, en el que existía una ermita consagrada a la Virgen con la misma advocación ⁴. Allí se veían, en la segunda mitad del siglo XVI, «grandes edificios de murallas», de cal, arena y piedra toba, «de casas, y de torres, y otros muchos edificios de diferentes maneras», asolado todo.

En cualquier lugar de la meseta del cerro en que se ex-

¹ *Corónica General de España* que continuaba Ambrosio de Morales, t. V (Madrid 1791), lib. XI, cap. LXIII, p. 531.

² *Esp. Sag.*, VI, p. 381; VII, p. 71.

³ *La Alcarria en los dos primeros siglos de su Reconquista*, pp. 32-33.

⁴ Catalina García, *La Alcarria en los dos primeros siglos de su Reconquista*, pp. 33-34, y *Relaciones de pueblos que pertenecen a la provincia de Guadalajara*, «Mem. Hist. Esp.», XLIII, pp. 130-133.

cavase, dicen los vecinos de Zorita que redactaron la contestación a las «Relaciones topográficas» mandadas hacer por Felipe II, se hallaban «grandes labores de edificios muy antiguos», pertenecientes, según los ancianos del lugar, a la ciudad de Rochafalda ¹.

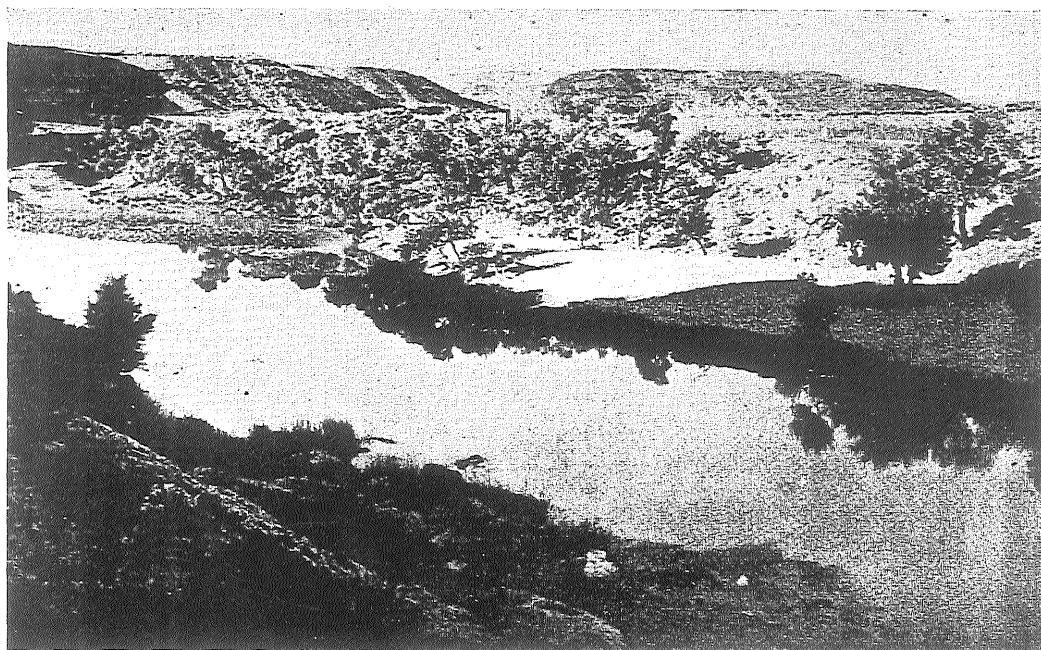
Excavaciones realizadas por don Juan Cabré durante los años 1944-1945 en el cerro de la Oliva demostraron en forma concluyente que en él estuvo la perdida ciudad visigoda. Por muerte del benemérito arqueólogo se interrumpieron las excavaciones, no reanudadas, y de las que no se han publicado más referencias que las correspondientes a un pequeño tesoro de monedas, hallado en el subsuelo de la ermita; son, según la clasificación de su descubridor, algunos trientes merovingios (¿siglo VI?), otros del reino visigodo de las Galias (¿siglo VI?) y uno suevo (¿siglo V?). Los restantes, en cantidad más considerable, salieron de cecas visigodas de España y comprenden desde el reinado de Justiniano I (527-566) hasta el de Justino II (566-578) ².

La extensa meseta que corona el cerro de la Oliva, en parte dedicada hoy al cultivo de cereales, con algunos olivos y viñedos, tiene forma sensiblemente ovoidea. Sus ejes norte-sur y este-oeste miden unos 580 metros; comprende, aproximadamente, 30 hectáreas. Era lugar excelente para asiento de una ciudad, con suelo de escasa pendiente y alguna elevación, y el Tajo al pie, que desde su nacimiento hasta las inmediaciones del cerro de la Oliva corre por entre montes y peñascos.

La meseta, dividida por una pequeña depresión o caña-

¹ Catalina García, *Relaciones de pueblos que pertenecen a la provincia de Guadalajara*, «Memorial Hist. Esp.», XLIII, pp. 125-126. Es curioso ver cómo el nombre literario de Rochafalda pasó, probablemente por vía de los romances, al acervo popular.

² *El tesoro visigodo de trientes de las excavaciones del plan nacional de 1944-45 en Zorita de los Canes (Guadalajara)*, por Juan Cabré Aguiló (Madrid 1946).



El Tajo y, a la izquierda, el cerro de la Oliva, solar de Recópolis (Guadalajara).



Vista aérea del recinto de Vascos (Toledo).

Foto Fillol.

da de dirección norte-sur, supuesta calle principal, es de laderas suaves y poco elevadas, salvo en su parte septentrional, de pendiente pronunciada sobre el Tajo. Se perciben en casi todo el borde de la meseta las hiladas inferiores de la muralla protectora de la ciudad y de sus torres rectangulares. Faltan en gran parte del frente norte, tal vez por haber aprovechado sus materiales para levantar el castillo de Zorita. La fábrica es de sillarejos de piedra toba, algunos de considerables dimensiones, trabados con mortero de cal. Abundan en el cerro los montones de piedras, formados por las que los labradores apartan al labrar las tierras.

La excavación comenzó por la ermita de Nuestra Señora de la Oliva, situada en la parte septentrional y más elevada del solar de la ciudad, cerca de la muralla exterior. Prosiguió hacia occidente por construcciones unidas a ella. Descubrióse un edificio de más de 100 metros de longitud por 10,40 de ancho, con gruesos muros de mampostería reforzados en su fachada norte por estribos semicilíndricos, como los de los alcázares omeyas del desierto sirio levantados en la primera mitad del siglo VIII. En el eje de la larga construcción se ven, de trecho en trecho, las hiladas inferiores de los pilares cuadrados que debían de sostener su techo, reduciendo así la escuadría de las vigas necesarias para levantarlo, e indicando que el edificio tuvo, casi seguramente, planta alta ¹.

Según el plano publicado por Cabré en su estudio numismático (lám. IV)², la ermita excavada, tiene ábsi-

¹ He podido ver algunos de estos datos en el plano y fotografías de Recópolis que amablemente me han permitido examinar en el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, dirigido por el Dr. Schlunk.

² Dicho plano es inexacto y fantástica la cronología atribuida a diferentes partes de la construcción. Afirmó Cabré que la basílica, conjuntamente con la ciudad, fué saqueada, quemada y arrasada hacia los años 580-583, no volviéndose a reedificar, por creer que el tesoro se enterró muy poco antes de esa

de o presbiterio de planta semicircular prolongada, encerrada exteriormente en muros a escuadra, y una nave rectangular de unos 9 metros de ancho por poco menos de 25 de longitud. Sus muros tienen un ancho de 1,25 metros. Aprécianse brazos rectangulares de crucero, más angostos, cuyos muros no traban con los adyacentes de la cabecera y naves, en comunicación cada uno por una puerta con sendas naves adosadas a la del templo, de ancho desigual y, al parecer, sin comunicación con aquélla. A los pies quedan los cimientos de otra nave transversal, comprendiendo el ancho de las tres citadas, terminada a oriente en una reducida habitación en la que se ha creído ver un baptisterio. Probablemente esta nave atravesada fué pórtico de la iglesia. Parte, a lo menos, del templo tuvo suelo de argamasa enrojecida ¹.

Por las escasas y confusas descripciones publicadas del templo es difícil deducir datos que permitan una orientación sobre su cronología. Las hipótesis y conclusiones hechas por su excavador carecen de fundamento. Parece haberse encontrado un capitel visigodo y seis ba-

destrucción, hipótesis sin fundamento (Cabré, *El tesorillo visigodo de trientes*, pp. 42, 48 y 53). Don Pío Beltrán supone, fundándose en la cronología de las monedas halladas, que la ciudad fué destruida en el año 577 o en el 578, y niega que sus ruinas sean las de Recópolis (Pío Beltrán Villagrasa, *Monedas de Leovigildo en el tesorillo de Zorita de los Canes*, en *Numario Hispánico*, II, 1953, pp. 19-52). El hallazgo de un pequeño tesoro entre rastros de incendio en la ermita, cuyas monedas más modernas se acuñaron entre 566 y 578, es flojo argumento para afirmar que la ciudad sucumbió por un incendio en esos años, el último de los cuales fué el de su fundación. Después de las excavaciones iniciadas, es indudable que se trata de Recópolis. Si al-Rāzi la sitúa equivocadamente, refuerza su localización en el cerro de la Oliva al decir que el castillo de Zorita se construyó con las piedras de la ciudad visigoda.

¹ Dos arcos de medio punto, con dovelas de piedra y apeados en columnas, que hay a la entrada del presbiterio, de arte románico, atestiguan una reconstrucción a fines del siglo XII o en la primera mitad del siguiente.

sas de columnas *in situ*, una pareja en el ingreso del supuesto pórtico y otras flanqueando el paso que conducía desde esa puerta a la de la iglesia, además de varias sueltas, de mármol blanco todas. Cabré alude a la existencia de capiteles corintios y a «elementos arquitectónicos de talla y carácter visigodos, tales como fragmentos de tableros calados y pilastras del iconóstasis, arrojados al pie y fuera de la Basílica; los capiteles, basas, fustes y postas (*sic*) de ventanales y ajimeces descubiertos en el interior del atrio, así como especie de estelas discoidales caladas con una cruz gamada, ya de piedra o de barro cocido, indudables de celosías y ventanales, y análogos a los hallados en el gran palacio» ¹.

Presbiterios de planta interior semicircular prolongada y limitados exteriormente por muros a escuadra, son frecuentes en iglesias bizantinas del Africa del Norte y lo tiene la supuesta paleocristiana de Son Bou, en Menorca ². Naves laterales comunicadas tan sólo por puertas con la transversal de crucero, tenía la iglesia visigoda de Quintanilla de Lara (Burgos) ³.

No es frecuente la existencia en el Occidente europeo de ruinas de una ciudad importante del siglo VI, abandonada antes del X, cuya excavación permita reconocer su completa estructura urbana. Para el conocimiento de una civilización de la que tan poco sabemos como la visigoda, sacar a luz las ruinas de Recópolis sería trascendental. No es posible que sigan por más tiempo abandonadas y ex-

¹ Cabré, *El tesorillo visigodo de trientes*, p. 48.

² Gabriel Seguí Vidal, *La basílica paleocristiana de Son Bou en Menorca* (*Bol. de la Soc. Arqueol. Luliana*, t. XXX, 1952, pp. 687-707); Pedro de Palol Salellas, *Descubrimiento y excavaciones de una basílica paleocristiana en la isla de Menorca (Balears)* (*Ampurias*, XIV, Barcelona 1952, pp. 214-216).

³ Ministerio de Educación Nacional, *V Congreso de Arte de la Alta Edad Media, Guía-itinerario* (Madrid 1953), p. 14.

puestas a desaparición las partes descubiertas hace más de diez años y los objetos encontrados en esa ocasión, inédito todo ello.

Olmos (Walmuš) y Canales (Toledo). Calatalifa (Qal'at al-ḥalfā) (Madrid).

Canales y Olmos, en la parte septentrional de la provincia de Toledo, y Calatalifa en la de Madrid, al sur de Navacarnero las tres, apenas separadas las extremas—Canales y Calatalifa—por tres leguas, estaban situadas a la orilla del río Guadarrama, en el camino natural más frecuentado y directo de Toledo a la Vieja Castilla. Remontando el curso de ese pequeño río, hoy de orillas solitarias, se llegaba al pie de la cordillera central, cruzada por el puerto del Berrueco (el actual del León), citado en una donación de Alfonso VII en 1152 al Concejo de Madrid, de montes y sierras, desde dicho puerto, límite de los términos de Avila y Segovia, hasta el de Lozoya¹. Calatalifa era etapa en ese camino, como se deduce de una disposición del fuero latino de Toledo del año 1118, en la que se ordena que cuando las gentes de la ultrasierra tuvieran alguna querella con los toledanos (hay noticia de varias, más tarde, con motivo del aprovechamiento de pastos) unos y otros acudirían a «mediano», a juicio, a Calatalifa².

Yāqūt menciona el *ḥiṣn* (castillo) de Walmuš, situado en la *nāḥiya* de *Sāqra*, es decir, en la Sagra, al este de Toledo³.

¹ Memoria sobre el fuero de Madrid del año 1202, por don Antonio Cavanilles en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, VIII (Madrid 1852), pp. 49-50. El doc. original se conservaba a mediados del siglo XIX en el Arch. del Ayuntamiento de Madrid.

² Nicolás Tenorio y Cerero, *El concejo de Sevilla* (Sevilla 1901), páginas 176 y 183.

³ Yāqūt, *Muḡam al-buldān*, edic. Wüstenfeld, t. III, p. 237, citado por

Las gentes principales de Canales y Alfamín acudieron en julio de 930 (318) a hacer voluntario acto de sumisión a 'Adb al-Rahmān III, que cercaba Toledo intentando someter a sus rebeldes habitantes ¹.

El monarca de Toledo al-Ma'mūn cedió los pueblos de Olmos y Canales a Alfonso VI para que éste hospitalizase en ellos sus bajas durante las expediciones por las tierras toledanas ². Al morir el rey musulmán, el castellano repuso en el trono a su nieto al-Qādir y le exigió, en 1083 o 1084, enormes riquezas y el castillo de Canales en rehenes. Obtenido todo ello, Alfonso regresó a su reino después de acrecentar las defensas de esa fortaleza ³.

El arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada, el *Chronicon* de don Pelayo de Oviedo y la *Primera Crónica General de España* dicen pasaron a manos de Alfonso VI Olmos y Canales, en unión de Madrid, Talavera y otras fortalezas, a consecuencia de la conquista de Toledo en 1085 ⁴.

E. Lévi-Provençal, *Notes de toponomastique hispanomaghrébine*, en *Islam d'Occident* (París 1948), n. 116 de la p. 76.

¹ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, pp. 18-19; trad., p. 337.

² *Canales et Ulmus in quibus... infirmos et debiles collocabat* (Toledano, *De rebus Hisp.*, VI, 16^o y 22^o, según cita de Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid*, Madrid 1929, p. 294). «... el rey Álmemon diera al rey don Alffonso por tierra en el regno de Toledo Olmos et Canales; et quando el rey don Alffonso yua con el rey Almemon en ayuda contra los moros que eran sus enemigos, dexaua el rey don Alffonso allí en aquellos logares los omnes quel enfermauan et eran flacos» (*Primera Crónica General de España*, edic. Menéndez Pidal, cap. 866, p. 537).

³ *Kitāb al-ikhtifā*, en Dozy, *Locci de Abbad.*, II, p. 18, según cita de Menéndez Pidal, *La España del Cid*, pp. 329-330.

⁴ Toledano, *De rebus Hisp.*, lib. VI, cap. 23; *Chronicon* del obispo de Oviedo don Pelayo (1101-1129), en *Esp. Sag.*, XIV, p. 473 (en este *Cronición* figura la noticia de haberse adueñado Alfonso VI en la misma ocasión de Alfamín y Casatalifam); *Primera Crónica General de España*, edición Menéndez Pidal, caps. 622 y 866, pp. 356 y 537. En la primera cita incluye a Alhamín, Canales y Olmos; en la segunda, con referencia a Jiménez de Rada, menciona a Canales y Olmos.

Hasta esta comarca, comprendida entre Toledo y la Sierra, alcanzó la reacción almorávide. El año 1109 o 1110, después de asediar inútilmente durante ocho días Toledo, el emperador 'Alī ben 'Tāšufīn emprendió una expedición militar devastadora por la Trasierra. Entre las poblaciones en las que pudo penetrar mencionanse a Olmos y Canales, pero no logró rendir sus fortalezas o alcazabas, eficaz refugio de sus pobladores ¹.

El castillo de Calatalifa fué donado en 1136 por Alfonso VII al obispo y cabildo de Segovia (*nostrum Castellum cui est nomen Calatalif*) con los mismos términos y rentas que tenía en tiempo de moros ².

Alfamín, Ulmos, Canales y Calatalifa figuran, con otras varias villas, entre las que contribuían con la tercera parte de su alcabala al sostenimiento del cabildo catedral de Toledo, mediante un acuerdo, al que se llegó en 1138, después de empeñada controversia con el arzobispo don Raimundo ³.

En 1140 concedió Alfonso VII a la Orden de San Juan el castillo de Olmos ⁴.

Al año siguiente el mismo Emperador otorgó a los pobladores y a los que fuesen a poblar a Calatalifa los fueros

Chronica Adēfonsi Imperatoris, edic. Sánchez Belda, p. 79.

² *Historia De la Insigne Ciudad de Segovia*, por Diego de Colmenares (Segovia 1637), cap. XV, p. 119. La escritura, en el Arch. Cat. de Segovia, Confirmación en el *Liber privilegiorum ecclesiae Toletanae*, fº 76 r en el Arch. Hist. Nac. (Fidel Fita, *Bula inédita de Honorio II*, en *B. R. A. H.*, VII, 1885, p. 341).

³ Arch. Cat. Tol., Z, 1-1-1, citado por Angel González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, vol. preliminar (Madrid 1930), p. 159. Documentos mozárabes de 1140 sitúan el castillo y pago de Canales, en la Sagra, inmediato a la alquería de Villa Algariba; cerca estaba también el pago de Asuaqui y los «canales» (González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, vol. prel., pp. 94-95); vol. I (Madrid 1926), docs. nos. 28, 31 y 34, pp. 20, 22 y 24.

⁴ Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, XVI (Madrid 1850), p. 334.

de los de Toledo. Pertenecían a las tres religiones: podían hacer horno en sus casas y tiendas. Era entonces ciudad de alguna importancia, con concejo y comercio ¹.

En 1143 dió el monarca el *castrum meum Canales, inter Vmos et Toletum, super Goderramam situm*, a la iglesia de Toledo. En el documento se fija, como uno de los límites de la concesión, la *maiores carreram qua itur de Magerido ad Toletum* ². Pasaría por Canales o por sus inmediaciones, más a occidente que la carretera actual.

Cinco años después, en una bula de 1148 de Eugenio III dirigida al arzobispo don Raimundo, se nombra a Calatalifa, Ulmus y Canales entre los *oppidorum* de realengo pertenecientes a la diócesis de Toledo y le confirma en el señorío, concedido por el rey sobre los castros de Alcalá y Canales ³. Vuelven a mencionarse en sucesivas bulas de Alejandro III en 1161, de Urbano III en 1186, y de Celestino III en 1192 ⁴.

Siguiendo lo hecho por los vecinos de Toledo seis meses antes, el concejo de Calatalifa, reunido en 1150 en su iglesia, prometió dar todos los años a la de Santiago de Compostela una fanega de trigo por cada yugada de tierra labrada en su término ⁵.

¹ Tomás Muñoz y Romero, *Colección de fueros municipales y cartas pueblas de los reinos de Castilla, León, Corona de Aragón y Navarra*, t. I (Madrid 1847), pp. 532-533. Antes publicó el doc. Colmenares en su *Historia... de Segovia*, p. 127.

² *Liber privilegiorum ecclesiae Toletanae*, f° 5 r y v (Fita, *Bula inédita de Honorio II*, en *B. R. A. H.*, VII, pp. 342-343; González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, vol. prel., pp. 94-95). A Canales se refieren algunos de los docs. mozárabes publicados por G. P. correspondientes a los años 1140, 1144 y 1146.

³ Arch. Hist. Nac., cajón cat. de Toledo, 1, Bulas (Fita, *Bula inédita de Honorio II*, en *B. R. A. H.*, VII, p. 339).

⁴ Arch. Hist. Nac., cajón cat. de Toledo, 1, Bulas, y *Liber privilegiorum*, f° 80 v, 81 r, 81 v, 82 v, 90 v, 91 v (Fidel Fita, *Santuario de Atocba [Madrid], Bulas inéditas del siglo XI*, en *B. R. A. H.*, VII, pp. 215-226).

⁵ *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, por

No permaneció muchos años el castillo de Calatalifa en poder de la iglesia segoviana, pues Alfonso VIII le trocó en 1161, al obispo don Guillermo, por la cuarta parte de las rentas de Segovia, para dárselo a esta ciudad ¹, a cuyo concejo donó también en 1166 el castillo de Olmos ².

Los *Anales Toledanos I* han conservado la noticia de que en la expedición realizada por el califa almohade Ya'qub al-Manşūr, en junio de 1196, al año siguiente de la victoria de Alarcos, por Extremadura y el territorio toledano, después de apoderarse de Montánchez, Santa Cruz y Trujillo y asediar diez días a Toledo, cortando viñas y árboles, pasaron por Olmos, que no parece combatieron o, por lo menos, no conquistaron ³.

Una nueva bula, ésta de Inocencio III en 1210, señala entre las plazas fuertes habitadas por los cristianos en la diócesis de Toledo las de Calatalifa, Alhamín, Olmos y Canales ⁴. La última fortaleza dícese fué ordenada desmantelar por don Pedro I y reconstruída a fines del siglo XIV por el arzobispo toledano don Pedro Tenorio ⁵.

Conserva documentalmente el recuerdo de Calatalifa, en la forma Calatalya, un fallo real de 1275 que fija los límites del territorio jurisdiccional de Madrid, dividiéndolo del Real de Manzanares ⁶. Una de las últimas veces en

don Antonio López Ferreiro, t. IV (Santiago 1901), apénd. XX, páginas 256 y 250.

¹ Colmenares, *Historia... de Segovia*, cap. V, p. 120 y cap. XVII.

² *Ibidem*, cap. XVII, p. 146. Un alcalde de Canales figura en un doc. mozárabe de Toledo, de 1173, publicado por González Palencia (*Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, vol. III (Madrid 1928), doc. n.º 993, p. 343).

³ *Esp. Sag.*, XXIII, p. 393.

⁴ Eduardo Estella Zelaya, *El Fundador de la Catedral de Toledo* (Toledo 1926), p. 79.

⁵ Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, V (Madrid 1846), p. 389.

⁶ *Documentos del Archivo de la villa de Madrid*, t. I (Madrid 1888),

que aparece su nombre es en una provisión de la chancillería de Enrique III, fechada en 1404, resolviendo el viejo litigio entre Madrid y Segovia acerca de sus derechos sobre el Real de Manzanares. Menciona este documento «Guadarrama de Calatalia», por la que pasaba el río Guadarrama ¹.

Las tres villas debieron de ir despoblándose lentamente en los siglos XIII y XIV, y subsistir tan sólo sus castillos, cuando el viejo camino de Toledo a Segovia y Castilla la Vieja por el curso del Guadarrama se desvió para pasar por Illescas, en auge entonces, como Navalcarnero y Madrid, al mismo tiempo que se poblaban Guadarrama — en 1268 — y Galapagar ². Un documento de Fernando III, de 1249, menciona aún esa antigua ruta, la «carrera toledana derecha commo ua a Galapagar... e a Guadarrama» ³.

Canales, la más meridional de las tres villas, estaba situada entre las de Recas, Villanueva de la Sagra, Palomeque y Chozas de Canales, en torno a un castillo que figura en el mapa 1/50.000 de España del Instituto Geográfico y Estadístico (Hoja nº 604: Villaluenga) en el camino de Recas a Chozas de Canales, inmediato a la orilla izquierda del Guadarrama y a una altitud sobre el nivel del mar de 548 metros. Dicho mapa no le da nombre; en un cerro inmediato, 45 más elevado, figura el de Carboneros.

En la correspondiente a Batres de las *Relaciones* de Es-

pp. 81 y 123-124. Transcripción del documento, con variantes que la mejoran, es la de Fidel Fita, *Madrid desde el año 1235 hasta el de 1275* (B. R. A. H., IX, 1886, pp. 94-100). En la primera se transcribe «Guaderrama e Calatalia»; en la segunda, «Guadarram de Calatalya».

¹ *Documentos del Archivo General de la villa de Madrid*, seg. serie, t. I (Madrid 1932), p. 364.

² *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la villa de Madrid*, escrita por el licenciado Jerónimo de Quintana, año 1629 (Madrid, 1954), lib. primero, cap. LXXI, p. 220.

³ *Documentos del Archivo de la villa de Madrid*, t. I, pp. 81 y 123-124,

paña de Felipe II se dice existir un castillo llamado de Canales a cuatro leguas de esa villa ¹; sin duda es el mencionado. Sitúa en el mismo lugar Madoz el despoblado de Canales, cuyo nombre lleva hoy una dehesa, y describe su emplazamiento entre Recas, Chozas de Canales y Villanueva, a la parte oriental del Guadarrama. Dice que se conservaban — hace poco poco más de un siglo, cuando se redactó el *Diccionario* — vestigios de su antigua fortificación; fué cabeza de un arciprestazgo que aún se titulaba entonces de Canales ².

La también despoblada villa de Olmos estaba a muy poca distancia y a norte de Canales, aguas arriba del Guadarrama, en un cerro de su margen izquierda, en el término del Viso de Illescas ³. Su fortaleza será un «Castillo en ruinas» que figura en la citada hoja del mapa 1/50.000 del Instituto Geográfico y Estadístico con la cota 551, en el camino local de Ocaña a la Puente de la Pedrera que pasa por Cedillo del Condado.

De Calatalifa escribía Colmenares en la primera mitad del siglo XVII que tan sólo permanecían su nombre y ruinas en la ribera oriental del río Guadarrama, algo más arriba de la ermita de Santa María de Batres, situada en la opuesta ⁴.

¹ *Relaciones histórico-geográficas-estadísticas de los pueblos de España*, hechas por iniciativa de Felipe II, *Provincia de Madrid* (Madrid 1949), p. 99.

² Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, XIII (Madrid 1949), p. 388.

³ *Ibidem*, XVI (Madrid 1850), p. 334.

⁴ Colmenares, *Historia... de Segovia*, p. 120. Dice Colmenares ser árabe el nombre de Calatalifa, cuyo significado es de castillo fabricado de ladrillo.

Alfamín o Albamín (Al-Fahmīn) (Toledo).

Mayor importancia que las tres anteriores villas del Guadarrama tendría al-Fahmīn, en término de Méntrida, entre ésta, Villa del Prado, Almorox, Escalona y la Torre de Esteban Hambrán, en otro camino que arrancando también de Toledo llevaba a Avila y Castilla la Vieja por el Tiemblo y Cebreros.

A la orilla del Alberche era, en unión de Maqueda, posición militar avanzada de la defensa de Toledo contra las incursiones de los cristianos de la meseta septentrional castellana.

Yāqūt dice ser el nombre al-Fahmīn un plural del nominativo árabe *fahmī*, patronímico de cierta tribu de al-Andalus ¹. Ibn Baškuwāl fija bien el carácter de *ribat*, es decir, de convento-cuartel desde el que hacer la guerra santa, al dar noticia de un maestro del siglo X que acudió a hacer el *ribat* en la rábita de al-Fahmīn, concurrida por insignes toledanos ². Cuando ‘Abd al-Raḥmān III estaba en julio del año 930 (318) cercando a Toledo, recibió la sumisión de los señores de al-Fahmīn ³ y de Canales. Noticia más detallada de la villa, aunque también tardía, que hay que referir a fecha anterior a la reconquista de Toledo, es la del Idrīsī, que dice tenía aspecto moderno y estaba pro-

¹ *Mu‘gam al-buldān*, III, p. 925; Así, *Contribución a la toponimia árabe de España*, pp. 44-45.

² Al castillo de Alfamín se dirigían con preferencia los piadosos musulmanes a hacer la guerra santa. En la *Šila* se cita a Hišām b. Muḥammad al-Qaysī que acostumbraba ayunar el mes de ramadān en dicha fortaleza, celebrando en ella la fiesta de la ruptura del ayuno con una abundante comida dada a la gente de Alfamín y de sus inmediaciones, gastando así sus muchas riquezas, mientras él, toscamente vestido, se dedicaba a la guerra de fronteras (Francisco Codera, *Assilah de Aben Pascual*, II, en *B. R. A. H.*, III, 1883, p. 351).

³ Ibn ‘Idārī, *Bayān*, II, texto, pp. 18-19; trad., p. 337.

vista de una mezquita mayor, en la que se pronunciaba el sermón de los viernes (*jutba*), y de otra, parroquial. Bien poblada, poseía excelentes edificios y buenos zocos ¹.

En época aún más tardía, en el siglo XIII, el geógrafo oriental al-Qazwīnī afirma ser al-Fahmīn un castillo fortísimo y relata una legendaria anécdota acerca del pozo existente en la fortaleza ².

El *Idrīsī*, el «*Cronicón* de don Pelayo de Oviedo» y la *Primera Crónica General* afirman que Alhamín pasó, con otras varias villas de la comarca, a poder de Alfonso VI, al mismo tiempo que Toledo ³. Menciona la villa un fuero de 1118 ⁴ y figura en una bula de Honorio II, de 1127, entre las quince ciudades fuertes (*oppida*) de la diócesis de Toledo, cabezas de jurisdicción eclesiástica y civil, rescatadas del poder musulmán ⁵. Nombran también Alhamín y *castrum Alfamim* otras bulas de Eugenio III (1148), Alejandro III (1161), Urbano III (1186) y Celestino III (1192) ⁶.

Durante la primera mitad del siglo XII, cuando el territorio entre Toledo y Calatrava fué campo de lucha en-

¹ Idrīsī, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, texto, p. 188; trad., p. 229.

² Zakarij ben Mazmud el Cazwini's, *Kosmographia*, edic. Wüstenfeld (Gotinga 1848), p. 329, según cita de Jaime Oliver Asín, *Origen árabe de rebato, arroba y sus homónimos*, Madrid 1928, p. 22.

³ Idrīsī, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, texto, p. 188; trad., p. 229; *Esp. Sag.*, XIV, p. 473; *Primera Crónica General de España*, edic. Menéndez Pidal, cap. 622, p. 356.

⁴ Fuero dado en 1118 a los mozárabes, castellanos y francos de la ciudad de Toledo por el rey Alfonso VII (*Estado social y político de los mudéjares de Castilla*, por Francisco Fernádez y González (Madrid 1866), p. 291. Nombra este fuero a siete pobladores en Alfahmín, uno de ellos — que sería un mozárabe — con nombre arábigo, entre los moradores que juran y confirman el fuero de Toledo.

⁵ Fidel Fita, *Bula inédita de Honorio II* (*B. R. A. H.*, VII, 1885, pp. 335-336).

⁶ Fidel Fita, *Santuario de Atocha (Madrid)* (*B. R. A. H.*, VII, 1885, pp. 215-226).

tre castellanos y moros, aún llegaban éstos al pie de sus muros. La «Crónica latina de Alfonso VII» refiere una expedición de los gobernadores almorávides de Sevilla y Córdoba, acompañados de magna multitud de caballeros y peones, en la que estragaron las tierras toledanas, produciendo múltiples daños en Escalona y Alhamín y se adueñaron del castillo de Mora (reconquistado por Alfonso VII en 1144), por negligencia del famoso alcaide toledano Munio Alfonso ¹.

En un privilegio de Alfonso X, de 1261, en que fija los términos de Escalona y concede a sus vecinos el fuero real y varias franquezas, figura el castillo de Alhamín entre sus límites ². Al citarse tan sólo la fortaleza y no la villa, parece indicar que ésta había desaparecido, tal vez atraídos sus vecinos por Maqueda y Escalona, villas prósperas en los últimos siglos medievales, situadas en lugares más transitados y de menor aspereza.

El castillo de Alhamín fué derribado por orden del rey don Pedro I. El arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio, gran edificador, lo reconstruyó en 1389. En él se casó don Enrique, maestre de Santiago, con doña Catalina, hermana del rey don Juan, el 8 de noviembre de 1420 ³.

En el centro de la dehesa de Alhamín hay un pequeño palacio, que perteneció a la casa del Infantado. A un kilómetro y medio de ese edificio, la hoja 580 — Méntrida — del plano de España 1/50.000 del Instituto Geográfico y Catastral, señala un castillo, último resto sin duda de la villa yerma. Se levanta en terreno montuoso, en posición dominante, sobre un cerro situado a la orilla del Alberche, atalayando un amplio panorama animado en sus primeros tér-

¹ *Chronica Adefonsis Imperatoris*, edic. Sánchez Belda, p. 110.

² *Memorial Histórico Español*, Documentos de la época de don Alfonso el Sabio, I (Madrid 1851), doc. n° LXXXIII, pp. 175-180.

³ Madoz, *Dicc. geográfico-estadístico-histórico de España*, I, p. 188.

minos por encinas, álamos, fresnos, sauces y alisos. El *Diccionario* de Madoz registra, como existentes hace poco más de un siglo, algunos cimientos y restos de murallas, pobres vestigios de la que fué importante villa islámica.

Vascos (Toledo).

Entre todas estas ciudades muertas hispanomusulmanas la de Vascos era la que conservaba visibles, antes de las excavaciones de *Madinat al-Zahra'*, mayores huellas de su pasada existencia. Su emplazamiento en lugar apartado y montañoso, lejos de otros habitados, contribuyó a la perduración de gran parte de la cerca que la protegía. Con el nombre de Vasquos figura en una escritura de donación, fechada en 1215, del monasterio de San Clemente de Toledo, que también menciona a Borge Azultán (*Burġ al-Sultān*), hoy Azotán ¹, en cuyo lugar y sobre un vado del Tajo Alfonso X mandó hacer en 1258 un puente a las monjas de dicha casa religiosa ². En el *Libro de la montería del rey don Alfonso XI* figura el berrocal de Vascos como buen monte de osos en in-

¹ Ramón Menéndez Pidal, *Documentos lingüísticos de España*, I, *Reino de Castilla* (Madrid 1919), doc. n.º 273, pp. 368-370. La bula de primacía dada por Inocencio III en 1210 a la iglesia de Toledo no menciona entre las plazas fuertes habitadas por los cristianos en la diócesis ninguna cuyo nombre pueda referirse a Vascos y sus ruinas, lo que parece probar estaba yerma en esa fecha.

² Real Academia de la Historia, *Memorial Histórico Español*, I, Madrid 1851, doc. LXI, págs. 131-132. Menciónase también a Vascos, en unión de Castro, entre los límites de las propiedades que integraban el señorío de Borge Azután, propiedad de las monjas bernardas del citado convento toledano, en escritura de 1296 (Colec. de docs. del Conde de Mora, n.º 204, f.º 62, en la Biblioteca de la Real Acad. de la Hist., según cita de Fernando Jiménez de Gregorio, *Fortalezas musulmanas de la línea del Tajo*, en *Al-Andalus*, XXXV 1954, pp. 411-412).

vierno, indicio de estar despoblada por entonces la ciudad ¹. Se describen sumariamente sus ruinas en las *Relaciones topográficas* de Felipe II relativas a Talavera de la Reina, fechadas en 1576, como las de una villeda muy pequeña, rodeada de cerca, con una sola puerta, en cuyo interior había rastro de hasta 200 casas reducidas, de 15 a 20 pies de largo, y la mitad de ancho. Reconoció las ruinas, por encargo de la Real Academia de la Historia, don Ignacio Hermosilla en 1777, atribuyéndolas a principios del siglo XIV ². En nuestros días, las han visitado y descrito el conde de Cedillo y Jiménez de Gregorio, pero ha sido don Manuel Gómez-Moreno el que las clasificó de manera definitiva como pertenecientes a una ciudad islámica ³.

El nombre de Vascos (Vasquos en 1215, como antes se dijo), tal vez pueda relacionarse con los de varios topónimos hispanomusulmanos: Huecas (Waqgas), villa toledana; Huesca (Washqa); Huéscar, en Granada, y la aragonesa de Bascués, villa y castillo de Baschuass en 1141 ⁴.

Hállase la despoblada Vascos en lugar áspero y escon-

¹ *Libro de la montería del rey D. Alfonso XI*, edic. de José Gutiérrez de la Vega, II (Madrid 1877), p. 260.

² Josef Cornide, *Continuación de la memoria de don Ignacio Hermosilla sobre las ruinas de Talavera la Vieja*, en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, I (Madrid 1796) pp. 398-403.

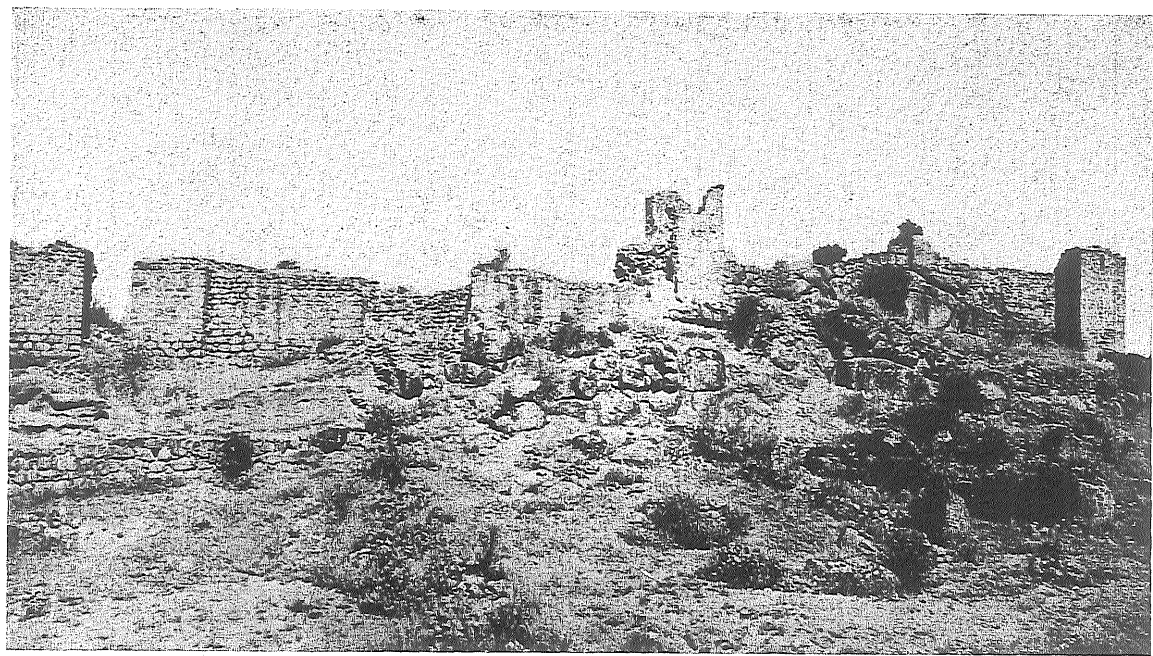
³ El Conde de Cedillo, *Antigüedades toledanas: la ciudad de Vascos*, en *Bol. Soc. Esp. de Excursiones*, XXXIV, 1926, pp. 5-15; Fernando Jiménez de Gregorio, *La ciudad de Vascos (Aportación al estudio arqueológico de la Jara)*, en *Arch. Esp. Arqueología*, XXII, 1949, pp. 175-194; Manuel Gómez-Moreno, *El arte árabe español hasta los almohades, arte mozárabe*, «*Ars Hispaniae*», III (Madrid 1951), p. 179.

José M^a Lacarra, *Documentos para el estudio y repoblación del valle del Ebro* (segunda serie), en *Estudios de la Edad Media de la Corona de Aragón*, III, doc. n^o 223, pp. 604-605. Hacia el año 900 un aventurero de Huesca, rebelde contra el idrisi Yahyā III, dió el nombre de su patria al pico en que se fortificó al sudeste de Fez, nombre que aún conserva, *Yabal Washqa* (E. Lévi-Provençal, *España musulmana*, t. IV de la *Hist. de Esp.* dirigida por Menéndez Pidal (Madrid 1950), pp. 304-305 y nota [104] de la p. 365,

dido de la desierta Jara toledana, a una legua corta de Puente del Arzobispo, en el término de Aldeanueva de Valvarroya, en la margen izquierda y a la orilla del río Juso o Huso, unos dos kilómetros antes de su confluencia con el Tajo. El solar, a poco más de 400 metros de altitud sobre el nivel del mar, es quebrado, cubierto de monte bajo, matorral y jara, del que sobresalen algunas encinas, acebuches y chaparros. Afloran por todas partes grandes rocas graníticas y cantos sueltos. Tan sólo hacia norte se abre el duro paisaje de la Jara, uniforme en todas las estaciones del año, y entre los montes sombríos percíbese en la lejanía la llanura del valle del Tajo, con sus sembrados verdeando en primavera, de un amarillo desvaído en verano y otoño, bajo el soberbio fondo de la sierra de Gredos. Pero en torno a los montes adustos hay paisajes con vegetación meridional, olivos y lozanas palmeras en Talavera de la Reina, chumberas y granados en las laderas de la próxima sierra de la Estrella.

El recinto murado de Vascos, de trazado muy irregular, con largos lienzos de murallas sin torres y otros con torres rectangulares y ángulos entrantes, como el de Toledo, encierra algo más de ocho hectáreas, en las que pudieron alojarse, como máximo, de 2.500 a 3.000 habitantes ¹. Lo protege eficazmente al norte el profundo cauce del rápido río Huso, encajonado en estrechas gargantas entre los cerros, y a poniente un barranco por el que corre, tan sólo en invierno, un pequeño arroyo que llaman de los Cirios o de los Baños y confluye con aquél bajo los muros de la ciudad muerta.

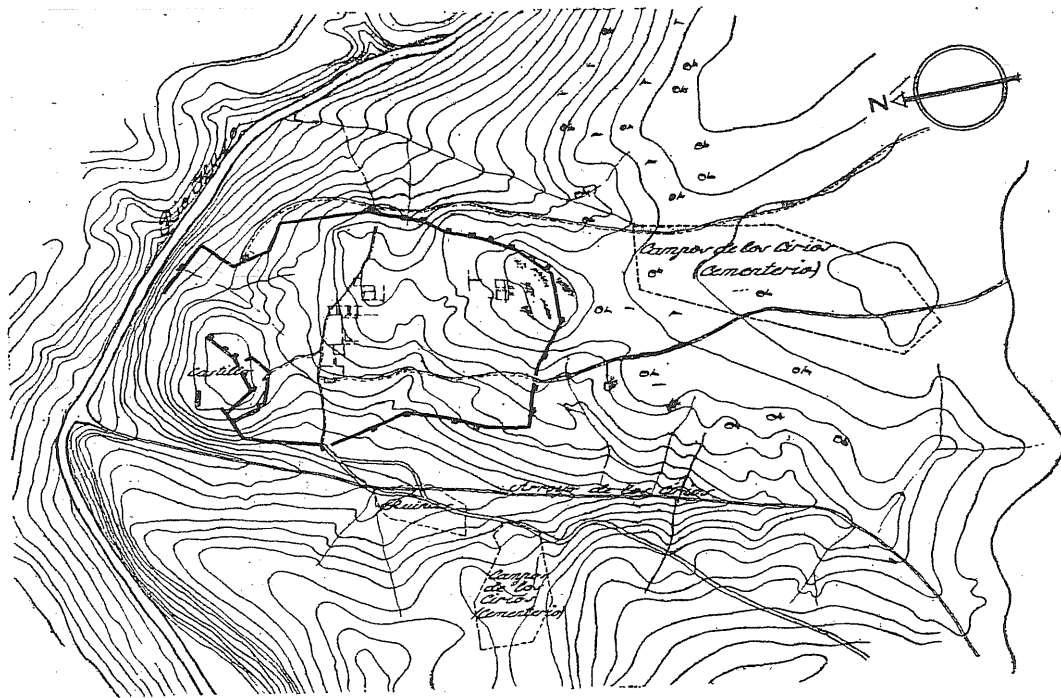
¹ El cálculo demográfico se justifica en el artículo *Extensión y demografía de las ciudades hispanomusulmanas*, por Leopoldo Torres Balbás, en *Studia Islamica*, fasc. III, París 1955, pp. 35-59. — El plano de Vascos que acompaña a estas páginas fué levantado en 1897 por los ingenieros de Caminos don Antonio Prieto y Vives y don Antonio Álvarez Redondo, arquitecto también el último.



Frente meridional del recinto de Vascos (Toledo).



Ingreso de puente y pequeña construcción abovedada al pie del recinto de Vascos (Toledo).



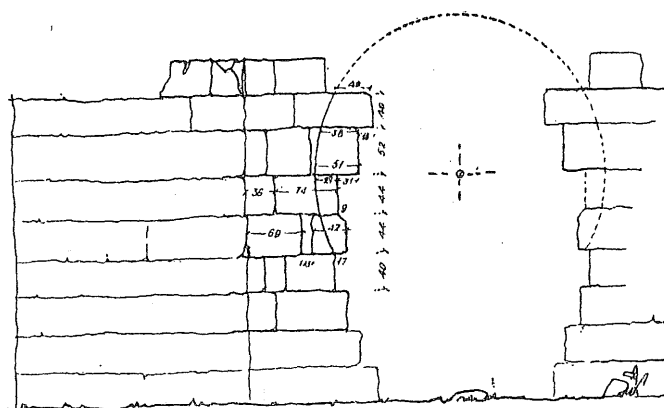
Plano del despoblado de Vascos (Toledo).

Plano de Prieto Vives y Alvarez Redondo.

sobre el desaparecido dintel, se retalló un arco de herradura.

Siguiendo el curso del arroyo, hacia el norte, ábrese a poca distancia un postigo en la muralla, junto a una torre,

ALZADO



COPIAS EN CENTIMETROS

ESCALA



Alzado de la puerta de poniente del des poblado de Vascoa (Toledo).

con un gran dintel monolítico y caja para el vástago de la hoja. Otro semejante, ruinoso, hay a oriente, y una segunda puerta en el muro de sudoeste, de la que tan sólo se conservan las torres que la flanqueaban.

Los muros inmediatos a la puerta de poniente, de 1,80

a 1,95 metros de ancho, se aparejaron con sillares graníticos de 40 a 52 centímetros de altura y de longitud variable, algunos muy estrechos, como losas puestas de canto. Todos están mal escuadrados y sus lechos de hilada no guardan la horizontalidad acostumbrada, características ambas que presentan varios muros y torres de la cerca de Toledo. En la parte baja se tuvo la precaución de dejar algunos mechinales para salida de las aguas. Hay muros semejantes en el resto, pero abundan, y así son casi todos los del castillo, los hechos de mampuestos y abundante mortero intermedio. Con fábrica parecida, pero más tosca y de menor solidez, recreciéronse algunos de los muros de sillería para aumentar su altura, en etapa posterior a la de construcción de la ciudad. El castillo tiene entrada recta, de arco de herradura, del que tan sólo se conservan los arranques entre dos torres rectangulares próximas y un aljibe con bóveda de medio cañón revestido. La construcción de piedra era obligada, por ser el terreno arenoso.

Extramuros, cerca de la puerta de poniente e inmediata al arroyo, queda un pequeño resto de muy angosta nave, cerrada por un muro de fondo y cubierta por bóveda de sección semicircular, de sillarejo, que llaman baño de la mora. Visitantes de las ruinas hace bastantes años aluden a otra nave adyacente, también abovedada, hoy desaparecida, y dicen que el pavimento de ambas era techo de un subterráneo, probablemente hipocausto de un reducido baño situado junto al arroyo.

También fuera de la cerca se conservan vestigios de dos cementerios, correspondientes a las puertas. Los llaman en la comarca campos de los Cirios, por señalar cada sepultura cuatro cipos o hitos de granito sin desbatar, hincados en pie en las esquinas, algo más altos los de la cabecera. Entre ellos limitan las tumbas toscos bordillos del mismo material, que apenas sobresalen del suelo.

Intramuros abundan en el suelo los fragmentos de tejas

y ladrillos y se ha encontrado cerámica vidriada musulmana de los siglos X y XI, y entre ella algún fragmento de cuerda seca ¹, un puñal de bronce y junto a la puerta de poniente un candil de la misma civilización.

Alúdense a vestigios de calzadas romanas, cercanos a Vascos, procedente alguna de Toledo; a un camino con restos de empedrado que llegaba de Jaéña a la puerta de poniente; a puentes ² y, repetidamente, a vestigios de antiguas explotaciones mineras por las inmediaciones ³. El hallazgo en la ciudad despoblada de un bronce romano, as del Bajo Imperio, y de algunos otros recuerdos de la misma civilización motivó la atribución a ella de las ruinas ⁴.

¹ Gómez-Moreno, *El arte árabe español hasta los almohades*, *Arte mozárabe*, p. 323.

² Francisco Coello, *Vías romanas entre Toledo y Mérida*, en *B. R. A. H.*, XV, 1889, p. 18; Angel Blázquez y Jiménez, *Vías romanas de Carrión a Astorga y de Mérida a Toledo*, Memoria núm. general 29 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades (Madrid 1920), pp. 23-24. El padre Fita dice haberse encontrado un árula votiva a corto trecho de la [despoblada ciudad de Vascos, en la labranza de Fuente el Apio (Fidel Fita, *Inscripciones romanas inéditas de Vascos y de Valdeverdeja*, en *B. R. A. H.*, II, 1882, páginas 246-247). El puente sobre el Huso, del que parece se conservan cuatro estribos y califican algunos de romano, se construyó por Talavera en el siglo XVI (*Relaciones histórico-geográficas-estadísticas de España, Provincia de Toledo*, por Carmelo Viñas y Mez y Ramón Paz [Madrid 1951], p. 56).

³ Insistentemente, desde las *Relaciones* de Felipe II, se viene relacionando el recinto de Vascos con el laboreo de las minas de oro de sierra Jaéña y otras de cobre cercanas, fundándose en la existencia de escorias en el recinto. Excusado es insistir sobre lo erróneo de tal supuesto. Las minas, no explotadas desde hace bastante tiempo, están en las proximidades de Sevilleja de la Jara, a unos 24 kilómetros en línea recta de Vascos.

⁴ Fernando Jiménez de Gregorio, *Hallazgos arqueológicos en la Jara*, en *Arch. Esp. Arqueología*, XXIII, 1950, pp. 192-193. Al conde de Cudillo le dijeron haberse encontrado en el recinto monedas romanas y una estatuilla de Priapo. Fernández Guerra colocó en Vascos la Rígvsa de Ptolomeo y Blázquez Jiménez, Augustóbriga. Los supuestos hallazgos y las repetidas afirmaciones de los que se han ocupado de estas ruinas y han visto en ellas claros indicios de haber tenido población romana, Ceán-Bermúdez (*Sumario de las an-*

Los restos descritos pertenecen sin duda a una ciudad hispanomusulmana. Los muros son semejantes a los más viejos de los frentes norte y oriental de Toledo, levantados en el siglo IX o X. Vascos, sin tierras laborables en su término, sería una ciudad exclusivamente militar, una atalaya sobre el valle medio del Tajo. Formaría parte de una línea defensiva del paso del río a la que pertenecieron los recintos, igualmente yermos, de Castros y de Alija y el castillo de Espejel, en la Jara de Cáceres y en el borde sur del Tajo los tres, el primero defensa del paso del río por un puente de cuyos estribos se conservan restos ¹.

Tal vez la construcción de estas y de otras fortificaciones cercanas no estudiadas responda a las expediciones de Ordoño II (914-924) en el año 913 y siguientes al sur del Tajo y por la comarca de Mérida, y a la de Ramiro II (931-951), al mediar el siglo, por las mismas, con derrota del ejército cordobés y conquista de Elbora (Talavera la Vieja) ².

Albalate (Majādat al-Balāt) (Cáceres).

Si en épocas de estiaje el Tajo se vadeaba fácilmente en la Edad Media, durante el resto del año era, desde antes de llegar a Toledo, un obstáculo de consideración para el paso de tropas, por la profundidad de sus aguas, y en bas-

tigüedades romanas, p. 51); Coello (*Vías romanas entre Toledo y Mérida*, en *B. R. A. H.*, XV, p. 18); Fita (*Inscripciones romanas inéditas de Vascos y de Valdeverdeja*, en *B. R. A. H.*, II, pp. 247-248), y Blázquez, Jiménez (*Vías romanas de Carrión a Astorga y de Mérida a Toledo*, pp. 23-24), creo que carecen de base firme para esa atribución.

¹ Fernando Jiménez de Gregorio, *Fortalezas musulmanas de la línea del Tajo*, en *Al-Andalus*, XIX, 1954, pp. 410-420.

² M. Gómez-Moreno, *Introducción a la «Historia Silense»* (Madrid 1921), pp. xciii-cxv y cv; *Elboram civitatem Toletani regni, que nunc Talavera vocatur* (*Crónica Silense*, edic. Santos Coco, pp. 37 y 39).

tantes lugares de su curso, a causa de su hondo cauce, encajonado entre pendientes y abruptos montes. El tráfico entre las dos partes en que ese río divide a la Península lo canalizaban los puentes, cuya importancia militar y económica era grande y obligada la construcción de obras militares que asegurasen su dominio. Conseguiase éste con las torres fuertes levantadas a la entrada y salida de los puentes, y a veces en su centro, y por medio de ciudades muradas situadas en uno de sus extremos que había que cruzar para alcanzar el puente, o de fortalezas que le dominaban.

Hay noticia de tres puentes romanos sobre el Tajo: el de Toledo, destruido probablemente antes de finalizar el siglo X; el de Alconetar (Cáceres), en la vía de la Plata, que unía el reino de León con Extremadura y el valle bajo del Guadalquivir, del que quedan importantes vestigios¹, y el de Alcántara (Cáceres), aún en uso tras larga historia de destrucciones y obras de reparación. No serían los únicos.

Antes de la conquista de Toledo por Alfonso VI (1085), cuando los musulmanes dominaban el valle del Tajo, debió de haber por lo menos dos puentes más, uno en Zorita de los Canes (Guadalajara), en donde comienza el alto curso del río, muy transitado en la Edad Media, cuya existencia en época islámica acreditan los restos califales de la cerca de la hoy casi despoblada villa, que en unión de imponente fortaleza protegía su acceso². Desde el de Zorita hasta To-

¹ El puente de Alconetar aún estaba en uso en 1292, fecha de una carta real de Sancho IV sobre contiendas entre los Templarios, que disfrutaban de los derechos de portazgo, y el concejo de Plasencia (Mercedes Gaibrois de Ballesteros, *Sancho IV de Castilla*, t. III (Madrid 1928), doc. n° 420, pp. CCLXXXII-CCXXXIII).

² El puente de Zorita existía en 1152, fecha de una donación de Alfonso VII a don Galindo, entre otras propiedades, de una aceña junto al puente de Zorita (Suárez de Alarcón, *Relaciones genealógicas de la Casa de los Marqueses de Trocifal*, escritura XXVIII, p. 14 del apéndice).

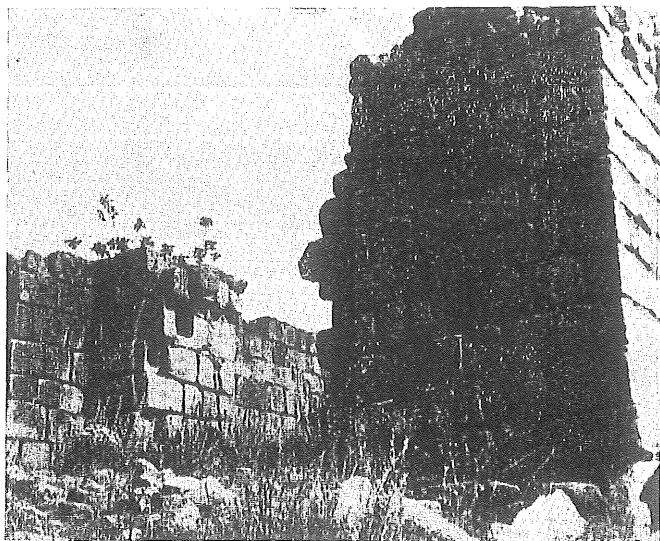
ledo no había más puente que el de Alharilla, a poca distancia de Fuentidueña del Tajo ¹. Aguas abajo de la gran ciudad mudéjar existía otro en Talavera de la Reina (Toledo) ², villa en la que se conservan restos de fortificaciones califales y era en el siglo X, lo mismo que Toledo y Zorita, cabeza de puente.

Pero el tránsito no se hacía únicamente por los puentes. Había también vados que permitían cruzar los ríos, aunque no con la permanencia y comodidad que por aquéllos. Inmediatos a los vados o sobre ellos construíanse los puentes. Casi siempre la existencia de uno de éstos, en ríos de algún caudal, supone la anterior de un vado. También junto a los más importantes vados, lo mismo que junto a los puentes, imponíase la construcción de obras militares que asegurasen su dominio. Vados y puentes eran, pues, lugares de tránsito obligado en las rutas de importancia militar y económica.

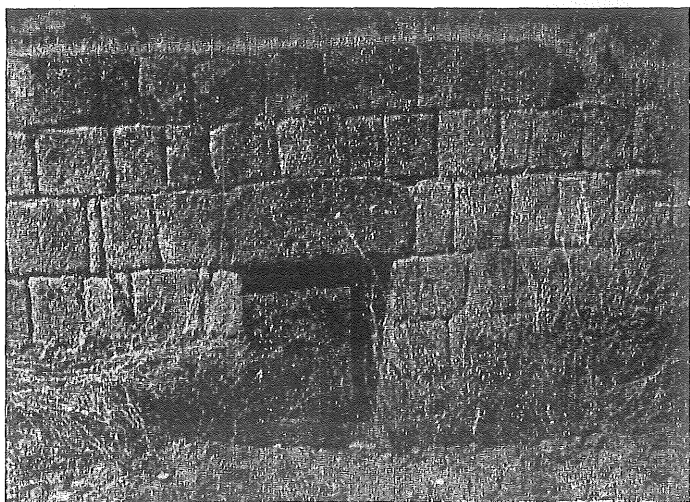
Uno de los más famosos vados del Tajo, el de Albalate, utilizóse mucho en época islámica. Estaba entre Talavera, villa llamada más tarde de la Reina, y el puente de Alconetar antes citado, en un camino que unía las tierras del

¹ Un documento de Fernando III de 1223, que reproduce una disposición de su abuelo Alfonso VIII, prohíbe que ningún ganado ni mercadería pasase el Tajo en barco o por puente, excepto por los de Toledo, Alfariella y Zorita (Miguel de Manuel Rodríguez, *Memorias para la vida del santo rey don Fernando III*, Madrid 1800, p. 342). Alfariella es Alharilla, pueblo desaparecido que estuvo cerca de Fuentidueña de Tajo, a tres cuartos de legua, y cuyo nombre conservan una dehesa y una ermita, situadas en la margen izquierda del río.

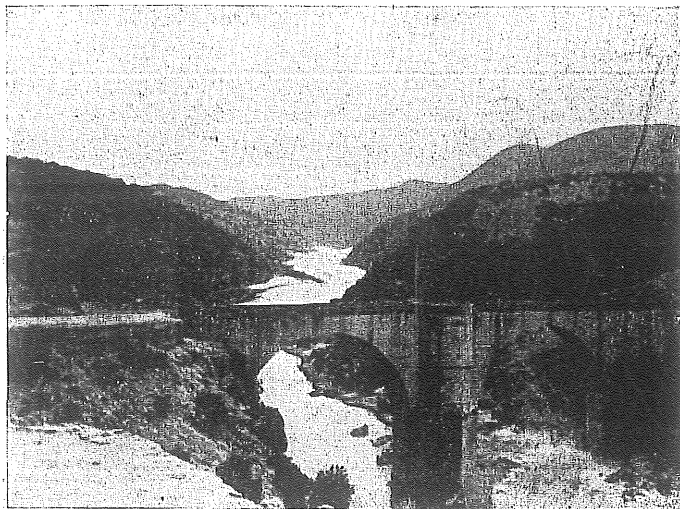
² El puente de Talavera estaba ruinoso a fines del siglo XV. Lo reconstruyó el cardenal Mendoza siendo arzobispo de Toledo, según un letrado que en él había y vió Ponz, con la fecha, pero ilegibles las cifras de decenas y unidades (14 ¿83?). Tenía treinta y cinco ojos; el paso por algunos arruinados se hacía por tablas. Se conservan aún varios de sus arcos (*Viaje de España*, por don Antonio Ponz, VII, seg. edición, Madrid 1784, p. 36; Fernando Jiménez de Gregorio, *Tres puentes sobre el Tajo en el medievo*, en *Hispania*, XIV, 1954, pp. 169-171).



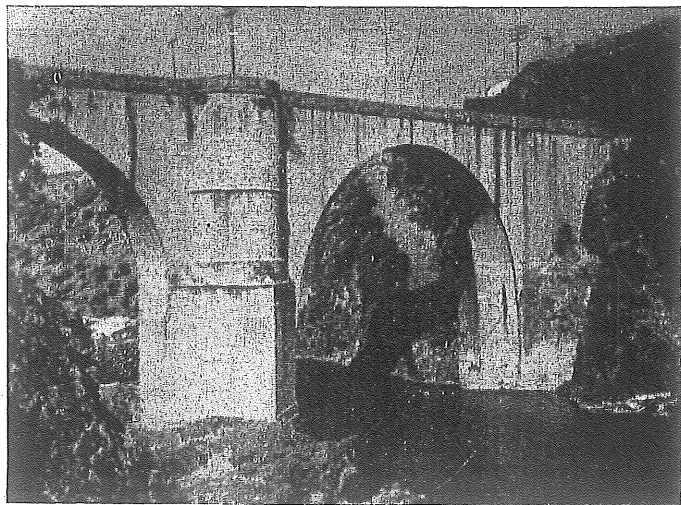
Puerta de poniente del recinto de Vascos (Toledo).



Postigo en el recinto de Vascos (Toledo).



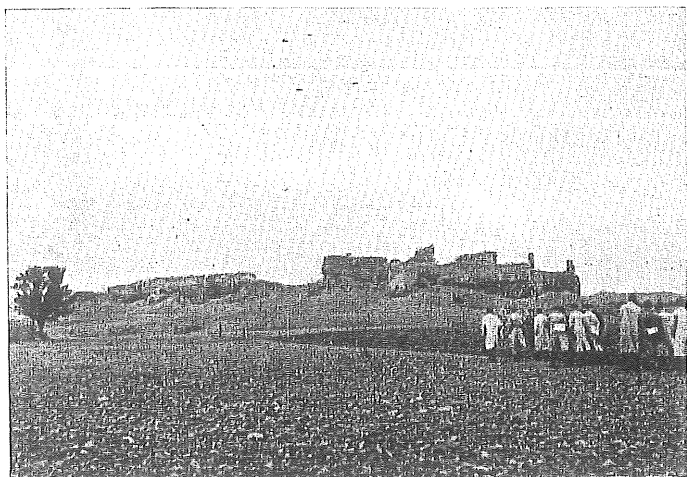
Puente de Albalat sobre el Tajo, llamado hoy de Almaraz (año 1552).



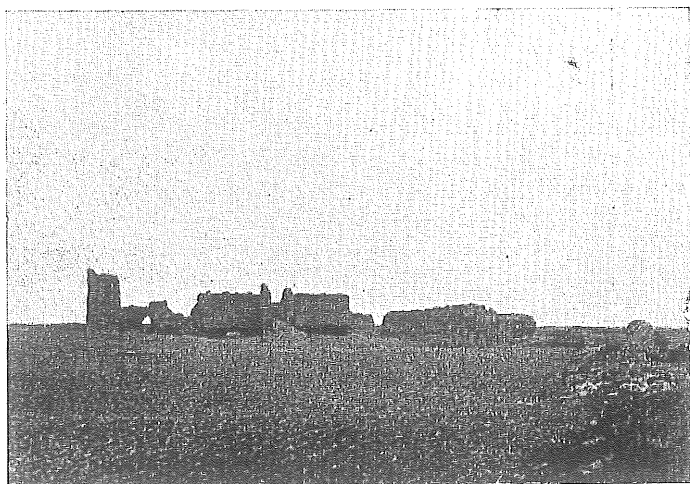
Puente de Albalat sobre el Tajo, llamado hoy de Almaraz (año 1552).



Torreón del recinto de Majādat al-Balāṭ (Cáceres).



Las ruinas del recinto de Calatrava la Vieja (Ciudad Real) desde mediodía.



Interior del recinto de Calatrava la Vieja (Ciudad Real), con las ruinas del alcázar al fondo.

oriente de Salamanca y del occidente de Avila, a través de la rica comarca de la Vera, con Trujillo, Medellín, Mérida y el valle medio del Guadiana. También era y es paso obligado del Tajo de una vía natural, frecuentadísima en todo tiempo, que comunicaba el centro de España, Toledo primero, más tarde Madrid, con Portugal, camino real cuyas etapas principales eran en el siglo XVII Talavera, Oropesa, Alvalat, Trujillo, Mérida, Badajoz y Elvás ¹.

Varias villas españolas llevan el nombre de Albalate, seguido casi siempre de otro para su diferenciación; han desaparecido no pocos lugares así llamados. Es el mismo nombre de *al-Balāt*, apenas modificado al romancearlo, que tuvieron en época islámica y cuya significación es la de calzada o camino, y con menos frecuencia, palacio ².

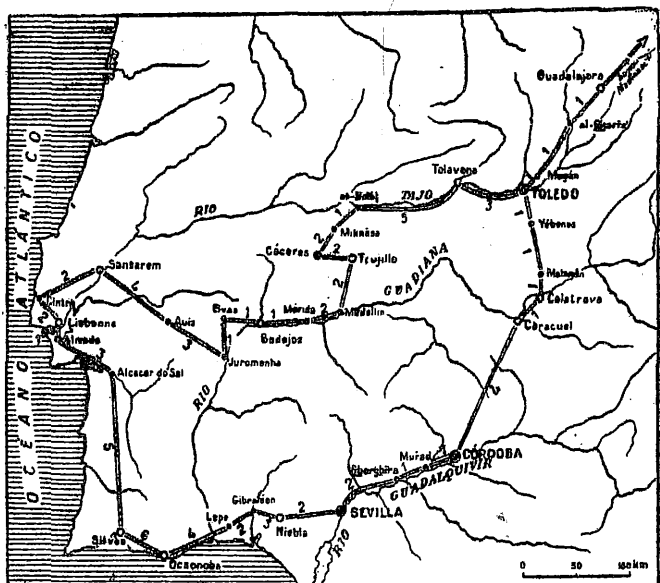
El vado de Albalate, paso del Tajo de caminos muy frecuentados, daría origen a una ciudad del mismo nombre, de vida a la vez militar — defensa y protección del vado — y comercial, por razón del tránsito. En la primera mitad del siglo X, reinando en Córdoba el califa 'Abd al-Raḥmān III, el viajero oriental Ibn Ḥawqal pasó por *al-mājādat al-Balāt*, es decir, por «el vado de la Calzada» en su itinerario de Toledo por la orilla izquierda del Tajo a Cáceres ³. Al-Balāt sería una de las ciudades más importantes de la comarca, pues, según Idrīsī, daba nombre a un clima de la Península en el que la incluye en unión de Medellín. El geógrafo ceutí nombra a *ḥiṣn al-Balāt*, *madīnat al-Balāt* y *majādat al-Balāt* como etapas de tránsito y cruce de caminos: dos jornadas cuenta desde ella a Calatrava (en el camino

¹ *Historia y Anales de la Ciudad y Obispado de Plasencia*, por Fray Alonso Fernández (Cáceres 1952), «Biblioteca Extremeña», pp. 32-33. La primera impresión es de 1627.

² *Supplément aux Dictionnaires arabes*, por R. Dozy, tomo primero, segunda edic. (Leide-Paris 1927), p. 111.

³ Edic. Kramers, I, pp. 116-117, según cita de Lévi-Provençal, *Histoire de l'Espagne musulmane*, III (Paris 1953), pp. 320-321.

de Córdoba); otras tantas a Talavera (para Ibn Hawqal son tres); cuatro a *Qanṭara al-Sayf*, es decir, al puente romano de Alcántara; dos a *Miknāsa* (en el camino de Cáceres) ¹.



Itinerarios de Ibn Hawqal en al-Andalus (siglo X), según Lévi-Provençal. (Las cifras indican el número de jornadas de camino entre cada dos localidades).

Al-Balāt pasaría a poder de los cristianos, como toda la línea del Tajo, al conquistar Alfonso VI a Toledo en 1085 ².

¹ Idrīsī, *Description*, texto, pp. 175 y 186-187; trad., pp. 211 y 226-227. Miknāsa, según Yāqūt, era una fortaleza en el distrito de Mérida. Saavedra cree que estaría en el cerro del Mingazo, a la derecha del Tajo, antes de la puente del Cardenal. Las jornadas de Idrīsī no coinciden con las de Ibn Hawqal; las dos del primero desde al-Balāt a Talavera, son cinco para Ibn Hawqal. De al-Balāt a Miknāsa éste invirtió una jornada; Idrīsī cuenta dos.

² No sabemos si se referirá a esta al-Balāt un diploma de Alfonso VI, de 13 de febrero de 1095, registrado en el *Libro de privilegios de la Santa Igle-*

En ellas seguía cuando, según la *Crónica de Alfonso VII*, después de partir de España el emperador 'Alī, hacia la época que los musulmanes conquistaron el castillo de Oreja (en 1113, según los *Anales Toledanos II*), unos malos hombres que se decían cristianos sin serlo, entregaron a los almorávides el castillo de al-Balāt, convertido por éstos en centro de incursiones arrasadoras contra la Extremadura que se estaba poblando hasta el Duero. Al conquistar Alfonso VII Coria en 1142, refiere la misma *Crónica*, atemorizados los musulmanes de Albalat, abandonaron la ciudad, destruída inmediatamente hasta sus cimientos por los cristianos de Avila y Salamanca ¹.

El arrasamiento no sería tan radical como con exageración suelen decir las crónicas en casos análogos. Pues el *Qirṭās* refiere que el emperador almohade Ya'qūb al-Mansūr, en su tercera expedición a al-Andalus realizada en el año 592 (1196), después de cercar sin éxito a Toledo y apoderarse de Calatrava, Guadalajara, Uclés y Talamanca, entre otros castillos y ciudades expugnó también Albalat y Trujillo ². El castillo de Albalat se cita en el privilegio de Alfonso VIII en 1199 señalando límites a la ciudad recién fundada de Plasencia ³.

sia de Toledo, fº 6: *Et in civitate Talavera, que locus olivarum dicitur, concedo ibi pro illuminaria... ecclesiam sancti Jacobi, et domos, almuniam, et unan villam in albalat juxta villam regine (Alcalon)* (Fidel Fita, *Inscripciones romanas de la ciudad y partido de Talavera* [Provincia de Toledo], en *B. R. A. H.*, II, 1882, p. 255).

¹ *Esp. Sag.*, XXI, pp. 361 y 381; *Chronica Adefonsi Imperatoris*, edic. Sánchez Belda, pp. 84-85 y 126. No sabemos a qué Albalat aluden los *Anales Toledanos I* (*Esp. Sag.*, XXIII, p. 391) al decir en el año 1169: «Corrieron los Moros el anno dalbalat día de Santa María Magdalena en día Jueves».

² *Qirṭās*, trad. Huici, pp. 233-234

³ *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso el Noble, octavo de este nombre*, recogidas por el Marqués de Mondéjar (Madrid 1783), pp. LXXXIII-LXXXV, doc. VIII: *Et ultra fluvium Tagum de supradicto vado de Alarza, sicut exit carrera de vado, et itur per eam ad portum de Ibor,*

La barca de Albalat continuó siendo durante el resto de la Edad Media paso obligado de la vía natural del centro de Castilla a Portugal y la costa atlántica. En 1285, por ejemplo, yendo Sancho IV de Toledo a Sevilla para combatir una invasión de los marroquíes, después de Talavera, «pasó el río del Tajo en Albalat» camino de Mérida ¹. La aldea «que dicen Albalat con el cortijo que hi es... e con su castellería», concedía Fernando IV en 1303 a Fernán Gómez y a Diego García ². Continuaban las barcas de tránsito, pero la aldea estaba casi totalmente despoblada hacia 1520, cuando don Fernando Colón pasó el Tajo en aquéllas, pues tan solo menciona las Barcas «lugar de dos vecinos, está en un cerro e fué un lugar grande en otros tiempos»; «a la mano derecha a tres tiros de ballesta de las barcas queda una villa despoblada orilla del camino que se llama villa vieja» ³. Pocos años después, en el *Repertorio de todos los caminos de España* de Villuga, editado en 1546, figura el paso por «las Barcas Darballa» en los caminos, coincidentes en parte, de Lisboa a Valencia (por Cáceres y Toledo) y de Évora a Toledo ⁴.

praeter castellum Alvalat cum suo termino, quod est sicut cadum aquae versus castellum de omnibus partibus ultra Tagum; et de portu de Ibor, sicut itur in directum ad rivum qui dicitur Almont... El actual puerto de Miravete parece, pues, que se llamaba en el siglo XII de Ibor.

¹ *Crónica del rey don Sancho el Bravo*, en Biblioteca de autores españoles, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, colec. ordenada por Cayetano Rosell, I (Madrid 1875), cap. II, p. 71.

² *Memorias de don Fernando IV de Castilla*, por don Antonio Benavides, t. II (Madrid 1860), docs. CCXXX, CDLXVII y DLXXXV, pp. 346-348, 680-681 y 865-868). Entre los bienes concedidos en Alvalat, figura en ese documento y en otro de 1317 «casas e unos molinos, huertas e dehesas e prados e hereditat para pan» y «la casa Dalvalat».

³ Fernando Colón, *Descripción y cosmografía de España*, t. I (Madrid 1910), p. 175.

⁴ Pero Juan Villuga, *Repertorio de todos los caminos de España* (Madrid 1950), pp. 34-35

La ciudad de Plasencia acometió la construcción de un sólido puente de piedra sillería, de dos ojos y 36 metros de altura, unos dos kilómetros aguas arriba del vado, en donde el Tajo deja de ir encajonado para extenderse por un terreno relativamente llano en el que está aquél. El puente, levantado por un «singular arquitecto, fraile lego de la Orden de Predicadores», que será el maestro Pedro de Uria, cuyo nombre figura con la fecha de 1552 y los escudos de Plasencia y de Carlos V en la inscripción conmemorativa de la pila central ¹, llamóse de Alvalat ².

Hoy lo nombran de Almaraz y sigue salvando el paso del Tajo en la carretera general de Madrid a Cáceres, que vuelve a atravesar el mismo río por el monumental puente de Alcántara para entrar en Portugal. Antes de llegar a aquella ciudad, la ruta se bifurca para su ingreso en el mismo reino por Mérida y Badajoz. Pasado el puente, la carretera sigue la dirección del antiguo camino: se aparta del Tajo para subir al puerto de Miravete, en los cerros que separan la cuenca de ese río y la de su afluente el Almonte.

La construcción del puente debió de despoblar totalmente el lugar del vado y la villa de Albalate, algo apartada del río. Su nombre tan sólo se ha conservado en el apelativo de un lugar, Higuera de Albala o de Albalat, que con otros tres próximos, de no mayor importancia — Romangordo, la Peñuela de Arriba y la de Enmedio, Casas del Puerto — todos en lugares umbrosos y de tierra estéril, de poco pan, formaban lo que aún se llamaba a mediados del siglo XIX el concejo de la campana de Albalat, del que el desaparecido era la matriz ³.

¹ *Viaje de España*, por don Antonio Ponz, tomo séptimo, seg. edic. (Madrid 1784), pp. 86-87. Las dos últimas cifras de la fecha están casi borradas; parece leerse la citada.

² *Historia y Anales de la Ciudad y Obispado de Plasencia*, por Fray Alonso Fernández, p. 33.

³ Gabriel Azedo de la Berrueza y Porras, *Amenidades, Florestas y Re-*

El hallazgo reciente de dos losas funerarias de pizarra, hacia el kilómetro 203 de la carretera general de Madrid a Cáceres, dos más allá del puente de Almaraz, ha avivado el recuerdo de la ciudad muerta. Descubrió las losas el arado en lugar inmediato a un molino, donde estaría la *maq-bora* o cementerio. Tienen caracteres cúficos incisos y punteados. Una de ellas, incompleta, es de un tal Ibrāhīm ibn Aḥmad ibn Ibrāhīm, cuyo fallecimiento debió de ocurrir entre 1041 y 1090. En la otra, aún más rota, apenas si se pueden leer algunas palabras ¹.

Al parecer, hubo dos núcleos de población: uno la *Madinat al-Balāt*, la villa vieja despoblada, cuyas ruinas vio don Fernando Colón en el siglo XVI orilla del camino, a tres tiros de ballesta de las barcas, donde Madoz registra, a media legua de la margen izquierda del Tajo, algunos cimientos y pequeños restos de sus antiguos edificios. Y otra, la *majādat al-Balāt*, o sea el vado de la Calzada, «lugar de las barcas», donde Colón encontró tan sólo dos vecinos, situado a la orilla izquierda y junto al Tajo, entre éste y la carretera, unos dos kilómetros aguas abajo del puente de Almaraz, junto a una presa o azud y un molino emplazado en la otra orilla. Este solar yermo — no he visitado el otro más apartado del río —, era un recinto no muy grande, de planta alargada, encerrando una colina de escasa altura, hoy sembrada de cereales. Se mantienen, muy destrozados y en trance de desaparición, algunos restos de muros y torres hechos de lajas de pizarra del terreno, con alguna faja intermedia de mampuestos colocados oblicuamente.

Como vestigio más visible, queda un torreón macizo, resistente al abandono y a la acción destructora de los

creos de la Provincia de la Vera Alta y Baja en la Extremadura (Cáceres 1951), p. 81 (primera edición de 1667); Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, I (Madrid 1845), p. 285.

¹ Manuel Ocaña Jiménez, *Dos epitafios musulmanes de Albalat (Cáceres)* (*Al-Andalus*, X, 1945, pp. 393-395).

agentes físicos. El lomo producido por el amontonamiento de los materiales caídos de la cerca, dibuja casi todo el recinto.

Calatrava la Vieja (Qal'at Rabāb) (Ciudad Real).

Calatrava es nombre de amplia resonancia en la historia de España. Durante los reinados de Alfonso VII y Alfonso VIII parte principal de la epopeya de la Reconquista tuvo lugar en torno a esa ciudad, fundada por los musulmanes a orillas del Guadiana, cuna más tarde de la orden militar que llevó su nombre, una de las de más destacada actuación en las campañas contra los musulmanes y en la historia interna medieval de los reinos peninsulares.

Durante varios siglos fué Calatrava cruce de caminos e importante etapa y llave de las comunicaciones entre el norte de España y Toledo y Andalucía¹, al mismo tiempo que fortaleza islámica avanzada frente a la ciudad del Tajo, rebelde casi constantemente a los emires cordobeses hasta su asedio y toma en 932 (320) por 'Abd al-Rahmān III. Más tarde, a partir de la conquista de Toledo en 1085 por Alfonso VI, continuó Calatrava desempeñando el mismo papel de plaza fronteriza, ahora frente a la ciudad cristianizada.

A pesar de su importancia en la historia peninsular Calatrava ha sido uno de sus escenarios más olvidados; fuera desde hace siglos de los caminos pasajeros, son escasas las gentes que sintieron curiosidad por conocer el solar y las ruinas de esa ciudad yerma.

¹ Idrisi habla de Calatrava como de un cruce de caminos, al enumerar las rutas que iban desde ella: a Caracuel; a la fortaleza de Aurelia (Oreja, dos jornadas) para continuar a Toledo (una jornada); a la fortaleza de al-Balāṭ (dos jornadas). Era etapa en la vía de Córdoba a Toledo descrita más adelante (Idrisi, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, texto, pp. 175, 186 y 213; trad., pp. 210, 226 y 263-265).

Por la gran importancia militar que tuvo y los hechos militares de que fué teatro, se la creería asentada en lo alto de uno de esos cerros abruptos y rocosos, tan abundantes en la Península. Nada menos cierto. A cuatro leguas de Almagro y una al norte de Calzada de Calatrava, extendíase por la meseta de un cerro estrecho y largo, algo elevado a occidente, con alturas variables de unos 15 a 40 metros sobre el anchuroso cauce del río Guadiana, que le sirve de foso a occidente, cubierto de juncos, cañas, carrizos, enneas y espadañas. Hacia sudeste, un pequeño barranco separa el cerro de las tierras de labor inmediatas.

A pesar de su escasa elevación, el solar de Calatrava, en la margen izquierda del Guadiana, protegiendo su paso, era una excelente atalaya desde la que se dominaba extensa comarca suavemente ondulada, cuyo horizonte cierran sierras de escasa elevación. Como se dijo, estaba en la ruta de Toledo a Córdoba, una de las más principales, si no la más importante y frecuentada de al-Andalus, y protegía la extensa región comprendida entre Tolèdo y el Tajo y sierra Morena. Antes de llegar a Calatrava se reunían la mayor parte de los caminos, que arrancando de Córdoba, atravesaban esa cordillera por varios puertos o pasos para dirigirse a Toledo y a la parte oriental de Castilla la Vieja y el valle del Ebro ¹.

¹ Dos caminos principales había en la Edad Media entre Toledo y Córdoba y Andalucía. El más oriental y frecuentado era el de Calatrava, por estar en su recorrido esa ciudad fuerte. Cruzaba Sierra Morena por el puerto de Muradal para desembocar en la Mancha por un paso flanqueado por los cerros ocupados por los castillos de Calatrava la Nueva y Salvatierra y seguir luego a Calatrava la Vieja. Fué la ruta seguida en 1157 por Alfonso VII al regresar de Almería y morir en Fresneda, en el puerto de Muradal; en 1195 por Ya'qūb al-Manşūr, que pasó por el mismo puerto, Salvatierra y el Congosto, entre Salvatierra y Alarcos, para llegar a esta última fortaleza, junto a la cual derrotó a Alfonso VIII (Ciot, *Chronique latine des rois de Castille*, p. 43), y por Muḥammad ben Ya'qūb en 1211, al ir a combatir desde Córdoba, tras pasar por el puerto de Muradal, el castillo de Salvatierra, del que se adueñó

En el siglo X, el geógrafo oriental Ibn Ḥawqal, que al parecer ultimó su *Libro de los caminos y de los reinos* en 976, describe el camino, seguido por él, de Córdoba a Medinaceli pasando por Calatrava, Toledo y Guadalajara ¹. Al-Idrisi, a mediados del siglo XII, refiere con más detalle parte de la misma ruta, frecuentada por los ejércitos cordobeses en sus periódicas expediciones de verano para combatir a los cristianos del Norte. El que desde Córdoba, dice, se dirige a Toledo, debe subir la cuesta de Arleš y recorrer 11 millas. Desde ella a *dār al-Baqar* hay 6 millas; desde este lugar a *Bitrawš* (Pedroche), 40; a 7 se halla *Gāfiẓ* (Belalcázar). Cuenta después una jornada a *yabal 'Āfir* (*Šad-fūra*, en Yāqūt) y otra a *dār al-Baqar* para llegar a Calatrava ².

(*Ibidem*, p. 56). Según el cronista Desclot, el camino que iba de Castilla a Córdoba y Sevilla pasaba por el puerto de Muradal (Bernardo Desclot, *Historia de Cataluña... de las empresas hechas ... por los Reyes de Aragón, hasta la muerte de dō Pedro... tercero...*, Barcelona 1949, c. 79). En un privilegio de Enrique I del 6 de noviembre de 1214, en el que se fijan los términos del castillo del Milagro, se alude a la *viam antiquam quae vadit a Toletō ad Calatravam per portum de Orgaz, et cum Yevenes*. Este documento fué confirmado por Fernando III en 1222 (Miguel de Manuel Rodríguez, *Memorias para la vida del Santo rey don Fernando III*, Madrid 1800, pp. 329-330). El otro camino, más occidental, pasaba por el puerto de Alhover o Alhobet (Alhuaid, Alhavir, en documentos mozárabes toledanos del siglo XIII) [Ángel González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, vol. preliminar, doc. n. 1158, p. 370; vol. II, docs. n. 459 y 460, pp. 61-63], que desde el siglo XIII se llamó del Milagro, por haber levantado el arzobispo don Rodrigo, a costa de la iglesia toledana, un castillo, al que dió ese nombre, para defender su acceso. «En esse tiempo — dice la *Primera Crónica General* —, en la carrera pública por o yua et uinie toda la yent, et por o los alaraues usauan de venir guerrear a Toledo et fazerle el más mal que podien, pobló ell arçobispo don Rodrigo el castiello que dizen Miraglo» (cap. 1023, p. 707). Lo mismo en *De rebus Hispaniae*, de Jiménez de Rada, lib. VIII, cap. XIV.

¹ Edic. Kramers, I, pp. 116-117.

² *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, texto, p. 213; trad., páginas 263-265.

El nombre árabe de Calatrava, *Qal'at Rabāḥ* (castillo de Rabāḥ), dicese proceder del *tābi*^c (seguidor, discípulo) y *dāhil* (emigrado), 'Alī ben Rabāḥ al-Laḥmi ¹. Al-Ḥinyarī afirma ser fundación de la época omeya, en la que se establecieron los habitantes de *Ūrī* (Öreto) al ser destruída esta ciudad de abolengo romano ². Maqqarī la llama Albaida ³.

Calatrava figura por primera vez en las crónicas árabes conocidas con motivo de la sublevación en Toledo de Abū-l-Aswad Muḥammad ben 'Abd al-Raḥmān Fihri contra 'Abd al-Raḥmān I en 169 (785), a fines del reinado de éste. Infringió el emir sangrienta derrota al rebelde, perseguido hasta más allá de Calatrava, con muerte de todos los fugitivos a los que las tropas leales lograron dar alcance ⁴.

Algo más tarde, bajo el emir 'Abd al-Raḥmān II, su hijo Umayya, que asediaba a Toledo, hubo de levantar el sitio y replegarse hacia Andalucía al ser derrotado por los habitantes de esa ciudad. Su segundo Maysara, conocido por Fatā Abū Ayyūb, quedó en Calatrava, en cuyas inmediaciones tendió una celada a los toledanos ⁵. Dos años después, en 221 (836) huyó de Toledo con sus partidarios el

¹ C. F. Seybold en la *Encyclopédie de l'Islam*, I (Leiden-Paris 1913), p. 846; Asín, *Contribución a la toponimia árabe de España*, p. 100. Rades y Andrada tradujo *Qal'at Rabāḥ* por «castillo en la llanura»; Cortés y López, por «torres duplicadas o multiplicadas» y Fernández Guerra por «castillo de la ganancia».

² Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 163; trad., p. 196.

³ Maqqarī, *Analectes*, I, p. 103.

⁴ Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, p. 52; trad., p. 132; Ibn 'Idāri, *Bayān*, II, texto, pp. 51-52; trad., pp. 77-78.

⁵ Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, pp. 313-314; trad., p. 208; Ibn 'Idāri, *Bayān*, II, texto, p. 86; trad., p. 137; Ibn Jaldūn, *Historia de los árabes de España*, trad. Machado, en *Cuadernos de Historia de España*, VIII, p. 150. La versión de este último difiere de la de los anteriores, pues dice que al levantar Umayya el sitio de Toledo se instaló en Calatrava, desde donde envió tropas a atacar a esa ciudad. Los toledanos, a su vez, salieron

muladí Ibn Muhāyir y, traicionando a los suyos, pasó a la obediencia del emir, refugiándose en Calatrava ¹.

Un audaz golpe de mano permitió a los toledanos, mandados por el mozárabe Suintila, ocupar a Calatrava, evacuada por los musulmanes, y desmantelarla ². La respuesta fué el rápido envío de una expedición desde Córdoba contra Toledo en el verano de 239 (853), a cuyo frente iba el príncipe al-Ḥakam, hermano del emir reinante Muḥammad. Llegados a Calatrava, encontraron la ciudad abandonada. Al-Ḥakam mandó reconstruir las fortificaciones e instalar a los fugitivos, huidos tras la ocupación de Suintila ³. Las obras parece que fueron terminadas dos años más tarde, en 241 (855). Levantadas nuevas construcciones y repoblada la ciudad, quedó en ella una fuerte guarnición al mando del general Ḥārith ben Bazī^c ⁴.

En contraste con Toledo, con su gran vecindad abigarrada de mozárabes y muladíes siempre prontos a la revuelta, los habitantes de la reconstruida y nuevamente poblada Calatrava serían soldados y fieles musulmanes, en su mayor parte beréberes Barānis, Butr y Maṣmūda, pobladores del valle medio del Guadiana y el oriente del ac-

a combatir al príncipe en Calatrava. En una emboscada preparada por éste fueron vencidos los musulmanes. Umayya falleció de pesar a los pocos días.

¹ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 87; trad., p. 138; Nuwayrī, *Historia de los musulmanes de España y Africa*, trad. Gaspar Remiro, I (Granada 1917), p. 41.

² Eulogio, *Memor. sanct.*, lib. III, cap. 4.

³ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 97; trad., pp. 153-154; Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, p. 47; trad., p. 231; Ibn Jaldūn, *Historia de los árabes de España*, trad. Machado, en *Cuadernos de Historia de España*, VIII, p. 154; Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 163; trad., p. 196.

⁴ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 98; trad., pp. 155-156; Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, p. 52; trad., pp. 232-233; Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 163; trad., p. 196.

tual Portugal ¹, obedientes al emir cordobés. Así se explica que en los últimos años del siglo IX, durante el poco tranquilo reinado de 'Abd Allāh, los Banū Bakr de Qal'at Rabāh buscaran el apoyo del prestigioso jefe de Elvira Sa'id ben Sulaymān ben Yūdi al-Sa'dī, enemigo de Ibn Ḥafsūn ².

A los cuarenta días de ser proclamado emir, en el año 300 (912), recibió al-Nāṣir li-dīn Allāh noticia de la primera victoria de su reinado, inicio de tantas otras. El derrotado fué al-Faṭḥ ibn Mūsā ibn Dī-l-Nūn, que, después de suscribir acta de juramento de fidelidad, declaróse en rebeldía en Calatrava, acompañado de al-Rizahī, conocido por Muḥammad ben Ardabuliṣh. Salió a su encuentro el visir 'Abbās ben 'Abd al-'Azīz al-Quraṣhī con tropas mercenarias, y derrotó a al-Faṭḥ, matando a buen número de sus gentes ³.

Por esos mismos años, en la primera mitad del siglo X, al-Rāzī describía la ciudad de Calatrava como situada en «buena tierra de sementera de pan, et mui temperada; et es tierra de muy buena caça, et dan y los ganados mucha

¹ La noticia figura en la parte recién descubierta del tomo I del *Muqtabis* de Ibn Ḥayyān (E. Lévi-Provençal, *España musulmana*, t. V de la «Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal», n. (7) de la p. 96).

² «*Al-Muqtabis*» de Ibn Ḥayyān, trad. Guráieb, en *Cuadernos de Historia de España*, XV (Buenos Aires 1951), p. 159.

³ Ibn 'Idāri, *Bayān*, II, texto, pp. 151 y 164; trad., pp. 244 y 264-265; E. Lévi-Provençal y Emilio García Gómez, *Una crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III al-Nāṣir* (Madrid 1950), pp. 95-96. Este mismo texto da la noticia de haber sido nombrado gobernador de Calatrava el año 317 (929-930), Ṣahīb ibn Aḥmad (p. 158). — Ibn Ḥayyān refiere la sublevación contra 'Abd al-Raḥmān III en forma distinta: Yahyā b. Mūsā b. Du'l Nūn simuló un pacto con el rebelde Muḥammad b. 'Abd Allāh al-Bakrī al-Rabāḥī, conocido por Ibn Ardabuliṣh, cuando éste se atrincheró en la fortaleza de Malqūn (Málaga), al mismo tiempo que atacaba a los habitantes de Qal'at Rabāh, que le habían repudiado. Cuando Muḥammad creyó segura la amistad de Yahyā, éste le traicionó, matándole y enviando su cabeza — la primera recibida por el emir — a 'Abd al-Raḥmān III, con lo que quedó confirmado en su puesto en esa región (Ibn Ḥayyān, *al-Muqtabis*, trad. Guráieb, en *Cuadernos de Historia de España*, XIII, Buenos Aires 1950, pp. 175-176).

leche; et mas que en otra tierra. Et es tierra mui dolentia para los omens...»¹.

Proclamado un nieto de al-Nāṣir, Sulaymān ben al-Ḥakam ben Sulaymān, durante las revueltas que dieron fin al califato, imán del partido beréber, al ser rechazado por los sevillanos, fué a saquear Calatrava, en cuya ciudad se instaló con los suyos hasta poco antes de comenzar el asedio de Córdoba, en rabī^c I 401 (noviembre de 1010)².

Después de la muerte violenta del califa 'Alī ben Ḥammūd, sucesor de Sulaymān al-Musta'in, en dū-l-qa'da 408 (marzo del 1018), fué proclamado su hermano al-Qāsim ben Ḥammūd con el título honorífico de al-Ma'mūn. Este concedió en feudo la comarca de Jaén, Baeza y Calatrava al *fata* amirī Zuhayr³.

En Calatrava vivía hacia el año 1036 un esterero llamado Jalaf, de gran semejanza física con el misteriosamente desaparecido califa Ḥiṣhām II. Noticioso del hecho Muḥammad ben Ismā'il, cadí y dueño de Sevilla (1023-1042), le hizo ir a esta ciudad y le reconoció como tal califa mientras el seguía gobernando como visir, con lo que consiguió extender su autoridad a parte de al-Andalus, por donde se propagó la historia de una estancia en Oriente del supuesto Ḥiṣhām II y de sus pretendidas andanzas por Málaga y Almería hasta llegar a Calatrava⁴.

¹ Gayangos, *Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada del moro Rasis* (Memorias de la Real Academia de la Historia, VIII, p. 50); Lévi-Provençal, *La «Description de l'Espagne» d'Aḥmad al-Rāzī* (Al-Andalus, XVIII, p. 82).

² Ibn al-Aṭīr, *Annales du Magreb et de l'Espagne*, texto, p. 150; traducción pp. 410-411.

³ *Ibidem*, texto, p. 191; trad. p. 425.

⁴ Recojo el relato de Nuwayrī, *Historia de los musulmanes de España y Africa*, trad. Gaspar Remiro, I, pp. 89-90. Dozy, siguiendo a *Scriptorum Arabum loci de Abbadidis* (Leiden 1846), cuenta que los habitantes de Calatrava creyeron que Jalaf era Ḥiṣhām II y le reconocieron por soberano, sublevándose

A partir de la conquista de Toledo por Alfonso VI en 1085, Calatrava recobró su importancia militar de fortaleza avanzada frente a esa ciudad, antemural de Jaén y defensa del camino de Andalucía. Antes de esa fecha, el monarca castellano había cruzado repetidamente las llanuras manchegas, devastando el país, cortando los árboles, incendiando campos, cosechas y alquerías y apoderándose del ganado.

Con motivo de una de esas expediciones, Ḥarīṭ b. 'Ukāsa (m. 480/1087-1088), famoso guerrero gobernador de Calatrava, reprochaba al monarca castellano el arrasamiento del país. «No es digno del carácter de un príncipe poderoso — decía — destruir y arruinar el territorio, pues si te adueñas de él, el perjuicio será para tu reino» ¹.

Conquistada Córdoba por el qā'id Walīd ben Isma'īl, por orden del monarca almorávid Yūsuf ben Tāšufīn, el 3 de šafar 484 (27 marzo 1091), aquél, después de pacificada la antigua capital y aseguradas sus fronteras, envió a defender la plaza fronteriza de Calatrava a un qā'id de Lamtūna con mil jinetes almorávides ².

contra su señor, el príncipe de Toledo Isma'īl b. Dī'n-nūn (1036-1043), a cuya obediencia volvieron después de breve asedio. El supuesto califa acudió entonces a Sevilla, llamado por su cadī Muḥammad ben Isma'īl (R. Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, edic. Lévi-Provençal, III, Leiden, 1932, pp. 12-13).

¹ Maqqarī, *Analectes*, II, p. 377, según cita de Henri Pérès, *La poésie andalouse en arabe classique au XI^e siècle* (París 1937), p. 188; Maqqarī, adaptación Gayangos, I (Londres 1840), pp. 125-127; Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid* (Madrid 1929), pp. 292-293.

² *Qirtās*, trad. Huici, p. 158. Después de la derrota de Alfonso VI en Zallaca (1086) se sucedieron las expediciones de los almorávides vencedores contra Toledo y su región: Yūsuf b. Tāšufīn devastó en 1090 los contornos de la ciudad; siete años después, empeñado en recobrarla, posó en San Servando y al retirarse venció en agosto a los castellanos en Consuegra; en 1100 derrotaron los almorávides en Malagón al conde Raimundo; en mayo y junio de 1108, Tamīm, hermano del emperador 'Alī, se apoderó de Uclés, Huete,

En los años siguientes, las luchas entre los toledanos y la guarnición y habitantes de Calatrava fueron incesantes; lo que esta ciudad, centro de las expediciones militares islámicas, representaba para los cristianos queda bien patente en unos párrafos del documento de la donación hecha por Alfonso VII en 1147 al arzobispo don Raimundo y a la iglesia toledana: «Cuantos males y cuantas persecuciones se han seguido continuamente a la ciudad de Toledo, y a todo el pueblo cristiano en el tiempo que Calatrava estuvo en poder de los musulmanes es manifiesta a todos los que viven en España» ¹.

En la primera mitad del siglo XII había en Calatrava un famoso adalid, Faraŷ, odiado por los cristianos, que se apoderó del castillo de Oreja (Aurelia) en 1113. Asediólo Alfonso VII en abril de 1139 y logró tomarlo a fines de septiembre. Sus pobladores musulmanes, que pretendían matar los toledanos, hallaron refugio en Calatrava ².

Aprovechando la estancia en tierra de Córdoba del Em-

Ocaña y Cuenca; al año siguiente fué el mismo Ali b. Yūsuf el que después de hacerse dueño de Talavera y saquear Madrid y Guadalajara, sitió durante 7 u 8 días a Toledo, defendida por Alvar Fáñez. En 1113 Faraŷ, adalid moro de Calatrava conquistó el castillo de Oreja y al año siguiente los moros asediaron Toledo y corrieron la Sagra, llevando más de 500 cautivos de Peginas, Cabañas y Magán. El rey Tāšufin en 1128 llegó hasta San Servando, donde mató 20 hombres, destruyó hasta los cimientos el castillo de Aceca y tomó también Vargas. De las expediciones almohades contra la región toledana se hace referencia más adelante.

¹ Véase *infra*, nota 1 de la p. 83.

² *Anales Toledanos I y II*, en *Esp. Sag.*, XXIII, pp. 388 y 403; *Chronica Adefonsi Imperatoris*, edic. Sánchez Belda, pp. 84, 90 y 113-119. Comprueba la fecha de 1139 para la conquista de Oreja un doc. del A. H. N., cat. de Avila, R. — 1, de 15 nov. 1139 (Peter Rassow, *Die Urkunden Kaiser Alfons' VII von Spanien*, en *Archiv für Urkundenforschung*, vol. XI, Berlín 1929, pp. 80-84). Y otro en el que el monarca confirmó las donaciones hechas a la iglesia de Segovia, fechado en esta ciudad el 29 de noviembre de 1139, *quando Imperator redibat ab obsidione Aureliae, quam ceperat*, *Era M.C.LXXVII* (Colmenares, *Historia De la Insigne Ciudad de Segovia*, p. 124).

perador castellano, Faraŷ congregó el año 1143 un numeroso ejército a cuyo frente dirigióse a tierra de Toledo, fortificando el castillo de Mora y derrotando al no menos célebre adalid toledano Munio Alfonso, que murió asaeteado. Su pie y su brazo derecho, con las cabezas de otros caballeros cristianos, colgáronse en la torre más alta de Calatrava. La cabeza de aquél fué enviada primero a Córdoba, después a Sevilla, y, finalmente, al rey Tāšufin en Marruecos ¹. La muerte del heroico caudillo causó consternación en Toledo, donde había sido aclamado muchas veces al volver victorioso. Tres años apenas le sobrevivió su enemigo Faraŷ, asesinado por el llamado Zafadola, o sea Ibn Hūd al-Mustansir, Sayf al-Dawla, en Córdoba en 1145, al enterarse de que el caudillo de Calatrava, de acuerdo con Ibn Ḥamdīn, jefe de los cordobeses rebelados contra los almorávides a fines de 1144, quería hacerle correr la misma suerte ².

Incansable Alfonso VII, aprovechando la crisis del gobierno almorávid, debilitado por rebeliones religiosas y políticas de los hispanomusulmanes, y de acuerdo con varios caudillos islámicos, Zafadola primero, después Ibn Gāniya, príncipe almorávide, hijo del emperador ʿAlī, entre otros, hacía periódicas expediciones estivales asolando las regiones musulmanas, «desde Almería hasta Calatrava». Corta-

¹ *Chronica Adefonsi Imperatoris*, edic. Sánchez Belda, pp. 138-143; *Anales Toledanos I*, en *Esp. Sag.*, XXIII, p. 389.

² *Anales Toledanos I*, en *Esp. Sag.*, XIII, p. 389; *Chronica Adefonsi Imperatoris*, edic. Sánchez Belda, pp. 138-143. Faraŷ murió a manos de los caballeros y peones cristianos que acompañaban a Zafadola y por orden de éste. El 9 de enero de 1147 el Emperador daba a la iglesia de Segovia todos los bienes que habían pertenecido a Faraŷ en Calatrava y en otros lugares (Colmenares, *Historia De la Insigne Ciudad de Segovia*, pp. 131-132). A Zafadola, a su vez, lo mataron los cristianos en febrero de 1146: «Lidió Cahedola con christianos, e matáronlo en el mes de febrero, Era MCLXXXIII» (*Anales Toledanos I*, en *Esp. Sag.*, XXIII, p. 389).

ba los árboles frutales, viñas, olivares e higueras; se apoderaba de los ganados; en los días de la siega, incendiaba los sembrados ¹. Era el mismo eficaz procedimiento que permitió a su abuelo Alfonso VI apoderarse de Toledo. «Atravesó toda Andalucía», dicen los *Anales Toledanos I*, con referencia a una de esas expediciones, realizada en septiembre de 1144, en la que estuvo en tierras de Granada ².

El resultado de las continuadas campañas devastadoras fué la efímera conquista de Córdoba, en la que entró Alfonso VII el 10 de *dū-l-hiyyā* 540 (24 mayo 1146) ³, y la más

¹ *Chronica Adefonsi Imperatoris*, edic. Sánchez Belda, pp. 98-99 y 137-138.

² *Ibidem*, pp. 147-148; *Anales Toledanos I*, en *Esp. Sag.*, XXIII, p. 389. Donación hecha en Toledo, en noviembre 1144, *in reditu fossati, quod fecerat eo tempore predictus imperator in terra Cordube et Granate* (A. H. N., Avila, Catedral, 5-2-1 [Rassow, *Die Urkunden Kaiser Alfons' VII von Spanien*, en *Archiv. fur Urkundenforschung*, vol., 'X, p. 440]). Donación hecha en Segovia, el 4 de diciembre de 1144, *in reditu fossati, quod fecerat eo tempore imperator in terra Granate* (*Cartulario del Monasterio de Eslonza*, por V. V., Madrid 1885, doc. XII, pp. 24-25). Antes, en 1133, registran los *Anales Toledanos I* y la *Crónica* latina de Alfonso VII otra entrada del «Emperador con el Rey Cefadola en tierra de Moros» (*Esp. Sag.*, XXIII, p. 308; *Chronica Adefonsi Imperatoris*, pp. 30-36). Zafadola se había hecho vasallo de Alfonso VII en 1131.

³ El 7 de mayo de 1146 estaba el monarca en *Gothdecelete* (a orillas del río Guadalacete o Guadecelete), *juxta Almonecyr* (Almonacid), en espera de su ejército (Fray Toribio Minguella, *Hist. de la diócesis de Sigüenza*, I, Madrid 1910, doc. n° XXV, pp. 380-381). «El Rey Abengama sacó al Rey Abem Hamdín de Córdoba en el mes de febrero: después, en el mes de Mayo, prisó el Emperador Córdoba e después dióla a Abengama, Era MCLXXXIV (año 1146)» (*Anales Toledanos I*, en *Esp. Sag.*, XXIII, p. 389). La fecha de la entrada en Córdoba la da Ibn al-Jatib (Michaelis Casiri, *Biblioteca Arabico-Hispana escurialensis*, tomo posterior, Madrid 1770, p. 116). Un documento expedido en la infraoctava de la Asunción de 1146, se fecha cuando *Imperator predictus Cordubam acquisiui, & Principem Moabitorum Abing... am sibi vasallum fecit* (Suárez de Alarcón, *Relaciones genealógicas de la Casa... de Trocifal*, apéndice, escrit. XXXII, p. 16). Un doc. del mon. de Eslonza del 19 agosto 1146 da curiosos datos sobre la entrada de los cristianos en Cór-

dilatada de Calatrava, inevitable tras de aquélla, en enero de 1147¹. Poco tiempo después, en agosto, al parecer, pa-

doba: *post reditum fossati, quo prenomínatus Imperator principe Maurorum Abinganiam sibi vassallum fecit, et quandam partem Cordubae depredavit cum mesquita maiori* (A. H. N., Eslonza, DR Nr. 13. Publicado por V. V., *Cart. del mon. de Eslonza*, XIII, pp. 25-26). El 8 de diciembre del mismo año, estando en Arévalo, fecha Alfonso VII un doc. en *anno quo predictus imperator Cordubam acquisivit et principem Mobabitarum Abingamian sibi vasallum fecit* (Colmenares, *Historia De la Insigne Ciudad de Segovia*, p. 131). El vasallaje de Ibn Gāniya consta en múltiples documentos: *fecit Abinganiam sibi vasallum*, dice uno de 9 de junio de 1147 (*Bol. de la Com. de Mon. de Orense*, nov.-dic. 1915); *Rege avengania mauro vasallo imperatoris in Corduba*, figura en otro de mayo 1148 (Francisco Antón, *Monasterios medievales de la provincia de Valladolid*, seg. edic., Valladolid 1942, pp. 256-257).

¹ El ms. utilizado por Flórez para la edic. de los *Anales Toledanos I*, dice que la conquista de Calatrava tuvo lugar en enero de la era 1184 (año 1146), pero el editor advierte que en el texto utilizado por Ambrosio de Morales figura la fecha era 1185 (año 1147). La conquista tuvo lugar en los primeros días de enero, pues el 9, estando Alfonso VII en Calatrava, daba a la iglesia de Segovia y a su prelado Pedro los bienes que habían pertenecido a Faraŷ en la ciudad conquistada y en otros lugares: *'Facta carta in Calatrava, quando Imperator illud acquisiuit* (Colmenares, *Historia De la Insigne Ciudad de Segovia*, pp. 131-132). Un privilegio del Emperador, expedido en Salamanca el 3 de febrero de la era 1185, lo fué *anno quo predictus impr. Cordubam acquisivit et Calatraba ei reddita fuit* (Rassow, *Die Urkunden Kaiser Alfons' VII von Spanien*, en *Archiv. fur Urkunforschung*, vol. X, p. 443). Al día siguiente, 4 de febrero, el monarca hacía una donación a San Pedro de Eslonza, en el *anno videlicet quo Eldifonsus Hispaniarum Corduvam et Calatravam vicepit, et Abengamiam Regem Mobabitorum sibi subjugavit* (*Hist. de los reyes de Castilla y de León*, por Fr. Prudencio de Sandoval, II, Madrid 1792, p. 268). El doc. antes citado, expedido también en Salamanca, el 13 de febrero de 1147, por el que Alfonso VII concedió a la Iglesia de Toledo las décimas de Calatrava, fechóse en el *anno quo prenomínatus imperator acquisivit Cordubam et post Cordubam Calatrauam mense ianuario et submisit illud iuri Christianorum* (A. H. N., Toledo. Catedral, Donaciones de Alfonso VII, firmadas, respectivamente, en Segovia el 25 de marzo y en Zamora el 1º de mayo del mismo año 1147, repiten se hicieron en el año que el monarca adquirió Córdoba, y después, Calatrava (Colmenares, *Historia De la Insigne Ciudad de Segovia*, p. 132). Un doc. de cambio entre el abad de Irache y don Gonzalo de Azagra, se redactó en 1147, *in anno quando rex Garcia et*

saba Baeza a poder de Alfonso VII, probablemente a cambio de Córdoba, ciudad que por su importancia y relativa lejanía de sus fronteras le sería mucho más difícil de conservar que Baeza ¹.

imperator Castelle perrexerunt ad Cordouam et Almariam super zaracenos (Francisco Fuentes, *Catálogo de los Archivos Eclesiásticos de Tudela*, Tudela 1944, 18, p. 6 [Caj. 39. leg. 25, n° 2]). Otro cambio de heredad entre Gonzalo de Azagra y Juan Díaz, tuvo lugar en octubre de 1147, *in illo anno quando rex Garciaz fuit cum illo imperator in terra de moros* (José M^a Lacarra, *Docs. para el estudio de la reconquista y repoblación del valle del Ebro* [seg. serie], Zaragoza 1949, p. 622).

¹ Ibn Jaldūn dice que Alfonso VII obligó a Yahyā ibn Gāniya a cederle Baeza y Úbeda (*Hist. des Berbères*, trad. Slane, II, p. 187). El malfamado Conde, que creo acertó en esto, se refiere al cambio de Córdoba por Baeza (*Historia de la dominación de los árabes en España*, por don José Antonio Conde, tercera parte, Madrid 1874, cap. XL, pp. 228-229). Según los *Anales Tolemanos I*, «Dieron al Emperador Baeza Era MCLXXXV (año 1147)» (*Esp. Sag.*, XXIII, p. 389). Sería en agosto, pues el 18 de este mes Alfonso VII entregaba a don Rodrigo de Azagra, por los servicios que le había prestado en la adquisición de Baeza, la heredad de Alcanadre, según doc. escrito a la orilla del Guadalquivir, *iuxta Baeciam quando eam imperator acquisiuit... anno secundo quo prenomatus imperator acquisiuit Cordubam et in primó quo Calatrauam et Baeciam* (José M^a Lacarra, *Docs. para el estudio de la reconquista y repoblación del valle del Ebro* [tercera serie], Zaragoza 1952, doc. n° 363, pp. 582-583). Según los versos 295-306 del «Poema de Almería», incluido en la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, Alfonso VII nombró al conde Manrique de Lara gobernador de Baeza y de todas las conquistas hechas entonces en Andalucía. En diplomas desde el 23 de octubre de 1152 hasta el 11 de enero de 1156, figura el *comes Almanricus tenens Baetiam*. En otros tres del último año, que Rassow juzgó falsos, pero que Sánchez Belda cree fundadamente auténticos, figuran el conde Amalricus y su esposa Ermessend, *seniores de Baieza* (Notas de diplomática, *En torno a tres diplomas de Alfonso VII*, por Luis Sánchez Belda, en *Hispania*, XI, 1951, pp. 58-59). El *comes Almanricus* y su mujer *donna Ermessenda comitissa*, figuran como donantes en un doc. fechado en Molina en diciembre de 1153 (*Hist. de la diócesis de Sigüenza*, por Mingue-lla, I, doc. n° XXXV, pp. 390-391). El *Qirṭās* dice que Baeza, Úbeda y los castillos inmediatos fueron entregados por Yahyā ibn Gāniya a los cristianos en 544 (11 mayo 1149 a 29 abril 1150) (trad. Huici, p. 270). Pero los datos cronológicos de ese texto son con frecuencia erróneos. El príncipe almorávide

Sobre el asedio y conquista de Calatrava inserta algunos detalles la *Primera Crónica General*: Alfonso VII «cometió luego muy de rrezio a Calatraua, ... et cercóla et touola cercada luengo tiempo, combatiéndola et guerreándola todauiá cutianamiente, et en cabo prísola con engennos»¹.

La conquista de Calatrava, azote de Toledo a la que había causado males sin cuento, de la que tantas expediciones salieron para arrasarlo los campos toledanos en continua alarma, pareció a los habitantes de la antigua capital visigoda y a los castellanos triunfo extraordinario, como dice Alfonso VII en el privilegio de concesión al arzobispo don Raimundo y a su iglesia toledana de las décimas de las rentas de Calatrava, en agradecimiento a la divinidad por el otorgamiento de tan señalada victoria. A esos diezmos, el Emperador añadió la concesión por juro de heredad de la mayor y más principal mezquita de Calatrava con sus tiendas, para hacerla casa de Dios e iglesia de

murió el 24 de sa'bān 543 (7 enero 1149) en Granada, donde fué enterrado (*Al-Qirtās*, trad. Huici, p. 198; Ibn Jaldūn, *Hist. des Berbères*, II, pp. 187-188; Francisco Codera, *Decadencia y desaparición de los almorávides en España*, Zaragoza 1899, p. 64). En lugar de 544 debe decir 542 (2 junio 1147 a 21 mayo 1148). En ningún doc. de la chancillería real castellana se cita a Úbeda en poder del Emperador, y Alfonso VIII, al dar cuenta al Papa en 1212 de la victoria de las Navas de Tolosa, escribió que los moros fugitivos de la batalla y los de Baeza eligieron Úbeda como último refugio, porque *villa illa nunquam ab Imperatore vel ab aliquo Regum Hispaniae expugnata sciretur vel subjugatas* (Mondéjar, *Memorias históricas... del Rey don Alonso el Noble*, apéndice, pp. xcvm-cii). Pero 'Abd al-Mu'min, al dar cuenta a los habitantes de Bugía de la reconquista de Almería y de la muerte de Alfonso VII, dice que los almohades, después de apoderarse de esa última ciudad, se dirigieron contra Baeza, y rendida ésta, se adueñaron rápidamente de Úbeda (Lévi-Provençal, *Un recueil de lettres officielles almohades*, en *Hespéris*, XXVIII, 1941, n° XVI, pp. 39-41). El *Qirtās* (trad. Beaumier, p. 380; trad. Huici, p. 270) cita también a Úbeda como recobrada, junto con Almería y Baeza, por los almohades.

¹ *Primera Crónica General de España*, cap. 968, p. 650.

fieles, a más de otros bienes. De las fortificaciones de la ciudad, unas las dió a esa Iglesia; retuvo para sí varias y derribó otras para que no pudieran favorecer posibles ataques de los musulmanes. Menciónanse en el mismo documento baños, hornos, molinos y pesquerías, datos que, con los anteriores, principalmente la existencia de varias mezcuitas y una mayor, parecen indicar ciudad de cierta importancia ¹.

Pocos meses después que de Calatrava, el 17 de octubre de 1147, Alfonso VII se apoderaba, con la ayuda marítima de pisanos y catalanes, de la lejana ciudad de Almería, hazaña tan solo explicable por la convivencia del Emperador con varios príncipes y jefes hispanomusulmanes y por la disolución y decadencia del imperio almorávide, como ya se dijo. Muy poco antes, en septiembre, Alfonso Enriquez se había adueñado de Lisboa con la ayuda de unos cruzados, y por el mismo tiempo Ibn Mardaniš, el Rey Lope o Lobo, se alzaba en Valencia ².

¹ El privilegio está firmado en Salamanca el 13 de febrero de 1147. En él se concede a Santa María de Toledo la *maiolem et digniorem mesquitam de Calatraua, cum suis tendis et vineis suis, et cum omnibus hereditatibus, ques in tempore maurorum possedit et habuit maximeque*. La da también todas las décimas regias del mismo lugar, entre ellas las de los *balneis, fu[r]nis, molinis et piscariis* (*Liber privilegiorum ecclesie Toletanae*, f^o 37 r y v). El doc. ha sido publicado por Fidel Fita, *Bula inédita de Honorio II*, en *B. R. A. H.*, VII, 1885, pp. 344-346. También lo insertaron Quadrado y Lafuente en *Castilla la Nueva*, III, apénd. n^o 3, pp. 492-493.

² En 1152 el el rey Lobo, enemigo de los almohades, se hizo vasallo de Alfonso VII. Antes, a principios del 1149, había celebrado el Emperador una entrevista en el castillo de Zorita con los reyes Lope de Valencia e Ibn Hamušk de Murcia (Privil. rodado de Sancho IV, de 1285, confirmatorio de otro de Alfonso VII fechado en Zorita VI^o *ydus febroari era M^a C^a LXXXVII quando imperator haviit ibi colloquium cum rege Valencie Merdenis* (o Medonnis) *qui idem Lop et cum Rege Murcie abenfamusco*. El documento, y su segunda confirmación por Alfonso XI en Segovia el 2 de octubre de 1331, se conservaba en el Archivo del Ayuntamiento de Almoguera. (Relaciones topográficas de España, *Relaciones de puehlos que pertenecen hoy a la provincia de Guada-*

Alfonso VII otorgó fuero a Calatrava antes de transcurrir un año de su conquista y de la de Córdoba, es decir, antes de mayo de 1147. Un año después consta que el conde Esmengardo (Armengol) ejercía el poder en Calatrava al mismo tiempo que en Urgel y Valladolid ¹.

Según el arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada, del que lo recogió más tarde la *Primera Crónica General*, Alfonso VII entregó «la torre de Calatraua, que era la mayor fortaleza dallí» a la orden del Temple; no existía entonces en Castilla ninguna otra milicia organizada de carácter semejante ².

El historiador hebreo toledano R. Abraham ha-Leví ben David (1100 o 1110-1180), refiere en su obra *Séfer ha-Kabbaláh*, compuesta en 1161, que, conquistada la inexpugnable Calatrava, Alfonso VII nombró alcaide, para que la tuviera en tenencia, «a nuestro dueño y señor Rabi Judá ben Josef b. Ezra, cuyos antepasados, descendientes de la regia estirpe de David, descollaron por su grandeza en

lajara, con notas y aumentos de don Juan Catalina García, II, «Memorial Histórico Español», XLII [Madrid 1903], p. 191). Alfonso VII ayudó al rey Lobo a ocupar Guadix. Con 6.000 hombres acudió el último a levantar el asedio puesto por los almohades a Almería en 1157, que terminó con su rendición. En una donación del Emperador, de 15 de diciembre de 1156, figura entre los confirmantes *Lupus rex Murcie* (*Hist. de la diócesis de Sigüenza*, Minguella, I, n.º XLIV, pp. 400-401).

¹ Donación a Santa María de Retuerta en *nono kalendas maij tertia et quarta feria era 1186*; entre los confirmantes figura el conde Ermengardo in *Urgello et in Calatraua et in Valladolid* (Antón, *Monasterios medievales de la provincia de Valladolid*, seg. edic., pp. 256-257).

² Don Rodrigo, *De rebus Hispaniae*, l. VII, cap. 14; *Primera Crónica General de España*, cap. 987, p. 666; Félix Hernández Jiménez, *Estudios de Geografía histórica española*, *Gafiq, Gabet, Gabete* = Belalcázar, en *Al-Andalus*, IX, 1944, pp. 83-84. A la orden del Temple había entregado algo antes Rodrigo González el fortísimo castillo de Torón, junto a Escalona (*Chronica Adefonsi Imperatoris*, edic. Sánchez Belda p. 40). El Emperador no dió, pues, a los templarios más que la torre de Calatrava, su «mayor fortaleza»; el alcázar o alcazaba, seguramente.

Granada». Triunfantes por entonces los almohades en al-Andalus, comenzaron a perseguir implacablemente a sus habitantes no musulmanes, obligando a cristianos y judíos a islamizar o expatriarse. Muchos de los segundos emigraron entonces a los territorios cristianos de la Península, singularmente a Toledo, por la ruta de Calatrava, en donde Judá ben Josef b. Ezra les prodigó generosísima protección. «Sacó los aprisionados a su costa; libertó los vejados y maltratados, quebró el yugo y soltó las ataduras; en su casa y en su mesa encontraron mantenimiento los hijos del destierro; sació a los hambrientos, dió de beber a los que tenían sed y vistió a los desnudos; a todos los débiles se les condujo en bestias, hasta que los que los traían llegaron a la ciudad de Toledo» ¹.

El 21 de agosto de 1157 — hace ochocientos años — moría Alfonso VII bajo una encina en Fresneda, junto al puerto de Muradal, al regreso de una inútil expedición para libertar Almería del asedio almohade, o tal vez camino de Castilla en busca de auxilio. Perdida esa ciudad, la de Baeza y tal vez la de Ubeda ante la oleada africana ², lle-

¹ Jaime Bagés Tarrida, *Séfer Ha-Kabbaláb de R. Abraham ben David* (Rev. del Centro de Estudios Históricos de Granada y su reino, XI, 1921, páginas 109-111 y 168-170; Graetz, *Geschichte der Juden*, t. VI, cap. 7). Judá ben Josef b. Ezra descendía de opulentos magnates, vecinos de Granada durante los reinados de Habbūs y de Bādīs. Algunos historiadores llaman al alcaide hebreo almojarife mayor de Alfonso VII. No creo que se pueda alegar más documento para ello, en caso de referirse al mismo personaje, que una escritura de donación — *Arch. Hist. Nac.*, cajón n.º 2, Toledo —, publicada por el Padre Fita, fechada en Avila en marzo de 1158, a favor del hebreo Bon Judá aben Muxarif, al que el rey don Sancho concedió cinco yugadas de tierra en la aldea de Azaña, exentas de servicio real, en remuneración de los prestados por el judío a su padre el Emperador y al mismo donante. El P. Fita no se atrevió a identificar al agraciado con el «gran valido y consejero de Alfonso VII Judá ben Josef aben Ezra» (Fidel Fita, *Templarios, calatravos y hebreos*, en B. R. A. H., XIV, 1889, pp. 264-265 y 267).

² Baeza había sido muy fortificada por los cristianos, como plaza avanzada para las correrías en territorio musulmán. Estaba provista de abundantes

gaban grandes huestes de moros a las inmediaciones de Calatrava. «Et los frayres de la cauallería del Temple que tenien estonçes la torre de Calatraua, que era la mayor fortaleza dallí, temiendo que non podrien ellos yr con tral grand poder de los alaraues, uinieronse poral rey don Sancho a Toledo, rogandol et pidiendol merçed que recibiesse dellos essa torre de Calatraua que ellos tenien, ca se temien que non podrien ellos yr en su cabo contra la fuerça de los alaraues, ca non auien guisado de lo que era mester por que contra ellos se parassen; demás que ell rey mismo non fallara ninguno de los grandes omnes de Castiella que al peligro de aquel logar se atrouiesse a parar ¹».

Estaban en esa ocasión en la corte regia, según refieren don Rodrigo y, tras de él, la *Primera Crónica General*, dos monjes del monasterio bernardo de Fitero, a negocios de esta casa: su abad, don Raimundo, y un antiguo soldado de ilustre cuna, Fray Diego Velázquez ². A solicitud del último, ofreciéronse al monarca para guarnecer y defender Calatrava. Sancho III la cedió en juro perpetuo de heredad a Santa María, a la orden Cisterciense, a don Raimundo, abad de Fitero, a todos sus frailes y a quienes en el futuro fueran *vestri ordinis et ibi Deo servire voluerit*, para que *defendatis eam a paganis inimicis crucis Christi*. La escritura está fechada en Almazán en enero de 1158 ³.

máquinas de guerra y bien avituallada, según referencia de los almohades al reconquistarla (Lévi-Provençal, *Un recueil de lettres officielles almohades*, en *Hespéris*, XXVIII, 1941, pp. 39-41). Respecto a Ubeda, véase *supra*. n. (1) de la p. 81.

¹ *Primera Crónica General de España*, cap. 187, p. 666.

² Se presentaron los templarios de Calatrava a don Sancho estando éste en Toledo, dicen don Rodrigo y la *Primera Crónica General*. El P. Fita sospecha que la entrevista tuvo lugar en la «curia regia», pero en Almazán, donde se firmó la cesión de Calatrava y estaban don Sancho, el rey de Navarra y el arzobispo don Juan (*Templarios, calatravos y hebreos*, en *B. R. A. H.*, XIV, pp. 262-263).

³ *Primera Crónica General de España*, cap. 987, pp. 666-667. El do-

Predicóse por Toledo y su tierra que a todos aquellos que fueran a defender Calatrava se les concedería indulgencia por sus pecados confesados. El abad de Fitero tornó a su monasterio, «et tomó muchas vacas et gueyes et muebles de que auien estonçes grand abondo en el monesterio de Fitero, et sobresso ayuntó grand muchedumbre de batalladores et combatientes et omnes de armas a quien dió soldadas et mandas, et tod esto aduxolo conssigo a Calatraua, et trexo y otrossi todos sus monges, fueras ende los flacos et los enffermos que dexo en el monesterio que siruiessen yl touiessen poblado yl mantouiessen ¹». El Arzobispo don Rodrigo afirma, con manifiesta exageración, haber oído decir a quienes lo vieron que el abad don Raimundo llevó a Calatrava veinte mil hombres de armas para poblar y defender la tierra.

Faltan referencias más explícitas respecto al nacimiento de la orden de Calatrava. El primer documento en que aparece es la bula de aprobación del papa Alejandro III, de 25 de septiembre de 1164, dirigida al maestre frey García y freyles de Calatrava, diciendo que sus miembros deberían vivir según la orden del Cister ². Pero, a pesar de la creación de la nueva orden, la Iglesia toledana continuó cobrando diezmos y ejerciendo jurisdicción sobre las iglesias de Calatrava, como demuestran varias bulas, desde la de Eugenio III de 16 abril 1148 hasta las de Celestino III del 6 junio 1192, de Inocencio II de 1210 y de Honorio III de 1217 ³,

cumento de cesión en: *Esp. Sag.*, L, pp. 413-414; *Crónica de las tres Ordenes y Cauallerías de Santiago, Calatraua y Alcántara*, por Frey Francisco de Rades y Andrada (Toledo 1572), fós 5 r y v; y en el *Bullarium Ordinis Militiae de Calatrava* (Madrid 1761), p. 2.

¹ *Primera Crónica General de España*, cap. 987, p. 667.

² Rades y Andrada, *Crónica de las tres Ordenes*, fós 13 v y 14 r. (trad. castellana). Sobre el origen de la orden de Calatrava, véase Jiménez de Rada, *De Rebus Hispaniae*, lib. VII, cap. 14.

³ Fidel Fita, *Santuario de Atocha (Madrid)*, *Bulas inéditas del siglo XII*

En los años siguientes al establecimiento de los cistercienses en Calatrava no hay referencias a ataques sufridos por la ciudad, probablemente por el respeto que inspiraba el crecido número de sus defensores y hallarse bien abastecida. En 1169, Alfonso VIII cedió a la orden de Calatrava los derechos sobre las mercancías en tránsito a Córdoba y Ubeda ¹. Prueba la existencia de una corriente comercial continua entre la España cristiana y la musulmana por una vía en la que Calatrava era una de sus más importantes etapas. El mismo monarca otorgó a los calatravos en 1188 el portazgo de todas las recuas y demás cosas que saliesen de Toledo u otras partes y pasasen por Calatrava o por los mencionados términos ². Confirma esta donación, y la de Calatrava y su término que hiciera el rey don Sancho, un privilegio rodado, expedido en Toledo por su hijo Alfonso VIII el 22 de septiembre de 1190 ³. Estando en Alarcos el 20 de febrero de 1193 el mismo monarca confirmó de nuevo a favor de la orden de Calatrava el portazgo de cuantas recuas *de Toledo exeunt ad Cordubam, de Capella in antea qualicumque ierint via, et de Gafet similiter* ⁴.

(B. R. A. H., VII, 1885, pp. 215-226). Entre los arzobispos de Toledo y la orden de Calatrava hubo grandes disputas, pues la última pretendía que sus dominios estaban exentos de la jurisdicción ordinaria de esos prelados y dependientes tan sólo del Pontífice. Quejóse el Arzobispo al Papa y Honorio III, en 1217, hubo de dirimir la contienda a favor del prelado. Pero en esa última bula no se menciona Calatrava entre los lugares de la jurisdicción de aquél (*Bullarium equestri ordinis S. Iacobi de Spatha*, p. 63).

¹ Suárez de Alarcón, *Relaciones genealógicas de la Casa de los Marqueses de Trocifal*, escrit. XXIX, p. 14.

² Manuel Danvila, *Origen, naturaleza y extensión de los derechos de la mesa maestra de la Orden de Calatrava* (B. R. A. H., XII, 1888, p. 123).

³ Inocente Hervás y Federico Galiano, *Documentos originales del Sacro Convento de Calatrava*, que atesora el Archivo de Hacienda en Ciudad Real (B. R. A. H., XX, 1892, pp. 549-550).

⁴ *Bull. Ordinis Militiae de Calatrava*, p. 29. Eran los dos caminos principales de Toledo a Córdoba: el de Calatrava y el de Gafet o Gahete (Belalcázar desde el siglo XVI).

Tras varios años en los que crónicas e historias no refieren ninguna expedición musulmana contra la comarca toledana, en 572 (1177) la invadieron tropas salidas de Córdoba, mandadas por el *sayyid* Abū-l-Ḥasan ¹.

Después de derrotado Alfonso VIII en Alarcos el 9 sa'bān 595 (19 julio 1195) por el emperador almohade Ya'qūb al-Manṣūr, los cristianos de la próxima Calatrava abandonaron esta ciudad antes de la llegada de los musulmanes. Al ocuparla el monarca vencedor, ordenó instalar en ella un gobernador y una guarnición a las órdenes de Yūsuf b. Kādis ² e hizo transformar su iglesia en mezquita donde los musulmanes procediesen a la oración ³. Los caballeros calatravos se retiraron al monasterio de Ciruelos, hasta que, tres años después de la pérdida de Calatrava, en 1198, los cristianos sorprendieron y se adueñaron del castillo de Sal-

¹ Ibn 'Idārī, *al-Bayān, Los almohades*, I, trad. Ambrosio Huici (Tetuán 1953), p. 28. Al año siguiente de Alarcos — 592 (1196) — Ya'qūb al-Manṣūr realizó una expedición devastadora por Montánchez, Trujillo, Santa Cruz, Plasencia y Talavera; en junio asedió diez días — siete dice otro texto — Toledo; el 6 de agosto estaba de regreso en Fez (*Un recueil de lettres officielles almohades*, en *Hespérís*, XXVIII, 1941, pp. 66-67; Ibn 'Idārī, *al-Bayān, Los almohades*, I, trad. Huici, pp. 193-195; *Anales Toledanos I*, en *Esp. Sag.*, XXIII, p. 393; Ambrosio Huici Miranda, *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*, Madrid 1956, pp. 170-173). En 1197 el monarca almohade, tras atacar Talavera y Maqueda, devastó los contornos de Toledo, junto a la que se detuvo una semana, y pasando por Madrid, Alcalá, Aurelia, Uclés, Huete y Alarcón, regresó a Córdoba, en cuya ciudad estaba el 15 de agosto (*Anales Toledanos I*, en *Esp. Sag.*, XXIII, p. 393; *Chronique latine des rois de Castille*, edic. Cirot, pp. 48-49; al-Marrākūshī, *Kitāb al-Mu'jib fi Taljīs Ajbār al-Magrib*, texto, p. 206, trad. Ambrosio Huici, Tetuán 1955, p. 236; Huici, *Las grandes batallas de la Reconquista*, páginas 176-178). Ibn 'Idārī, *al-Bayān, Los almohades*, I, trad. Huici, pp. 200-202, dice que Ya'qūb al-Manṣūr llegó hasta Guadalajara, a la que asedió.

² Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 163; trad., p. 196; Ibn al-Aṭīr, *Annales de l'Espagne*, texto, p. 163; trad., p. 196.

³ *Al-Bayān, Los almohades*, I, trad. Huici, pp. 185-189; *Kutūbāt*, IV, p. 281.

vatierra ¹, varias leguas más al sur, al pie de uno de los puertos pasajeros más concurridos de Sierra Morena. Pasaron a ocuparlo los calatravos refugiados en Ciruelos, defendiéndolo valientemente. Emplazado en pleno país enemigo — Calatrava estaba en poder de los musulmanes —, desde él, protegidos por sus fuertes muros sus pobladores devastaban las comarcas inmediatas. «Estaba rodeado por todas partes de tierras musulmanas y lo tenían por un lugar de peregrinación y de tierra santa» ².

A comienzos del año 608 (empezó el 13 junio 1211), el califa almohade Muḥammad ben Ya'qub al-Nāṣir intentó apoderarse de Salvatierra. En el primer ataque, los cristianos tuvieron que abandonar la villa, situada en la ladera de una colina, para concentrar sus esfuerzos en la defensa del castillo situado en su cima. Los musulmanes incendiaron aquélla y cercaron la fortaleza, armando 40 almajaneques y máquinas de asedio que la combatían sin cesar. Defendiéronse heroicamente los calatravos durante cincuenta y un días, al cabo de los cuales consintieron en rendirse si el rey no los socorría. Los muros estaban cuarteados, muertos muchos de sus defensores, heridos, hambrientos y faltos de agua los supervivientes. Concedido permiso de Alfonso VIII para la rendición, entregaron la plaza y se retiraron a tierras de Castilla a principios de rabī' primero del 608 (13 agosto a 11 septiembre 1211). Al sonido metálico de las campanas de las iglesias de Salvatierra, sustituyó la voz de los almuédanos desde lo alto de los alminares ³.

¹ Rades y Andrada, *Crónica de las tres Órdenes*, fo 21 v.

² *Al-Bayān, Los almohades*, trad. Huici, I, pp. 264.265.

³ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, pp. 108-109; trad., página 133; Huici, *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas*, pp. 236-239; año 1211: «... vino el Rey de Marruecos con los Moros dalend mar e daquend mar e cercaron Salvatierra, e Castel de Dios en julio, e viniesen al Rey don Alfonso, que estaba en la Sierra de Sant Vicente con

La caída de Salvatierra causó gran consternación entre los cristianos, reflejada en las sentidas palabras que respecto a ella escribió el arzobispo don Rodrigo: «sobre sus míseros despojos lloraron los pueblos y alzaron al cielo sus brazos; los mancebos requirieron la espada y los ancianos derramaron lágrimas de enojo; el dolor llegó a las naciones extranjeras, y la compasión a los émulos». En nuevo y forzoso éxodo, los calatravos se refugiaron en el fuerte castillo de Zorita (Guadulajara), de fundación islámica, a orillas del Tajo ¹.

Mientras tanto, Alfonso VIII preparaba la revancha de Alarcos con ayuda de la iglesia de Roma y previa la predicción de la cruzada y el acuerdo con los restantes monarcas peninsulares. Reunidas por fin en Toledo en la primavera de 1212 las tropas de Alfonso VIII, las de Pedro II de Aragón y las huestes extranjeras llegadas a la cruzada de España, emprendieron la marcha hacia Andalucía el 20 de junio de 1212. En la primera etapa conquistaron Malagón. Siguieron hacia Calatrava, dos leguas más al sur, defendida por el citado Ibn Kādis, guerrero cuya experiencia y valor elogian las crónicas cristianas, en unión de setenta caballeros — jinetes, sin duda — musulmanes ².

Pasado el Guadiana, cuyos vados, cuentan don Rodrigo y la *Primera Crónica General*, Ibn Kādis había sembrado de

sus Compañías, e con los que pudo acorrer, e mandóla dar a los Moros» (*Anales Toledanos I*, en *Esp. Sag.*, XXIII, pp. 394-395).

¹ Desde la instalación de los calatravos en Salvatierra en 1198 hasta su regreso a Calatrava en 1212, tras su conquista por Alfonso VIII pocos días antes de la batalla de las Navas de Tolosa, perdido su nombre con el de la ciudad que se lo dió, llamáronse *fratribus Salvaterrae*. Así los nombra Alfonso VIII, entre otros documentos, en su testamento de 1204; en la donación que les hizo en 1210 de uno de los alcázares de Toledo (Rades y Andrada, *Crónica de las tres Órdenes*, fº 23 v), y en la carta que escribió al Papa en 1212 dándole cuenta de la victoria de las Navas.

² *Al-Qirṭās*, trad. Huici, p. 243. Obsérvese el número reducido de guerreros, en contraste con las exageradas cifras de costumbre.

abrojos o cardos de hierro, cada uno de los cuales tenía cuatro agujones o púas que se clavaban en les pies de los infantes y en las pezuñas de las caballerías, el jueves 27 de junio el ejército cristiano cercaba Calatrava y ponía las tiendas a su alrededor. Los sitiados acumularon sobre las torres armas y pendones, mientras disparaban con las cabritas para alcanzar a los del real. El domingo 30 hubo un ataque general a la ciudad por la parte más débil del recinto, la que bordeaba el Guadiana, en el que tomaron parte el rey de Aragón, los calatravos y gentes del Viennois. El resultado fué la conquista de dos torres ¹.

Perdidas las esperanzas de socorro y agotadas las flechas, Ibn Kādis, temeroso por la suerte de las mujeres y los niños que había en Calatrava si la tomaban por asalto ², entabló tratos con Alfonso VIII, probablemente a espaldas de los franceses, aunque en su carta al pontífice antes aludida dice haber contado con ellos ³. Aconsejado el monarca castellano por el rey de Aragón y los freyles de Salvatierra (es decir, los calatravos), en atención a que la villa estaba fortalecida con muros, antemuros, fosos profundos y gruesas y altas torres y muchos manganelos o máquinas de arrojar piedras, y que no se podía conquistar más que minando los muros y con auxilio de ingenios ⁴, con lo que la Orden (de

¹ A esta conquista de Calatrava parece aludir un romance del ciclo de *Los siete infantes de Lara*:

A Calatrava la Vieja / la combatén castellanos,
Por cima de Guadiana / derribaron tres pedazos;
Por los dos salen los Moros, / por el uno entran cristianos.
Allá dentro de la plaza / fueron a armar un tablado,
Que aquél que lo derribara / ganara de oro un escaño.

² *Al-Qirṭās*, trad. Huici, p. 243.

³ Es la opinión de Marcelín Defourneaux, *Les français en Espagne au XI^e et XII^e siècle*, Paris 1944, pp. 186-191. Véase también sobre las causas de la retirada, la *Chronique latine des rois de Castille jusqu'en 1236*, por Georges Cirot (Burdeos 1913), nota de la p. 64,

⁴ «... ex aliis partibus sic muro et antemurali, fossatis, et turribus et pro-

Salvatierra o Calatrava) sufriría gran perjuicio, al privar a la ciudad de su valor militar, acordó dejar marchar libremente a los sitiados, sin llevarse cosa alguna, abandonando pertrechos y víveres de los que andaba muy escaso el ejército cristiano, razón que contribuyó también a autorizar la evacuación de la ciudad sitiada ¹. Don Diego López de Haro condujo a los moros vecinos de Calatrava al campamento castellano, primero, y después a lugar seguro. Salieron de noche de la ciudad, con sus ropas y treinta o treinta y cinco caballos. La entrada en ella del ejército cristiano fué el lunes 1º de julio (15 şafar 609) ².

Antes de llegar a Calatrava, en Malagón, a causa, al parecer, del calor sofocante del verano manchego, de las fatigas de la campaña, de las epidemias y del mal aprovisionamiento, las tropas ultramontanas mostraron deseo de retirarse. Tan sólo las súplicas de los reyes de Castilla y Aragón, dice el primero en su carta antes aludida al Pontífice, consiguieron convencerles de que siguieran a Calatra-

pugnacolis est munitum, ut absque longa machinarum impugnatione inexpugnabile videretur» (Don Rodrigo, *De rebus Hispaniae*). Tiene «el castillo muy buena barbacana e grande cava, e muchas torres que si non la pusiesen ingenios, e non la combatesen muy luengamente non la podrían tomar». (Antigua traducción publicada por Mondéjar, *Memorias históricas... del rey D. Alonso el Noble*, apéndice, p. cxii). Según Arnaldo Amalarico, arzobispo de Narbona, asistente a la rendición de Calatrava, éste era un castillo muy fortificado con torres fuertes y gruesas, y muchos manganelos o máquinas de arrojar piedras (Mondéjar, *Memorias históricas... del rey D. Alonso el Noble*, apéndice XII, pp. cm-cv.)

¹ Don Alfonso, en la aludida carta al Pontífice, dice que se aceptó la rendición y salida libre de los vecinos de Calatrava para no causar perjuicio a los freyres de Salvatierra, pues hubiera habido que derribar las murallas, con lo que la ciudad perdería su valor militar, y para apoderarse de las armas y gran cantidad de vituallas que en ella había.

² Georges Ciot, *Chronique latine des rois de Castille jusqu'en 1236*, p. 63; Huici, *Kitāb al-Mu'jib fi talfis abjar al-Magrib*, por Abū Muḥammad 'Abd al-Wāḥid al-Marrākūšī, «Colección de crónicas árabes de la Reconquista, IV» (Tetuán 1955), p. 266.

va. Pero indignados con la salida libre de los musulmanes de esa ciudad — los contingentes extranjeros habían pasado a cuchillo a los de Malagón —, abandonaron la empresa para regresar a su patria. «E todos se tornaron sin honra e sin gloria» ¹. Tan sólo quedaron unos 150 hombres, caballeros y soldados montados, entre ellos don Arnaldo Amalario, arzobispo de Narbona, el caballero Teobaldo de Blazón y fijos de la provincia de Vienne. Infantes partieron todos ².

Ibn Kādis, jefe militar de Calatrava, se presentó al monarca almohade en unión de un cuñado suyo. Los dos fueron alanceados por orden del soberano, lo que irritó a los jefes andaluces ³.

Alfonso VIII siguió con el ejército hacia Alarcos, que conquistó, lo mismo que las fortalezas de Piedrabuena, Be-

¹ *Innio passim omnes inglorii recesserunt.*

² Cirot, *Chronique latine des rois de Castille*, pp. 63-64; *Primera Crónica General de España*, cap. 1.015, pp. 695-696; Mondéjar, *Memorias históricas ... del rey don Alonso el Noble*, cap. CVI, pp. 319-320 y apénd. XII, pp. ciii-cv; al-Marrakuši, *Kitāb al-Mu'ǧib*, texto, p. 236; trad. Huici, p. 266. La carta de Alfonso VIII a Inocencio III, en Mondéjar, *Memorias históricas ... del rey don Alonso el Noble*, apénd. XII, pp. xcvi-cii, lo mismo que la relación del arzobispo de Narbona, Amalarico (apénd. XII, pp. ciii-cv). Al-Marrakuši afirma que los contingentes ultrapirenaicos se retiraron por no dejarles matar a los musulmanes de Calatrava. Lo mismo dice Florián de Ocampo. A la destemplanza de tierra y cielo y a lo desierto de la primera atribuye el Toledano la retirada (*De rebus Hispaniae*, lib. VIII); el Tudense, al calor y a la añoranza de la patria. Según Alfonso VIII, en su carta repetidamente citada, los contingentes extranjeros estaban bien aprovisionados y explica su marcha por las incomodidades de la tierra, yerma y calurosa. La «Crónica latina de los reyes de Castilla» atribuye la deserción al excesivo calor (Cirot, *Chronique latine des rois de Castille*, p. 64, n. 7).

³ *Al-Qirṭās*, trad. Huici, pp. 242-243. Ibn Jaldūn, *Histoire des Berbères*, trad. Slane, t. seg., París 1927, p. 224; Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, pp. 137-138; trad., pp. 164-165. *Al-Qirṭās* supone que mientras Alfonso VIII cercaba Calatrava, el monarca almohade asediaba Salvatierra, lo que es inexacto.

navente y Caracuel. Pedro II se había quedado en Calatrava para esperar la llegada de Sancho VII y de sus huestes navarras. Reunidos todos, lograron el 16 de julio de 1212 la gran victoria de las Navas de Tolosa, tras la que se adueñaron de los castillos de Vilches, Baños (*Burġ al-Ḥamma*)¹, Ferral y Tolosa y de la ciudad de Baeza, abandonada por sus habitantes. Finalmente, tras breve asedio, entraron también en Úbeda, en donde hicieron numerosos prisioneros².

Al pasar por Calatrava de regreso encontraron allí al duque de Austria, que acudía con retraso a la campaña. Alfonso VIII entregó la ciudad a los caballeros de la Orden, residentes en Zorita desde la pérdida de Salvatierra. Calatrava quedó bien provista de gentes, armas y vituallas. El arzobispo de Toledo permaneció seis meses en ella después de la batalla de las Navas, según él mismo refiere³.

Al año siguiente — 1213 — pasó Alfonso VIII por Calatrava camino de la Andalucía alta, a sitiar a Baeza, abandonada sin duda por los castellanos después de su conquista del año anterior. Un hambre intensísima le obligó a levantar el cerco, sostenido durante tres semanas de enero, y a pactar treguas, regresando a Calatrava, donde los freyres y el resto de las gentes que allí moraban estaban lacerados de «fambre et de mesquindad de mala guisa». Calatrava corrió peligro de abandonarse aquel año a causa del hambre, que despobló los campos toledanos. Duró «la fambre en el Regno hasta el Verano, e murieron las más de las gientes; e comieron las bestias, e los perros, e los gatos, e

¹ F. Hernández Jiménez, *Estudios de geografía histórica española*, II, *Burġ al-Ḥamma* = Burgalimar = Castillo de Baños de la Encina (*Al-Andalus*, V, 1940, pp. 413-435).

² Huici, *Las grandes batallas de la Reconquista*, pp. 273-276.

³ Don Rodrigo, *De rebus Hispaniae*, cap. XII; *Primera Crónica General de España*, cap. 1.021, p. 705.

los mozos que podían furtar»¹. El arzobispo de Toledo vendió incluso la plata que tenía para aminorar tan gran miseria, alimentando a las gentes de Calatrava desde la Epifanía hasta la octava de San Juan, en que la tierra volvió a dar sus frutos².

El malsano emplazamiento de Calatrava, junto a las poco fuentes aguas del Guadiana, parece haber sido la causa de su abandono en 1217 y del traslado de la villa y del convento, siendo maestro don Martín Fernández de Quintana, a un empinado cerro, de difícil, larga y áspera subida, ocho leguas más a mediodía, frontero del de Salvatierra, en las primeras estribaciones de Sierra Morena. Ambos flanqueaban el viejo camino ya aludido que iba por el Viso y el puerto de Muradal al valle del Guadalquivir. Coronaba el cerro en el que se instaló la orden militar un viejo castillo, llamado por los musulmanes de *al-Taly* o *al-Luġġ* — ortografía dudosa —, citado por al-Ĥinyarī e Ibn Jaldūn junto con el de Salvatierra³. Los cristianos le llamaban *castello de Donnas*. Ignórase la fecha en que pasó a sus manos. En 1191 don Rodrigo Gutiérrez, mayordomo de Alfonso VIII, y su mujer doña Jimena donaron al convento de Santa María de Calatrava y a su maestro don Nuño Pé-

¹ *Anales Toledanos I*, en *Esp. Sag.*, XXIII, p. 399.

² Don Rodrigo, *De rebus Hispaniae*, lib. VIII, cap. 14; *Primera Crónica General de España*, cap. 1.023, pp. 706-707.

³ Refiere este texto que en 1211 el soberano almohade al-Nāṣir, Muḥammad ben al-Manṣūr Ya'qub ben Yūsuf b. 'Abd al-Mu'min, se instaló delante de los dos castillos, de Salvatierra (*Šalbatarra*) y de *al-Luġġ* y los sitió, apoderándose del último en primer lugar, al que en otro párrafo llama, sin duda por error, *Ḥiṣn al-talġ* (Castillo de la nieve) (Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, pp. 108-109 y 137; trad., pp. 133 y 164). Ibn Jaldūn cita este castillo, junto con el de Salvatierra, con las variantes 'tlġ, 'lġ, blġ y 'llb (Ibn Jaldūn, *Ibar*, I, p. 336; Ibn 'Idārī, *al-Bayān*, *Los almohades*, I, trad. Huici, n. (1) de la p. 265). A Rades y Andrada le dijeron que se llamaba del Cobo antes del traslado de la sede de la orden de Calatrava, pero lo juzgó falso (*Crónica de las tres Órdenes*, fº 33 r).

rez de Quiñones la mitad de ese castillo, a más de otros bienes. Tres años después, en 1194, fallecido el mayordomo, sus hijos vendieron en mil morabetinos a la orden de Calatrava y al mismo maestre los bienes que poseían en el *castello de Donnas* ¹. Atacados éste y el de Salvatierra en 1211 por Muḥammad ben Ya'qūb, cayó primero el de *Donnas*, como antes se dijo; después el de Salvatierra, entre el 13 de agosto y el 11 de septiembre ². Al de *Donnas* los *Anales Toledanos I* le llaman «Castiel de Dios» y dicen lo cercó el rey de Marruecos, junto con el de Salvatierra, «en julio y duró y hasta septiembre» ³. Los mismos *Anales* registran la reconquista del «Castiel de Dios» por Alfonso VIII en 1213, mediado marzo, tras unos días de asedio, en expedición que prosiguió con el cerco y la conquista efímera de Alcazaz ⁴. El monarca dió aquel castillo a la orden de Calatra-

¹ Suárez de Alarcón, *Relaciones genealógicas de la Casa de los Marqueses de Trocifal*, escrituras LVII y LVIII, pp. 25-26. En una escritura del archivo de Hacienda de Ciudad Real, del mismo año, procedente del convento de Calatrava, cuyo texto parece casi coincidir con el de la publicada por Suárez de Alarcón, al donante Gutiérrez se le llama, sin duda por equivocación, Domingo en vez de Rodrigo (Inocente Hervás y Federico Galiano, *Documentos originales del Sacro Convento de Calatrava que atesora el Archivo de Hacienda en Ciudad Real*, en B. R. A. H., XX, 1892, n.º 32, p. 550). Hay confirmaciones por Alfonso VIII, en 16 enero 1200 y en 1201, de ambos documentos de donación y venta; en la primera se dice estar el *castellac de Donnas prope Salvaterram* (Suárez de Alarcón, *Relaciones genealógicas de la Casa de los Marqueses de Trocifal*, escritura LIX, pp. 26-27; Hervás y Galiano, *Docs. originales del Sacro Convento de Calatrava*, en B. R. A. H., XX, n.º 39, p. 551).

² P. 90 y n. 3 de la p. 96.

³ Año 1211; «Después vino el Rey de Marruecos con los Moros dalend mar e daquend mar e cercaron Salvatierra, e Castiel de Dios en julio, e duró y hasta septiembre» (*Esp. Sagr.*, XXIII, pp. 394-395).

⁴ Año 1213: «Fué el Rey don Alfonso en huest con los de Toledo, e de Maqueda, e de Escalona, e con sus ricos omes de Castiella, e priso al Castiel de Dios, e al Castiello de Avenxore, mediado marzo» (*Esp. Sagr.*, XXIII, p. 397; Rades y Andrada, *Cbrónica de las tres Ordenes*, f.ºs 31 v y 32 r).

va, a la que había pertenecido. Don Rodrigo Jiménez de Rada llama a esa fortaleza *castrum Dominarum*¹, lo mismo que la «Crónica, latina de los reyes de Castilla» que registra su cambio de nombre: *castellum dñarum quod nunc dicitur calatraua nueva*². Desde el traslado hubo, pues, dos Calatravas: la que desde entonces se llamó Vieja, la abandonada, a orillas del Guadiana, y la Nueva, diez leguas más al sur, que al cabo de los siglos corrió la misma suerte.

Poco después de 1217, fecha del traslado al nuevo solar, comenzarían las grandes obras de la nueva ciudad y del convento-fortaleza, cuyas imponentes ruinas permanecen inéditas³. Se reconoce perfectamente el trazado de la cerca que rodeaba y protegía el recinto urbano, hoy yermo. En su extremo oriental, frente a las ruinas del castillo de Salvatierra, levántanse las aún grandiosas del monasterio, dominadas por las bóvedas del templo.

Extraña el hecho de que en poder de Alfonso VIII el castillo de *Donnas* desde 1213 no pasara a manos de los cristianos el cercano y frontero de Salvatierra hasta enero

¹ Don Rodrigo, *De rebus Hispaniae*, lib. VIII, 13. Entre los límites que cita un privilegio concedido por Alfonso VIII a la iglesia de Toledo, sin fecha, pero posterior a la batalla de las Navas, confirmado por Fernando III en 1218, figuran el *castri Dominarum et Salve. terrae*. (De Manuel Rodríguez, *Memorias para la vida del santo rey don Fernando III*, pp. 277-278). *Castro Dominarum* también se llama en una bula de Honorio III (1216-1227) resolviendo querellas de varias diócesis sobre la propiedad de iglesias (Antonij Francisci Aguado de Córdoba, Alfonsi Antonij Aleman et Rosales, Iosephi López Agurleta, *Bullarium equestris ordinis S. Iacobi de Spatha*, Madrid 1719, pp. 63-64).

² *Chronique latine des rois de Castille*, I, pp. 73-74.

³ A pesar de su importancia histórica y arqueológica y de su valor artístico y pintoresco, las ruinas de Calatrava la Nueva no han sido detalladamente descritas ni estudiadas. Tan sólo hace algo más de veinte años el arquitecto francés don Juan Braunwald, pensionado de la Casa de Velázquez, levantó un excelente plano del recinto de la ciudad y del convento, que creo no ha sido publicado.

(entre el 2 y el 17) de 1226, fecha en la que fué cedido a Fernando III, junto con el castillo de Burgalimar (Baños de la Encina), por el príncipe musulmán el Baezano (*al-Bayyasī*), seguramente a cambio del apoyo que le prestara en sus ambiciones califales ¹.

Como se dijo, Calatrava la Vieja quedó abandonada y desierta desde 1217. Despoblada la encontró don Fernando Colón hacia 1520, al recorrer y describir la ruta medieval: Caracuel, Calatrava la Vieja, Malagón, Yébenes y Orgaz. Dice que tenía «las casas muy fuertes de tierra e tiene aun fortaleza e están en pie los palacios del rrey moro e no mora en ella nadie por ser doliente por cabsa de los olores del Guadiana que pasa junto con ella por la parte de Malagón e tenía en tiempo de moros e agora tiene una caba que se sale de Guadiana llena de agua e arrida la villa e torna-se a entrar en el rrio» ².

¹ Rades y Andrada, *Crónica de las tres Ordenes*, f^o 37; *al-Qirtās*, edic. Tornberg, p. 182; trad. Huici, p. 279; *al-Bayān, Los almohades*, I, trad. Huici, p. 265; *Chronique latine des rois de Castille*, I, pp. 114-116. Varios documentos reales refuerzan la cronología de estos hechos. Uno dado en Toledo el 8 de enero de 1225, *anno regni sui nono, quo anno Acebid Rex Baeciae devenit basallus regis, et osculatus est manus suas*. Una donación del monarca a la orden de Santiago está fechada el 18 de abril del mismo año, *eo anno quo Rex Baeciae apud Navas de Tolosa devenit vassallus meus, et osculatus est manus meas, et Salvaterram, et Borialamar de manibus Sarracenorum liberatas redidi cultui Chistianorum, anno regni fuit nono*. Don Fernando III pidió al rey de Baeza, además de Salvatierra y Borialamar, Capilla, pero esta última fortaleza no quisieron entregarla los moros que en ella estaban (*Nobleza del Andalozía*, por Gonçalo Argote de Molina (Sevilla 1588) f^{os} 60 y 61 r y v). Para las fechas límites entre las que los castillos de Salvatierra y Borialamar pasaron a poder de Fernando III, véase Hernández Jiménez, *Estudios de geografía histórica española*, II (*Al-Andalus*, V, 1940, pp. 427 y 431). Los diplomas de los años siguientes siguen refiriéndose en sus datas a la de posesión de ambas fortalezas (Argote, *Nobleza del Andalozía*, f^o 88 r; R. P. Luciano Serrano, *El Mayordomo Mayor de doña Berenguela*, en *B. R. A. H.*, CIV, 1934, p. 176).

² *Descripción y cosmografía de España*, por Fernando Colón, t. I (Madrid 1910), pp. 261 y 264.

Pocos años después el embajador veneciano Andrés Navajero, al recorrer el mismo camino, describe a Calatrava «arruinada y desierta por los aires que en ella reinan a causa del río, que es allí pantanoso y está lleno de juncos y cañas como una laguna» ¹. La antigua ruta de Andalucía a Toledo por el puerto del Muradal seguía siendo frecuentada por las gentes que iban de Toledo a Málaga, Granada y Almería, según el *Repertorio* de Villuga, editado en 1546, aunque con una pequeña desviación para pasar por la entonces floreciente ciudad de Almagro, sede principal de la orden de Calatrava.

Entre sus etapas no figura, como es natural, la yerma Calatrava, pero sí Malagón y Carrión de Calatrava; el camino entre ambas pasaba el Guadiana por un puente situado al pie del cerro en el que estuvo su solar. El citado *Repertorio* de Villuga indica la misma vía hasta Malagón para ir de Toledo a Córdoba (sin duda la otra medieval por el puerto de Alhover o del Milagro había dejado de ser pasajera), pero desde ese lugar se desvía hacia occidente para pasar por Peralvillo y Ciudad Real y seguir a Caracuel y Almodóvar del Campo ².

Último y lamentable episodio del que fué escenario Calatrava es el fusilamiento por los carlistas, en diciembre de 1835, de los milicianos nacionales de la villa de Carrión de Calatrava ³.

Fundada la orden de Calatrava en la ciudad de la que tomó su nombre poco después de 1157, al abandonarla en 1195 a causa de la derrota de Alarcos, hubo de refugiarse en Ciruelos hasta 1198 en que, conquistado el castillo de

¹ *Viajes por España de Jorge de Eginghen, del barón León de Rosmithal de Blatna...* Traducidos y anotados por don Antonio María Fabié, *Libros de antaño* (Madrid 1879), p. 314.

² *Repertorio de todos los caminos de España*, compuesto por Pero Juan Villuga (1546) (Madrid 1950), pp. 46-47 y 50-52.

³ Madoz, *Diccionario*, V (Madrid 1849), p. 270.

Salvatierra, pasó a ocupar esta fortaleza. Al perderse en 1211 los calatravos instalaron su casa principal en el castillo de Zorita. La recuperación de Calatrava por Alfonso VIII en 1212 les permitió regresar a su primitiva residencia, después de diecisiete años de exilio. Tras breve estancia de cinco en ella, en 1217, se trasladaron al antiguo castillo, rebautizado desde entonces con el nombre de Calatrava la Nueva. En él permaneció la Orden cerca de seis siglos. Pero a principios del XIX la soledad, el apartamiento del lugar y lo áspero de su acceso pesaban sin duda mucho a los pobladores del convento-fortaleza. En 1804 lo abandonaron, trasladándose a la ciudad de Almagro, pero antes de partir, sin duda para hacer imposible un temido retorno, se dedicaron a la salvaje destrucción de todo ¹. Puertas y ventanas, con sus cercos, fueron arrancadas; en la iglesia destruyeron sepulcros, altares y decoraciones. Una descripción del convento, hecha en 1635, da idea de los recuerdos, riquezas y obras de arte allí existentes, bárbaramente destrozadas ². En la lamentable historia de la destrucción de nuestro pasado artístico hay pocos hechos tan vergonzosos como este del arrasamiento de un edificio colmado de obras de arte y de ilustres recuerdos por los encargados de su custodia. Las ruinas de Calatrava la Vieja y de Zorita de los Canes, en su abandono, causan dolor; indignación y vergüenza las de Calatrava la Nueva.

La llamada *Primera Crónica General*, escrita a fines del siglo XIII, describe a Calatrava con breves y certeras pa-

¹ Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico histórico de España*, II (Madrid 1845), p. 65; V (Madrid 1846), p. 269. Véase también: *Una visita a Calatrava la Nueva*, por Fernando de Hermosa de Santiago (Madrid 1879). Uno de los sepulcros más antiguos que allí había era el del conde don Rodrigo, fallecido en 1246 y enterrado bajo un arco a la entrada de la iglesia.

² Vicente Castañeda, *Descripción del Sacro Convento y Castillo de Calatrava la Nueva y de su iglesia, capillas y enterramientos* (B. R. A. H., XCII, 1928, pp. 402-443).

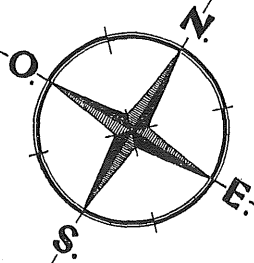
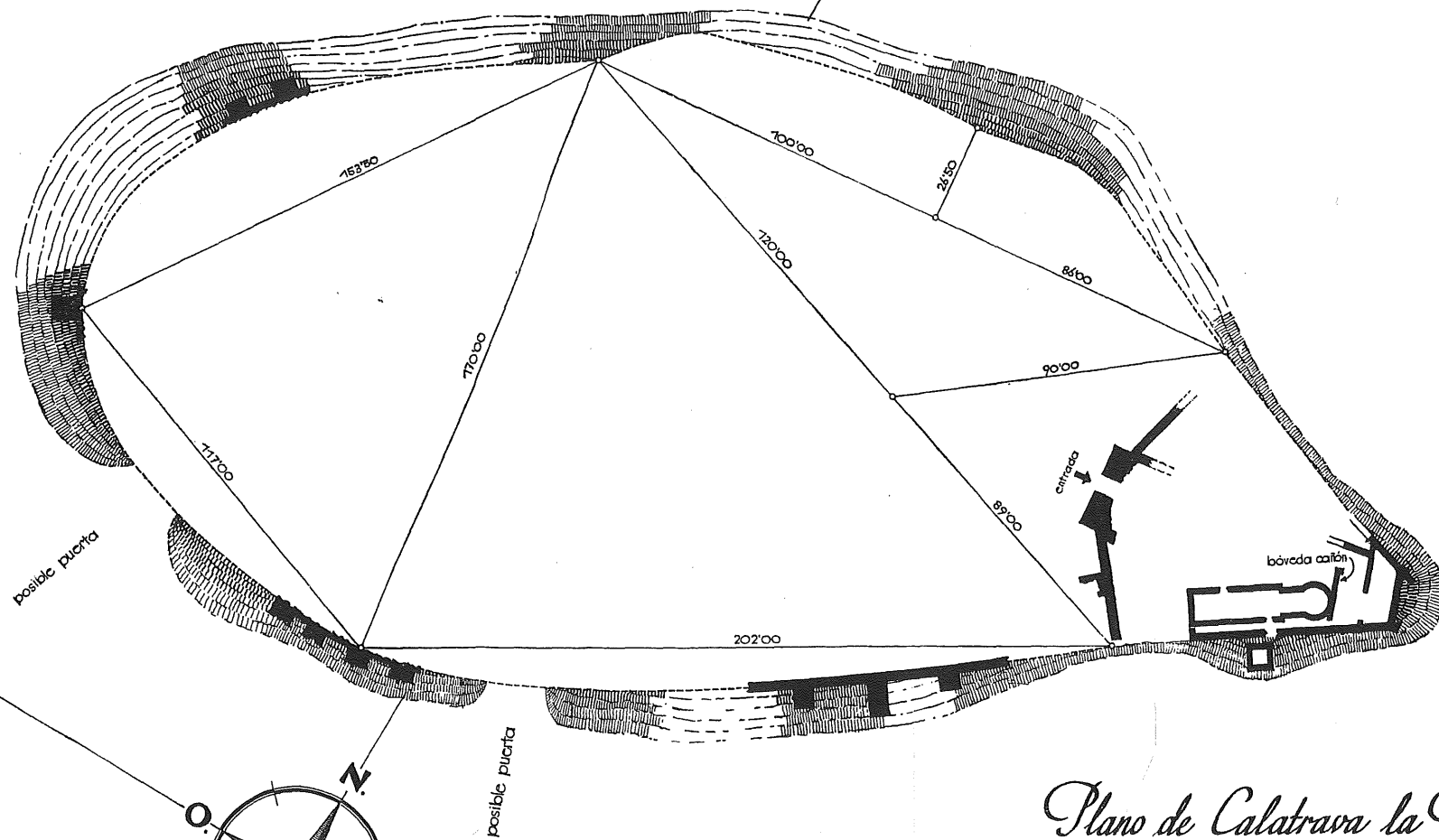
labras. El «castiello es en llano, pero de la una parte el muro dell ua por somo de la ribera de aquel río de Guadiana, de guisa que non podrie omne llegar a él; et de las otras partes de guisa es essa villa guarnida de muro et de baruacana et de carcauas, et de torres et de logares para lidiar, que, sin guerrearla luengo tiempo con engennos, semeia que se non podrie combater» ¹.

Más de setecientos años de abandono han borrado el aspecto de sólida y bien protegida fortaleza que produjo a los guerreros de 1212. Desaparecido el antemuro o barbacana, rellenos de escombros los fosos, caídas en gran parte torres y murallas, no parece hoy tener el solar de Calatrava destacadas condiciones defensivas, sobre todo visto desde oriente, desde la ermita de Nuestra Señora de la Encarnación, patrona de la villa de Carrión, ni los restos de la cerca torreada producen la impresión de haber pertenecido a inexpugnable fortaleza.

Calatrava ocupaba la parte alta de un cerro de escasa elevación, bordeado a oriente, como se dijo, por un barranco no muy profundo, mejor protegido a occidente por el curso del Guadiana. Circuía la meseta, alargada y de forma ovoidea, un muro torreado, caído hoy en gran parte, cuyos escombros limitan perfectamente el recinto. En su interior, convertido en tierras de labor en las que crecen lozanos los cardos, no queda rastro alguno de edificación. El lienzo de muralla más destruido es el occidental, sobre el Guadiana. La puerta o puertas de ingreso han desaparecido. En el paño occidental de la cerca, el mejor conservado, subsisten algunas torres rectangulares salientes, agujereadas por mechinales que acreditan su construcción con tableros de tapias. Torres y muros son casi todos de mampostería caliza de mediano tamaño, extraída del mismo cerro y guardando cierta regularidad de hiladas. Una de ladrillo, en va-

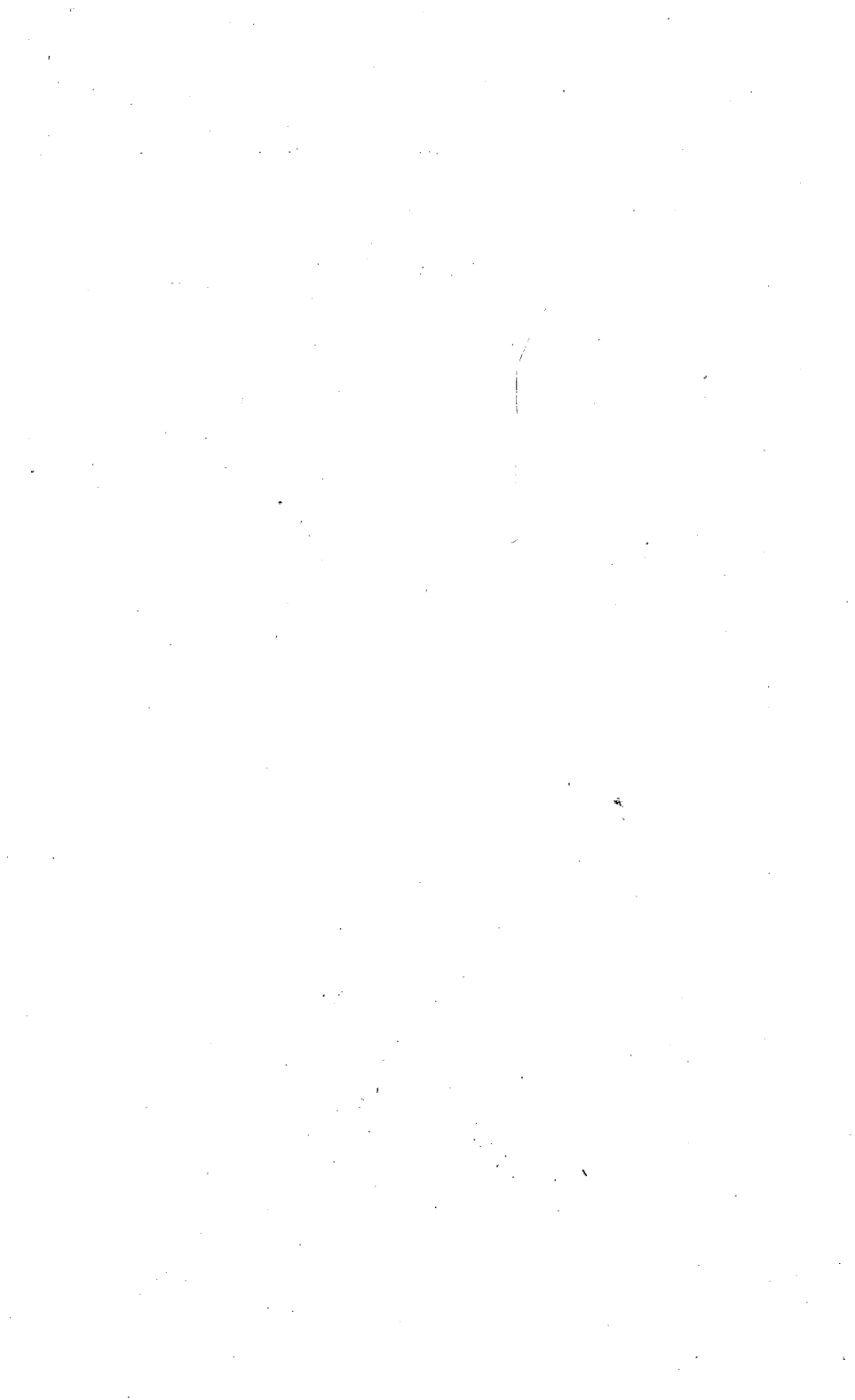
¹ *Primera Crónica General de España*, cap. 1.015, p. 695.

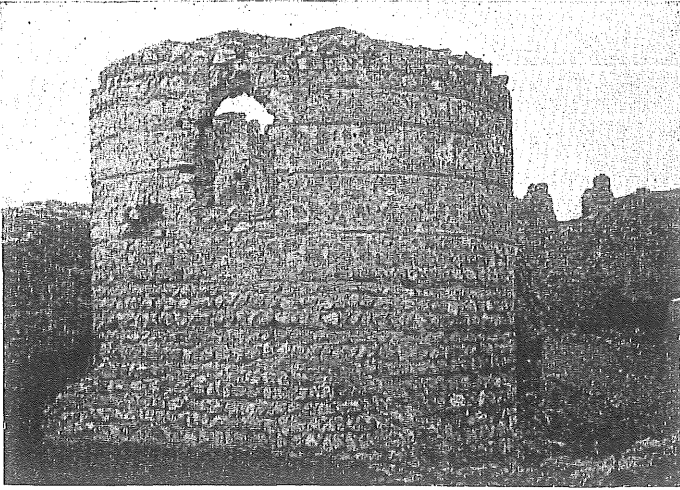
RIO GUADIANA



Plano de Calatrava la Vieja
escala gráfica
0 5 10 20 30 40 50 60 70 80 90 100 130 m.

Croquis de planta del recinto de Calatrava la Vieja (Ciudad Real).

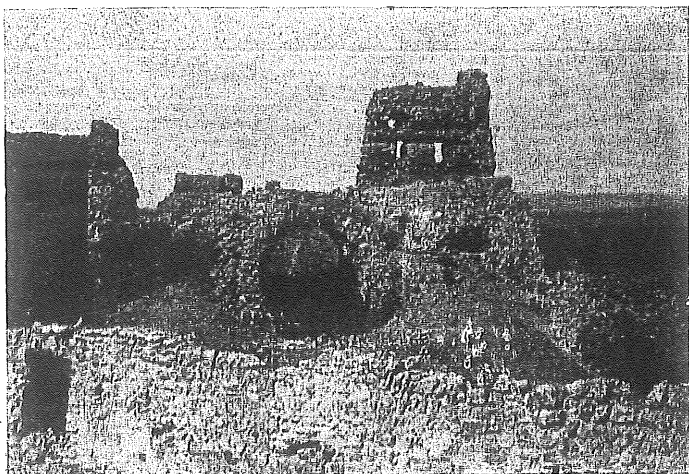




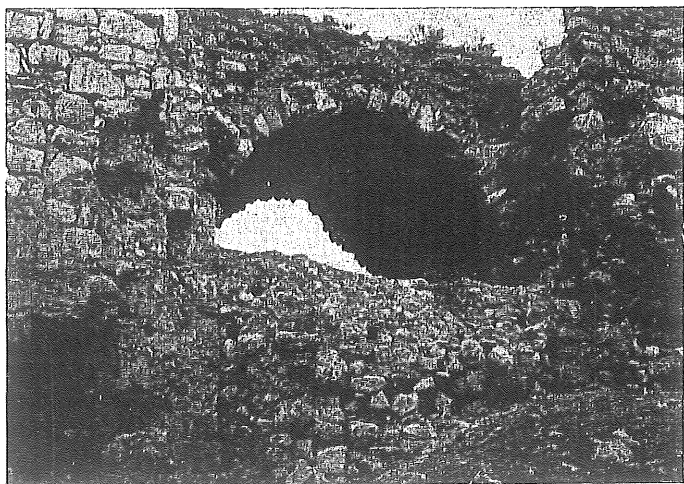
Exterior de la cabecera de la capilla de Calatrava la Vieja (Ciudad Real).



Restos de muros y torres del lienzo septentrional, sobre el Guadiana, del recinto de Calatrava la Vieja (Ciudad Real).



Ruinas del alcázar de Calatrava la Vieja (Ciudad Real).



Ingreso al alcázar de Calatrava la Vieja (Ciudad Real).

rios lugares, ayuda a mantenerla. Hay también mampuestos inclinados en forma de espina de pez. Hiladas de piedras grandes alternan con las formadas por pequeñas lajas. Estas también rebordean paños de mampuestos. En la construcción de la torre más occidental de las que están sobre el Guadiana se emplearon piedras de buen tamaño, algunas colocadas a tizón. La fábrica de mampostería, aparente por su interior y hecha con buen mortero, es excelente. Hay paños en los que los mampuestos se rebordearon con mortero de cal, que en otros cubre los paramentos, en los que, con dos tonos grises, se fingió un despiece de grandes sillares.

Destaca del recinto a nordeste una torre cuadrada, aislada, a poca distancia de la muralla. Se trata, pues, de una albarrana, que tal vez, como otras de la alcazaba de Trujillo, quedaba unida al adarve de los muros de la ciudad por tableros de madera. En su interior se ven las cajas de los rolizos que sostuvieron sus varios suelos, y aspilleras derramadas hacia el interior.

El cerro se va estrechando hacia nordeste para terminar en forma de proa, extremo que ocupaba la alcazaba. Es en donde se conservan, por su mayor fortaleza, muros de más elevación. La puerta de ingreso desde el interior de la ciudad era recta, flanqueada por sendas torres rectangulares. Han desaparecido su arco de ingreso y los paramentos interiores y exteriores.

Dentro de lo que fué alcazaba subsiste un trozo de bóveda de medio cañón, de mampostería, cuyos arranques están formados por varias hiladas de ladrillo, a modo de imposta. También en la alcazaba se conservan los muros de una pequeña capilla, muy próxima al que cerraba su recinto a sudeste. Tuvo nave única rectangular y un presbiterio a oriente, formado por un tramo recto, más angosto que aquella, y ábside de herradura interior y exteriormente. Queda el hueco de la ventana que existió en su fon-

do y que tendría arco de ladrillo, desaparecido, como otros del mismo edificio, sin duda para aprovechar el material. Nave y presbiterio cubríanse con armadura de madera. Como su destino de pequeño templo cristiano es indudable, se levantaría entre 1147 y 1195, o 1212 y 1217, años durante los que Calatrava estuvo ocupada por los castellanos. Respecto a las torres y murallas, seguramente habrá en ellas partes construidas entre los siglos IX y XII, con predominio de las de los X u XI.

La superficie limitada por la cerca de Calatrava es de 42.400 metros. Dentro de ella pudieron hallar cabida unas 246 viviendas y alrededor de 1.576 habitantes. En su *Itinerario*, don Fernando Colón juzgó el recinto capaz de albergar a unos 200 vecinos moros ¹. Frente a Toledo, pues, con su remota y gloriosa historia, con su vasto recinto encerrando 106 hectáreas, sus edificios monumentales y su brillante tradición cultural y artística, Calatrava no pasó de una muy modesta ciudad militar y de tránsito, de vida efímera.

Los restos de muros y torres de Calatrava la Vieja son hitos de nuestra historia medieval que van camino de desaparición. Hace algunos años que el arabista C. F. Seybold escribió que esas ruinas merecían un estudio detenido, para el que era obligada la labor previa de la espiocha ².

Alarcos (Al-Arah) (Ciudad Real).

En un empinado cerro de 720 metros de altura sobre el nivel del mar, en la margen izquierda del Guadiana, a 3 leguas aguas abajo de Calatrava la Vieja, estuvieron emplazadas la fortaleza y la villa de Alarcos, etapa en la ruta

¹ *Descripción y cosmografía de España*, por Fernando Colón, I, p. 264.

² *Encyclopédie de l'Islam*, I, p. 846.

medieval antes mencionada de Córdoba a Toledo por Caracuel y Calatrava. Desde su cima se domina un dilatado horizonte de onduladas y rojizas llanuras cubiertas de viñedos y olivares, cortadas por las lentas y escasas aguas del Guadiana. Lejanas, percíbense las ruinas de los castillos de Malagón, Piedrabuena y Caracuel, cuya historia va unida a la del de Alarcos. Al pie del cerro, facilita el paso del río un puente. Una frondosa alameda y algunas huertas entre molinos y casas de labor prestan jugosidad al paisaje.

«Alarcuris» llama Jiménez de Rada a la fortaleza ¹, denominación que ha servido de argumento para suponer estuvo en su solar la «Lacuris» mencionada en las Tablas de Ptolomeo entre Baeza y Toya ². Alarcos pasaría a manos cristianas probablemente al mismo tiempo que Calatrava, en 1147. Antes apenas aparece su nombre en los relatos de las luchas de la Reconquista durante los siglos XI y XII ³. En poder de cristianos o de musulmanes sería un castillo destinado a proteger el paso del Guadiana — vado o puente — dependiente de Calatrava. En poder de los primeros constituiría una defensa avanzada de la Mancha y la región toledana, desde la que hacer incursiones por las tierras andaluzas.

Según la *Primera Crónica General de España*, Alfonso VIII «pobló a Alarcos, que dizen Val de Sangre» ⁴. Con referencia al año de 1191, se habla de haberse fortalecido y abas-

De rebus Hispaniae, lib. VII, cap. 29.

² Al pie del cerro se encontró hace algún tiempo una lápida sepulcral romana, de piedra caliza (Antonio Blázquez, *Inscripción romana ballada cerca de Alarcos*, en B. R. A. H., LXIX, 1916, pp. 566-568).

³ Jiménez de Rada, y la *Primera Crónica General de España* (cap. 847, p. 521) tras él, refieren haber pasado la población de Alarcos varias veces, por cesión o conquista, antes de 1195, del poder de los musulmanes al de los cristianos. Son relatos legendarios. Entre ellos figura el de la supuesta cesión del castillo de Alarcos, con otros varios, por el rey de Sevilla a Alfonso VI como dote al casarse éste con su supuesta hija la mora Zaida.

⁴ Cap. 1.001, p. 680.

tecido la villa y el castillo, donde el monarca aguardaba al arzobispo de Toledo don Martín, al que había encomendado una expedición militar por Andalucía, dispuesto a ayudarle en caso necesario. Alfonso VIII dió la tenencia de la fortaleza a don Diego López de Haro ¹. De nuevo en Alarcos, tres años después, el 18 de octubre de 1194, entregó la fortaleza a la orden de Santiago, con rentas para sostenerla.

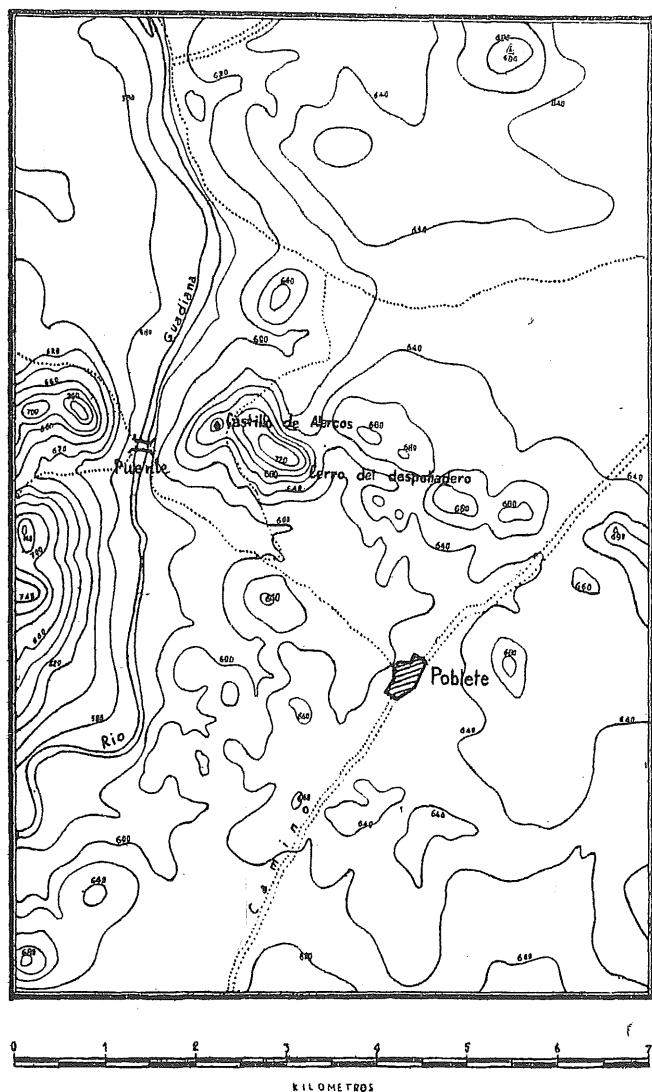
La «Crónica latina de los Reyes de Castilla», casi siempre bien informada, refiere que Alfonso VIII empezó a construir la villa de Alarcos, sin duda para acrecentar con sus pobladores su valor militar y como defensa contra los almohades. Aún no acabada la cerca y antes de terminar de poblarse, tuvo lugar la célebre batalla ².

Los almohades reaccionaron ante las correrías de los cristianos que llegaban hasta la región sevillana. El emperador Ya'qūb al-Manṣūr salió de Sevilla el jueves 11 de raḡab II 591 (30 junio 1195), y después de detenerse en Córdoba algún tiempo, se dirigió hacia el territorio cristiano, acampando en un lugar dominante, en el Congosto, a la vista de Alarcos. En el Guadiana se apoyaban el ala derecha de los castellanos y la izquierda de los musulmanes. Los dos ejércitos se encontraron en el puente (*ḡisr*) de *al-Arak* el miércoles 9 de ša'bān (18 julio) ³. Derrotados los cristianos, los almohades se apoderaron de su campamento y

¹ Rades y Andrada, *Crónica de las tres Ordenes y Cavallerías de Santiago, Calatrava y Alcántara*, pº 19 v.

² *Chronique latine des rois de Castille jusqu'en 1236*, I, pp. 41-42.

³ Es al-Ḥinyarī el que señala el puente como lugar del encuentro de los dos ejércitos; Ibn 'Idārī, Ibn Jallicān e Ibn al-Aṭīr dicen tuvo lugar en el *mary al-ḡadīd* (prado limítrofe). Al-Marrākuṣī llama al campo de batalla *faḡs al-ḡadīd* (campo nuevo). Campo de sangre lo nombra el Toledano. Según el Qirṭās, el ejército cristiano estaba en lo alto de una colina llena de precipicios y grandes peñascos, al lado del castillo, mientras las tropas musulmanas acampaban en el valle. El choque pudo producirse en el puente, como afirma al-Ḥinyarī, pero la parte principal de la batalla tendría lugar en un sitio más despejado.



Plano de los contornos de la fortaleza de Alarcos (Ciudad Real).

los persiguieron desde el comienzo de la mañana hasta mediodía. Murieron en la batalla los obispos de Avila, Segovia y Sigüenza; Alfonso VIII pudo escapar y refugiarse en To-

ledo con unos 30 de sus principales oficiales ¹. Otros, con los restos del ejército derrotado, en número de unos 5.000, hombres, mujeres y niños, refugiáronse en el castillo. Con la intervención del conde don Pedro Fernández de Castro, que iba con el ejército musulmán, fueron cambiados por un número igual de prisioneros en poder de los castellanos.

Después de la victoria, el ejército almohade se apoderó de Calatrava y otras fortalezas cercanas, entre ellas Malagón y la torre de Guadalerzas. Ya'qub al-Manşūr entró triunfalmente en Sevilla el 27 ša'bān 591 (7 agosto 1195) ².

La fortaleza de Alarcos debió ser destruida por los vencedores y perder en gran parte su valor militar, pues en 1212, pocos días antes de la batalla de las Navas, la ocupó Alfonso VIII sin resistencia apenas ³.

Enrique I, por un privilegio en el que alude a los trabajos del arzobispo don Rodrigo en la toma de Alarcos y otros castillos en la campaña de las Navas, le otorgó *mollendina illa que sunt iuxta castrum de Alarcos, in azuda illa ubi est turris, que videlicet molendina nobis in uita sua pater meus dedit* ⁴.

¹ *Kitāb al-Mu'ǧib fi taljīš abjār al-Magrib*, por al-Marrākušī, trad. Huici, pp. 235-236.

² *Chronique latine des rois de Castille jusqu'en 1236*, edic. Cirot, I p. 41; *Primera Crónica General de España*, cap. 1.002, p. 681; Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, pp. 12-13; trad., pp. 18-19; Ibn 'Idārī, *Bayān*, *Los almohades*, trad. Huici, pp. 185-189; *Qirṭās*, trad. Huici, pp. 225-233. Un buen relato de la campaña y de la batalla en *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas (Almoravides, Almohades y Benimerines)*, por Huici, pp. 137-169.

³ Carta de Alfonso VIII al Papa dándole cuenta de la victoria de las Navas, en Mondéjar, *Memorias históricas... del rey don Alonso el Noble*, capítulo XII, p. xcix.

⁴ Arch. Cat. Tol., A., V., 10-1-6, según cita de Eduardo Estella Zelaya, *El fundador de la catedral de Toledo* (Toledo 1926), p. 81. Confirmó esta donación Fernando III en 1222 (*Lib. priv.*, II, fº 64).

Por bula de 1217 el papa Honorio III confirmó a don Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo, y a su iglesia, en la posesión de todos aquellos templos que en su tiempo fueron arrancados del poder agareno, entre ellos los de Alarcos y Zuqueca, frente a los pretendidos derechos de la orden de Calatrava ¹.

Fernando III y Alfonso X trataron de repoblar Alarcos con gentes de las tres religiones. Del último es un privilegio, fechado en 1254, para que no pechasen sus vecinos ². Pracasó el intento de repoblación: el rey Sabio refiere en la carta-puebla de fundación de Villa Real en 1255, que después de ver el castillo y la villa de Alarcos tuvo «voluntat de poblallo e facer hi grand villa e bona, et probó de facerlo por todas guisas et non pud, et fallé que assí lo provaron los otros reyes que foeren antes de mí e non podieron, ca era el logar mui doliente, e por ningun algo nin por franquía que les diessen nin que les fciessen non querían hi fincar ca non podíen hi vivir ca se perdíen de muerte». Contra la voluntad de los monarcas se imponían las malas condiciones naturales del lugar, su incomodidad y aspereza, la falta de tierras inmediatas de cultivo remunerador y, sobre todo, su insalubridad. En vista de que Alarcos se yermaba, sigue diciendo el monarca, «e quis que oviese hi una grand villa e bona, que corriesen todos por fuero, e que foese caberza de toda aquella tierra, et mandéla poblar en aquel logar que dicen el Pozuelo de D. Gil, e púsele nombre Real» ³. Así nació, al extinguirse Alarcos, Villa Real, ciudad más adelante, en lugar llano, distante poco más

¹ Arch. Cat. Tol., A., 11 y V., 10-1-6 (*Bullarium... S. Iacobi de Spaltba*, p. 63).

² *Historia documentada de Ciudad Real*, por el presbítero don Luis Delgado Merchán, seg. edic. (Ciudad Real 1907), pp. 32-33, 37-38 y 45.

³ Los párrafos entrecomillados son de la carta-puebla de Ciudad Real, publicada, entre otros, por Quadrado y de la Fuente, *Castilla la Nueva*, III, p. 450, n. (1).

de una legua, a la que pasaron la parroquia y el archivo de la yerma. En manos cristianas el valle del Guadalquivir, el solar de Alarcos carecía de interés militar.

Alarcos ocupó la cumbre, de forma casi circular, del cerro de fuertes y ásperas laderas antes aludido. Aún subsisten vestigios de la cerca que la rodeaba, no terminada de levantar, según se dijo, en 1195. Quedan las partes bajas de los torreones que la fortalecían y huellas de barbacañas¹ y de un foso excavado en la roca. Cuadrado y Lafuente aún alcanzaron a ver allí cimientos de casas y algún buen aljibe entre montones de escombros. El castillo o alcazaba es un cuadrilátero de unos 200 metros en la dirección este-oeste, 80 en el frente de mediodía y 50 en el de norte. Tiene cuatro torres en los vértices y otras tantas intermedias, una en el centro de cada lado².

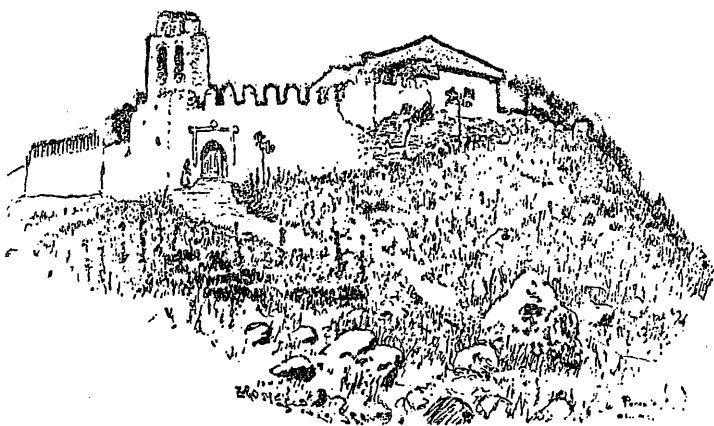
En lo alto del cerro se levanta hoy un pequeño santuario, lugar de romería, rodeado de una cerca almenada. Es una ermita de tres naves separadas por arcos muy agudos apeados en pilares poligonales, con columnas empotradas en sus costados. En el eje de los pilares, en las albanegas de los arcos, se abren pequeñas ventanitas de arco agudo. La nave central cúbrese con una armadura mudéjar de par y nudillo, oculta por un cielo raso. Sobre la puerta del hastial de los pies, muy sencilla, con arco agudo sobre impostas y una arquivolta moldurada, ábrese un buen rosetón de tracería gótica³.

¹ Rafael Ramírez de Arellano, *Alarcos* (Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones, I, 1893, pp. 71-72).

² Esa superficie cercada de poco más de una hectárea es la corriente para una fortaleza de mediana importancia. Aunque apretados, podían caber en sus 13.000 metros superficiales los 5.000 refugiados que mencionan los historiadores árabes. La cerca de la villa comprendía bastante más extensión, pero al no estar terminada probablemente no pudo servir de protección a los restos del ejército derrotado.

³ E. S. F., *Sociedad de Excursiones en Acción* (Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones, XIV, 1906, p. 47).

Próximos a la fortaleza, a unos 20 metros a occidente, se conservan los restos de un muro, de 3 de altura y unos 11 de longitud, formado por grandes piedras toscas de forma romboidal, sin argamasa, acuñadas por otras más pe-



Ermita de Alarcos (Ciudad Real).

queñas que rellenan los huecos entre ellas. Cerca del cerro, en la orilla izquierda del Guadiana y a unos 100 metros de él, se abre la boca de una cueva, enlucidos su techo y paredes ¹.

¹ Inocente Hervás y Buendía, *Diccionario histórico geográfico de la provincia de Ciudad Real* (Ciudad Real 1890), p. 236; Antonio Blázquez, *Construcciones ciclópeas en el cerro de Alarcos* (B. R. A. H., LXV, 1914, páginas 501-507). Hervás dice que el puente actual se edificó por Ciudad Real, según una provisión de 1495. de los Reyes Católicos, existente en el Ayuntamiento de esa ciudad. Reparóse en repetidas ocasiones. Una de las reparaciones más importantes fué la realizada en 1800, a costa de varios pueblos de la comarca, por estar hundidos dos de sus ojos.

Oreto (*Ūrit*) (*Ciudad Real*).

Oría (Oretum) y Castoulón eran, según Estrábon, las principales ciudades de la Oretania ¹, región de límites no muy precisos, cuyo núcleo central coincidía, aproximadamente, con la actual provincia de Ciudad Real. Ese testimonio y el ser capital de la comarca y dar nombre a las gentes que la habitaban — los famosos pueblos oretanos — acreditan la importancia de Oreto bajo el imperio romano y aun durante el dominio visigodo, al ser silla episcopal cuyos prelados figuran en casi todos los concilios de Toledo, hasta los últimos del rey Égica ². Ambrosio de Morales relata ser él mismo el que fijó el emplazamiento de la ciudad muerta desde hacía siglos, al oír llamar en Almagro Oreto a un sitio despoblado a dos leguas de distancia, en el que había una ermita conocida por Nuestra Señora de Oreto ³, o de Azuqueca o Zuqueca, nombres estos últimos de un pequeño lugar cuya existencia consta en el siglo XIII ⁴. Estaba emplazada en un suave cerro que llaman de los Obispos ⁵ o del Castillo, a 742 metros de altura so-

¹ Estrábon, III, 3, 3. Ptolomeo y Plinio la nombran Oreto de los Germanos.

² El primero de los obispos de Oreto que figura en las actas de los concilios de Toledo es Andonio, asistente al III, en 589. El último, Mariano, firma en el XVI, celebrado en 693 (*Esp. Sag.*, VII, pp. 266-271).

³ *Las Antigüedades de las ciudades de España...* que escribía Ambrosio de Morales, t. IX (Madrid 1792). p. 29. Morales dice que la ermita era «fábrica de Romanos».

⁴ El papa Honorio III, por bula de 1217 concedió a Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo, todas aquellas iglesias de «.... Alarcos... de Zuqueca...», las que en su tiempo fueron arrancadas del poder sarraceno» (*Bullarium... S. Iacobi de Spatha*, p. 63). Estella Zalaya, *El Fundador de la Catedral de Toledo*, p. 80. Azuqueca, según don Miguel Asín Palacios, es palabra derivada de otra árabe que significa «la calleja o callejuela» (*Contribución a la toponimia árabe de España*, p. 81).

⁵ Supone Ambrosio de Morales que le quedó ese nombre por estar en el

bre el nivel del mar, en la orilla izquierda del río Jabalón, frente a la villa de Granátula, entre ella y el convento de Calatrava, y a media legua de ambos. Las laderas del cerro a cuyo pie emplazóse la ermita están dispuestas en paratas, formadas probablemente por los escombros de la ciudad muerta.

Entre las escasas reliquias conservadas de la Oreto romana figura un cipo con inscripción latina, de mármol cárdeno, bien labrado y con molduras que lo encuadran. En el siglo XVI se trasladó desde un largo y angosto puente de ocho ojos sobre el Jabalón, inmediato al despoblado, a la villa de Almagro. Morales lo vió en las casas del comendador Torrova y Ceán Bermúdez afirma que estaba en el ayuntamiento de esa villa, donde seguía al visitarla el Padre Fita antes de terminar el siglo XIX. Dice, según la traducción de Morales, corregida por el último, que «Publio Bebio Venusto, hijo de Publio Bebio Veneto, y nieto de Publio (Bebio) Besister, oretano, a petición del regimiento (*ordine*) y del pueblo, hizo esta puente para honra de este templo, con gasto de ochenta [mil] sesteracios. Y después la dedicó, habiendo hecho en la fiesta de la dedicación juegos circenses a caballo» ¹.

Otros dos epígrafes completan los breves recuerdos arqueológicos de Oreto anteriores a la invasión musulmana. Uno de ellos se llevó desde las ruinas de la vieja ciudad, primero a la ermita de Santa Columba, en la ribera del Jabalón, algo más abajo del solar de Oreto, donde la señala Morales a fines del siglo XVI, al mismo tiempo que dice se veían en sus cercanías rastros de construcciones. En

cerro la iglesia catedral y tener muchos enterramientos de sus obispos (*Las Antigüedades de las ciudades de España*, t. IX, p. 273).

¹ Morales, *Las antigüedades de las ciudades de España*, IX, pp. 272-273; Ceán Bermúdez, *Sumario de las antigüedades romanas de España*, pp. 102-103; Fidel Fita, *Reseña epigráfica* (B. R. A. H., XVIII, 1891, pp. 372-373); Hübner, *Inscr. Hisp. Lat.*, pp. 948 y 1.053, nos 3.331 y 6.339.

el XVIII se empotró en la fachada principal de la casa nº 8 de la calle del Santo, de la cercana villa de Granátula, donde continúa. Es de piedra común y de ruda apariencia y su epigrafe conmemora la construcción, en un año que corresponde al 387 de nuestra era, de un *horreus* (granero o alholí) en la granja de Vasconius, hecha por un colegio o hermandad de constructores, entre los que estaban el contratista o procurador Tiberiano y los maestros de obras Vi[italiano] y Neb[ridio]. En la inscripción intercalóse un crismón; la rebordea un tallo con dibujo de espirales ¹.

La otra lápida, tosca e incompleta, empotróse en el exterior de los muros de la iglesia de Granátula, a donde fué llevada desde las ruinas de Oreto. En la primera mitad del siglo XVI estaba, como la de Bebio, en la ermita de Nuestra Señora de Azuqueca, en donde las vió el erudito Nicolás Mamerano, pero antes de terminar el siglo Morales leyóla en el sitio donde ahora se encuentra. Es el fragmento inferior de una losa que cubría la sepultura del obispo Amador, fallecido en 614 ². La diferencia de calidad epigráfica entre ésta y la del año 387 es indicio de la barbarización del mundo romano en los dos siglos largos que las separan.

Oreto estaría bien decaída cuando la invasión musulmana, pues su nombre aparece muy escasas veces en los relatos de los historiadores islámicos. Figura casi siempre como etapa de las expediciones militares en el camino de Córdoba a Toledo. Por *Ūrit* pasó a su regreso el ejército en-

¹ Morales, *Corónica general*, t. V (Madrid 1791), lib. X, cap. XLIV, pp. 244-245; Fita, *Reseña epigráfica* (B. R. A. H., XVIII, pp. 374-377); Hübner, *Inscr. Hisp. Lat.*, Supplementum (Berlín 1892), p. 1.053, nº 6.340; José Vives, *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda* (Barcelona 1942), p. 128, nº 367.

² Morales, *Corónica general*, t. VII (Madrid 1791), lib. XII, cap. XI V, p. 78; Fita, *Reseña epigráfica* (B. R. A. H., XVIII, pp. 378-379); Hübner, *Inscr. Hisp. Christ.*, nº 171; Vives, *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, p. 77, nº 263.

viado a la última ciudad por 'Abd al-Raḥmān I, tras sofocar la rebelión del jefe fihri Hišām ben 'Urwa ¹. Probablemente estaría poblada entonces por beréberes. Uno de ellos, nacido en Oreto, asesinó en 162 (778-779) a 'Abd al-Raḥmān ben Ḥabīb al-Fihri, y llevó su cabeza al emir omeya ². Vuelve a aparecer el nombre de la ciudad en los comienzos del reinado de 'Abd al-Raḥmān II, como etapa también en la ruta de un ejército salido de Córdoba en el verano de 209 (824). Después de detenerse en Ūrit para castigar a los revoltosos, continuó a *Šantabariya* y *Tudmir* con el mismo propósito ³.

Ibn Ḥayyān dice que la comarca de Calatrava (*Qaḥ'at Rabāh*) y Ūrit proporcionó 387 jinetes para una expedición dirigida contra el territorio cristiano en el reinado del emir Muḥammad ⁴. Al-Ḥinyarī, en época tardía, alude a la destrucción de Ūrit y afirma que, a causa de ella, sus habitantes pasaron a poblar las ciudades de Calatrava y Caracuel ⁵. Sería probablemente obra de los rebeldes toledanos que se apoderaron de Calatrava, recobrada por las tropas del emir en el verano de 239 (853) y repoblada al terminarse su reconstrucción dos años más tarde ⁶.

En la primera mitad del siglo X, Rāzī menciona el castillo de Oreto ⁷. Más tarde, Yāqūt dice corresponder

¹ *Ajbār maǧmū'a*, texto, pp. 103-104; trad., p. 97.

² Lévi-Provençal, *España musulmana*, p. 79.

³ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 84; trad., p. 134.

⁴ *Ibidem*, texto, p. 111; trad., pp. 178-179.

⁵ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, pp. 33 y 163; trad., pp. 42 y 196.

⁶ *Hist. Esp.* Menéndez Pidal, t. IV, *España musulmana*, por Lévi-Provençal, pp. 190-191. Los toledanos llegaron hasta Sierra Morena, arrasando las alquerías del río Jándula.

⁷ Gayangos, *Memoria sobre... la Crónica... del moro Rasis*, en *Mem. Real Acad. Hist.*, VIII, p. 50. En los manuscritos consultados por Gayangos se le llama Orsa y Oria. Lévi Provençal, *La «Description de l'Espagne»*, en *Al-Andalus*, XVIII, p. 82.

a la «amelia» de Oreto los castillos de Caracuel y Mik-tesa ¹.

Yerma Oreto desde hacía siglos, aún en el XIII su remoto obispado preocupaba a los regentes de la diócesis toledana y don Rodrigo Jiménez de Rada solicitaba y obtenía del papa Honorio III, y más tarde de Gregorio IX, jurisdicción sobre el lugar de Zuqueca, con objeto de evitar litigios en caso de la posible restauración de la extinguida sede eclesiástica ². Unos años después, la *Primera Crónica General de España* identifica a Oreto con Calatrava al fijar los límites de aquél según la supuesta división de Wamba ³.

Los arqueólogos apenas han concedido atención a las ruinas de Oreto, escasamente mencionadas en publicaciones modernas. Quadrado y La Fuente describieron la ermita situada al pie del cerro, humilde y ruda, con «toscos fragmentos de labores bizantinas, o de edad más remota acaso», «incrustados en los derruidos torreones que la guardan». En su interior, un tosco pilar, en el centro del santuario, apea arcos rebajados. Sobre el ingreso se lee la fecha 1281, escrita en cifras con mucha posterioridad ⁴. El Padre Fita, al visitar Oreto en los últimos años del siglo pasado, se limitó a rectificar la mala lectura de las lápidas allí existentes.

Los restos de la ciudad romana aguardan —¿hasta cuándo?— una «generosa mano que los remueva hondamente para dar mayor vida a la Historia» ⁵. El escaso número de

¹ Yāqūt, *Mu'gam al-buldān*, I, p. 403.

Estella Zelaya, *El fundador de la catedral de Toledo*, p. 80.

³ «El obispado de Oreto, esta es Calatraua, tenga desde Galla fasta Eci-ja, e de piedra fasta Campania» (*Primera Crónica General de España*, edic. Menéndez Pidal, pp. 296 y 299).

⁴ «España, sus momentos y artes, su naturaleza e historia», *Castilla la Nueva*, por don José M^a Quadrado y don Vicente de la Fuente, III (Barcelona 1886), pp. 419-421.

⁵ Fita, *Reseña epigráfica* (B. R. A. H., XVIII, p. 379).

restos arqueológicos que se mencionan como procedentes del solar de Oreto, parecen indicio de haberse removido y explotado poco sus ruinas y prometen fértil cosecha a los que el día de mañana desentierren con un fin científico sus escombros.

Cástulo o Cazlona (Qastalūna) (Jaén).

Cronistas y geógrafos musulmanes, al referir la conquista de la Península, aluden a una ciudad a la que llaman *Qastalūna*, que no vuelve a figurar en los relatos posteriores. Situada en el límite de la Tarraconense, cerca de la Bética, la romana Kastoulón, que la precedió, gozó de gran nombradía, sobre todo durante las luchas de cartagineses y romanos y las guerras sertorianas, y tuvo extraordinaria importancia. Al siglo VIII debió de llegar bien disminuída de su pasada grandeza. Estaba a una legua al sudeste de Linares y tres de Baeza, sobre el Guadalimar, poco antes de su unión con el Guadalquivir, en comarca abundante en minas de plomo y plata.

Kastoulón y Oria eran, según Estrábon, las ciudades más importantes de Oretania. La vía cruzaba, dice el mismo, por Kastoulón y Oboulkon, para seguir de allí a Korduba (Córdoba) y Gádeira (Cádiz) ¹. En Kastoulón escogió mujer Aníbal. Sirvió de cuartel de invierno a un cuerpo de ejército romano durante la campaña de T. Didius contra los celtíberos, de 98 a 94 a. de J. C. ².

Plinio califica a Kastoulón de *oppidum* y dice que a los castulonenses se les llamaba también *caesarii invena-*

Strábon, III, 3, 2; 4, 9 (Antonio García y Bellido, *España y los españoles hace dos mil años según la geografía de Strábon* (Madrid 1945), pp. 80, 101, 104, 124 y 158).

² Plutarco, *Sertorius*, III, citado por Thouvenot, *Essai sur la province romaine de Bétique*, p. 132).

les ¹. En su territorio sitúa Estrabón la montaña de plata de la que procedía el Betis; más arriba de Kastoulón el río dejaba de ser navegable ²; hasta ella llegarían barcas de fondo plano.

Silvio Itálico celebra a Cástulo al par que a Sevilla,

*Fulgent praecipius Parnasia Castulo signis
Et celebre oceano, atque alternis aestibus Hispal* ³,

y Tito Livio la llama *Urbs Hispaniae valida et nobilis*.

Cástulo, municipio romano, acuñó moneda. Además de la riqueza minera de sus contornos, contribuyó a su acrecentamiento el ser un importante cruce de caminos: de esa ciudad arrancaban los que conducían a Láminium (Alhambra) y Toledo; a Córdoba por Iiturgis; a Urçi (Pechina) por Mentesa y Acci (Guadix), y a Cartagena ⁴. La vía fluvial y terrestre del curso medio del Guadalquivir se dividía en Cástulo, para llegar a Toledo y la meseta central, a las regiones de Granada y Almería y a la región levantina. El valle del Guadalimar, entre las lomas de Úbeda y Chiclana, era uno de los principales caminos de comunicación del Guadalquivir con Alcaraz y las comarcas de Valencia y Murcia. La ruta seguía luego por el camino natural del valle del Guadarmena ⁵. Desaparecida Cástulo, la sustituyó en esa función de cruce de caminos la cercana Linares ⁶.

¹ Plinio, III, 25.

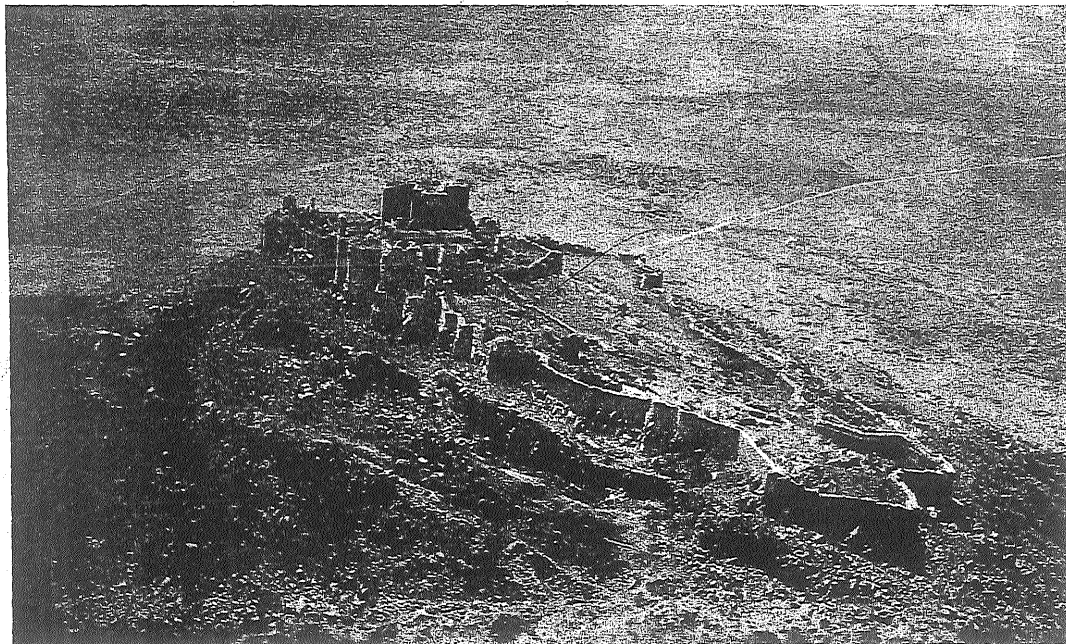
² Strabón, III, 2, 2, 3, 10 y 11.

³ *Parnasia*, lib. 3, vers. 391, citado por Flórez, *Esp. Sag.*, VII, p. 135.

⁴ *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de don Eduardo Saavedra*, seg. ed. (Madrid 1914); pp. 66 y 93.

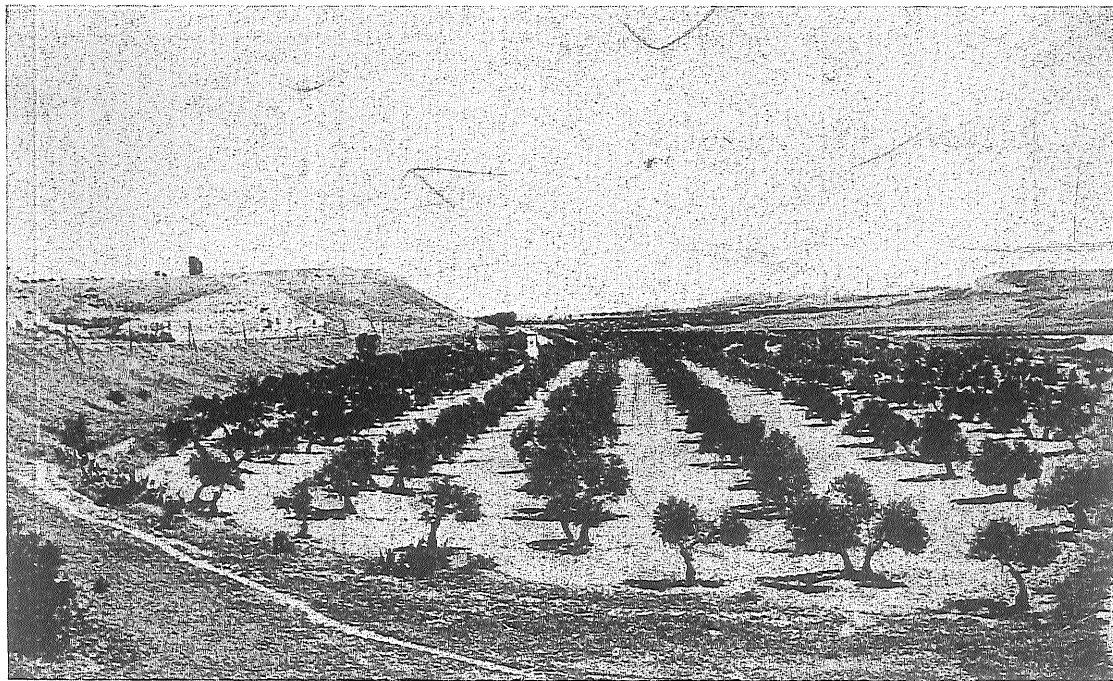
⁵ Sería la utilizada en la expedición militar de Huete, en 567 (1172), por el monarca almohade Abū Ya'qūb: Córdoba, al-Qūṣayr (Alcocer), Andújar, inmediaciones de Baeza, Alcaraz (P. Melchor M. Antuña, *Campaña de los Almohades en España*, fasc. I, El Escorial 1935). Cástulo estaba en la charnela de los valles del Guadalquivir y del Guadalimar.

⁶ En el *Repertorio de todos los caminos de España*, de Villuga (1546), dos de los caminos principales de la mitad meridional de España, el de Valencia a



Vista aérea del recinto de Calatrava la Nueva (Ciudad Real).

Foto Aviación Militar.



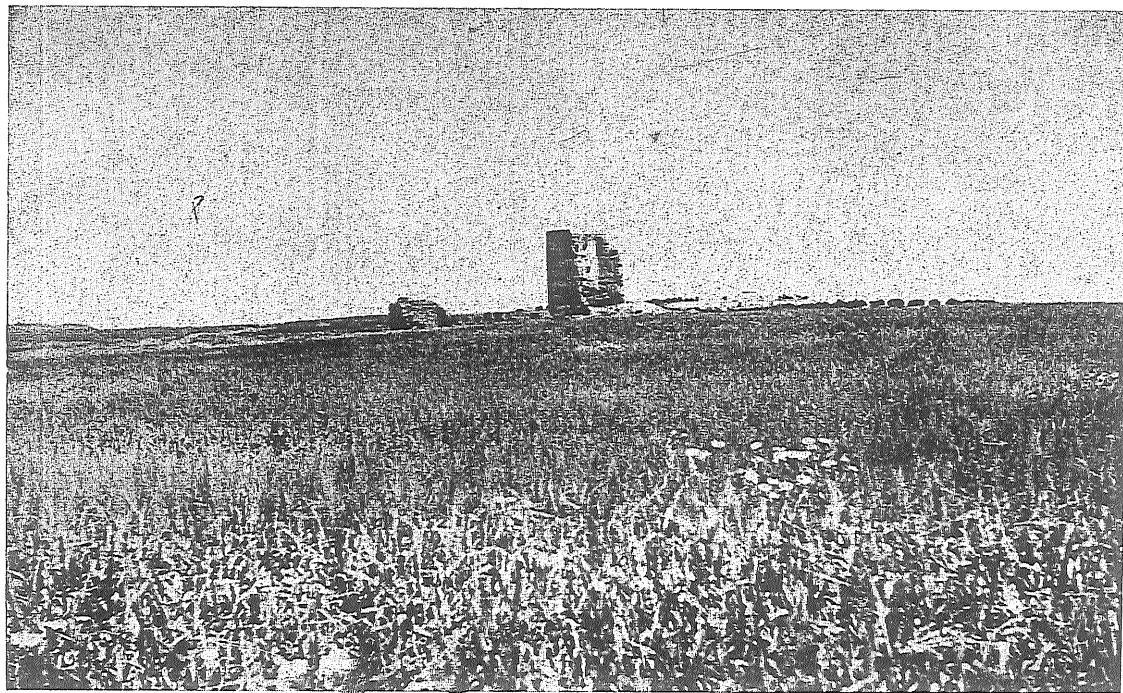
A la izquierda, la loma donde estuvo la ciudad de Cástulo (Jaén).

Foto C. Fernández Casado.



Torreón de una puerta y torre de tapiería de argamasa, en las ruinas de Cástulo (Jaén).

Fot. C. Fernández Casado.



Las ruinas de Cástulo (Jaén) desde el Norte.

Fot. C. Fernández Casado.

Según una inscripción, el procurador augustal de la Bética O. Torius Culleo reconstruyó los muros de Cástulo, que caían de vejez; dió solares para la reconstrucción de termas; rehizo el camino de Cástulo a Sisapo, que las lluvias habían convertido en impracticable; elevó en el teatro estatuas de Venus Genitrix y de Cupidón; ofreció un banquete al pueblo y perdonó el pago de seis millones de sextercios que le debía la ciudad. No es de extrañar que ésta, después de tantas liberalidades, le elevara una estatua ¹.

Al concilio de Iliberis, el año 309, asistió Secundino, obispo de Cástulo. Persistía la sede episcopal bajo el dominio visigodo, pues su prelado Marcos firmó las actas de los concilios octavo (653), nono (655) y décimo (656) de Toledo. En cambio, al once (675), en el reinado de Wamba, concurrió Regato, de la diócesis de Vivatía (Baeza). La de Cástulo no vuelve a aparecer, señal de su traslado a la próxima ciudad, verosímilmente por la decadencia de aquélla ².

Suena por primera vez en las crónicas musulmanas el nombre de la vieja ciudad en el reinado de 'Abd al-Rahmān I. Contra éste se sublevó Yūsuf al-Fihri (m. 142 =

Sevilla (pp. 29-30) y el de Toledo a Málaga (p. 46), es decir, dos arterias este-oeste y norte-sur, respectivamente, se cruzan en Linares. Pero el primero, en vez de seguir el valle del Guadalimar, como en la Edad Media, se dirige, al salir de Linares por el del Guadalén, separado de aquél por la loma de Chiclaná. Por la venta de Guadalinar (*sic*, por Guadalimar), en las inmediaciones de Cástulo, pasaba, según el citado *Repertorio*, el camino de Toledo a Almería: Vilches, la venta de Guadalinar, Úbeda a cruzar el Guadalquivir por la puente Vieja (pp. 51-52).

¹ Hübner, *Inscriptiones Hispaniae latinae*, n° 3.270, p. 443; Thouvenot, *Essai sur la province romaine de Bétique*, p. 173.

² *Esp. Sag.*, VII, pp. 146, 152-153; Zacarías García Villada, S. I., *Historia Eclesiástica de España*, II¹ (Madrid 1929), n. (4) de la p. 212 y p. 214. El código Vigilano o Albeldense (Esc., d. I, 2) aún incluye en su lista de sedes la de Castalona entre las de Dianium y Valentia (Vázquez de Parga, *La división de Wamba*, pp. 16, 77 y 130).

759-160). El emir encarceló en Córdoba al hijo del rebelde, Abū-l-Aswad Muḥammad ibn Yūsuf ibn ʿAbd al-Raḥmān, que, fingiéndose ciego, atravesó el río a nado y a caballo logró escapar a Toledo. Pronto se le unieron muchos descontentos, beréberes la mayoría, con los que comenzó a combatir a ʿAbd al-Raḥmān I. Atacado por el emir repetidas veces, Abū-l-Aswad fué derrotado definitivamente en un vado del *wāḍi al-Aḥmar* (Guadalimar), junto a *Qaṣṭalūna*, llamado desde entonces *maḡāḍat al-Faṭḥ* (vado de la Victoria), con muerte de 4.000 de sus partidarios; otros muchos perecieron ahogados en el río. La campaña se llamó de *Qaṣṭalūna* por haber tenido lugar en torno de esta ciudad sus principales episodios. Ibn Jaldūn fecha la sublección en el año 168 (784-785) y alude a una sangrienta derrota de Abū-l-Aswad en *Qaṣṭalūna* y a otra, cuyo lugar no dice, en 169 (785-786) ¹. De la referencia al vado parece deducirse que había desaparecido el puente romano que sin duda hubo en Cástulo.

Vuelve a aparecer en las crónicas el nombre de *Qaṣṭalūna*, reducida ya, al parecer, a una fortaleza, en los relatos del levantamiento de los muladíes, cuyo principal caudillo fué el famoso ʿUmar ibn Ḥafsūn, en el reinado del emir ʿAbd Allāh (275-300 / 888-912). Entre los más tenaces rebeldes figuró el muladí ʿUbayd Allāh ibn Umayya, llamado Ibn al-Šāliya por su nombre familiar, dueño del macizo montañoso de Somontín (entre Linares y el Guadalquivir), en el que poseía varios castillos, el de *Qaṣṭalūna* entre ellos. Ibn al-Šāliya, que dió su hija en matrimonio a ʿĪsāʿfar, uno de los hijos de Ibn Ḥafsūn, había acumulado grandes riquezas y construido regios palacios y edificios señoriales,

¹ *Hist. de los árabes de España por Ibn Jaldūn*, trad. Machado, en *Cuadernos de Hist. de España*, VI, p. 153; Ibn ʿIdāri, *Bayān*, II, texto, páginas 51-52 y 139; trad., pp. 77-79 y 223; *Ajbār maḡmūʿa*, texto, pp. 100 y 116; trad., pp. 94 y 106; Ibn al-Aḡir, *Annales*, texto, p. 52; trad., p. 132; Nuwayrī, *Hist. de Esp.*, I, pp. 14-15; Ibn al-Abbār, edic. Dozy, p. 56.

recompensaba con generosidad a los poetas y vivía suntuosamente. «Los palacios de nuestro príncipe — escribía su secretario el poeta 'Ubaidīs, que dejó la corte del emir para pasar al servicio del muladí — son semejantes a los del paraíso celestial y en ellos se goza de toda clase de delicias. Tienen salas que no descansan sobre pilares y cuyos mármoles recuadra el oro» ¹.

Durante las luchas entre muladíes y mozárabes que tuvieron lugar a fines del siglo IX, los últimos atacaron a Ibn al-Šāliya y se hicieron dueños de la fortaleza de *Qaṣṭalūna*. En el año 285 (898) Lope, hijo de Muḥammad ben Lope ben Mūsā, de la familia aragonesa de los Banū Qasi, después de apoderarse de Toledo, acudió desde esta ciudad a sitiar dicha fortaleza, que conquistó, matando a sus defensores ².

En los primeros años de su reinado, 'Abd al-Raḥmān III se dirigió hacia la comarca montañosa de Somontín con objeto de reducir a los rebeldes. 'Ubaid Allāh salió a su encuentro en actitud de sumisión, pero el emir lo encarceló, se apoderó de sus fortalezas — seguramente la de *Qaṣṭalūna* entre ellas —, en las que puso guarniciones fieles, y condujo a su familia, parientes y servidores a Córdoba. Pasado algún tiempo, otorgó su confianza a 'Ubaid Allāh, nombrándole gobernador de la comarca de Somontín y de sus castillos, con lo que se restableció la paz en la comarca ³. No vuelve a mencionarse después la fortaleza de *Qas-*

¹ Ibn Ḥayyān, *Muqtabis*, fº 337, citado por R. Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, edic. Lévi-Provençal, II (Leiden 1932), pp. 57-58.

² Es la versión de Ibn 'Idāri, *Bayān*, II, texto, p. 143; trad., p. 229, recogida por Dozy, *Hist. des musulmans d'Espagne*, edic. Lévi-Provençal, II, p. 98, y *Recherches*, 3ª edic., I, p. 220. Ibn Ḥayyān da otra versión de estos sucesos. (Trad. del texto árabe de la edición del P. Antuña en *Alfonso III y el particularismo castellano*, por Claudio Sánchez Albornoz, en *Cuadernos de Historia de España*, XIII, Buenos Aires 1950, pp. 56-57).

³ *Al-Muqtabis de Ibn Ḥayyān*, trad. José A. Guráieb, en *Cuadernos de*

talūna; es probable que 'Abd al-Rahmān mandara desmantelarla, como hizo con otras muchas, para evitar probables rebeldías al amparo de sus muros.

La *Primera Crónica General de España*, recogiendo sin duda memorias anteriores, cita a Cazlona como límite del obispado de Tucci ¹.

En el libro del Cabildo de Baeza consta que esta ciudad, a comienzos del año 1445, hizo merced a don Juan de Tarancón de la torre de Cazlona para hacer casas. Algo después, en 1473, acordó Baeza ir sobre Cazlona, ahuyentar a los ladrones que se habían refugiado en sus ruinas, y acabar de derribar lo que quedaba, especialmente la torre que les servía de refugio ².

La relativa distancia a que se encuentran de poblado las ruinas de Cástulo parece que debería haberlas preservado de grandes expoliaciones, y que se conservaría bajo tierra la abundante cantidad de piedras y mármoles existente en toda gran ciudad romana destruida. Pero desde el siglo XVI, por lo menos, eruditos arqueólogos e indígenas dedicáronse a explotar las ruinas, en busca de lápidas latinas los primeros, y los últimos, para aprovechar sus sillares en otras construcciones en las villas y lugares próximos o para hacer cal con la piedra caliza y el mármol. La ermita de Santa Eufemia y los cortijos próximos se construyeron con materiales de Cástulo, llevados asimismo a Linares, Baeza, Jabalquinto y los pueblos inmediatos ³.

Historia de España, XIII, pp. 166-168; don Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia Arabum*, cap. 31.

¹ Cap. 531, p. 297.

² Martín de Ximena, *Catálogo de los obispos de las Iglesias catedrales de la diócesis de Jaén*, p. 29.

³ Nada menos que 63 epígrafes publica Hübner como procedentes de Cazlona, existentes allí mismo, en sus inmediaciones y en Linares (*Insc. Hisp. latinae*, nos 3.264 a 3.321, pp. 440-448 y *Supplementum* [Berlín 1892], nos 5.907-5.910, pp. 949-950).

Linares se levantó en gran parte con ellos, así como la torre de Valenzuela, a media legua escasa de Cástulo. A principios del siglo XVI reedificóse la parroquia de San Andrés de Jaén también con piedra de la ciudad muerta ¹.

Algo más tarde — Ambrosio de Morales la menciona como obra reciente ² — levantóse una puente sobre el Guadalimar a una legua aproximadamente aguas arriba de Cástulo, y con piedras de esta ciudad, labradas muchas de ellas y varias con marcas de cantero. Llámase Puente quebrada, sin duda desde que la destruyó parcialmente, antes de mediar el siglo XVII, una avenida del río. Dícese fué construída por el arquitecto Nicolás Nivonio ³.

Cástulo ha sido una de las ciudades yermas de la España romana más visitada y descrita en los últimos siglos. Al embajador veneciano Andrés Navajero le dijeron en 1526, al pasar por Linares, que la ciudad antigua de Cástulo estaba deshabitada y solo se veían ruinas y muchas piedras ⁴; Florián de Ocampo y Ambrosio de Morales se ocuparon extensamente de ella en el siglo XVI ⁵.

En 1635, según López Pinto, aún se reconocían en Cástulo las calles, los edificios, el teatro y la naumaquia, hoy totalmente borrados ⁶.

¹ Martín de Ximena, *Anales*, a. 1477.

² Manuscrito de López Pinto citado en la nota 6 *infra*.

³ *Las antigüedades de las ciudades de España*, pp. 217-219.

⁴ *Viajes por España de Jorge de Eingben, del barón León de Rosmital de Blatna, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navajero*, traducidos, anotados y con una introducción por don Antonio María Fabié (Madrid 1879), p. 311.

⁵ *Las antigüedades, de las ciudades de España...* que escribía Ambrosio de Morales, t. IX (Madrid 1792), pp. 207-222.

⁶ Gregorius López Pinto, episcopus de Covaieda, *Historia apologética de la muy antiquísima ciudad de Cástulo*, escripta en 1635 (Bib. Nac. Madrid, G. 179, 1 vol.), citado por Góngora, «*Viaje literario por la provincia de Jaén*» y «*La puente quebrada sobre el río Guadalimar*», Memorias presentadas, respectivamente, a la Real Academia de la Historia por don Manuel de Góngora y don Horacio Sandars (Jaén s. a.), p. 13.

Don Francisco Pérez Bayer visitó sus ruinas en 1782 ¹; seis años después, el deán de Jaén Martínez Mazas, al que se debe una extensa descripción de ellas ². Pocos pueblos habrá, en España, escribía don Antonio Ponz, que estuvo en Linares, pero no llegó a la ciudad yerma, a juzgar por «la extensión de escombros esparcidos en aquel despoblado y al gran espacio que ocupaba, . . . que igualasen al Municipio Castulense, aunque entren en cuenta sus colonias Romanas más famosas... no quedan más que matorrales, algunos campos de granos, olivares, & que a poco que se revuelva la tierra con el arado salen tiestos de varios colores, cristales, ladrillos durísimos, & y si se empeñan en profundizar con el azadón, encuentran piedras grandes cuadradas, con labores y molduras, fragmentos de inscripciones, y otras cosas, a pesar de lo que han llevado a otras partes» ³.

A fines del siglo XVIII se levantaron cortijos y plantáronse olivos en las inmediaciones de las ruinas, lugar que la incuria y el abandono habían convertido en malsano por el estancamiento de las aguas del Guadalimar.

Detenida descripción de las ruinas de Cástulo escribió después de su visita en 1860 el arqueólogo don Manuel de Góngora ⁴. La espiocha y el pico, manejados con propósito arqueológico, no han removido desde entonces la

¹ Un resumen de la visita de Pérez Bayer a Cástulo publicó Ceán-Bermúdez, *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, pp. 65-68.

² *Descripción del sitio y ruinas de Cástulo y noticias de esta antigua Ciudad en el Reyno de Jaén*, escrita por el Liz. don Josep Martínez de Mazas... en el año de 1788 (Bib. R. Acad. Historia, Col. Salazar, E. 144). Fué leída en sesión de la Real Academia de la Historia de 1 de febrero de 1799. Publicóse en la revista de Jaén *Don Lope de Sosa*, I, 1913, pp. 153-156, 181-183, 218-221, y II, 1914, pp. 45-47, 87-89, 152-154 y 184-185.

³ *Viaje de España*, por don Antonio Ponz, t. XVI (Madrid 1791), pp. 153-154.

⁴ «*Viaje literario por la provincia de Jaén*» y «*La puente quebrada sobre el río Guadalimar*», por Góngora y Sandars.

capa de tierra vegetal que recubre los restos de la ciudad muerta. A pesar de la explotación de sus ruinas como cantera y por los anticuarios durante varios siglos, su cuidadosa excavación aportaría datos de gran interés para la historia de la romanización de la Península.

Pérez Bayer y Martínez Mazas al finalizar el siglo XVIII, y aún Gongora, más que mediado el XIX, pudieron ver en el solar de Cástulo restos reveladores de la existencia de la ciudad. Hoy tan solo unas torres medio desplomadas, entre campos de labor, son pobres testigos de la *Qastalūna* islámica.

Aventados los restos superficiales de la ciudad romana, emplazada a la orilla derecha del río Guadalimar, donde Pérez Bayer dice había un molino llamado de la Caldoná, lo que hoy queda visible en su solar son las torres ruinosas de la medieval, antes mencionadas, y vestigios de su recinto, para el que es verosímil se aprovechara parte del de la urbe antigua. Extendíase *Qastalūna* sobre una loma o mediano collado, bien protegida naturalmente, excepto por su frente norte. A poniente la limitaba un barranco llamado arroyo de San Ambrosio; a oriente y sur, repechos ásperos y pendientes, los meridionales sobre el río. El collado se divide en dos, distantes entre sí unos 100 pasos, por medio de un pequeño barranco. En el más elevado, de declive muy suave, estuvo la ciudad, sobre la ermita de Santa Eufemia, en donde abundaban grandes cantidades de trozos de columnas, baldosas de mármol, ladrillo, etc. Martínez Mazas creyó ver murallas dobles, especialmente por la parte superior: dentro de la cerca de argamasa había otra de fuerte piedra sillería. El mismo autor calculó una longitud de 696 varas castellanas (581,78 metros) o poco más para el interior del recinto, de oriente a poniente, y 1.018 (850,94 metros) de norte a sur.

Tres puertas para su ingreso señala el deán de Jaén: la primera a pie llano hacia Linares, en el sitio de la Muela; la

segunda, orientada hacia levante, por donde se baja a una cañada pedregosa, y la tercera, acaso la principal, estaba por donde se descende al castillo. Góngora, en cambio, alude a indicios de cuatro puertas en la cerca, orientadas hacia los puntos cardinales.

El castillo estaba, como se dijo, en una meseta inferior a la ocupada por la ciudad, con cuyo recinto quedaba enlazado por un camino cubierto. Dominaba la vega desde un morro avanzado, fortalecido con espesos torreones. Calculó Martínez Mazas sus dimensiones en 182 varas (152,13 metros) de oriente a poniente y 169 (141,26 metros) de norte a sur. Consérvase una gran torre cuadrada, de tapiería de argamasa, obra islámica de la que permanecen uno de sus frentes y la mitad de los dos inmediatos.

En su fábrica se aprovecharon, colocadas a bastante altura, lápidas romanas invertidas. En su único lienzo totalmente conservado se abren algunos huecos rectangulares. Pérez Bayer menciona otras dos torres próximas, de las que tan sólo subsisten los restos de una de sillarejo y con sillares aprovechados, guardando una relativa regularidad de hilada. Con otra desaparecida, protegían una puerta del castillo o alcazaba.

La ermita inmediata está dedicada a Santa Eufemia, cuyo culto en aquel lugar débese a una de las invenciones del famoso falsario P. Jerónimo Ramón de la Higuera ¹. Estaba la ermita revestida por dentro y por fuera de lápidas romanas. En sus alrededores abundaban trozos de columnas de mármoles variados, pilastras, capiteles, basas y pequeños fragmentos de pórfido, jaspes, mármoles de colores y cerámica romana.

¹ El P. Jerónimo Román de la Higuera, falsario bien conocido, identificó el nombre de Cazlona con el de la Calcedonia de Oriente, ciudad en la que fué martirizada Santa Eufemia. Las gentes del país dieron crédito a la invención y edificaron la ermita consagrada a aquélla (Pérez Bayer, en Ceán Bermúdez, *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, p. 66).

Martínez Mazas alcanzó a ver restos de un acueducto que desde una fuente abundante cercana a Linares, a una legua de Cástulo, surtía a ésta de agua. Entraba — dice — por la parte alta de la ciudad, en donde se descubrían arcas para el reparto y atarjeas de buenas piedras labradas, con hojas de plomo intermedias, por las que podía pasar un hombre. Una conducción llevaba desde allí el agua a los baños, emplazados en sitio «apacible y abrigado, en el mediodía, en el cual se hallan todavía tres estancias cuadradas seguidas con sus muros del citado argamasón, y se conoce que la cara interior era más fina y tersa, como de estuco». Además, quedaban huellas de otras tres estancias seguidas, en línea. También aluden los visitantes de Cástulo a aljibes, silos y a un cementerio romano. Pérez Bayer copió muchas inscripciones de Cástulo y sus alrededores, desaparecidas hoy la mayoría, así como otros restos. Góngora hizo algunas excavaciones en el solar de la ciudad yerma.

En torno a Cástulo abundan las ruinas de numerosos «vicos», cuyos indicios no faltan hasta más allá de Blasco Pedro, distante una media legua.

Mentesa (Mantiša) (Jaén).

El *oppidum* de Mentesa o Mentisa bastitana, mencionado por Plinio ¹, fué importante ciudad romana de la España Citerior, mansión en una calzada del Itinerario de Antonino que se dirigía desde Acci (Guadix) a Cástulo por Mentesa y Aurgi(Jaén). Tuvo Mentesa sede episcopal ².

¹ *Hist. Nat.*, III, II, 5. También la cita Tito Livio, *Década* 3, lib. 6, cap. 13.

² Su primer obispo conocido asistió en el año 309 al concilio de Iliberis; el último del que hay noticia, Floro, firmó las actas del dieciséis de Toledo en el año 693 (*Esp. Sag.*, VII, pp. 254-261).— Hay monedas con la ceca

La memoria de su emplazamiento no se había perdido en el siglo XIII; la *Primera Crónica General de España* dice estaba Mentisa «acerca daquel logar o agora es Jahen»¹. El hallazgo en el solar de La Guardia, pequeña villa distante una legua de esa ciudad, de varias lápidas en las que se menciona el municipio mentesano, y de restos de edificios romanos, fija de manera indudable su emplazamiento².

Mentesa de los reinados de Gundemaro, Sisebuto, Égica y Égica-Witiza (George C. Miles, *Las monedas visigodas de la colección de la Hispanic Society of America*, en *Numisma*, II, 1952, pp. 27-31).

¹ *Primera Crónica General de España*, publicada por Menéndez Pidal, cap. 537, p. 315. Según ella, el obispado de Mentisa, entonces nominal, comprendía «desde Écija fasta Segura et de Lila fasta Puligena». La mención de las diócesis en esta *Crónica* procede de la llamada *División de Wamba* (Vázquez de Parga, *La división de Wamba*, pp. 16, 74. 99-100, 105, 112, 117 y 121).

² Ambrosio de Morales publicó dos lápidas en las que se mencionan, respectivamente, el GENIO MENTESANI y el ORDO MENTESANVS, copiadas de Ciriaco Anconitano, que se limita a decir estaban en Mentesae (*Las antigüedades de las ciudades de España*, pp. 258-263). Hübner incluye en sus *Inscriptiones Hispaniae Latinae* (nos 3.376-3.385, pp. 456-457) ocho inscripciones romanas de La Guardia y dos de Jaén, estas últimas con la mención, respectivamente, GENIO MENTES (es la misma publicada por Ciriaco Anconitano y Morales) y ORDINE MENTESANO (nos 3.377 y 3.380). Una de las primeras (nº 3.378), en la que figura el ORDINE MENTESANO, está, o estaba en el convento de Santo Domingo de La Guardia (Ceán Bermúdez, *Sumario de las antigüedades romanas de España*, p. 82). Hace poco tiempo apareció en el cerrillo del Calvario, inmediato a La Guardia, un pedestal con epígrafe funerario que dice concedió el terreno de la tumba AB ORDINE MENTESANO. Se conserva en la colección del «Instituto de Estudios Giennenses». (*Prospección arqueológica en los términos de Hinojares y La Guardia [Jaén]*, por Concepción Fernández Chicarro, en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, a. III, 1956, p. 103). Hay, pues, cuatro lápidas, por lo menos, en las que se menciona el municipio mentesano: dos en La Guardia; una que fué a Jaén desde allí, y otra, también en Jaén, cuya procedencia no consta. — En torno a La Guardia abundan las necrópolis, en las que se han reconocido sepulturas de los últimos tiempos de la dominación romana y de la posterior visigoda. También es reciente el hallazgo (1954), en una cueva habitada de La Guardia, de tres losas con fina decoración, de época visigoda, quizá pertenecientes a una mesa de altar, una de ellas con un crismón

Don Rodrigo Jiménez de Rada refiere que cuando la invasión y conquista de España por los musulmanes, Tāriq se dirigió con parte de sus contingentes, sin duda por la calzada romana, hacia Mentisa, que tomó y arrasó ¹, camino de Toledo. Pero, de ser cierta la noticia, la destrucción no sería total o volvió a poblarse, pues además de figurar en varios acontecimientos que más adelante se mencionan, dan noticia de su posterior existencia varios autores islámicos. Al-Rāzī, en la primera mitad del siglo X, la describe como «cibdad mui antigua, et mui fuerte, et mui alta, et yasge sobre buenas vegas» ². De esta referencia proce-

dentro de un recuadro en el que se desarrolla un tallo serpeante del que brota follaje; las labores de las otras dos, a bisel, consisten en circunferencias intersecadas. Conservan restos de pintura roja y amarilla y se guardan en el mismo lugar que el pedestal epigráfico (Ramón Espantaleón Molina, *Importantes hallazgos arqueológicos en el pueblo de La Guardia*, en *Bol. del Inst. de Est. Giennenses*, a. I, 1954, pp. 125-128; Concepción Fernández Chicarro, *Noticiario arqueológico de Andalucía*, en *Arch. Esp. de Arqueología*, XXVIII, 1955, p. 151). — Según el *Diccionario* de Madoz (t. IX, Madrid 1847, p. 53), «entre las pobres paredes que hoy las forman (las casas de La Guardia), se descubren lápidas, columnas de mármol y otros vestigios, recuerdos de la riqueza y buen gusto de su primitiva época».

¹ *Hist. arabum.*, lib. 3, cap. 22, edic. Schot, en *Hisp. Illust.*, II, p. 67: *Ipse autem (Tāric) cum majori exercitu venit Mentisam prope Giennium & Civitatem funditus dissipavit*. Del Toledano pasó la noticia a la *Primera Crónica General de España*, cap. 560, p. 315, y desde ésta a varias posteriores. Autores musulmanes tardíos, como Ibn al-Qūṭiyya, Ibn al-Jaṭīb y Maqqarī, dicen que Tāriq marchó desde Écija a Córdoba y Jaén, camino de Toledo. En la época en que escribían, Jaén había sustituido a la inmediata Mentesa, probablemente ya despoblada, como capitalidad de la región, por lo que adoptaron el nombre de aquélla. En forma análoga, la *Primera Crónica General de España*, en el capítulo 537, «De las cibdades que an los nombres canuiados» (p. 299), identifica Mentisa y Jahén, aunque algo después dice, en párrafo ya citado, que la primera era una ciudad cerca de donde ahora está la segunda.

² Gayangos, *Memoria sobre la... Crónica del moro Rasis*, en *Mem. Real Acad. Hist.*, VIII, p. 39; Lévi-Provençal. *La «Description de l'Espagne»*, en *Al-And.*, XVIII, p. 69. En unos manuscritos castellanos de al-Rāzī se la llama Montija; Montixa en otros.

derán las posteriores, cuando ya había desaparecido, de al-Marâcid y de Yâqūt. Insiste el primero en su antigüedad y fortaleza y dice estaba situada en medio de jardines, arroyos y fuentes, perteneciendo a la qura de Jaén, lo que repite Yâqūt ¹.

En *Mantiša* se refugió, según el *Ajbār maǧmū'a*, el jefe *qaysi* al-Sumayl ben Zâtīm al-Kilābī, llegado a España con el séquito de Balŷ, al que se había asignado hacienda en la región de Jaén, cuando Yūsuf ben 'Abd al-Rahmān al-Fihri, último de los gobernadores de al-Andalus antes de la proclamación de 'Abd al-Rahmān I, contra el que se había sublevado, dirigióse a Jaén para combatirle ².

Menciónase de nuevo a *Mantiša* con motivo de las prolongadas rebeldías ocurridas a fines del siglo IX y a comienzos del siguiente contra los emires cordobeses, cuyo máximo cabecilla fué el famoso 'Umar ibn Ḥafsūn. Hacia el año 889 (276), Sulaymān ben Ŷūdī al-Sa'dī, jefe de los árabes, enemigos de Ibn Ḥafsūn y de los muladíes, ocupó algunos castillos, entre ellos los de *Mantiša* y Baza ³. 'Abd al-Rahmān III terminó con todas estas revueltas en varias campañas. En la del año 913 (300) en Andalucía oriental, su ejército, después de apoderarse de Monteleón y recibir la sumisión de los rebeldes de Somontín, aceptó también la del señor árabe de *Mantiša* Ibn 'Altāf al-'Aqili que, después de ocupar un puesto importante en la corte cordobesa, rebelóse fortificando el castillo de *Mantiša*, en el que se defendió contra los ataques de Ibn Ḥafsūn y de los demás rebeldes. Sometidos también los cabecillas que ocupaban

¹ Marâcid, *Lexico geographicum*, edic. Juynbolī (Leiden 1852), vol. III, p. 155; Yâqūt, *Mu'gam al-buldān*, IV, p. 658.

² *Ajbār maǧmū'a*, texto, p. 92; trad., pp. 88 y 258-259.

³ *Hist. Esp.*, Menéndez Pidal, t. IV, *España musulmana*, por Lévi-Provençal, pp. 222-223. El castillo de *Mantiša* había sido reconstruido por Sawwār, jefe de los árabes de Elvira (Dozy, *Hist. des musulmans d'Espagne*, edic. Lévi-Provençal, II, pp. 37-38).

los picos del valle del río Guadalén, 'Abd al-Raḥmān III aceptó sus promesas de fidelidad, los incorporó a su ejército y dejó guarniciones en sus alcázares ¹.

Es esa la última mención conocida de la existencia de *Mantūša*. Probablemente quedaría arruinada en las luchas citadas y sus escasos pobladores emigrarían a la vecina Jaén, que entonces comenzaba a acrecentarse y la sustituyó en la capitalidad de la comarca. A mediados del siglo XII no la cita Idrīsī, prueba, si no de su desaparición, a lo menos de su decadencia.

Tras la conquista de Jaén por Fernando III en 1246 se fortificaría el cerro asiento de Mentesa, para proteger aquella ciudad y su región contra las incursiones de los moros del fronterizo reino granadino. De haber estado poblado, sin solución de continuidad, subsistiría el antiguo nombre. Yermo, sin duda, dióse al castillo el expresivo de La Guardia y a su alrededor, al amparó de sus muros, atraídos por óptimas condiciones naturales — agua abundante y buenas tierras regables — fué creciendo la villa.

La antigua Mentesa ocuparía el mismo solar que La Guardia, en un cerro de poca elevación, cuya cumbre está a 620 metros sobre el nivel del mar, extendida por el valle limitado por él y por el de San Marcos. Desde lo alto del primero se descubre un extenso panorama de sierras y llanuras y la campiña de Jaén. En el mismo cerro brotan copiosas fuentes de gran caudal que riegan los bancales extendidos hasta el río Buñuel, a un cuarto de legua de La Guardia.

¹ *Al-Muqtabis* de Ibn Ḥayyān, trad. Guráieb, en *C. H. E.*, XV. 1951, p. 159; Ibn 'Idāri, *Bayān*, II, texto, pp. 147-167, trad., pp. 225 y 267-268. Según este último autor, 'Aqālī construyó y fortificó el castillo de *Mantūša*. *Hist. Esp.*, Menéndez Pidal, t. IV, *España musulmana*, por Lévi-Provençal pp. 219 y 264.

Al-Madīna al-Zāhira (Córdoba) ¹.

Dueño absoluto del poder Almanzor, inició en 368 (978-979) la construcción de una ciudad que llamó *al-Madīna al-Zāhira*, la «Ciudad Floreciente», nombre escogido tal vez por su semejanza con el de la fundación omeya. Trató probablemente con ello de concentrar en torno suyo la corte y la organización administrativa del Estado, aislando al califa nominal Hišām II. La fundación de una ciudad era, además, un acto de soberanía efectiva, capaz de aumentar ostensiblemente el prestigio del fundador. Algún cronista afirma que una de las razones de la fundación fué prevenirse contra posibles emboscadas de las que pudiera ser víctima en las residencias califales.

Nivelado el solar escogido, comenzaron las obras, para las que llamó a artistas y obreros, provistos de las herramientas y las máquinas necesarias. Levantóse una fuerte y elevada cerca, en cuya parte oriental se abría una puerta llamada *bāb al-Faṭḥ* (puerta de la Victoria) ².

Dentro del recinto edificó Almanzor un lujoso alcázar de extraordinario esplendor, y en su torno, en terrenos cedidos por el poderoso visir, sus familiares, dignatarios y cortesanos levantaron residencias. También se construyeron oficinas destinadas a la cancillería, cuarteles, vastos

¹ Prescindo de ocuparme de *Madīnat al-Zabrā'* por la gran importancia de las ruinas excavadas de esa ciudad, que exigirían muchas páginas para su historia y descripción. Ampliamente trato de ambas en el tomo V de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal.

² Ignórase si esta puerta era única y si fué sobre ella donde se puso la cabeza de 'Isā ibn Sa'īd, visir de al-Muzaffar, asesinado por éste en 397 (1006) y mantenida en ese lugar hasta el final del gobierno de los 'Āmirīes (Ibn 'Idārī, *Bayān*, III, en *Histoire des Musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides*, por R. Dozy, edición Lévi-Provençal, III, Leiden 1932, pp. 187 y 210-211).

almacenes de armas y granos, zocos y molinos a la orilla del Guadalquivir. Pronto comenzó a acrecentarse la nueva ciudad con las gentes que acudían a vivir junto al dueño del poder. Algunos vecinos de la misma Córdoba, como el padre de Ibn Ḥazm, la dejaron para ir a establecerse en la ciudad recién fundada. Frecuentaban sus zocos abundantes caravanas. Sus arrabales llegaron a unirse con los cordobeses. Había en ella una mezquita mayor, subsistente por lo menos hasta la caída del califato ¹, a la que acudía diariamente el poeta Šā'id de Bagdād en 385 (995) para dictar un libro a los secretarios por encargo del *ḥaǧīb* ².

La construcción de la ciudad terminó en el breve plazo de unos dos años, y en 370 (980-981) Almanzor pudo instalarse en ella. Desde entonces fué su residencia y la verdadera sede del califato, a la que llegaban los impuestos desde todos los lugares de al-Andalus y del litoral africano; y a la que acudían funcionarios y solicitantes, mientras el palacio de Hišām II quedaba aislado y solitario ³.

La autoridad del omnipotente visir acrecentóse con la fundación de *al-Zāhira*. En su palacio se daba aires de soberano. Sobre un trono, rodeado de todos sus ministros, con pompa regia, recibió magníficamente en él a su suegro Sancho Garcés II Abarca, rey de Pamplona, el 3 de rayāb 382 (4 septiembre 992) ⁴.

¹ Ibn Baškuwāl, *Šila*, II, biogr. n.º 1.276, p. 574.

² R. Blachère, *Un pionnier de la culture arabe orientale en Espagne au Xe siècle: Šā'id de Bagdād* (*Hespéris*, X, 1930, p. 24).

³ Maqqarī, *Analectes*, I, p. 380; Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, pp. 294-297; trad., pp. 457-458 y 460-462; Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 81; trad., pp. 101-103, y *España musulmana*, t. IV de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, pp. 408-409.

⁴ Ibn al-Jaǧīb, *A'māl*, pp. 84-85, citado por Lévi-Provençal, *España musulmana*, t. IV de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, p. 421. El *Qirṭās* menciona, como ocurrida en el año 382 (992-993), una gran inundación en Córdoba, que se llevó los zocos y llegó hasta *Zāhira*; la traducción dice por error *Zabrā'*. (Trad. Huici, p. 116).

Sin cesar embellecía Almanzor su residencia, cuya construcción, dice Ibn Jāqān, completó en 387 (997). ¹ Poetas cortesanos, entre ellos Šā'id de Bagdād, cantaron los ratos deliciosos pasados en *al-Zāhira* y describieron con elogio el palacio de Almanzor, pero de sus composiciones apenas si se puede deducir algún dato sobre su arquitectura. En ellas le comparan al paraíso de Ridwān y aluden a fuentes de mármol que refrescaban el ambiente, embalsamado por macizos lujuriantes de plantas odoríferas; al fondo se veían los meandros del río extenderse como una serpiente ².

Al morir Almanzor en 392 (1002), el palacio pasó a ser residencia de su hijo y sucesor 'Abd al-Malik al-Muẓaffar, que edificó uno nuevo, *al-Ḥāyibiyya* cuya desaparición y la de *al-ʿĀmiriyya* lloraba en el siglo XI el poeta Ibn Šuḥayd ³. Al-Muẓaffar celebró fiestas en *al-Zāhira*, y la vida y la animación en torno a sus alcázares prosiguieron en los primeros años del siglo XI. Muerto el hijo de Almanzor en safar 399 (22 de octubre de 1008), residió en ellos su hermano 'Abd al-Raḥmān Sanchuelo. Ausente en una expedición militar, se levantó contra él Muḥammad ibn Hišām ibn 'Abd al-ʿYabbār, bisnieto de 'Abd al-Raḥmān III, proclamado califa poco después, al morir Sanchuelo, con el sobrenombre honorífico de al-Mahdī. Dueño Muḥammad del poder, el 16 ḡumādā II de 399 (15 febrero 1009), envió a su primo y primer ministro al-Mugīra para atacar *al-Zāhira*. Sus habitantes lo rechazaron hasta el interior de Córdoba, pero, al repetir el ataque con más gente, consiguieron entrar en la ciudad fundada por Almanzor, que fué

¹ Maqqarī, *Analectes*, II, pp. 58-59.

² Ibn 'Idāri, *Bayān*, I, pp. 460-461; Maqqarī, *Analectes*, I, pp. 383-384, citas de Blachère, *Un pionnier de la culture arabe orientale en Espagne au X^e siècle* (Hespéris, X, p. 30).

³ Ibn 'Idāri, *Bayān*, III, p. 62, citado por Pérez, *La poésie andalouse en arabe classique au XI^e siècle*, p. 124.

entregada, lo mismo que las residencias próximas de los ‘amiríes y visires, a un devastador saqueo, después de perdonar la vida a los pobladores. Hasta las puertas y maderas de los edificios de *al-Zāhira* fueron arrancadas. Al cabo de tres días, Muḥammad ordenó suspender el saqueo. Las riquezas acumuladas en la ciudad eran tan considerables que aún entonces se decía que pudo aquél recoger 1.500.000 piezas de oro y 2.100.000 de plata; posteriormente se encontraron algunas orzas escondidas que contenían 200.000 de las primeras. Por fin, el futuro al-Mahdī ordenó arrasar e incendiar totalmente *al-Madīna al-Zāhira*, sin dejar piedra sobre piedra, lo que se realizó en ḡumādā II (19 de febrero de 1009) ¹.

La ciudad de Almanzor apenas alcanzó los treinta años de existencia. Sus columnas, las tazas de mármol de sus fuentes, las puertas y maderas talladas, fueron dispersadas como las de Madīnat *al-Zahrā’*, por lugares lejanos. Pero, sin letreros casi todas, conforme a la austeridad religiosa de que presumía Almanzor, no es posible identificar las aprovechadas en edificaciones posteriores. De *al-Zāhira*, no queda más recuerdo material que una pila de mármol, rota e incompleta, que fué a parar a Sevilla y se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Su epígrafe dice ordenó hacerla en el palacio de *al-Zāhira* al-Manṣūr Abū ‘Āmir Muḥammad Ibn Abī ‘Āmir, y haberse terminado el año [3]77 (987-988) ².

La ruina de *al-Zāhira* fué tan completa que no quedó eco de su nombre ³ en la tradición local, ni recuerdo de su

¹ Ibn ‘Idārī, *Bayān*, III, p. 65; Maqqarī, *Analectes*, pp. 387-388, y Lévi-Provençal, *España musulmana*, t. IV de la *Hist. de Esp.* dirigida por Menéndez Pidal, p. 460; Nuwayrī, *Hist. de España*, trad. Gaspar Remiro, p. 67. En la traducción se dice, por error, sin duda, que el incendio fué el 19 de enero.

² Lévi-Provençal, *Inscr. ar. d’Espagne*, n° 216, p. 194.

³ García Gómez, *Algunas precisiones sobre la ruina de la Córdoba omeya*, en *Al-Andalus*, XII, 1947, p. 278.

emplazamiento, muy discutido modernamente. Simonet la supuso situada en las eras de la Salud, al occidente de Córdoba; Ramírez de Arellano al oriente, entre la ermita de la Fuensanta, la cuesta de la Pólvora, las casas del barrio de Santiago y la antigua puerta de Baeza, en un valle lindero con unas huertas llamadas del Arenal¹. Más recientemente, Castejón ha sostenido la opinión de Simonet basándose en la gran cantidad de fragmentos de placas de piedra con decoración floral que aparecen de continuo a poniente de Córdoba, en las inmediaciones del Guadalquivir, en los restos de murallas que por allí afloran, y en lo estéril en hallazgos arqueológicos de los alrededores orientales de la ciudad². Pero si ignoramos cuál fué el solar preciso de *al-Madīna al-Zāhira*—es probable que algún día un hallazgo fortuito permita conocerlo y sus restos desenterrados completen nuestro conocimiento de la última y mal conocida fase del arte califal—sobran los testimonios de su situación aproximada respecto a la ciudad y al Guadalquivir, a oriente de la primera y en un meandro en la orilla derecha del gran río. Tal vez no parezca ocioso aducirlos³.

¹ Rafael Ramírez de Arellano, *Historia de Córdoba*, III (Ciudad Real 1918), pp. 132 y 329.

² Rafael Castejón, *Medina Zabira, Una Córdoba desaparecida y misteriosa* (Boletín de la Real Acad. de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, a. III, 1924, pp. 151-174). Afirma Castejón que *al-Madīna al-Zāhira* «se puede colocar con gran seguridad en las tierras actuales del cañito de María Ruiz». Los restos de murallas de tapias de argamasa que subsisten al occidente de Córdoba, por encima del cementerio de la Salud y sobre el río, serían de los arrabales de poniente de la ciudad. Velázquez dió como probable para situación de *al-Madīna al-Zāhira* el meandro que forma el Guadalquivir a unos cuatro kilómetros aguas abajo de Córdoba (Velázquez, *Medina Azzabra y Alamiyya*, p. 22 y láms. 1ª y 2ª). Los fragmentos de placas de piedra de decoración mural aparecidos al occidente de Córdoba parecen del mismo estilo que los de 'Abd al-Rahmān III de *al-Zabrā*'.

³ Maqqarī, *Analectes*, I, p. 381; Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 295; trad. p. 380.

Nuwayrī da a *al-Zāhira* el nombre de *Bāll . s* (*¿Vallis?*)¹. El autor del *Rayḥān al-lubāb* dice que estuvo situada a más de doce millas de la capital hacia oriente². Ibn Baškuwāl sitúa al este de Córdoba el arrabal de *al-Zāhira*³. Maqqarī escribió que todos los gobernadores y príncipes que sucedieron a Ayyūb ibn ‘Abd al-‘Azīz residieron en Córdoba, en *al-Zāhrā’* o en *al-Zāhira*, a un lado y otro de esa ciudad⁴. En *El Collar de la paloma* Ibn Ḥazm emplaza la ciudad de Almanzor en la misma dirección, al referir cómo su padre, visir de Sanchuelo, se trasladó en ŷumādā II de 399 (31 enero a 28 febrero 1009), a consecuencia del triunfo de la rebelión de Muḥammad al-Mahdī, desde «sus casas nuevas de la parte a saliente de Córdoba, en el arrabal de *al-Zāhira*», a las «viejas de la parte a poniente», en el *rabaḍ* de *Balāt Muḡīt*. En otro lugar de la misma obra, se refiere Ibn Ḥazm a una «vía que, arrancando del Arroyo Chico, en la parte a saliente de Córdoba, pasaba por nuestra puerta (la de la casa de la familia del autor) e iba a parar al callejón que llevaba al palacio de *al-Zāhira*»⁵. Ibn ‘Idārī refiere que un joyero oriental ofreció su mercancía a almanzor (sin duda, en *al-Zāhira*), y al regresar a Córdoba, por el camino de al-Ramla, a la orilla del río, y dejar en ella sus vestidos y su bolsa mientras se bañaba, un milano se llevó esta última y escapó «volando sobre el jardín adyacente al palacio de Almanzor, es decir, sobre al-Ramla», que en otro lugar del *Bayān* se dice estaba próxima a *al-Zāhira*⁶. Era una zona arenosa, al oriente de la capital del

¹ Nuwayrī, *Hist. de España*, p. 67.

² Gayangos, adaptación Maqqarī, II, p. 485.

³ Maqqarī, *Analectes*, I, p. 104.

⁴ Maqqarī, *Analectes*, I, p. 190.

⁵ *El collar de la paloma*, trad. de Emilio García Gómez, Madrid 1952, páginas 179 y 234. El arroyo chico tal vez sea el de la Fuensanta.

⁶ Isā ibn Sa‘īd invitó a al-Muẓaffar a una suntuosa fiesta que iba a celebrar en la casa de campo que éste le había regalado recientemente «en la Ram-

califato, dividida en dos partes, la más próxima a ella llamada *Šabulār*, nombre de uno de sus arrabales del este, y otra, al-Ramla, más oriental, en la que Almanzor fundó a *al-Zāhira* ¹. Esta rambla queda bien localizada en ese lugar por referencias de varios historiadores islámicos, entre ellas en el relato de la revuelta del arrabal cordobés en 202 (817): los jinetes leales al emir al-Ḥakam I, después de salir de la ciudad por la puerta de Hierro, se precipitaron por *al-zuqāq al-Kabīr* (la calle Mayor) y salieron a la *ramla* en la dirección de un vado que allí había ².

Se sitúa asimismo *al-Zāhira* al oriente de Córdoba en un relato legendario de Ibn Ḥayyān, según el cual al-Ḥakam II tuvo noticia al final de su vida de una vieja profecía, popular entre los cordobeses, que fijaba en determinado lugar el emplazamiento de un alcázar destinado a su plantar al omeya. Creyó primero que estaba al occidente de Córdoba, pero pronto dióse cuenta el califa de que su situación verdadera era al oriente, en el *manzil Abū Badr*, conocido por *Ālaš*, junto a un pozo, donde pensó fundar una ciudad. Almanzor, que joven y desconocido había intervenido en el proyecto, conocedor de los pronósticos favorables, levantó luego en ese lugar *al-Madīna al-Zāhira* ³.

bla, cerca del palacio de *al-Zāhira*» (Ibn 'Idārī, *Bayān* III, trad. en Dozy, *Hist. Mus. d'Espagne*, edic. Lévi-Provençal, p. 208).

¹ De los dos arrabales, el de *Šabulār* llamóse así por una mansión del mismo nombre (Ibn al-Faraǧī, *Ta'riḥ 'ulamā' al-Andalus* [ed. Codera], p. 166). El *rabaḍ Šabulār* aparece citado por Ibn Baškuwāl entre los arrabales orientales de Córdoba (Maqqarī, *Analectes*, I, p. 304) (cita de Manuel Ocaña Jiménez, *Las puertas de la medina de Córdoba, Al-Andalus*, III, 1935, p. 145). Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 313; trad., p. 485; III, p. 31. Francisco Javier Simonet, *Glosario de voces usadas entre los mozárabes*, Madrid 1888, p. 573-propuso para la palabra *Šabulār* el significado de arenal.

² Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 78; trad., pp. 123-124.

³ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 275; trad., pp. 427-428; Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 80; trad., pp. 100-101; Maqqarī, *Ana-*

Setefilla (Šantafila).

Šantafila, cuyo nombre pregonaba su ascendencia latina, ocupó una meseta alargada, de unos 800 metros de longitud de norte a sur, de muy difícil y trabajosa subida, en lo alto de un cerro, en los primeros contrafuertes de Sierra Morena, a unos diez kilómetros en línea recta de Lora del Río, frente a Carmona y a una media legua del Guadalquivir. La altura media de la meseta sobre el valle de éste es aproximadamente de 180 metros, pero su extremo norte, donde estaba la fortaleza, se eleva a unos 220. El resto de la meseta era capaz de contener mediana población.

Las condiciones militares del encumbrado lugar son óptimas: le bordaba a oriente el Guadalbaccar y al oeste su afluente el arroyo del Pilar, que se unen al pie del cerro y cuyos hondos cauces están a unos 100 metros bajo la meseta. Otro barranco la separa de las estribaciones inmediatas de la Sierra. Magnífica atalaya, desde la muela de *Šantafilla* se dominaban leguas y leguas de la fértil llanura que corta el Guadalquivir.

Hallazgos arqueológicos prueban que el cerro estuvo habitado en época eneolítica y en la primera edad del hierro. En excavaciones hechas por Bonsor y Thouvenot se encontró una necrópoli de incineración y aljibes, baños, construcciones subterráneas y tumbas romanas ¹.

A mediados del siglo XVIII, don Tomás de Gusmea visitó el despoblado de Setefilla. Consecuencia fué una breve memoria ilustrada que se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia ². Dicho erudito supuso que

lectes, I, pp. 380-383; Lévi-Provençal, *España musulmana*, t. IV de la *Hist. de España* dirigida por Menéndez Pidal, pp. 408-409.

¹ G.-E. Bonsor, R. Thouvenot, *Nécropole ibérique de Setefilla, Lora del Río (Sevilla)*, Fouilles de 1926-27 (Burdeos-París 1928), pp. 9-11.

² Breve noticia del despoblado de Setefilla en Andalucía, y congetura

en la cumbre del cerro de Setefilla estuvo la romana *Aria*, *mons Ariorum*, séptima mansión del camino militar que salía de la boca del Guadiana para terminar en Mérida, opción seguida más tarde por Ceán-Bermúdez ¹.

Guseme dió noticia en su memoria de dos fragmentos de epitafios romanos, uno aparecido en un llano fuera de la fortaleza; el otro, por bajo de la ermita que se menciona más adelante, en las casas de la dehesa de Aldela María. Más tarde se ocuparon de Setefilla, recogiendo los datos del manuscrito de Guseme, Ceán-Bermúdez, en la obra citada, Hübner ², Bonsor y Thouvenot ³.

Poco antes de mediar el siglo XII escribía al-Idrīsī que el castillo de *Šantafila*, construido sobre una alta montaña, pertenecía a los beréberes. También lo menciona Ibn Ḥayyān ⁴.

El 17 de šafar 578 (22 de junio 1182) se apoderó Alfonso VIII de los castillos de *Šantafila* y Almenar ⁵, cautivan-

sobre la situación de la antigua *Aria*, por el señor don Tomás de Guseme, junio de 1756 (Bib. de la R. A. H., manuscrito original, en seis hojas 4º, E. 162).

¹ Ceán-Bermúdez, *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, pp. 288-289.

² Hübner, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, n.ºs 1.069 y 1.071, p. 140.

³ *The archaeological expedition along the Guadalquivir 1889-1901*, por George Edward Bonsor (Nueva York 1931), pp. 25-26; Thouvenot, *Essai sur la province romaine de Bétique*, p. 45 y n. (1) de la p. 488.

⁴ Idrīsī, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, texto, pp. 206-207; trad., pp. 254-255.

⁵ Equivocadamente, los *Anales Toledanos* I acusan esta conquista un año antes, el 1181: «El Rey don Alfonso entró con grand Huest en tierra de Moros, e prisó a Sietfila Era MCCXIX» (*Esp. Sag.*, XXIII, p. 392). La carta de hermandad y amistad entre las órdenes de Santiago y Calatrava lleva la fecha del 8 de agosto 1182, el año *quo rex primum augustum fecit super Cordova et cepit Setilia-Seetfilia* (Friedrich Wilhelm Schirrmacher, *Geschichte von Spanien*, en la colección *Geschichte der Europäischen Staaten*, por F. W. Lembke, Heinrich Schaefer y Friedrich Wilhelm Schirrmacher (Gotha 1830...), IV, p. 230, según cita de A. Huici, *El Anónimo de Madrid y Copenhague* (Valencia 1917), n. (1) de la p. 20).

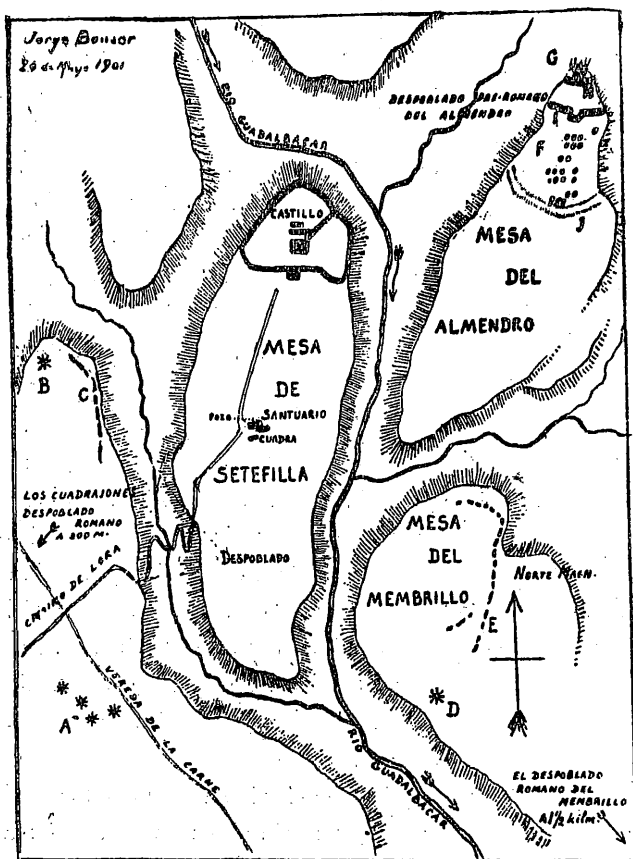
do dentro de los muros del primero a 700 personas, rescatadas por los sevillanos mediante la entrega de 2.705 dinares de oro, de los que dió 100 de su peculio Ibn Zühr, hijo del famoso Avenzoar, y el resto recaudóse en las mezcuitas.

El monarca castellano dejó en tan fuerte posición militar quinientos jinetes y mil infantes, bien abastecidos de víveres y pertrechos guerreros. Durante cuarenta y cinco días asolaron la comarca las tropas castellanas hasta que el 13 de rabī 'al-awwal — 17 julio — Alfonso VIII partió a su reino. El 1º de rabī 'al-ajir (4 de agosto), Abū Ishāq, hijo del califa Abū Ya'qūb y señor de Sevilla, salió de esta ciudad al frente de un ejército, con propósito de recuperar *Šantafilia*. El mismo día, los musulmanes de Carmona infligieron considerable derrota a los cristianos ocupantes de esa fortaleza, salidos en algarada, con muerte de 60 jinetes; otros, prisioneros, fueron decapitados por orden de Abū Ishāq; cuarenta y seis días tuvieron cercada *Šantafilia* los almohades. El 6 de ŷumāda al-ūlā (7 de septiembre) levantaron el cerco, al llegar la noticia de la salida de Toledo de Alfonso VIII para ir en auxilio de la guarnición asediada. Cuatro días después llegó el monarca. Al revistar aquélla, se encontró con que los combates y la peste habían reducido los jinetes de 500 a 50 y los 1.000 infantes a 600. El 15 de ŷumāda al-ūlā (16 de septiembre) ordenó a los supervivientes evacuar la fortaleza ¹.

Después de la conquista de Córdoba, en una expedición por tierras de Sevilla, preparatoria de su asedio, se entre-

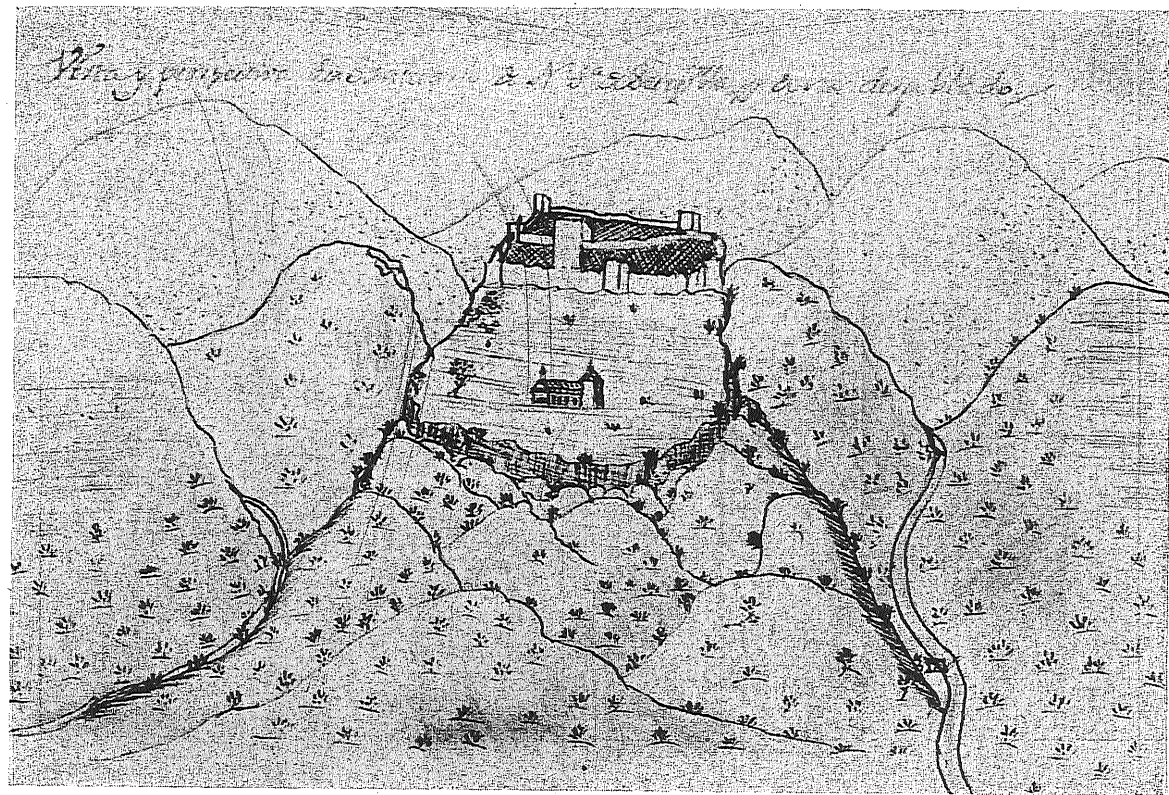
¹ El detallado relato figura en el tomo del *Bayān* de Ibn 'Idāri consagrado a los almohades (Ambrosio Huici Miranda, *Colección de crónicas árabes de la Reconquista*, vol. II, *Los almohades*, Tetuán 1953, pp. 42-43 y 45-46). Probablemente a esta retirada aludirá el *Qirṭās*, que la convierte en un triunfo islámico: «Este año (578 / 7 mayo 1182 a 25 abril 1183), tomaron los musulmanes las ciudades de Santafila y de Uclés, mataron a todos los cristianos. que había en ellas y robaron sus mujeres y bienes» (trad. Huici, p. 274).

garon a Fernando III cuatro lugares señalados, Écija, Almodóvar, Estepa, Setefilla y muchos otros menores, según refiere la *Primera Crónica General*, siguiendo a Jiménez de Rada. El aparecer el nombre de Setefilla con el de esas

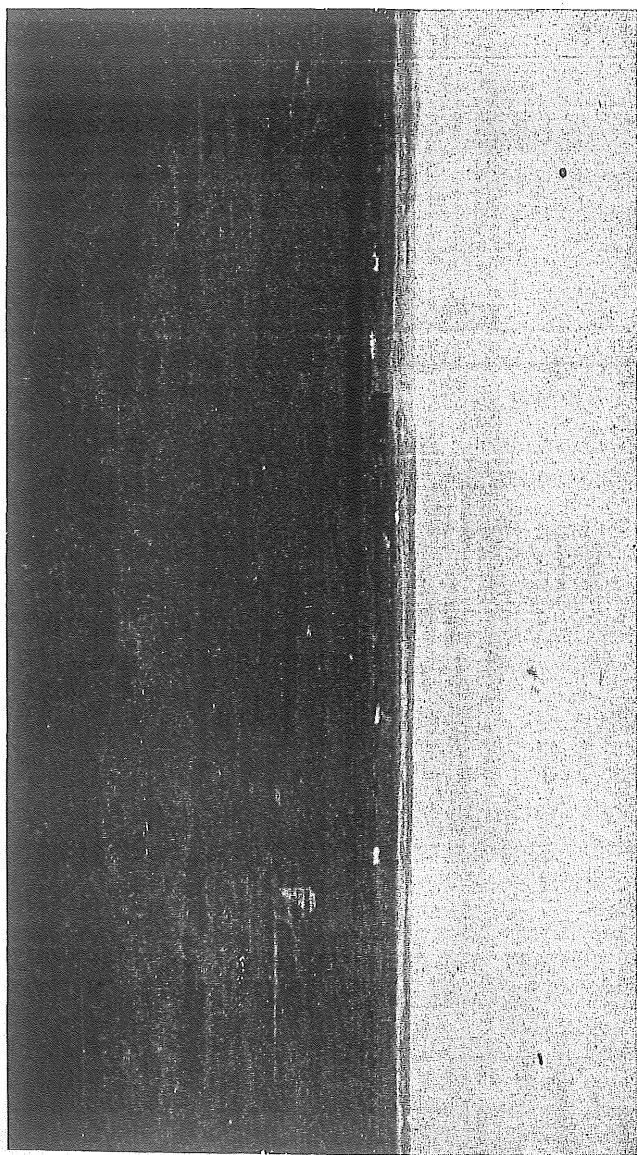


Croquis de situación de la mesa de Setefilla (Sevilla), según Bonsor.

otras tres villas bien pobladas, puede ser indicio de su importancia, a lo menos militar, pues era uno de los castillos «que estauan maltrechos et como yermos por correduras et mortandades que los cristianos auien fecho en los



El despoblado de Setefilla (Sevilla) en 1765, según Guseme.



El solar de Tejada (Huelva) y al fondo su campo.

moros moradores que morauan en ellos, et esto era ya luen-go tiempo» ¹. La entrega de Setefilla fué anterior al 6 de mayo de 1241, pues en esta fecha Fernando III, estando en Córdoba, dió a la orden de San Juan y a su prior don Rodrigo Pérez el castillo de Almenara y las villas y castillos de Setefilla y Lora, con los términos que habían tenido en tiempo de los moros ².

Lo áspero y apartado del lugar, de muy penosa subida, fué causa principal de la despoblación de Setefilla, atraídos sus vecinos por las prósperas villas de las riberas del Guadalquivir. Según Guseme, hacia 1539 la desampararon sus últimos moradores para irse a vivir a Lora del Río. En el siglo XVIII tan sólo quedaba en la meseta la iglesia convertida en ermita de la Virgen de Setefilla, patrona de Lora y devoción de todos los pueblos de la comarca.

La descripción y el dibujo infantil, pero muy expresivo, de Guseme, permiten formarse idea de la organización de la villa despoblada. En la parte meridional, mayor y más llana de la mola estaba la villa, con su iglesia, hoy ermita, en el centro. A su norte, sobre una pequeña eminencia, emplazóse el castillo o alcazaba, con recinto de murallas y torres de tapial, obra sin duda islámica, en cuyo centro destaca la torre del Homenaje, de piedra, que Bonsor atribuye al siglo XIV. De este recinto se pasa por una doble puerta a otro de menos extensión, en el que hay construcciones subterráneas, aljibes y baños.

¹ *Primera Crónica General de España*, cap. 1.048, p. 736 y cap. 1.057, p. 740; Jiménez de Rada, *De rebus Hispaniae*, lib. IX, cap. XVII.

² A. H. N., Orden de San Juan, leg. 1, n° 14, citado en la obra *Repar-timiento de Sevilla*, estudio y edición preparada por Julio González, I (Madrid 1951), p. 186. Según González, está falsificada una copia de ese privilegio del Arch. Mun. de Carmona, fechado en el mismo lugar y día, pero del año 1249. Lo publicó Ortiz de Zúñiga en sus *Anales*.

Tejada (Talyāta) (Huelva) ¹.

En los confines del Ajarafe, donde linda con Niebla, hay un dilatado territorio conocido por Campo de Tejada, en que se asientan las villas de Paterna, Escacena y Castilleja, llamadas las tres del Campo de Tejada. La villa que les dió nombre es hoy el despoblado de Tejada la Vieja, junto a la carretera de Escacena del Campo a Aznalcollar.

Tejada estuvo situada a unas seis leguas al sudoeste de Sevilla, a media distancia, aproximadamente, entre esta ciudad y Niebla, en terreno suavemente ondulado. Ocupaba una meseta apenas destacada, en el ingreso a una sierra poco quebrada, avanzando sobre la campiña, a la que atalaya. Su suelo es de aluvión, abundante en cantos rodados. Tejada era lugar de tránsito entre Huelva y el sur de Portugal y Sevilla y el valle del Guadalquivir, paso de los minerales de las sierras de Huelva y de los ganados de Extremadura que bajaban a los pastos de las marismas de la desembocadura del Guadalquivir.

La calzada romana que iba de Mérida a la desembocadura del Anas (Guadiana) por Hispalis (Sevilla), tenía su quinta *mansio*, a partir de las bocas del Anas, en Itucci o Ituci, la *Tucci Vetus* de Tolomeo, estación también en el Itinerario de Antonino, a la que corresponderá la Tejada medieval, aunque algunos autores duden para la romana entre ella y la muy posterior villa de Escacena ². Alrededor de Tejada dicen haberse encontrado abundantes se-

¹ Durante la dominación musulmana hubo varios lugares llamados *Talyāta*, entre ellos uno inmediato a Sevilla — la actual Tablada —, con el que se ha confundido a veces el de Huelva, que suena con motivo de las invasiones de los normandos en 230 (844), en donde fueron derrotados, y más tarde en época almohade (R. Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, 3ª edic., Leiden 1881, pp. 308-311).

² Thouvenot, *Essai sur la province romaine de Bétique*, p. 488.

pulturas, sin ajuar alguno. De sus ruinas se sacaron varias lápidas con inscripciones romanas, una de las cuales se llevó a Sevilla y fué publicada por Ceán-Bermúdez ¹. Como obra romana describese una alberca en el sitio llamado Fuente del Fraile, en las inmediaciones de Tejada. Abundante el lugar en manantiales, una conducción de unas nueve leguas de longitud, a través de varios acueductos, llevaba sus aguas a Itálica ², según el prior P. Zeballos, del monasterio de San Isidoro del Campo, que la paseó y describe en 1783. Pasaba por Gerena y el monasterio de monjes basilios recoletos de Retamar. La conducción iba sobre un fuerte muro de argamasa de unas dos varas de grueso, en los valles y parajes bajos; en otros lugares se hundía perforando los cerros para aparecer más adelante. Al pie del monasterio de Retamar vió el P. Zeballos pilastras y arcos rebajados para apeo del encañado, revestido de estuco colorado ³.

El nombre de *Talyāta*, de indudable origen romano, acredita su existencia anterior a la invasión islámica. Después de ésta aparece mencionado en el reinado del emir Muḥammad I (238-173-852-886). En sus últimos años, después de 271 (884), rebelóse contra él Ibn Marwān, famoso jefe de los muladíes de Occidente. Con un abundante ejér-

¹ *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, pp. 289-290.

² Señala este acueducto Rodrigo Caro, *Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla* (Sevilla 1634), f.º 112 v.

³ Silverio Escobar y Salazar, *Noticia histórica de la villa de Escacena del Campo y de la ciudad de Tejada, antigua Ituci hispalense* (Sevilla 1910). En las pp. 50-54 de esta obrita se da noticia detallada de la exploración del P. Zeballos. El curioso prior, autor de varias obras de antigüedades, llegó a hacer catas en el terreno en busca de los restos de la conducción, que dice haber seguido hasta la misma Itálica, a la que iba a parar al lugar más elevado del recinto de la ciudad romana. Encontró vestigios en el cortijo de San Nicolás, como a tres millas o a media legua de Itálica. Llegaba a ésta a un lugar inmediato a la muralla, llamado los Baños, abovedado que tal vez — dice — fuera depósito de reparto, cuyos muros estaban cubiertos de estuco rojo.

cito llegó a la comarca de Sevilla y depredó el castillo de *Talyāta*, llevándose consigo la guarnición, y, tras cruzar por la región de Niebla, entró en Osonaba y devastó toda la cordillera del Algarbe ¹, en la que permaneció tres días. Vuelve a aparecer su nombre con motivo de un episodio de la sublevación de los beréberes, en el reinado de 'Abd Allāh.

Los de Mérida y Medellín hicieron una incursión por el territorio sevillano y al saber que el gobernador de Sevilla Mūsā ibn al-'Asī ibn 'Abd Allāh ibn Tālaba se dirigía contra ellos adueñáronse de *Talyāta*, en el distrito de las cebollas, y permanecieron en ella tres días matando, devastando y saqueando los alrededores ².

Refiere Ibn al-Abbār que cuando en el siglo XI al-Bakrī, señor de Huelva y de la isla de Saltés, vendió a al-Mu'taḍid de Sevilla su principado, barcos y municiones de guerra, pasó, camino de su retiro de Córdoba, por el distrito de las cebollas y *Talyāta* ³.

Los habitantes de *Talyāta* sometieron a los almohades y a su general Barrāz en 541 (1146). Pero ante la conducta indigna de los jefes de las tropas de guarnición en Sevilla, Yūsuf al-Baṭrawī, gobernador de Niebla, al que preparaban una celada, expulsó a los almohades y renovó su alianza con los almorávides que quedaban en al-Andalus. La respuesta de 'Abd al-Mu'min fué enviar un ejército a las órdenes de Yūsuf ibn Sulaymān, que tomó el mando de Sevilla

¹ Ibn al-Qūṭīyya, *Historia de la conquista de España*, edic. Ribera, texto, p. 89; trad., p. 74; Dozy, *Hist. des musulmans d'Espagne*, edic. Lévi-Provençal, II, pp. 42-43. Dozy creyó equivocadamente que esa *Talyāta* era la inmediata a Sevilla.

² Gurāieb, «*Al-Muqtabis*» de Ibn Ḥayyān (trad.) (*Cuad. de Hist. de España*, XIX, Buenos Aires 1953, pp. 158-159; Ibn al-Qūṭīyya, edic. Ribera, texto, p. 89; trad., p. 74.

³ Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature des Arabes d'Espagne* ², pp. 309-311.

y sometió a Niebla y *Ṭalyāta*, cuyas comarcas obedecían a al-Baṭrawī ¹.

El hécho más sonado de que fué escenario *Ṭalyāta*, por hallarse en un camino, pues la condición agrícola de la modesta villa no parecía destinarla a figurar en las crónicas, tuvo lugar en yumādā I del año 622 (mayo-junio 1225), cuando el poder almohade hallábase en rápida declinación. Trátase de una batalla que tuvo lugar en la llanura (*faḥṣ*) de *Ṭalyāta*, entre las tropas cristianas que habían realizado una expedición devastadora por el Algarbe y se retiraban con abundante botín y los musulmanes de Sevilla. Debemos su relato detallado a al-Ḥimyarī y tiene más interés que el puramente local por mostrarnos una vez más la falta de valor combativo de la plebe urbana de al-Andalus y la escasez de contingentes del ejército regular almohade y su inferioridad frente a los guerreros cristianos ², acusada, como se vió en páginas anteriores, en las campañas de Se-tefilla.

Era entonces gobernador de Sevilla Abū-l-'Ulāh, hermano del antiguo rey de Murcia al-'Adil, carente de recursos y medios para rechazar al enemigo. Al tener noticia de la algará de los cristianos y de la proximidad de sus tropas, un gran número de sevillanos reunidos un viernes en la mezquita mayor tras la oración, pidieron al sultán (*sic*) ordenase una salida contra los enemigos, que fué anunciada públicamente el sábado. Este día y el domingo salieron en masa los sevillanos de las más diversas con-dieiones sociales, entre los que predominaban comerciantes y gentes de los zocos. Armados unos y otros sin armas, montaban en

¹ Ibn Jaldūn, *Hist. des Berbères*, II, trad. Slane, pp. 185-187. Según Ibn Jaldūn, la sumisión de *Ṭalyāta* fué anterior a la conquista de Sevilla por los almohades mandados por Barrāz, hecho que tuvo lugar en ša'bān 541 (enero 1147).

² Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 128; trad. pp. 155-156.

variadas caballerías, como si fueran a recrearse en los jardines y alcarrias próximas. Un grupo, acompañado de algo menos de un centenar de jinetes, se dirigió hacia *Talyāta*. Al encontrarse ante numerosas fuerzas cristianas, bien armadas y protegidas por las cotas de malla, las escasas tropas del ejército regular emprendieron la retirada. Los soldados cristianos se abalanzaron sobre los improvisados guerreros de la plebe andaluza, haciendo en ellos atroz carnicería durante las cinco leguas hasta las que llegó el alcance ¹. Algún autor como Florián de Ocampo da la cifra de 20.000 muertos; más discreto el del *Qirṭās* la reduce a la mitad. Mezquitas y mercados de Sevilla quedaron desiertos. Poco después pasó *Talyāta* a manos del Bayāsī, gobernador de Córdoba sublevado contra al-^cAdil en 623 (1226), pero volvió a poder de éste después de la derrota sufrida por el primero al sitiar Sevilla, el jueves 23 de šafar (25 febrero 1226) ².

Ignórase cómo y en qué fecha pasó *Talyāta* a manos cristianas; fué sin duda poco después de Sevilla, en el reinado

¹ Al-Ḥimyarī afirma que el soberano del Magrib al-^cAdil estaba entonces en Sevilla, que no abandonó hasta dū-l-qa^ada del mismo año 622 (noviembre-diciembre 1225), y que los de la algará eran cristianos del Algarbe. Don Lucas de Tuy y Risco las suponen tropas del rey de León Alfonso IX mandadas por don Martín Sánchez, hijo bastardo de Sancho I de Portugal, desavenido con su hermanastro. (Lucas de Tuy, *Hispania illustrata*, IV, p. 113; *Crónica de España por Lucas, obispo de Tuy*, edic. Julio Puyol del texto romanecado, Madrid 1926, cap. LXXXIX, p. 422; Manuel Risco, *Historia de la ciudad y corte de León y de sus reyes*, I, Madrid 1792, p. 378). En el ejército cristiano que descendió hacia Sevilla, según la «Crónica latina», iban el maestre, el comendador y freyres de Calatrava con don Alvar Pérez [de Castro] y don Rodrigo Rodríguez (*Chronique latine des rois de Castille*, edic. Cirol, p. 113). Florián de Ocampo atribuye el mando de los cristianos a don Alvar Pérez de Castro con otros jefes fronterizos y el rey de Baeza y dice que los derrotados fueron moros de Sevilla, Jerez, Carmona y Écija (*Las Quatro partes enteras de la corónica de España*, f^{os} 372 v y 373 r).

² *Al-Bayān, Los Almobades*, I, trad. Huici, p. 294.

de Fernando III. Probablemente permanecería su señor como tributario. La Crónica de Alfonso X, testimonio con frecuencia poco de fiar, dice que este monarca asedió y conquistó Tejada en 1253, tal vez por falta de pago del supuesto tributo, defendida por un moro Hamete del que recibía daño Sevilla ¹. Probablemente hay que unir esa noticia a la de una sublevación de los moros de Tejada dicho año. Sin mucha resistencia se dió a partido su alcaide o reyezuelo Hamet, que pasó a Africa, con lo que se allanó toda la comarca ². Antes, sin duda, del éxodo, Alfonso X le concedió en compensación una heredad, la de Callitivo, comprada para él y que anteriormente el castellano había dado a Orti Ortiz, según el *Repartimiento de Sevilla* ³.

En el fuero dado a Sevilla por Alfonso X en 1253, reproducción del concedido a Toledo, figura Tejada entre los términos de aquella ciudad ⁴.

Por carta de 1255 y privilegio de 1256, Alfonso X concedió a Sevilla las rentas del almojarifazgo de Tejada y de otras villas para las tenencias de los castillos dados a la primera y para sus propios ⁵.

En Tejada asentó el rey 50 caballeros y 70 o 72 peones, entre ellos dos zapateros, dos porquerizos, un alfaquín y

¹ *Crónicas de los reyes de Castilla desde don Alfonso el Sabio hasta los católicos don Fernando y doña Isabel*, colec. ordenada por don Cayetano Rossell, I, «Bib. de Autores Españoles, t. 66» (Madrid 1919), p. 4; Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de... Sevilla*, I, 1795, p. 198.

² Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de... Sevilla*, I, 1795, p. 160. Cajigas — *Los mudéjares*, II, p. 507 — llama a ese alcaide o reyezuelo Ibn Kumāsa y dice que vencido huyó a Africa, abandonando a sus súbditos.

³ Julio González, *Repartimiento de Sevilla* (Madrid 1951), I, pp. 213-214; II, p. 34.

⁴ Claudio Sanz Arizmendi, *Organización social de Sevilla en el reinado de Alfonso XI* (Sevilla 1906), p. 94.

⁵ Nicolás Tenorio y Cerero, *Concejo de Sevilla* (Sevilla 1901), p. 101 y doc. de las pp. 217-218; Antonio Ballesteros, *Itinerario de Alfonso X, rey de Castilla* (B. R. A. H., CV, 1934, p. 101),

un alfajeme; intramuros había entonces unas 73 casas; en el *Repartimiento* se ordenó para tener más de 100 vecinos. Quedaron algunos moros, para los que se dejaron 100 yugadas de tierra. Su riqueza agrícola consistía sobre todo en olivares e higuerales; también había viñas y algunas huertas ¹.

A las iglesias de Tejada alude un documento de 1346 por el que don Bartolomé, obispo de Cádiz y Algeciras, promete al arzobispo de Sevilla devolverle cuanto tiene de su pertenencia cuando éste lo reclame, entre ello los diezmos de los templos citados ².

La insalubridad del lugar, abundante en aguas de difícil salida y sujeto a las inundaciones del Guadamar, parece fué causa de la despoblación de la húmeda y malsana Tejada; convirtiéndose en campo de pasto, mientras a su costa crecían algunas de las alquerías próximas, mejor situadas, que llevan el sobrenombre del Campo de Tejada. La de Escacena figura en el padrón de 1435 con 192 vecinos, con 112 la de Paterna y con 35 la de Castilleja: Manzanilla llegó a fines del siglo XV con 200 vecinos ³.

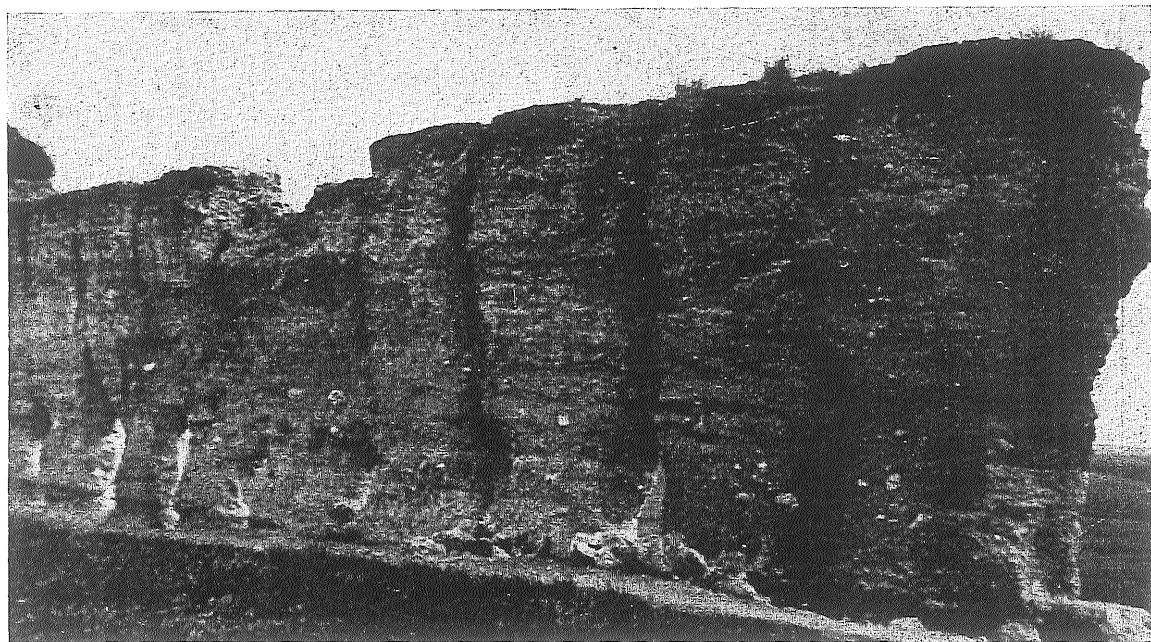
Muestra la decadencia de Tejada que a mediados del siglo XVI las puertas de las dos iglesias que en ella había, San Jorge y Santa María, estaban rotas, el ganado penetraba en su interior y era raro que en una u otra se dijese misa los domingos ⁴.

¹ González, *Repartimiento de Sevilla*, II, pp. 147-154 y 271-275.

² A. de la Cat. de Sevilla, leg. 11, n.º 7, caja 60, 341 (Ramón Menéndez Pidal, *Documentos lingüísticos de España*, I, Reino de Castilla [Madrid 1919], n.º 358, p. 473). En 1369 el rey don Pedro I de Castilla hacía merced a la condesa doña Leonor de Castro, mujer del conde don Fernando, de franqueza para quince vecinos labradores que fuesen a poblar el lugar que decían los Palacios de la Reina, junto a Tejada, que estaba yermo y despoblado (*Rev. de Arch., Bib. y Museos*, terc. época, año VI, t. VI, 1902, pp. 383-385).

³ Padrones del A. M. de Sevilla citados por González, *Repart. de Sevilla*, I, p. 390.

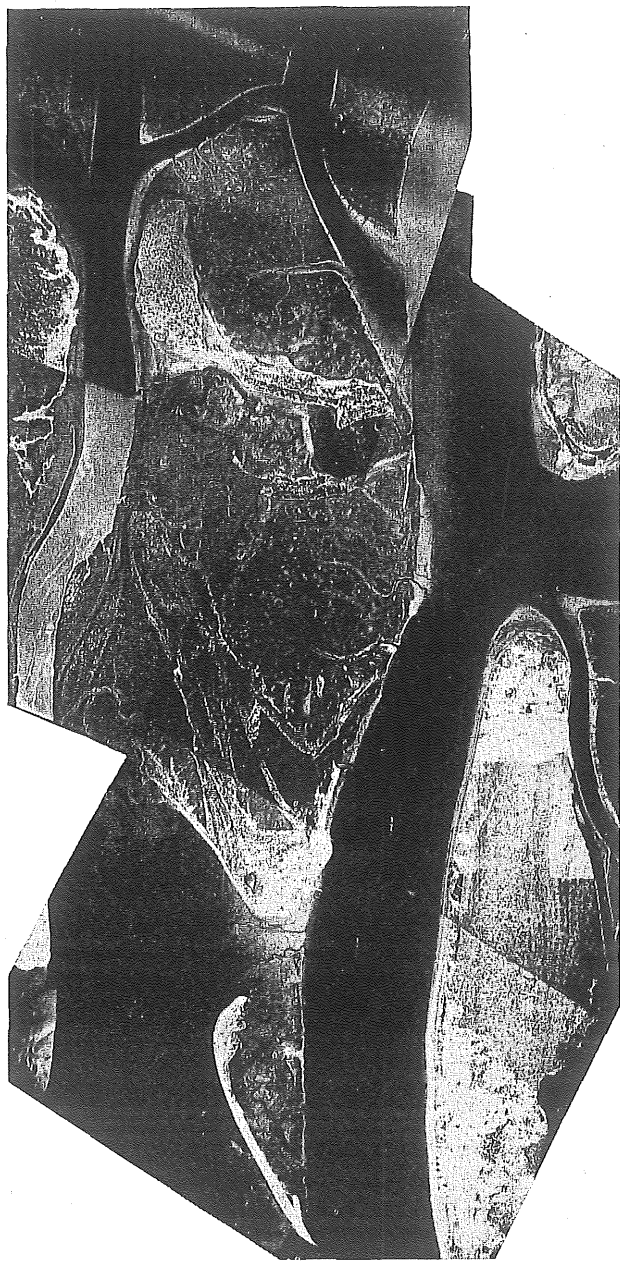
⁴ Escobar, *Noticia histórica... de la ciudad de Tejada*, p. 113.



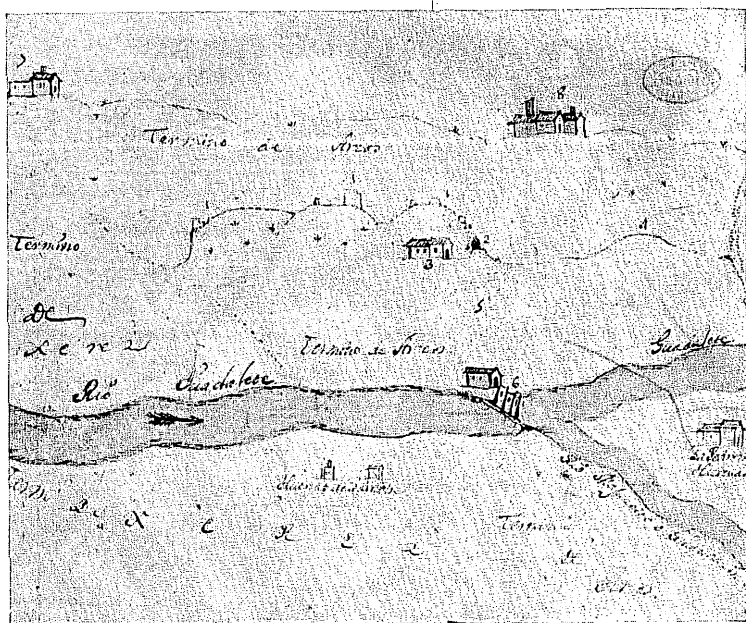
Murallas de Tejada (Huelva) desde el interior del recinto.



Obreros derribando los últimos restos de la cerca de Tejada (Huelva).



Vista aérea de la isla de Saltés (Huelva).



El cortijo de Casinas (Cádiz) y sus alrededores desde oriente, según Guseme (1765).

1, collados con restos de muros de argamasa; 2, bovedilla de piedra labrada; 3, casas del cortijo de Casinas; 4, haza de la Caba; 5, llano lleno de restos de materiales de construcción; 6, molino de Casinas; 7, cortijo de Albardén; 8, cortijo de Casablanca.

Pocos años después, Juan de Mallara decía de la antigua Tejada que era «ciudad, que oy día tiene Cercas, y puertas leuantadas, y en medio vna yglesia... della se poblaron Escacena, Paterna, Manzanilla, Castilleja de el Campo, porque se anega presto en el Inuierno todo aquel campo. Tiene un río, que el agua del huele mal, es muy doliente sitio, especialmente junto a esta ciudad está vn lago, que a la orila tiene vna higuera grandíssima, y ay opinión que no se halla suelo en él. Es el agua tan verde y tan oscura, que apenas se puede ver algo en ella» ¹.

Repite lo mismo a comienzos del siglo XVII el erudito Rodrigo Caro; Tejada — dice — estaba del todo desierta; tan sólo permanecían las murallas, torres e iglesia mayor ².

Frente a la soledad definitiva de Tejada, seguían prosperando sus antiguas alquerías de Manzanilla, Paterna y Escacena, acrecentadas a su costa, abundantes en pan, vino, aceite, ganados, frutas y caza. Algo antes de promediar el siglo XVII la primera tenía ya 600 vecinos; Paterna, 450; la última, 300 ³. Con los materiales sacados de la villa des poblada, se construyeron muchos edificios modernos en las tres florecientes próximas.

A nordeste servía de límite y foso al recinto de Tejada un arroyo del mismo nombre. De trecho en trecho, entre los campos y tierras de labor suavemente onduladas, destacan escasos grupos de árboles y cortijillos enjalbegados. De la ciudad rural han desaparecido gran parte de sus lienzos de muros y torres, pero aún se dibuja sobre el terreno

¹ *Recibimiento que hizo la muy noble y muy leal ciudad de Seuilla a la C. R. M. del Rey D. Philipe*, por Iuan de Mallara (Sevilla 1570), fº 108.

² Caro, *Antigüedades y principado de... Sevilla*, fº 112 v. El mismo autor escribió — fº 18 — que las villas de Manzanilla, Paterna y Escacena se fundaron corriendo el año 1530 — ya se vió antes que esto es falso — de las ruinas de Tejada, que se deshabitó por malsana y sus moradores se repartieron en esas tres poblaciones.

³ Méndez Silva, *Población General de España*, fº 113.

su perímetro por el lomo que forman los escombros. El recinto era ovalado ¹ y en su interior, convertido en tierras de labor, hay hoy unas construcciones modernas de explotación agrícola.

Las murallas están hechas de argamasa, con cal, arena gruesa y algunas piedras embebidas, en hormazos o tapias terrizos. Las torres aún en pie, de bastante saliente, son cuadradas y macizas, separadas de 9 a 10 metros. Como la pequeña elevación en que se asentó *Talyāta* apenas tiene accidentes naturales que favoreciesen su defensa, las murallas serían muy elevadas, a juzgar por un trozo conservado a sudeste de más de 40 metros de longitud, cuya altura parece exceder de los 15. Escobar se refiere a algunos torreones mayores, «formando en lo alto una especie de ancha garita, techada con bóveda». El mismo autor atribuye tres puertas a la cerca, cosa imposible de comprobar hoy sin una excavación ². De las iglesias que existieron en el recinto, por lo menos hasta el siglo XVII, no queda huella.

Para aprovechar la piedra en el recebo de la carretera próxima, y en otras construcciones se vienen derribando desde hace algún tiempo los restos de muralla, a veces con dinamita. En plazo breve — la acción continua destructora del tiempo hubiera sido mucho más lenta — acabarán por desaparecer y allanado su solar se perderá el recuerdo del habitado por los vecinos de la Tucci romana, la *Talyāta* islámica y la Tejada cristiana.

¹ Debo a la generosa amistad del Profesor de la Universidad de Sevilla, Catedrático hoy de la de Barcelona, don José Guerrero Lovillo, un croquis y notas sobre las ruinas de Tejada y las fotografías adjuntas.

Escobar, *Noticia histórica... de la ciudad de Tejada*, p. 80.

Saltés (Saltiś) (Huelva).

La isla de Saltés se halla situada en el estuario de los ríos Odiel y Tinto, entre su confluencia y el mar, al sur y a poca distancia de Huelva. Conde, en la empeñada y vieja busca de la bíblica Tarsis y del legendario reino tartesio de Argantonio, lo supuso en Saltés ¹, opinión seguida por otros eruditos. Se ha creído también ver en ella la isla citada por Estrábon, cercana a Onoba (Huelva) y consagrada a Heraklés, a la que fueron los enviados de Tiro ². Un eco de esos antiguos recuerdos religiosos recoge en el siglo XIII al-Himyarí al decir que había en la isla lugares de antiguos cultos ³.

De forma alargada en la dirección norte-sur, viene a tener una media legua de longitud y medio cuarto por su mayor ancho. Gran parte de su superficie arenosa es de marismas, pero algunos lugares más elevados — el Almendral, el Acebuchal, los Cascajares — están poblados de pinos, acebuches y otros árboles bravíos y no falta alguna labranza y ganado que aprovecha sus pastos.

Esta isla, en la que desde hace bastantes siglos no hay núcleo alguno de población, fué asiento en época islámica de una industriosa ciudad, capital por breve tiempo de un minúsculo principado. A su puerto fluvial, bien abrigado de todos los vientos, concurrían abundantes navíos. También se construían en él ⁴. Las noticias más detalladas de

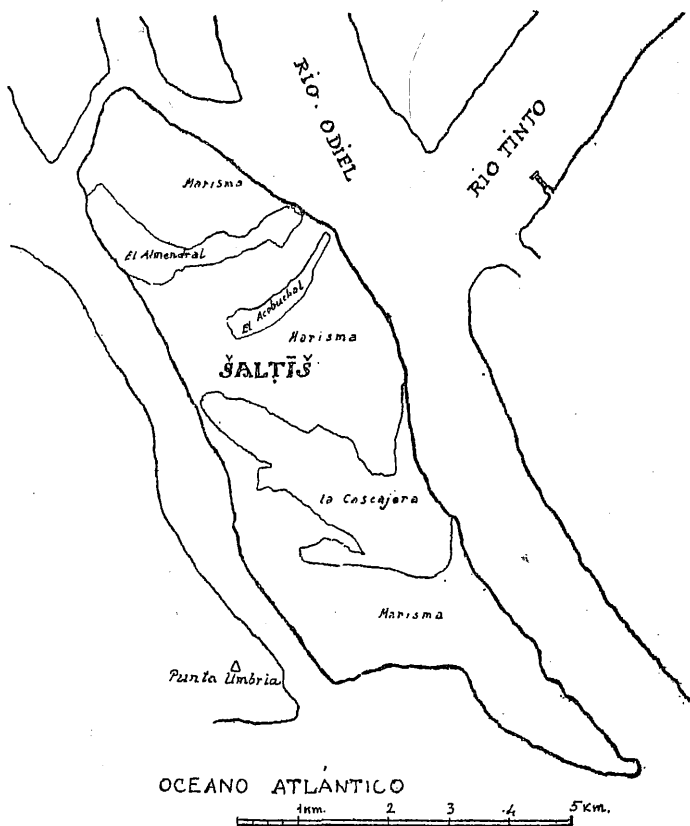
¹ *Maqqarí*, adapt. Gayangos, I, p. 379⁵. Conde en su *Geografía del Idrisi*, pp. 180 y 205.

² Antonio García y Bellido, *España y los españoles hace dos mil años*, según la *Geografía de Strábon* (Madrid 1945), p. 202, y *Tartessos pudo estar donde ahora la isla de Saltés, en el estuario de Huelva*, en *Arch. Esp. de Arqueología*, XVII, 1944, pp. 191-195.

³ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 111; trad., p. 136.

⁴ *Ibidem*, texto, p. 110; trad., p. 135.

la *Saltīs* islámica se deben al Idrīsī. Dice que, caso excepcional, no tenía murallas ¹; formaba una aglomera-



Mapa de la isla de Saltés (Huelva).

ción urbana apretada, sin espacios libres entre las construcciones, en la parte meridional de la isla, frente a Huel-

¹ Sin embargo, Abū-l-Fidā' describe a Saltīs como una pequeña ciudad fortificada (*Géographie d'Aboulféda*, trad. Reinaud, II, primera parte, Paris 1948, p. 237).

va. Había allí una atarazana (*dār šina'a*) para los trabajos de la metalurgia del hierro, propios de las ciudades marítimas frecuentadas por navíos. Según el geógrafo ceutí, los habitantes de *Salṭiṣ* pasaban por el estrecho brazo del Odiel, que separa a occidente la isla del continente, para proveerse de agua, pero al-Ḥimyarī, después de reproducir la descripción del Idrīsī, agrega, ya por su cuenta, que había en la isla pozos de agua dulce, no muy profundos, y manantiales con los que se regaban buenos jardines. Menciona también la existencia de extensos arrabales, hermosos pinares, excelentes pastos, siempre verdes, y leguminosas. La especialidad gastronómica de *Salṭiṣ* era una variedad de pasta frita (*tarīd*) ¹.

Varias veces los normandos se apoderaron de la isla, lo que obligó a huir a sus habitantes. Era señor de *Salṭiṣ* a mediados del siglo X, si la isla poco distante de Cádiz, llamada en algunos textos Ebertis, Nibertis y Beróe, puede identificarse con aquélla, según verosímil hipótesis del Padre Fita, el noble mozárabe Dúnala. Tocado de ardiente ascetismo, dejó el gobierno de la isla en manos de su hijo y, abandonando principado y familia, marchó en peregrinación a Roma, camino de Jerusalén ². Abundantes cristianos habitaban en *Salṭiṣ*, dice al-Ḥimyarī ³, confirmación de ser foco de mozarabismo.

En el año 403 (1012-1013) fué proclamado señor de *Salṭiṣ* y Huelva 'Abd al-'Azīz al-Bakrī, padre dei célebre geógrafo conocido por este último nombre. Tomó el título de I'azz al-Dawla. Príncipe justo y bondadoso, refiérese que durante los cuarenta años de su reinado la vida en sus do-

¹ Idrīsī, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, edic. Dozy y de Goeje, texto, pp. 174 y 178-179; trad., pp. 209 y 216; Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, pp. 110-111; trad., pp. 135-136.

² Fidel Fita, *San Dúnala, prócer y mártir mozárabe del siglo X* (B. R. A. H., LV, 1909, pp. 433-442).

³ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 111; trad., p. 136.

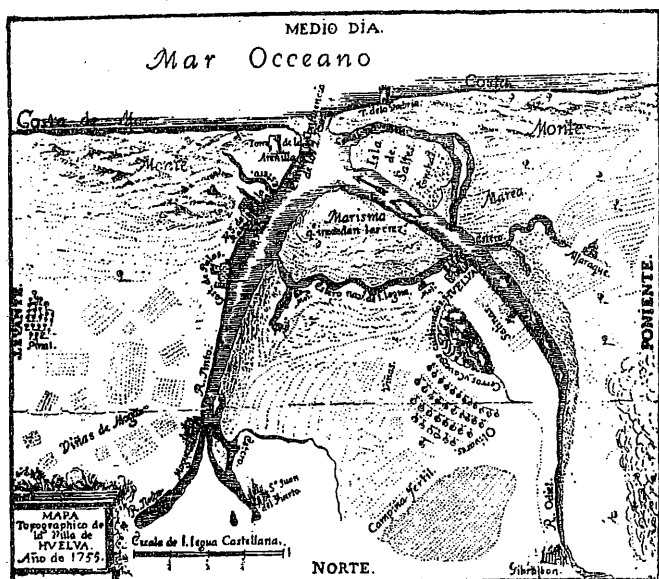
minios fué fácil y barata y tranquilos y seguros los caminos. Gozando de paz, *Salṭīs* debió de engrandecerse, al margen de las luchas continuas que devastaron gran parte de al-Andalus durante el siglo XI. Pero el ambicioso al-Mu'taḍid, señor de Sevilla, en su deseo de extender sus dominios, declaró la guerra a I'azz al-Dawla. Sus tropas hostigaban continuamente el territorio de éste. Con la cesión de Huelva, creyó aquél conservar *Salṭīs* bajo su gobierno. Al-Mu'taḍid fingió aceptar y se encaminó hacia la ciudad cedida. 'Abd al-'Azīz juzgó prudente no esperarle y se retiró a la isla con sus tesoros, en donde procuró aislarle, por encargo de al-Mu'taḍid, uno de los capitanes de éste que había dejado en Huelva al regresar a Sevilla. Sin fuerzas I'azz al-Dawla para resistir, vendió a al-Mu'taḍid en 10.000 ducados sus barcos y municiones de guerra el año 443 (1051-1052), y obtuvo permiso para retirarse a Córdoba, a donde llegó felizmente, gracias a una escolta que le proporcionó el jefe de Carmona ¹, a pesar de las asechanzas del señor de Sevilla, que quería apoderarse de sus tesoros.

No menos ambicioso que su padre, al-Mu'tamid, hijo de al-Mu'taḍid, unos veinte años más tarde, llamado en su auxilio por 'Abd al-Malik, que ejercía el poder en Córdoba, consiguió levantar el asedio puesto a esta ciudad en el año 463 (otoño de 1070) por al-Ma'mūn de Toledo, y después se hizo dueño de la antigua capital del califato. A la isla de *Salṭīs* envió al-Mu'tamid presos y desterrados a 'Abd al-Malik y a sus familiares los Banū Ḡahwar, entre ellos al

¹ Ibn 'Idārī, *al-Bayān*, III, p. 289 y ss. La trad. de la parte referente a señor de *Salṭīs* se publicó en el apénd. II de la *Hist. des musulmans d'Espagne* de Dozy, III, edic. Lévi-Provençal, pp. 218 y 222-223. *Abbad*, t. I, páginas 251-253; Ibn al-Abbār, en Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, I, p. 286 de la primera edición, citados en Dozy, *Hist. des musulmans d'Espagne*, edic. Lévi-Provençal, III, p. 53. — Ibn al-Abbār dice que I'azz al-Dawla se retiró a Córdoba; Ibn 'Idārī afirma que fué a Sevilla, en donde murió el año 450 (1058).

jeque Abū-l-Walīd, padre de aquél, que salió de Córdoba montado en una caballería vil y murió en la isla a los cuarenta días de su expulsión de dicha ciudad ¹.

El año 575 (1179), ante los ataques cristianos por mar y por tierra, el monarca almohade dió el mando de la flota de Ceuta a Gānim b. Mardaniš. En una expedición contra



Mapa de 1755 de los alrededores de Huelva, con la isla de Saltés.

el puerto de Lisboa se apoderó éste de dos naves que estaban en él. La respuesta de los portugueses fué conquistar la isla de *Saltés*, cautivando a muchos musulmanes. El gobernador hubo de rescatarse ².

En el siglo XIII, según escribió Ibn Sa'īd, probable-

¹ Ibn Bassām, *Dajira*, t. I, f^o 159 r - 160 r; Ibn 'Idāri, *Bayān*, III, páginas 253-261; Ibn Jaldūn, *Ibar*, IV, p. 159, citados por Dozy, *Hist. des musulmans d'Espagne*, III, édic. Lévi-Provençal. p. 53.

² Ibn 'Idāri, *al-Bayān, Los almohades*, I, trad. Huici, p. 32.

mente refiriéndose a época anterior, era *Salṭīs* un importante centro de pesca donde se salaba el pescado para su exportación a Sevilla ¹.

Ignórase cuándo se despobló la isla ², cuyos últimos habitantes irían probablemente a engrosar la cercana Huelva.

En el *Diccionario* de Madoz se dice que aún se conservaban las ruinas de Saltés al norte de la isla, donde hubo después de la conquista un convento de frailes franciscanos trasladado luego a la Rábida. Idrīsī sitúa la ciudad a mediodía, frente a Huelva. Ocuparía la parte central de la isla, como indica el nombre de Cascajares con que ese lugar se conoce. Los estudiosos de la historia y de la arqueología prerromanas han visitado el de Salṭīs en su apasionado intento de localizar Tartesos, pero en cambio nadie se ha ocupado de localizar, cosa mucho más fácil, el emplazamiento de la ciudad islámica y de recoger algunos restos, pequeños fragmentos de cerámica, de su vida medieval.

Calsena (Qalšāna) (Cádiz).

El nombre de *Qalšāna* parece revelar una ciudad de fundación anterior a la invasión musulmana. Al-Iṣṭajrī escribió en el reinado de ʿAbd al-Raḥmān III (murió en 934), que era capital de la *kūra* o distrito de Sidona y ʿArīb ibn Saʿd e Ibn ʿIdārī confirman ser capital de la comarca o provincia ³. De *nāḥiya* la califica Yāqūt ⁴. Recoge noticias ante-

¹ Maqqarī, *Analectes*, I, p. 104; Yāqūt, *Muʿjam al-buldān*, edic. Wüstenfeld; Ibn ʿIdārī, *al-Bāyān*, III; *Encyclopédie de l'Islam*, IV, p. 301.

² Un autor local — Santamaría, *Huelva y la Rábida*, pp. 133-134 — dice haber leído que el pueblo de Saltés desapareció en el siglo XIII por terremotos e inundaciones. (Cita de Amador de los Ríos, *Huelva*, p. 417).

³ Alemany, *La Geografía de la península Ibérica en los escritores árabes*, p. 19; Ibn ʿIdārī, *Bayān*, edic. Dozy, II, p. 210; trad., p. 325.

⁴ Yāqūt, *Muʿjam al-buldān*, IV, p. 161.

riores al-Ḥimyarī al suponer a *Qalṣāna* ciudad central del círculo de Sidona, residencia de sus gobernadores y generales ¹. Al mismo tiempo era centro de caminos: el *Rawḍ al-Mi'tār* enumera las distancias que la separaban de varias ciudades más o menos próximas. Jerez, Espera y Medina Sidonia, estaban, respectivamente, a 25 millas; Córdoba a 110 y cuatro jornadas; a Algeciras había 64 millas ². Manifiesta también su importancia el llamarse de *Qalṣāna* una puerta de Carmona, la situada a nordeste de su recinto, a la que llegaría la ruta desde aquella ciudad, salida también para ir a Córdoba, por ser camino más llano y fácil que el que arrancaba de la puerta de ese nombre ³.

Qalṣāna figura pocas veces en las crónicas musulmanas. El *Bayān* refiere que 'Abd al-Raḥmān III, después de conquistar Bobastro en 315 (928), con objeto de terminar con los rebeldes de las comarcas montañosas del sudoeste de al-Andalus envió al visir 'Abd al-Hāmid ibn Bāsil al cantón de Sidona para demoler los castillos de la región y reunir a los habitantes en su capital, *Qalṣāna* ⁴. Sin embargo, la importancia de esta ciudad no sería entonces grande, pues al-Rāzī no la nombra ⁵.

Consta su existencia en el siglo XI. En el año 402 (1011-1012) se sublevó en ella, aprovechándose de las revueltas en las que sucumbió el califato, 'Imād al-Dawla Abū 'Abd Allāh Muḥammad ibn Ḥizrūn ibn Abdūn, emir de los Banū Irniyān. Después apoderóse por la fuerza de Arcos y mejoró

¹ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, pp. 162-163; trad., p. 195.

² *Ibidem*, texto, pp. 23,73 y 102; trad., pp. 29, 91 y 125. Se dice Estepa por Espera.

³ *Ibidem*, texto, p. 159; trad., pp. 190-191.

⁴ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 210; trad., p. 325.

⁵ Gayangos, *Memoria sobre la autenticidad de la Crónica... del moro Rasis* (*Memorias de la R. A. de la H.*, VIII); Lévi-Provençal, *La «Description» de L'Espagne d'Abmad al-Rāzī* (*Al-Andalus*, XVIII).

sus defensas. Le sucedió en el señorío de esta ciudad su hijo al-Qā'im ibn 'Imād al-Dawla (420-461 / 1029-1068-1069), que recibió el juramento de fidelidad de los habitantes de Arcos, Jerez, *al-Ŷazīra* y *Qalšāna* ¹. Probablemente desde entonces la importancia de Arcos, en mucha mejor situación defensiva, iría acrecentándose a costa de *Qalšāna*, hasta terminar por despoblarse en fecha ignorada. Proceso análogo y paralelo al de *Ibīra* y Granada.

En el reinado de 'Abd al-Raḥmān III, Ceuta contaba entre sus habitantes un buen número de andaluces oriundos de la ciudad de *Qalšāna*. Sus antepasados habían emigrado a aquélla a consecuencia de una gran hambre, probablemente la terrible del año 132 (750). Compraron terrenos a los beréberes, dueños entonces de la ciudad africana, sobre los que levantaron viviendas, y la parte ruinosa de los muros que más tarde formó el parapeto. Reconocían la soberanía de los Banū Idrīs. Esta situación duró hasta la conquista de Ceuta por un general de 'Abd al-Raḥmān III que entró en la ciudad el viernes 2 de ša'bān 319 (19 agosto 921) ². Después del siglo XI no vuelve a aparecer en los textos el nombre de *Qalšāna*, o, cuando se cita, es sin duda reproduciendo noticias anteriores, según costumbre de los autores árabes. El Idrīsī se limita a decir que estaba en la provincia de Sidona ³. Al-Ḥimyarī la describe posteriormente con detalle, sin duda copiando un viejo texto, cuando su solar estaría yermo ⁴.

¹ Dozy, *Hist. des musulmans d'Espagne*, edic. Lévi-Provençal, III, p. 218.

² Ibn 'Idāri, *Bayān*, I (Argel 1901), texto, p. 211; trad., pp. 293-294; *Description de l'Afrique septentrionale par el-Bakrī*, trad. de Marc Guckin de Slane (Argel 1913), texto, pp. 104 y 204-205 y n. (1). Había otra *Qalšāna*, ciudad grande bien poblada, a doce millas de *Qayrawān* (*Ibidem*, p. 65).

³ *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, edic. Dozy y de Goeje, texto, p. 174; trad., p. 208.

⁴ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, pp. 162-163; trad., p. 195.

Según al-Ḥimyarī, *Qalṣāna* era ciudad de llanura, emplazada a la orilla derecha del río Guadalete (*Wādī Laqqo*), que corría al sur de aquélla. No lejos de *Qalṣāna* ese río recibía las aguas de su afluente el Būṭa. La dominaba una alcazaba situada al oeste, con ingreso a mediodía. Seis eran las naves de su mezquita mayor, bella construcción mandada levantar por el *imām* ‘Abd al-Raḥmān (III) ¹ Ibn Muḥammad. Se fabricaban en *Qalṣāna* excelentes vestiduras llamadas *al-Qaṣānīyas*. Destruída esta ciudad (no dice cuándo), los Banū’s Salūm fueron a establecerse a la antigua *Madīnat Ṣādūna*, llamada después *Madīnat Ibn al-Salīm*.

Desaparecida *Qalṣāna*, era un misterio su emplazamiento. Para investigarlo, Dozy no tuvo los datos del *Rawḍ al-Mi‘tar*, texto publicado en fecha reciente. Utilizó la noticia de al-Iṣṭajrī de estar esa ciudad a cuatro días de Sevilla y tres de Carmona, y la de Yāqūt, que la sitúa a 25 parasangas de Medina-Sidonia, en la confluencia del Guadalete y el Būṭa o Beite-Baita. Pero, sobre todo, Dozy aprovechó para la localización de *Qalṣāna* el relato de Ibn Ḥayyān de una campaña realizada al advenimiento del emir ‘Abd Allāh, uno de cuyos episodios fué la expedición mandada por su visir favorito ‘Abd al-Malik Ibn ‘Abd Allāh Ibn Umayya y su hijo el príncipe al-Mutarrīf. El ejército salió de Córdoba en rabī‘ II 282 (junio 895) y, después de pasar por Sevilla, atacó varios castillos ocupados por los rebeldes en los distritos de Jerez, Arcos y Medina-Sidonia, volviendo a Sevilla a fines de agosto. A la ida y al regreso, pasó por *Qalṣāna* ².

Con ayuda de estas noticias, Dozy localizó *Qalṣāna* al sudoeste de Arcos de la Frontera, en la confluencia del

¹ El texto dice, sin duda por errata, ‘Abd al-Raḥmān (II).

² Ibn Ḥayyān, *Muqtabis*, f^o 85 r y v. Tomándolo del mismo autor insertó también ese relato Gayangos, en su adapt. *Maqqarī*, II, p. 454.

Guadalete con el Majaceite (supuesto este el Būṭa del texto de Ibn Ḥayyān), en el cortijo de Casablanca, donde hay ruinas de una ciudad y se halló una inscripción latina ¹; Lévi-Provençal aceptó la localización de Dozy ².

Pero la contradijo don Eduardo Saavedra al situar *Qalšāna* en el despoblado de Sierra Carija, entre Bornos y Espera, donde estuvo la antigua Carissa, en lugar cercano a la confluencia del Guadalete con el arroyo Alberite, supuesto el *Būṭa* citado por Yāqūt ³. En fecha reciente, Sánchez Albornoz impugnó la localización de Dozy, aceptando la de Saavedra, pero con cierta amplitud, al suponer que *Qalšāna* pudo estar en Bornos o cerca de esta villa ⁴.

Hace bastantes años que el problema de la situación de *Qalšāna* fué resuelto en las páginas de este BOLETÍN por el P. Fita, al relacionar la hipótesis de Dozy con el nombre, Casinas, de un cortijo situado a poca distancia del de Casablanca, ignorado por el sabio holandés, Saavedra y Lévi-Provençal, en el que coinciden todas las circunstancias que conocemos de la perdida ciudad ⁵. Desde el siglo XVI, por

¹ *Corp. Insc. Lat.*, II, n.º 1.366; Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, 3ª edic., I, pp. 303-305.

² Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, p. 195.

³ *La Geografía de España del Idrisi*, por don Eduardo Saavedra (Madrid 1881), p. 16. Thouvenot sitúa equivocadamente a Carissa Aurelia en Bornos; en el mapa de la prov. de Cádiz de Coello figuran sus ruinas entre Bornos y Espera, lejos del Guadalete.

⁴ Claudio Sánchez Albornoz, *Otra vez Guadalete y Covadonga* (Cuadernos de Historia de España, I y II, Buenos Aires 1944, pp. 52-54).

⁵ Fidel Fita, *Antiguos epígrafes de Tánger, Jerez y Arcos de la Frontera* (B. R. A. H., XXIX, 1896, p. 364), y *Arcos de la Frontera, Excursión epigráfica* (B. R. A. H., XXIX, 1896, pp. 429-430 y 443). Posteriormente Mancheño y Olivares, *Arcos de la Frontera*, t. seg. (Arcos de la Frontera 1923), pp. 204-205, identificó también las ruinas del cortijo de Casinas con el solar de *Qalšāna*. Los textos antiguos citados sitúan *Qalšāna* a 25 millas de Jerez, Espera y Medina Sidonia; desde el cortijo de Casinas hay 29 kilómetros a Jerez, 22 a Espera y 32 a Medina Sidonia. Dicho cortijo de Casinas, que figura en el *Dicc.* de Madoz entre las haciendas de olivos del término de Ar-

lo menos, desde Florián de Ocampo a Ceán Bermúdez en el XIX, los eruditos conocieron y describen las ruinas existentes en el cortijo de Casinas, atribuidas con machacona insistencia a una supuesta ciudad Turdeto, inexistente capital de la Turdetania.

El cortijo de Casinas, cuyo nombre conserva aún el recuerdo de la yerma *Qalšāna*, está a siete kilómetros de Arcos, entre esta ciudad y Jerez, en el camino a Medina Sidonia, en la orilla derecha del río Guadalete y a unos 300 metros del lugar donde se le une el Majaceite, único afluente de aquél que puede llamarse río por la abundancia y continuidad de sus aguas, en contraste con los demás arroyos, pobres e intermitentes ¹.

Don Tomás de Guseme, al que ya encontramos en Setefilla, visitó las ruinas inmediatas al cortijo de Casinas en 1755 y escribió sobre ellas un breve discurso, atribuyéndolas a Turdeto. «Estas ruinas; y lo que en ellas observé, es lo que pretendo apuntar en este breve discurso, para que sobre su noticia puedan los eruditos formar reflexiones... Sobre una apreciable llanura se eleban blandamente algunos cerros, o collados mui accesibles sobre los cuales se advierten aún muchísimos restos de Población, ay Paredones enhiestos, bovedillas, piedras de varia contestura, y que sus proporciones manifiestan haver servido en edificios. El color de la tierra es propiamente de ruinas. Al pie del collado más septentrional, y a su falda oriental está el cortijo de Casinas, cuyo nombre denota también la memoria de otros rastros más vivos, como el Molino de Casinas, a un

cos, está en la orilla y al norte del Guadalete (*wādī Laqqo*), cerca de su confluencia con el Majaceite (*Būṭa*). Junto a él hay una llanura que se extiende hasta el río. En los cerros situados al oeste del solar por el que se extendió una ciudad despoblada, hubo una fuerte alcazaba. Es decir, todos los datos topográficos de los autores árabes sobre *Qalšāna*, coinciden con los de las ruinas del cortijo de Casinas.

¹ Mancheño, *Arcos de la Frontera*, t. seg., p. 204.

tiro de bala de escopeta, el qual es sin duda de una fábrica y argamasa antiquísima, unida y trabajada con plomo, y en su interior existe una cabeza de relieve, con todo el ayre, y olor de la antigüedad. De la haza que llaman de la Caba [probablemente de la palabra árabe *‘aqaba* (cuesta)], que está muy inmediata, se ha sacado gran número de lápidas, columnas, tinajas y otros rastros, y sucede diariamente lo mismo. De éstos se han llevado muchos a las Casas del Cortijo de Casablanca» ¹.

Al terminar el tercer cuarto del siglo pasado describía don Antonio Delgado las ruinas de Casinas como situadas en tierras de villar, en las que se descubrían «fragmentos de construcciones, en que abundan los mármoles, tejas y ladrillos romanos, piedras de todas clases y aun restos de obras moriscas. Atravesando un arroyuelo, que pudimos pasar en seco, se eleva un cerro, que podrá tener hasta treinta metros de elevación y en él está la destruída estancia del cortijo, que se hallaba abandonada. Parte de las habitaciones tienen por cimiento la antigua muralla... En la parte N. se encuentran muros de mayor altura, no sólo pertenecientes al recinto exterior, sino también de otros edificios... Con muy ligeras faltas puede señalarse todo el recinto murado del pueblo que allí se asentaba» ².

La reproducción adjunta del dibujo que acompaña al citado discurso de don Tomás de Guseme aclara la situación de *Qalšāna*, sucesora sin duda de una importante ciu-

¹ *Discurso breve y observación sobre las ruinas y despoblado, que se cree ser de la antiquísima Ciudad de Turdeto, que se ven en término de la Ciudad de Arcos de la Frontera en Andalucía*, por el señor don Tomás de Guseme, Honorario, febrero de 1755 (Manus. en la Bibliot. de la R. A. de la Historia, E. 162, fols 7 v-9 v. Está encuadernada con la memoria del mismo autor sobre Setefilla. La publicó parcialmente, con notas, el P. Fita en el *B. R. A. H.*, XXIX, 1896, pp. 363-564).

² Antonio Delgado, *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*, II (Sevilla 1873), p. 312.

dad romana. Sobre tres cerros o collados inmediatos, de cumbres redondeadas, se levantaba una extensa alcazaba, protegiendo el caserío extendido hacia oriente a sus pies, ocupando una «apacible» llanura entre ellos y el Guadalete.

En el Guadalete, donde está el molino, «el qual es sin duda de una fábrica y argamasa antiquísima unida y trabajada con plomo», y en su orilla, junto a él, una fuente de agua dulce, habría un puente en época romana, inmediatamente aguas abajo de la confluencia del Guadalete y el Majaceite.

Las ruinas de *Qalsāna*, con sus ocupaciones romana e islámica, invitan a una sugestiva excavación, fecunda seguramente en hallazgos y consecuencias de importancia histórica y arqueológica ¹.

Siguen siendo actuales las palabras que escribió en su discurso don Tomás de Guseme: «Cada día se hace más visible la necesidad de observar ocularmente los despoblados y ruinas que se encuentran en varias partes de España para la perfecta inteligencia de su antigua Geographía».

Laqqa y Beqqa (Cádiz).

En los sellos y rótulos de los fragmentos de una docena de ánforas de las halladas en la «colina de los Tiestos» (*monte Testaccio*) y en otros lugares de Roma, tinajas en las que llegaba a la gran urbe el aceite de España, figuran en doce los nombres «Lacca», «Lacc» (los dos del año 149); «Lac» (sin fecha) y «Lacci» (a. 154). Hübner no vaciló en

¹ A fines de 1922 el señor Pierre Paris, director de la «École des Hautes Études Hispaniques», solicitó del Ministerio de Instrucción Pública autorización para hacer excavaciones en el cerro de Casinas, autorización que le fué concedida por R. O. de 12 de febrero de 1923. Pero las excavaciones no llegaron a realizarse.

señalar la existencia de una ciudad de ese nombre de origen ibérico; las palabras «lacas» o «lacam» se leen en monedas de Segontia ¹. Sin atreverse a concretar más su emplazamiento, la situó en la Bética ². Era, sin duda, la misma que al-Ḥimyarī llama *Laqgo* e incluye entre las musulmanas de España. De fundación antigua, dice, la había construido el César Octaviano, y estaba en el círculo de Sidona (*Šadūna*). Subsistían sus ruinas (el *Rawḍ al-miṭār*, la obra de al-Ḥimyarī, escribióse principalmente en el siglo XIV) y poseía una de las mejores fuentes termalles de al-Andalus. Y termina invocando el testimonio de al-Rāzī al referir que en las orillas del río de *Laqgo* (*wādī Laqgo*), fué vencido Rodrigo por Ṭāriq ibn Ziyād el domingo 28 ramadān del año 92 (10 julio 711); la batalla prosiguió hasta el domingo 5 šhawwāl siguiente (26 julio) ³.

La localización del *wādī Laqgo*, escenario de la pérdida de España, ha dado lugar a dilatadas discusiones; el problema parece hoy definitivamente resuelto. Haré un breve resumen de su planteamiento para llegar, en lo posible, a la localización de *Laqgo*.

Según el *Ajbār maǧmū'a*, la célebre batalla ocurrió en un lugar llamado *al-Buḥaira* (la Laguna) ⁴. Ibn Ḥayyān, cuyo testimonio transmite Maqqarī ⁵, dice que el *wādī Laqqa* estaba en tierra de Algeciras; Ibn Jaldūn lo sitúa en el

¹ Dressel, *Corpus Inscriptionum latinarum*, vol. XV, 2ª parte, 1899; E. Hübner, *Mon. Lingua Ibericae*, nos 95, 3.717, 3.718, 3.731, etc. Segontia estaba en Gisgonza, entre Arcos de la Frontera y Medina Sidonia.

² Emilio Hübner, *Nuevas fuentes para la geografía antigua de España*, en B. R. A. H., XXXIV, 1899, pp. 465-503 y, especialmente, 500-501. En el norte de Africa había en el siglo XII otra ciudad llamada *Laqqa*, puerto del Mediterráneo mencionado por el Idrīsī (*Description de l'Afrique et de l'Espagne*, edic. Dozy y de Goeje, texto, pp. 44-45; trad., p. 52).

³ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, pp. 169-170; trad., p. 204.

⁴ Edic. Lafuente Alcántara, texto, p. 8; trad., p. 22.

⁵ Maqqarī, *Analectes*, I, p. 155.

campo de Jerez ¹; Ibn al-Jaṭīb, en el río *Led* (*wādī Led*) del distrito de Jerez. Estos dos últimos autores escribían en el siglo XIV, cuando Jerez era una ciudad importante.

La tesis tradicional afirmaba desde hace siglos que la derrota del rey Rodrigo tuvo lugar en las orillas del Guadalete. Confundiendo el nombre de una ciudad, *Baqqa* o *Beqqa*, y de su río, el *wādī Baqqa*, citados por el Idrīsī, con el *wādī Laqqa* de la batalla, confusión ya sufrida por algún autor antiguo ², y atraídos por la mayor laguna, la de la Janda, existente en la comarca situada entre Algeciras y el Guadalete, varios eruditos atacaron la opinión consagrada, logrando la aquiescencia general durante más de medio siglo. Trascendió hasta los manuales escolares, tardos casi siempre en recoger las rectificaciones históricas.

Gayangos, en su adaptación de Maqqarī, y después Dozy, aceptaron la grafía *wādī Baqqa* para el río de la batalla, identificado por el primero con el de Vejer, es decir, con el Barbate ³, mientras el arabista holandés negó, en cambio, que *Beqqa* fuese Vejer, ya que esta ciudad ocupa el mismo solar que la Besaro de Plinio; el *wādī Baqqa* es el

¹ Maqqarī, *Analektes*, I, p. 144.

² Escribieron que la batalla se había dado en el *wādī Beqqa*: Ibn al Qūṭiyya (m. en 977) en su *Historia*, y Abū-l-Fidā' en su tratado geográfico (Claudio Sánchez-Albornoz, *Otra vez Guadalete y Covadonga*, en *Cuadernos de Historia de España*, I y II, Buenos Aires 1944, p. 14). La lectura *wādī Beqqa* de Dozy en el único manuscrito que se conserva de Ibn al-Qūṭiyya, en la Bib. Nac. de París, exige comprobación, pues, escribe Sánchez Albornoz, Cherbonneau, que publicó la trad. de varios pasajes de esa *Historia* en el *Journal Asiatique*, 1856, p. 434. leyó *wādī Laqqa*. Ibn al-Jaṭīb, al reproducir un párrafo de Ibn al-Qūṭiyya publicado por Casiri, también escribe *wādī Laqqa* (Sánchez Albornoz, *Otra vez Guadalete y Covadonga*, en *Cuadernos de Historia de España*, I y II, p. 27). En la trad. de Reynaud de la Geografía de Abū-l-Fidā', no he encontrado la cita, no precisada, de Gayangos.

³ Gayangos, *The history of the mohammedan dynasties in Spain*, I, pp. 526-527.

rio Salado de Conil ¹. Pero ambos arabistas estuvieron conformes en que el encuentro de los ejércitos de Rodrigo y Tāriq tuvo lugar junto a la laguna de la Janda y a orillas del Barbate, y no en las del Guadalete y cerca de Jerez.

Simonet escribió que *Laqqa* significa laguna en lengua ibérica; el *wādi Laqqa* sería el Barbate que evacua en el Atlántico las aguas de la laguna de la Janda ². Pero en obra posterior adujo testimonios contrarios y admitió la hipótesis de Lafuente Alcántara de ser el lugar llamado la *Bu-ḥaira* (laguna) en el que se dió la batalla, según el *Ajbār maymū'a*, una laguna desecada de bastante extensión, cuyo recuerdo perdura en la venta de la Albuhera, situada en las márgenes del río de Ubrique, afluente del Guadalete ³.

Don Eduardo Saavedra, con su autoridad y gran talento expositivo vulgarizó la hipótesis de Gayangos y Dozy, acogiendo también la versión *wādi Baqqā* o *wādi Beqqa* para el nombre del río citado por los autores árabes, corrompido, escribió, por otros más modernos, en *wādi Laqqa* ⁴.

¹ Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, I, 3ª edic., pp. 305-307.

² Francisco Javier Simonet, *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes* (Madrid 1888), p. 285.

³ Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes* (Madrid 1897-1903), pp. 19-20.

⁴ Saavedra, *Estudio sobre la invasión de los árabes en España* (Madrid 1892), pp. 64-69. La afirmación es totalmente inexacta. En la inmensa mayoría de los textos se llama *wādi Laqqa* al lugar de la derrota del rey Rodrigo. Sánchez Albornoz ha recogido y analizado morosamente esas referencias (*Otra vez Gualete y Covadonga*, en *Cuadernos de Historia de España*, I y II, páginas 32-38). Un testimonio más de que el *wādi Laqqa* es el Guadalete se encuentra en el *Qirṭās*, al referir la campaña en Andalucía del emir Abū Yūsuf el año 684 (1275) (trad. Huici, pp. 347, 351-352, 354, 358 359, 370). — Al principio de su trabajo, Saavedra expone el plan a seguir con impecable rigor científico. «Como de pequeñas fuentes llegan a formarse poderosos ríos, así de una palabra mal leída o de una noticia recibida confusamente nace y crece una conseja desatinada» (p. 38). Pero al aplicar esos principios, cayó en los mismos vicios que condena.

Bonsor identificó el Barbate con el *wādī Laqqa* y, lo mismo que posteriormente Thouvenot, sitúa *Laqqa* en Vejer de la Frontera, cerca del río Barbate y algo más lejos del cabo de Trafalgar ¹.

Finalmente, Lévi-Provençal en fecha próxima, supuso que la victoria de las armas musulmanas tuvo lugar en las orillas del río Barbate, «el *wādī Laqqa* de los historiadores árabes» ².

Ha sido el señor Sánchez Albornoz el que, con argumentación impecable, reivindicó para lugar del decisivo encuentro bélico el supuesto hasta bien entrado el siglo XIX, y demostró que el Guadalete es el *wādī Laqqa*, tras de lo cual huelgan todos los demás razonamientos ³. Valdeavellano, en su excelente *Historia de España*, merecedora de amplia difusión, aceptó los razonamientos de Sánchez Albornoz y en lugar de la batalla de «la laguna de la Janda» o del «río Barbate», como venía llamándose, se refiere a la «del Guadalete» ⁴.

En efecto, basta citar para demostrarlo unos pocos testimonios entre los abundantes que podrían acumularse. El Guadalete se llama Guadalec, Guadelac y Guadalaque, en

¹ Georges Bonsor, *Les villes antiques du détroit de Gibraltar*, en *Bull. Hispanique*, t. XX, 1918, pp. 144-145 y 148. Bonsor se funda para su atribución en que la llamada Bejer de la Miel en el siglo XVI sería la *Begga* musulmana, y en el nombre de altos o meseta de Mecca con que se conoce una cadena de colinas dominada en su extremidad septentrional por Vejer. (Thouvenot, *Essai sur la province romaine de Bétique*, n. 2 de las pp. 14-15).

² Lévi-Provençal, *España musulmana*, t. IV de la *Hist. de España* dirigida por Menéndez Pidal, p. 14 y n. (20) de la p. 55. En anterior publicación había identificado *Laqqa* con Bolonia, la romana Baelo o Belo, despoblado a la orilla del mar entre Tarifa y Barbate, excavada hace unos años por la Escuela Francesa de Altos Estudios Hispánicos (Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, p. 204).

³ Claudio Sánchez-Albornoz, *Otra vez Guadalete y Coradonga*, en *Cuadernos de Historia de España*, I y II, Buenos Aires 1944, p. 67.

⁴ Luis G. de Valdeavellano, *Historia de España* (Madrid 1952), p. 348.

documentos cristianos de 1253, 1264 y 1265, respectivamente, nombres en los que es indudable la trasposición romanizada del *wādī Lagga* árabe ¹. Aún en fecha avanzada, en una carta de 1523 de don Antonio de Guevara, aducida por Simonet, se llama al río de la rota cristiana Bedalac ². En el *Atlas Mayor* o *Geografía Blaviana* de Blaen, impresa en Amsterdam en 1672, se lee, en la hoja correspondiente al sur de España: «Guadalete ver Bedalac» ³. Pero en su obra, terminada el año 1243, don Rodrigo Jiménez de Rada le llama Guadalete ⁴ y Guadalet lo nombra un documento de 1247 ⁵, sin que sepamos la razón del cambio de nombre y abandono del antiguo ⁶.

La batalla se daría, pues, según dijo Simonet y ha probado recientemente Sánchez-Albornoz, en el interior de un

¹ Guadalec: donación de Alfonso X en 1253 a Gonzalo García, Chantre de Sevilla (A. C. Sevilla, 6-2-17), según cita de Julio González, *Repartimiento de Sevilla*, II (Madrid 1951), p. 311. Guadelac: privilegio de 1264 delimitativo de las lindes meridionales de la diócesis sevillana; Guadalaque: carta de Alfonso X en 1265 confirmando la división de términos entre los obispos de Sevilla y Cádiz (Diego Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de la... ciudad de Sevilla*, I, Madrid 1795, pp. 262-263).

² Simonet, *Historia de los mozárabes*, p. 19.

³ Mapa, pp. 245-246. Cita de Sánchez Albornoz, *Otra vez Guadalete y Covadonga*, en *Cuadernos de Historia de España*, I y II, p. 48.

⁴ ...ad fluvium qui Guadalete dicitur, prope Assidonam, quae nunc Xerez dicitur, ex alia parte sedit exercitus africanus (*De rebus Hispaniae*, III, página 19, en *Hispaniae Illustratae*, II, p. 64).

⁵ Guadalet: privilegio de Alfonso X, de 1274, deslindando los términos de Jerez de la Frontera con Lebrija, Arcos, Alcalá y Medina («Documentos de la época de don Alfonso el Sabio», en *Memorial Histórico Español*, I, Madrid 1851, doc. n.º CXXXV, pp. 297-303).

⁶ Don Ramón Menéndez Pidal emitió una hipótesis sobre esa transmutación: Rodrigo de Toledo tomaría de textos árabes, traduciendo los, el nombre Vadalac o Vadelac, según los códices, y como en la grafía antigua la *c* y la *t* son muy parecidas, otros códices leyeron en la obra del Arzobispo Guadalet, versión aceptada por la *Primera Crónica General* y divulgada por ella (*El rey Rodrigo en la Literatura*, en *Bol. de la R. Acad. Española*, 1924, p. 162).

triángulo cuyos vértices son Medina-Sidonia, Arcos y Jerez de la Frontera, a orillas del *wādī Laqqa*, llamado por los cristianos, primero, Guadalaque y más tarde Guadalete, «el río do entró la perdición de España», cerca de una laguna de las muchas que había en esa comarca ¹.

Aún puede concretarse más el campo de batalla. Las tropas de Ṭāriq marcharon, después de cruzar el Estrecho, por la calzada romana, aún en uso en el siglo XII ², dibujada en el plano publicado por Hübner ³. Unía Iulia Izoa Transducta (Algecira) con Hispalis (Sevilla), es decir, la región del Estrecho de Gibraltar con el valle medio del Guadalquivir, desviándose hacia occidente para huir del quebradísimo terreno de sierras entrecruzadas que hay al norte de Algeciras. Por la misma ruta bajaba al encuentro de Ṭāriq desde Córdoba el último rey goda con su ejército. Después de Algecira, seguía la calzada bordeando la costa

¹ «Desde Xeréz hasta Medina-Sidonia hay cinco leguas con corta diferencia, sin encontrar en dicho distrito población alguna fuera de la Cartuxa. A la distancia de dos leguas se pasa por junto a una laguna que queda a mano derecha, cuya circunferencia me pareció que se acercaría a una legua, y había en ella un sin número de aves de agua, con pesca abundante de anguilas, &c.» (Ponz, *Viaje de España*, XVIII, Madrid 1794, pp. 66-67).

² Es la ruta de tierra de Algecira a Sevilla descrita por al-Idrīsī, dos de cuyas etapas, por lo menos, las de Baesippo — *wādī Barbate* — y Asido — Medina-Sidonia —, coinciden con otras tantas de la vía romana (Idrīsī, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, edic. Dozy y de Goeje, texto, p. 177; trad., páginas 214-215). La misma calzada utilizó el ejército de 'Abd'Allāh en su campaña de 282 (895) para ir desde Sevilla a castigar a los rebeldes de Jerez, Arcos y Medina-Sidonia. Tanto a la ida como al regreso pasó por *Qal'āna*, lo que parece comprobar el cruce de la calzada por el Guadalete junto a dicha ciudad y la existencia del puente inmediato (*supra*, p. 171).

³ Hübner, *Ins. Hisp. Latinarum*, Supplementum (Berlín 1892). El plano es de Henricus Kiepert. Esa calzada figura también en el Itinerario de Antonino. Sobre los caminos seguidos por los ejércitos de Rodrigo y Ṭāriq ha escrito Claudio Sánchez Albornoz, *Itinerario de la Conquista de España por los musulmanes* (Cuadernos de Historia de España, X, 1948, especialmente pp. 23-32).

por Baelo o Bellone (Bolonia) y Baesippo (Barbate), desde donde torcía hacia norte para internarse en dirección a Asido (Medina-Sidonia)¹, pasando por La Oliva y Vejer de la Miel o de la Frontera. Continuaba a Segontia (despoblado de Gizonza la Vieja, con ruinas romanas)². En el referido plano, la calzada cruza primero el Majaceite y después el Guadalete, algo antes de su confluencia, el último frente a Arcos. Pero en las notas anteriores sobre *Qalsāna* se vió que el puente sobre el Guadalete e inmediatamente aguas abajo de la confluencia de ambos ríos, estaba verosímilmente frente a la ciudad romana antecesora de *Qalsāna*, donde hoy el molino.

Como la batalla tuvo lugar a orillas del *wādī Laqqa* o Guadalete, es verosímil que los dos ejércitos se encontrasen cerca del puente, paso del río de la calzada por la que ambos marchaban en opuestas direcciones. Si, como parece, *Qalsāna* no puede identificarse con *Laqqa*, no estaría muy lejana de ella, tal vez en la margen izquierda del Guadalete. Por allí abundan los despoblados y las ruinas, demostrando que toda la comarca tuvo muchos más núcleos de población que actualmente. Su recorrido en compañía de un buen conocedor de esos lugares es posible que permitiera concretar más la situación de la ciudad que dió nombre al río. El que en las monedas de Segontia (Gisgonza, entre *Qalsāna* y Asido o Medina-Sidonia), como se dijo, figuren las palabras «lacas» y «lacam» es dato que merece tenerse en cuenta y debe de ser explicado por un numismático³.

¹ Hübner demostró la identidad de la situación de Asido y Medina-Sidonia (*Ins. Hisp. Latinae*, pp. 176 y 845).

² En Gizonza se encontró hace tiempo una lápida sepulcral latina de un natural de Segontia (Ceán Bermúdez, *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, p. 238).

³ *Qalsāna* es nombre de abolengo latino; no diferiría mucho el que tuvo en la España romana. ¿Llevaría como segundo apelativo el de *Lacca*, como la

Idrīsī menciona, entre las ciudades comprendidas en la provincia de *Laqqa*, que se extendía desde el Atlántico hasta el Mediterráneo. de Cádiz a Algecira, a *Begqa*. Al describir la ruta marítima de Algecira a Sevilla enumera las siguientes etapas: Algecira, los bancos de arena, la desembocadura del río Barbate, la del *wādī Baqqa* (arroyo Salado de Conil), estrecho de San Pedro (caños de Sancti Petri), etc. ¹. Todos esos lugares son perfectamente identificables y las distancias que da el geógrafo ceutí, próximas a las reales. La existencia de *Begqa* queda comprobada por un texto algo posterior al del Idrīsī. En ese lugar desembarcó el año 594 (1197) el místico Ibn Arabī, que desde Fez se dirigía a la rábita de Rota, de gran devoción para los sufíes, en su última visita a al-Andalus. En una mezquita medio arruinada (indicio tal vez de la decadencia del lugar, que pudo despoblarse por entonces), en las afueras de *Begqa*, a la orilla del mar, tuvo Ibn Arabī apariciones y visiones sobrenaturales ².

Había, pues, dos ciudades romanas, *Laqqa* o *Laqqa* y *Begqa*, en la comarca del Estrecho de Gibraltar cuando los musulmanes invadieron la Península, sin más relación ni parentesco que su situación a la orilla de sendos ríos que llevaban sus nombres, el *wādī Laqqa* y el *wādī Begqa*. *Laqqa* estaba en el interior, cerca del cortijo de Casinas, junto al río que desde el siglo XIII se llama Guadalete. En su proximidad tuvo lugar la célebre batalla en la que sucumbió la

Saguntia Lacca o Lauca de los arévacos? El problema tal vez quedaría resuelto si se excavaran las ruinas del cortijo de Casinas.

¹ Idrīsī, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, edic. Dozy y de Goeje, texto, pp. 174 y 177; trad., pp. 208 y 214. El «Itinerario de Antonino» enumera las siguientes mansiones de Carteia a Gades: Carteia, Portus Albus (Puerto de Algeciras), Mellaria, Belo o Belone (Bolonía), Mergablum, ad Herculeum (caños de Sancti Petri), Gades (Cádiz).

² *Futūḥāt*, I, p. 242, según cita de don Miguel Asín Palacios, *El Islam cristianizado* (Madrid 1931), p. 72.

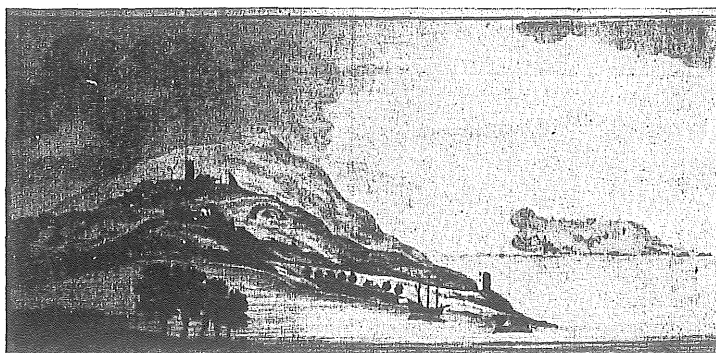
monarquía goda y cambió el destino de España. *Becca* sería ciudad de poca importancia, a la orilla del mar y en la desembocadura de un río que hoy se llama arroyo Salado, es decir, en Conil.

Parece mentira que sabios y eruditos nacionales y extranjeros hayan escrito tantas páginas inútiles y desorientadoras tergiversando un texto diáfano del Idrīsī.

Carteya (Qarṭāyanna) (Cádiz).

Poco antes de unirse al Atlántico en el Estrecho de Gibraltar, el Mediterráneo penetra en la costa española para formar la extensa bahía de Algeciras, abierta entre el Peñón de Gibraltar a oriente y la sierra del Algarrobo a poniente. A norte la rodean las sierras Carbonera, del Castellar y del Gallo. A mediodía ábrese ampliamente la bahía hacia las fronteras costas africanas. En su fondo, en la orilla izquierda del río Guardarranque, que baja desde los campos de Castellar, más bien barranco ahora, seco casi todo el año, en un pintoresco altozano de suave declive sobre la bahía, hubo una importante ciudad de remoto abolengo, la Carteia romana. Cubren sus restos las tierras de labor de un cortijo llamado del Rocadillo y señala su solar una torre militar medieval, llamada, ya en el siglo XIV, de Cartagena, nombre romanceado del de *Qarṭāyanna* que los musulmanes dieron a Carteia. Once kilómetros — algo menos por la costa — la separan de la hoy floreciente Algeciras.

La situación era excelente para el desarrollo de una ciudad próspera; en el Estrecho de Gibraltar, puerta de dos mares, al fondo de una amplia ensenada, a muy poca distancia de las costas africanas y con pastos abundantes y extensas tierras de labor inmediatas. Un intrincado y difícil sistema de sierras entrecruzadas forma una gran forta-

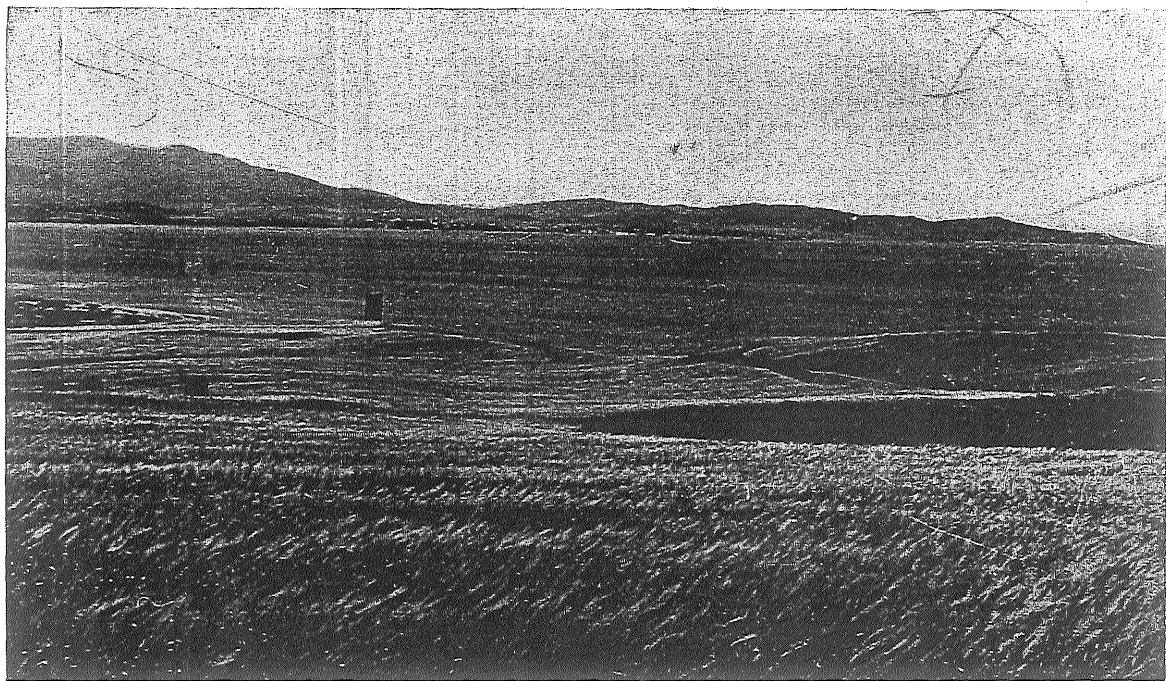


Ruinas de Carteia (Cádiz) a fines del siglo XVIII, según Carter. A la derecha, el Peñón de Gibraltar.



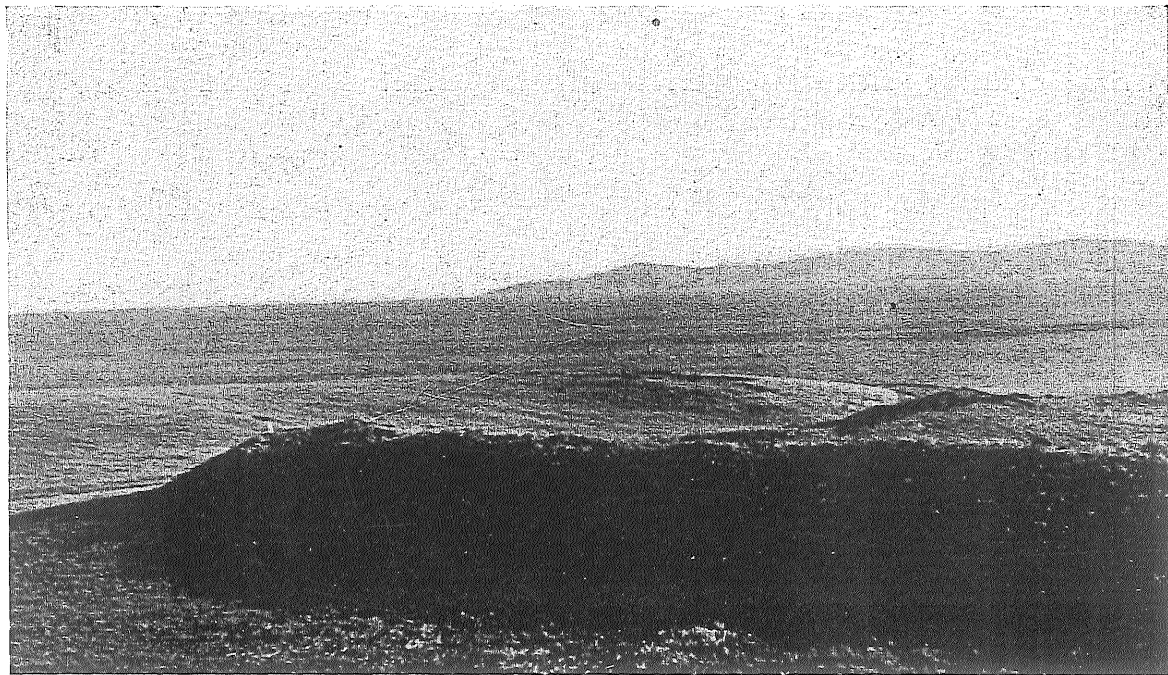
Solar de Carteia (Cádiz). Al fondo, Algeciras.

Foto C. Fernández Casado.



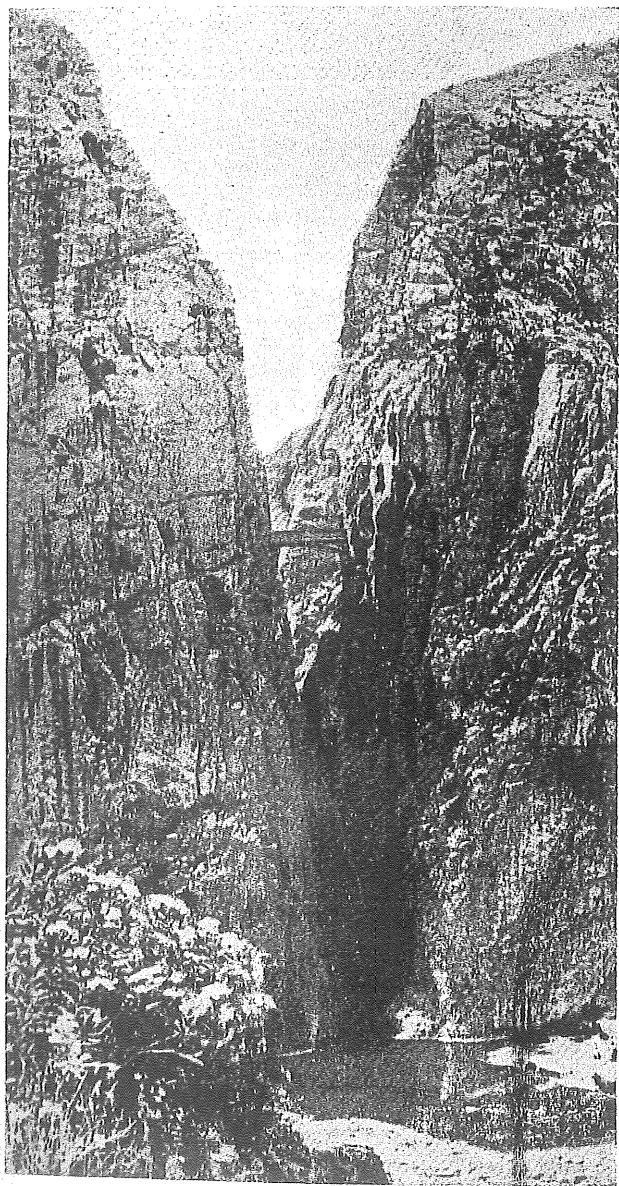
Solar de Carteya (Cádiz). A la izquierda, las ruinas del teatro y la torre de Cartagena; Algeciras, al fondo; a la derecha, vestigios de la cerca.

Foto C. Fernández Casado.



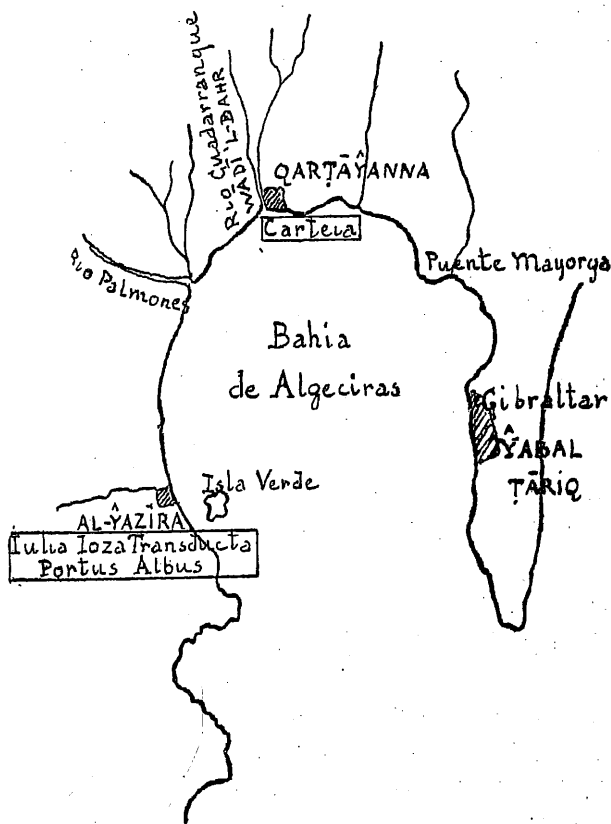
El solar de Carteya (Cádiz) desde oriente.

Foto C. Fernández Casado.



Desfiladero del Chorro y río Guadalhorce en las inmediaciones de Bobastro (Málaga).

leza natural a su norte. Las comunicaciones eran fáciles por la costa, hacia Málaga a oriente, y Cádiz al noroeste. Para alcanzar cómoda comunicación con el rico y siempre muy poblado valle del Guadalquivir medio, había que des-



Croquis de la bahía de Algeciras y los alrededores de Carteia (Cádiz).

viarse hacia poniente y cruzar el Guadalete, bordeando a la derecha el macizo aludido, de compleja orografía.

Esa descrita situación de Carteia la imponía un destino comercial y marítimo, al mismo tiempo que de tránsito, puerto de embarque de gentes y productos peninsulares ca-

mino de los centros comerciales del mar interior y de llegada de los procedentes de éstos.

Según Estrabón fué Carteia, antigua e ilustre ciudad, estación naval de los iberos; eran visibles su gran recinto y sus arsenales. Atribuía-se su fundación a Heracles y se decía haber sido llamada Herákleia. Según Pomponio Mela la habitaron fenicios traídos de Africa ¹. Tito Livio cita a Carteia como puerto de recalada de Lelio el año 206 a. de J. C. ². El 171 llegó a Roma una embajada enviada por más de 4.000 hijos de soldados romanos y mujeres españolas en solicitud de que les concedieran lugar en que asentarse y tierras que cultivar para su sustento. El Senado acordó se estableciesen en Carteia; formando una colonia latina de libertos. Los anteriores vecinos podían seguir viviendo en ella, en la misma condición que los nuevos pobladores, o renunciar a sus derechos y bienes ³.

Fué Carteia fortaleza y lugar de refugio de los ejércitos romanos durante las guerras de Viriato (147-139 a. de J. C.), puerto de comunicación del sur de la Península con Roma y el mundo latino, el más importante de la Bética después de Cádiz. Su categoría de colonia tan sólo la alcanzaron otras dos ciudades de la vasta y rica región andaluza, Corduba y Hasta Regia (en las Mesas de Asta, cerca de Jerez).

En las campañas de César figura Carteia como plaza marítima. En ella se refugió Cneo Pompeyo el año 45 a. de J. C., después de ser derrotado en Munda, pero ante la sublevación de algunos vecinos partidarios de César, hubo

¹ Antonio García y Bellido, *España y los españoles hace dos mil años, según la Geografía de Strábon* (Madrid 1945), III, 1, 7; 2, 2 y 7, páginas 68, 76 y 92.

² Tito Livio, XLIII, 3.

³ Antonio García y Bellido, *La España del siglo I de nuestra era, según P. Mela y C. Plinio* (Madrid 1947), II, 96; III, IX, 92; XXXI, 94; páginas 31-32, 123-124, 161 y 186.

de huir y hacerse a la mar con una escuadra de 30 galeras, perseguidas y abordadas por los navios de aquél.

Tito Livio alude a minas de plata en Carteia y Estrábon dice que se recogían en sus costas buccinos y múrices para fabricar la púrpura. Pero la principal industria era, sin duda, la del *garum* (pasta salada de pescado), floreciente según Plinio, que cita los viveros de Carteia, y se refiere a su exportación. Preparábase esa salsa española con la gran cantidad cogida de murenas, escombros o caballas, que cruzaban en bancos el Estrecho en primavera.

Calpe Carteia figura como la quinta mansión en la calzada de Málaga a Cádiz del Itinerario de Antonino. Abundan las monedas allí acuñadas, con variadas representaciones. En cambio escasean los epígrafes latinos, tal vez por su dispersión y olvido del lugar de procedencia. Hübner tan sólo publica los que figuran en dos tegulas — en una de ellas se escribió el nombre «Carteia» — y otros cinco en material más noble ¹.

Varios restos encontrados en el solar de Carteia prueban su existencia en la época visigoda ², pero decaída o muerta su industria de exportación, probablemente medio despoblada, arrastraría una vida lánguida. Su bahía era el lugar más cómodo para pasar a Africa y los vándalos y otros pueblos bárbaros y los habitantes de la orilla opuesta del Estrecho saquearían repetidamente la gran ciudad, si-

¹ Hübner, *Inscr. Hisp. Latinae*, nos 1.927, 1.928 y 1.930-1.933, páginas 242-244; *Supplementum*, n° 5.485, p. 875.

² Próximo a donde se halló un sepulcro en 1929 del que más adelante se hace mención, apareció una sepultura de piedra y ladrillo, enlucida interior y exteriormente, con una lápida de mármol, de 70 por 40 centímetros, algo deteriorada, con una inscripción funeraria cristiana de un *carteiensis*, de fines del siglo IV o de principios del V. (Catálogo Monumental de España, *Provincia de Cádiz (1908-1909)*, por Enrique Romero de Torres, texto, Madrid 1934, p. 537; *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, por el Rdo. Dr. don José Vives, Barcelona 1942, n° 138, p. 44).

tuada en la ruta de las invasiones. Evocan la influencia bizantina en esta comarca una lápida griega encontrada en el Rocadillo en 1869, con el epígrafe funerario de un tal Nicolás Macriotes, fallecido, al parecer, el año 615 o 616, en el reinado de Sisebuto ¹, y una teja con marca en el mismo idioma, hallada también en dicho lugar ².

Todos los autores musulmanes refieren que Ṭāriq desembarcó en el año 92 (29 octubre 710-18 octubre 711) en el promontorio de Calpe. Ibn 'Abd al-Ḥakam, Ibn al-Qūṭiyya e Ibn 'Idārī afirman que en seguida conquistó Carteia ³. El último incluye en su *Bayān* una poesía de Muḥammad ibn Ḥusayn, escrita en elogio de Almanzor, en la que refiere cómo el antepasado de este 'Abd al-Malik, oficial árabe de la tribu de Ma'āfir, desembarcado en Calpe con Ṭāriq, al frente de una división y cumpliendo órdenes del último, conquistó y saqueó *Qartāyanna* ⁴. Fué, pues, la primera ciudad de la Península de la que se adueñaron los musulmanes. De los autores citados que aluden a su conquista, Ibn 'Abd al-Ḥakam, muerto en 871, la llama alquería, y castillo Ibn 'Idārī; tal vez se refieran a la situación de la ciudad ya despoblada cuando ambos escribían. La gran ruina de *Qartāyanna* explicaría que los musulmanes no se estableciesen en ella, abandonándola por Algecira, pequeña ciudad romana — *Portus albus* o *Iulia Izoa Transducta* — que tal vez pasase a sus manos casi intacta. Un autor tardío

¹ Hübner, *Inscr. Hisp. Christ.*, n° 289; Fidel Fita, *Indicaciones griegas en lápidas visigóticas*, en *B. R. A. H.*, XXI, 1892, p. 17; Vives, *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, n° 142, p. 421.

² Hübner, *Epigraphische Reiseberichte aus Spanien und Portugal*, Berlín, n° 1.160, p. 635; Enrique Romero de Torres, *Catálogo Monumental de España, Provincia de Cádiz (1908-1909)*, texto, p. 533.

³ Ibn 'Abd al-Ḥakam (trad. Gateau, Argel 1942, p. 91), citado por Sánchez Albornoz; Ibn al-Qūṭiyya, edic. Ribera, texto, p. 9; trad., p. 6; Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, 11; trad., p. 14.

⁴ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 273; trad., p. 425.

— al-Ĥimyarī, del siglo XIV — dice que uno de los compañeros del Profeta edificó en *Qarṭāyanna* la primera mezquita levantada en la Península, a la que acudían en rogativa los habitantes de Algeciras en épocas de sequía.

El mismo — tal vez la noticia, así como la anterior, procedan de al-Bakrī, geógrafo de la segunda mitad del siglo XI — describe a *Qarṭāyanna* como una ciudad antigua, despoblada, convertida en un campo de ruinas, en el que, como hoy, se sembraban cereales; aún se veía un ancho espigón de piedra que avanzaba en la bahía, sobre el que Muḥammad ibn Bilāl había construído una torre (*burj*). Al Guadarranque lo llama *wādī l-baḥr* ¹.

La destrucción de *Qarṭāyanna* por las tropas de Ṭāriq debió de ser total, pues su nombre no vuelve a aparecer en la Historia como de un núcleo urbano. Del arábigo, como se dijo, quedó memoria en la torre medieval que en su solar subsiste, llamada ya en el siglo XIV de Cartagena. La conquistaron las tropas de Alfonso XI durante el asedio de Algeciras (1342-1344) ².

A fines del siglo XVIII visitaron el solar de Carteia Pérez Bayer y en 1772 el inglés Carter; éste publicó un resumen de su historia y una descripción de los restos aún visibles y de las monedas allí acuñadas ³. En nuestros días

¹ Río del mar (Lévi-Provençal, *La Peninsule iberique*, texto, pp. 73-75 y 151; trad., pp. 92-94 y 180).

² Crónica de don Alfonso XI, en las *Crónicas de los reyes de Castilla*, ordenadas por Rosell (Biblioteca Rivadeneyra), I, caps. CCLXXI, CCCXIII y CCCXVIII, pp. 345, 374 y 376; «el Rey mandó combatir la torre de Cartagena que está entre el río de Guadarranque e Gibraltar, a una legua de Algecira, e ganáronla e poblóla de xpianos» (Pedro Barrantes Maldonado, *Ilustraciones de la Casa de Niebla*, en *Memorial histórico español*, IX, Madrid 1857, p. 369).

³ Francis Carter, *A Journey from Gibraltar to Malaga* (1772), tomo primero (Londres 1777), pp. 60-143.

han descrito sus ruinas Romero de Torres, Pemán y Thouvenot¹.

Excavaciones científicas no se han hecho nunca en solar tan henchido de memorias. Pero, en cambio, abundaron las de aficionados y las remociones del suelo con propósitos agrícolas o con el de vender, sobre todo en la inmediata Gibraltar, donde encontraban fácil mercado desde su ocupación por los ingleses, la gran profusión de objetos hallados. Inéditas están las excavaciones hechas por don Evaristo Ramos, de la Línea, que entre restos de muros de construcciones encontró un mosaico, dicen que cristiano². En su recinto, don Julio Martínez Santa Olalla recogió cerámica estampillada bizantina y fragmentos almohades. En 1933 entraron en el museo Arqueológico de Córdoba algunos relieves visigodos procedentes de Carteya.

La cerca que protegía la ciudad, de cuatro metros por lo menos de espesor, con núcleo de mampuestos y paramento de sillería, dibujaba un polígono irregular, siguiendo los accidentes del terreno, bordeado a poniente por el foso del Guadarranque. Se señala gran parte de la línea de la mu-

¹ Enrique Romero de Torres, *Las ruinas de Carteya* (B. R. A. H., LIV, 1909, pp. 247-254; César Pemán, *Memoria sobre la situación arqueológica de la provincia de Cádiz en 1940*, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, Informes y memorias, n° I (Madrid 1942); Thouvenot, *Essai sur la province romaine de Bétique*, pp. 379, 457-458, 463, 526 y 657).

² En el año de 1928 se autorizó a don Evaristo Ramos para hacer excavaciones en el sitio conocido por «El Gallo», necrópoli en la que el año anterior había aparecido un sepulcro de *strigiles*. Según don Pelayo Quintero, inspector de las excavaciones, los muros y departamentos encontrados parece que pertenecían a una basílica cristiana, situada entre la desembocadura del Guadarranque y Puente Mayorga, entre la calzada romana y la playa. Las ruinas formaban un montículo de tres o cuatro metros de altura (Romero de Torres, Catálogo Monumental de España, *Provincia de Cádiz*, p. 537). Noticia detallada de diferentes hallazgos arqueológicos en el solar de Carteya publicó don Francisco María Montero, en su *Historia de Gibraltar y de su campo* (Cádiz 1860), pp. 69-73 y 75.

ralla por el talud, cubierto de zarzas y lentiscos, que forman sus ruinas en medio de los sembrados. En los sitios excavados del interior del recinto se ven fragmentos de muros y alcantarillas. Hay también una piscina rectangular, de 12 por 4 metros y 2 de profundidad, con escaleras para bajar a su solero en el lado norte. En la parte más elevada el relieve del suelo señala la existencia de un teatro, excavado en parte en una ladera, con muros de 10 metros de espesor y un diámetro aproximado de 35. Carter y López de Ayala — éste último en su *Historia de Gibraltar* — dicen que en las bajas mareas se descubren cimientos del puerto y de edificios bajo el agua.

La necrópoli estaba situada a oriente de la ciudad, entre el Rocadillo y Puente Mayorga. En 1927 se encontró en ella un sepulcro decorado con *strigiles*, conservado en el museo Arqueológico de Cádiz. Han aparecido en ese cementerio sepulturas cristianas.

La torre de Cartagena descansa sobre dos gradas de medio metro de altura cada una. Su planta es rectangular, de 7 por 6 metros; la altura aproximada de 12. Las hiladas inferiores y los esquinales son de sillería; el resto, de mampuestos. La parte baja está maciza; en la alta, los pisos se comunicaban por una escalera de caracol. Tiene un matacán. A juzgar por la descripción, será obra cristiana de fines de la Edad Media.

Como varias otras de las descritas, aguardan las ruinas de Carteia una excavación científica que saque a luz los restos superpuestos de la ciudad ibérica, de la romana, visigoda e islámica, puerta de la Península durante varios siglos.

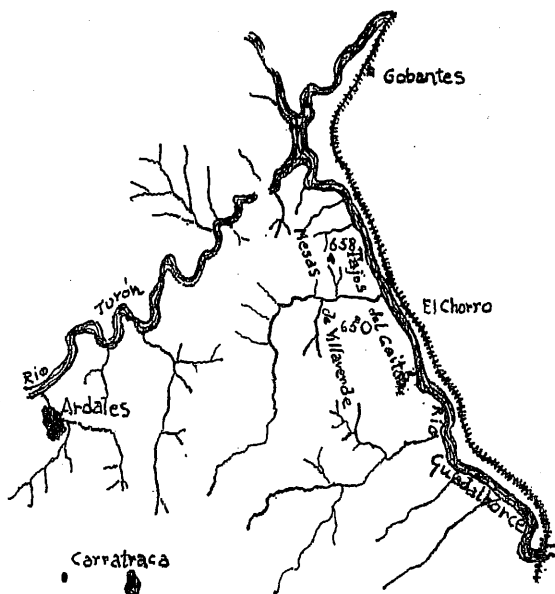
Bobastro (Bubaštro) (Málaga).

Bobastro fué, más que una ciudad, una fortaleza casi inexpugnable, protegida por profundos barrancos y montes asperísimos, un lugar admirablemente dispuesto para que un genial guerrillero, como 'Umar ibn Ḥaḥṣūn, lo eligiera para descender desde él a saquear las ricas comarcas del valle del Guadalquivir y retirarse después rápidamente al amparo de sus muros con el botín logrado. Bobastro no pudo estar nunca ocupado por una numerosa guarnición; las gentes establecidas alrededor de la fortaleza, guerreros y sus familiares, comerciantes y proveedores, habitarían en humildes viviendas, en parte excavadas en la roca, y en chozas. Lo accidentado y pobre del lugar impediría el desarrollo de un núcleo de población algo extenso, para cuya vida faltaban recursos naturales y cuyo avituallamiento tan sólo podía lograrse por un continuo y muy penoso esfuerzo. No hay, pues, que imaginar a Bobastro como capital urbana de un rebelde, triunfante y poderoso en algunos momentos, sino como una fortaleza con miserables viviendas provisionales en torno.

Ocupó Bobastro la cumbre de las mesas miocénicas de Villaverde, a 658 metros de altura máxima sobre el nivel del mar, formadas por tres cerros, Encantada, Tintilla y el Castellón, de arenisca en bancos horizontales de conglomerados y molasas, aislados en su conjunto. Se levantan en la orilla del río Guadalhorce, frente a los imponentes tajos del Gaitán, en el extremo de la sierra de Abdalajis, estribación de la cordillera Bética, en el noroeste de la provincia de Málaga, a seis kilómetros a oriente de Ardales y Carratraca ¹.

¹ El *Rawḍ al-Mi'tār* describe Bobastro como situado en la cima de un agudo monte aislado, tan alto que la mirada apenas podía alcanzarlo, y de pe-

El próximo río Guadalhorce, y los arroyos que a él afluyen, escasos de agua, abrieron paso hacia el Mediterráneo, a través de escarpadas montañas, por profundas y angostas gargantas, enormes fosos naturales que dificultan y hacen penosísimo el tránsito por la comarca a través de caminos estrechos que tan sólo permiten el paso de dos a



Croquis de los alrededores de las mesas de Villaverde, solar de Bobastro (Málaga).

tres hombres de frente. Cercano está el desfiladero de los Gaitanes, por el que va el ferrocarril, gigantesca grieta de paredes verticales de unos 400 metros de altura, ancha en su base no más de 10, en cuyo fondo corre el Guadalhorce, de color verde oliva, bordeado de adelfas y palmitos, des-

pués de fertilizar la riquísima y extensa vega de Antequera. En la áspera y complicada orografía peninsular, pocas comarcas habrá que excedan a ésta en abundancia y profundidad de tajos y barrancos que la cortan en todos sentidos.

Las mesas de Villaverde fué el lugar elegido para fortaleza y refugio por uno de los más famosos guerrilleros que ha producido tierra fértil en ellos como la nuestra. Tan sólo conocemos su azarosa vida a través de los relatos de los cronistas de sus enemigos, los omeyas cordobeses. Nacido en una cortijada de Ronda, no muy distante de Bobastro, hijo de un muladí acomodado, algunas fechorías juveniles obligaron a 'Umar ben Ḥafṣūn a emigrar al Magrib oriental, a Tāhart, capital del *imām* rustumī Abū-l-Yaqzan. De vuelta a Andalucía en el año 267 (880), agrupáronse en torno suyo gran número de descontentos y aventureros, y, haciéndose fuertes en Bobastro, emprendieron expediciones de saqueo, cada vez más atrevidas, por los ricos pueblos de la llanura del Guadalquivir. Favorecían a 'Umar ben Ḥafṣūn y a su banda las revueltas continuas de gran parte de al-Andalus en los últimos tiempos de reinado del emir Muḥammad; los levantamientos de beréberes, siempre prontos a la rebeldía, y de muladíes y mozárabes, mal asimilados a la sociedad islámica, y las campañas de Alfonso III en sus intentos de avanzar los límites meridionales del reino asturiano.

Combatiendo unas veces a Muḥammad I y apoderándose de varias ciudades situadas al sur del Guadalquivir, entre Córdoba y las sierras que aislan el valle medio del Guadalquivir del Mediterráneo; sometido otras al emir, junto a cuyas tropas guerreó valientemente contra los cristianos en algunas ocasiones, la accidentada historia de 'Umar ben Ḥafṣūn fué una larga serie de éxitos y fracasos, de intrigas y combates, de sumisiones y rebeldías, de avances y retrocesos, de momentos en los que se hizo dueño de gran parte

de Andalucía, desde Algeciras a Murcia, y saqueó las alquerías próximas a Córdoba, seguidos de otros en los que, cercado en Bobastro, estuvo a punto de sucumbir ¹.

Bobastro, de muy difícil acceso, como se dijo, en donde Ibn Ḥafṣūn tenía su familia y bienes ², constituía un refugio seguro cuando las vicisitudes guerreras le eran adversas. Sin embargo, en 270 (883), Ḥāsim ben ʿAbd al-ʿAzīz, general favorito de Muḥammad I, logró expulsar al cabecilla de su fortaleza y penetrar en Bobastro. Cuatro años después, en 274 (888), sublevado Ibn Ḥafṣūn una vez más, acudió el emir al-Mundir a cercarle en Bobastro. Muerto el príncipe omeya durante el asedio, le levantó su hermano y sucesor ʿAbd Allāh, que hizo la paz con Ibn Ḥafṣūn y le nombró gobernador de la provincia de Rayyu, después de prestar juramento de fidelidad. Pero pronto se sublevó de nuevo contra el gobierno de Córdoba. En 286 (899) convirtióse al cristianismo, acto que, si tal vez acrecentó el apoyo que le prestaban los mozárabes, debió de privarle del de muchos musulmanes.

Al subir al trono ʿAbd al-Raḥmān III emprendió dos campañas sucesivas contra Ibn Ḥafṣūn, en 300 (912) y 301 (914). Poco después, en 305 (917), moría el cabecilla de muerte natural — ¡quién lo hubiera predicho! — en Bobastro. Tras un asedio de seis meses, el 7 de dū-l-qaʿda de 315, 17 enero 928, rendía su hijo Ḥafṣ la plaza a las tropas de ʿAbd al-Raḥmān III, que el 1º de dū-l-biṣṣa (27 enero) entraban en

¹ Aluden a la situación fortísima, inexpugnable, de Bobastro, entre otros, Rāzī (Gayangos, *Memoria sobre la autenticidad de la crónica denominada del Moro Rasis*, *Memorias de la R. Acad. de la Hist.*, VIII, p. 60; Lévi-Provençal, *La «Description de l'Espagne» d'Aḥmad al-Rāzī*, en *Al-Andalus*, XVIII, p. 99); Idrīsī (*Description de l'Afrique et de l'Espagne*, edic. Dozy y de Goeje, texto, p. 20; trad., p. 251) e Ibn ʿIdārī (*Bayān*, II, texto, pp. 107 y 209; trad., pp. 173 y 324: «Bobastro no tenía rival por sus defensas, posición dominante, aislamiento y extensión»).

² Ibn ʿIdārī, *Bāyān*, II, texto, p. 121; trad., p. 194.

ella ¹. El 15 muḥarram 316 (10 marzo 928), salía de Córdoba 'Abd al-Raḥmān III y, por Écija y Osuna, se dirigió a Bobastro ². Después de una detenida visita de inspección, hizo abrir la sepultura de 'Umar ibn Ḥaḥsūn (probablemente una fosa excavada en la roca, aparecida en las excavaciones a poca distancia de la iglesia rupestre) y de su hijo y vió que estaban enterrados a la manera cristiana, mirando al oriente y con los brazos cruzados sobre el pecho. El cadáver fué trasladado a la puerta de la Azuda en Córdoba y colgado en un poste entre los en que estaban crucificados sus hijos Ḥakam y Sulaymān ³.

Arrasadas en parte sus fortificaciones y reconstruida la alcazaba, como luego se dirá, aún sirvió de refugio en algunas ocasiones. A ella fué a acogerse desde Málaga, después de derrotar, en unión de las tropas de Bādīs de Granada, a las sevillanas de Ibn 'Abbād, el monarca malagueño Idrīs b. 'Alī, y en ella murió el 16 muḥarram 431 (8 octubre de 1039), a los dos días de su llegada ⁴.

Sublevados los sevillanos después de la conquista de su ciudad por los almohades, el 12 o 13 de ša'bān de 541 (17 o 18 enero 1147) contra los hermanos del *maḥdī*, establecidos en ella, 'Abd al-Azīz e 'Īsā, por los abusos que habían

¹ Una crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III, edic. de Lévi-Provençal y García Gómez, p. 148. El *Bayān*, II, texto, p. 208; trad., p. 322, da la fecha del jueves 23 dū-l-qa'da, 21 enero, para la ocupación de Bobastro.

² Llegó a Bobastro el 20 muḥarram; tardó, pues, cinco días desde Córdoba (Ibn 'Idāri, *Bayān*, II, texto, p. 209; trad., pp. 323-324). La historia de las sublevaciones de 'Umar b. Ḥaḥsūn ha sido referida recientemente por Lévi-Provençal, *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031)*, t. IV de la *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, pp. 196-202, 234-240 y 263-274, en donde se encontrarán las referencias.

³ Una crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III, edic. Lévi-Provençal y García Gómez, pp. 149-150; Ibn 'Idāri, *Bayān*, II, texto, pp. 209-210; trad., p. 324.

⁴ *Kitāb al-mu'ǧib fi taḥṣiṣ ajbār al-Magrib*, por al-Marrākuṣī, trad. Huici, pp. 56-57.

cometido, éstos, con su primo Islāten, refugiáronse en el castillo de Bobastro, desde donde se retiraron a Africa después de haber pasado a cuchillo la guarnición almorávide de Algeciras ¹.

La historia de éste, durante medio siglo famoso rincón de las serranías andaluzas, termina con tan insignificantes episodios. No vuelve a aparecer en las crónicas. Abandonada la alcazaba, en una comarca casi desierta, debió de irse arruinando lentamente, hasta quedar apenas escasos restos visibles, al mismo tiempo que su nombre desaparecía de la toponimia local, en la que era desconocido en época moderna.

Los eruditos del siglo pasado, al tropezar con su nombre en los viejos textos, trataron de localizarlo. Tras varios errores, don Francisco Javier Simonet, después de visitar la comarca, acertó a situarla. Años después, don Manuel Gómez-Moreno y el redactor de estas páginas, subimos a las mesas de Villaverde en el verano de 1923; la existencia de la iglesia rupestre mozárabe confirmó la localización, reforzada por los hallazgos de las excavaciones realizadas poco después bajo la dirección de don Cayetano de Mergelina ².

La aridez actual de la desierta comarca, de grandioso y atormentado relieve, cubierta en gran parte de flora esteparia mediterránea, con profundas barrancadas, secas casi todo el año, en cuyo fondo crecen lozanas las adelfas, hace difícil imaginar la existencia en ella de una población permanente y de un centro de actividad humana como el que suponen las campañas del famoso cabecilla. Pero el estado presente es la perduración del arrasamiento multisecular a

¹ Ibn Jaldūn, *Histoire des Berbères*, t. seg. (Paris 1927), p. 186.

² *Bobastro*, «Memoria de las excavaciones realizadas en las Mesas de Villaverde-El Chorro (Málaga)», por C. de Mergelina. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, n° 89 (Madrid 1927).

consecuencia de las campañas que terminaron con el poderío de los Banū Ḥafṣūn. Repetidos testimonios afirman, en efecto, que todas las expediciones contra Bobastro, desde las de Muḥammad I hasta las de ‘Abd al-Raḥmān III, talaron árboles, cortaron viñas y destruyeron mieses en su torno ¹. Desprovista de medios de vida, la comarca quedó despoblada, excepto Bobastro que, perdida su razón de ser, únicamente militar, en medio de un país yermo, no tardaría mucho en seguir la misma suerte. Pero, a pesar de esos testimonios, otros nos permiten comparar la visión de optimismo geórgico de antaño con la áspera realidad existente desde el siglo X hasta nuestros días. Al-Ḥimyārī, recogiendo sin duda noticias pretéritas, describe los alrededores de Bobastro, capital de un distrito de los ‘Aḡam, es decir, de los visigodos, muy poblados de conventos, iglesias y edificios abovedados, abundantes en aldeas y fortalezas, pródigos en aguas, en maderas de variadas esencias, en viñas, higueras, olivos y árboles frutales de todas clases. No faltarían buenos pinares, de los que queda algún resto en lugares cercanos a las mesas de Villaverde, ni abundante ganado menor. Pero — termina al-Ḥimyārī — apenas si subsiste (escribía en el siglo XIV, pero pudiera referirse a un relato anterior) una pequeña parte de todo esto; tan arrasada quedó la comarca después de la revuelta de Ibn Ḥafṣūn ².

Si damos fe a un cronista anónimo, a consecuencia de su citada visita a Bobastro ‘Abd al-Raḥmān III mandó demoler las iglesias (ha de entenderse las de Bobastro y barrios y lugares inmediatos), indignado por «su bello adorno» y «la contigüidad de unas con otras en los dominios del mal-

¹ Ibn ‘Idārī, *Bayān*, II, texto, pp. 119, 127, 182, 191, 193, 195 y 207; trad., pp. 191, 200, 204, 288, 302, 304 y 321; «*Al-Muqtabis*» de Ibn Ḥayyān, trad. Guráieb (*Cuad. Hist. España*, XVII, p. 159); *Una crónica anónima de ‘Abd al-Raḥmān III*, edic. Lévi-Provençal y García Gómez, página 147.

² Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 37; trad., pp. 46-47.

dito 'Umar» ¹. Algunos de estos templos serían anteriores a la revuelta de Ibn Ḥafṣūn, pues esta serranía, como casi todas las andaluzas, estaba muy poblada de mozárabes y subsistían en ella monasterios, cuyo grado de cultura revelan algunas lápidas sepulcrales subsistentes, con epitafios en hemistiquios métricos de elegante epigrafía ². El vasto y espléndido panorama hacia mediodía de la vertiente de

¹ Una crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III, edic. de Lévi-Provençal y García Gómez, p. 151.

² Si faltan testimonios de mozarabismo, excepto el que pudiéramos llamar cortesano de Bobastro, existen de otras comarcas próximas que no diferirían mucho en ese aspecto de la sierra de Abdalajis. En la segunda mitad del siglo XI hay noticia incidental de dos aldeas, las de Riana y Jotrón, en la Ajarquía malagueña, pobladas exclusivamente por mozárabes (E. Lévi-Provençal, *Les «Mémoires» de 'Abd Allāh, dernier roi ziride de Grenade*, en *Al-Andalus*, IV, 1936-1939, p. 63). A fines del siglo XV y en el XVI se mantenían en una comarca aislada, como la Alpujarra, topónimos reveladores de la pretérita existencia de iglesias y barrios (*bārāt*) de mozárabes (Isidro de las Cajigas, *Topónimos alpujarreños*, en *Al-Andalus*, XVIII, 1953, pp. 297, 309 y 315). — Lápidas mozárabes malagueñas: en Comares apareció un largo epitafio compuesto de 24 hemistiquios, conmemorando al presbítero y cantor Samuel, fallecido en 958; descubrióse hacia 1855 y desde 1867 está en el museo de Berlín. Antes de esa fecha, hacia 1570, se encontró en el cerro de Jotrón, a tres leguas de Málaga, entre unas ruinas, en la sierra llamada Chapera la Alta, un gran epitafio del monje Amansvindo, compuesto de 24 hemistiquios asonantados, al parecer de 982; no quedan de él sino dibujos (Fidel Fita, *El epitafio malagueño del abad Amansvindo*, en *B. R. A. H.*, LXIX, 1916, pp. 398-409). De 1010 es un epitafio métrico latino de un obispo, encontrado hacia 1838 cerca de Málaga. Era análogo al anterior (Gómez-Moreno, *Iglesias mozárabes*, pp. 366-368; Simonet, *Historia de los mozárabes de España*, páginas 620-622, 624-625 y 635-636). — A principios del siglo X, en 309 (921), 'Abd al-Raḥmān III mandó derribar la alcazaba y la iglesia de *Turruš Jusaḥn* (Ojén), por el gran apoyo que habían prestado los mozárabes de ese lugar a Ibn Ḥafṣūn; las piedras de la primera se echaron al río, y en el solar del templo se edificó una mezquita mayor (Ibn 'Idāri, *Bayān*, II, texto, pp. 190-191; trad., p. 300.) — Después de la rendición de Bobastro, 'Abd al-Raḥmān III destruyó todos los castillos y refugios que estaban en poder de los mozárabes en las serranías de Málaga y obligó a éstos a trasladarse a regiones llanas (Ibn 'Idāri, *Bayān*, II, texto, p. 210; trad., 325).

la sierra de Abdalajis frontera al Mediterráneo, su excelente clima y los escasos, aunque suficientes, recursos naturales, permitirían vivir a los mozárabes sobriamente, pero con cierta libertad, en caseríos aislados, esparcidos por todas las quebradas, lo que hay que tener en cuenta para explicar el éxito de las campañas de Ibn Ḥafṣūn.

Ya se dijo cómo no era razonable imaginar una ciudad de tipo corriente en Bobastro, en donde las edificaciones se levantarían con la piedra arrancada allí mismo a la roca arenisca y, en gran parte (iglesia y viviendas) excavadas en la roca, siguiendo una vieja tradición peninsular que aún perduraba en la época romana, como prueban las ruinas de Termancia (Soria), entre otros lugares. La constitución del terreno impedía el empleo del adobe y del ladrillo: la cal y la madera había que subirlas a las Mesas con muy penoso esfuerzo. Sin embargo, en un texto latino del siglo X, la vida de Santa Argentea, se llama a Bobastro *urbem Bibistrensem*¹.

Las viviendas, según Mergelina, se extendían por las lomas Tintilla y la Encantada de las Mesas, dominadas por la alcazaba. Se «diseminó la población, que a juzgar por los restos de muros que afloran, por los excavados que se presentan y el no corto número de aljibes que aparecen, en vez de constituir un centro único, debió formar núcleos de viviendas, más extensos cuando la regularidad del terreno lo permitía; más cortos al accidentarse éste. Y es curioso observar que sobre las mismas laderas agrestes e intrincadas de los barrancos, en parte cavadas en la roca y en parte construidas con fuertes sillares, aparecen viviendas, que más pueden considerarse como avances defensivos que como pacíficas moradas. La población, que por otro lado no debió ser muy numerosa, tiéndese con preferencia sobre las lomas indicadas, por el lado O. de las Mesas,

¹ *Esp. Sag.*, apéndice nº VII, p. 564.

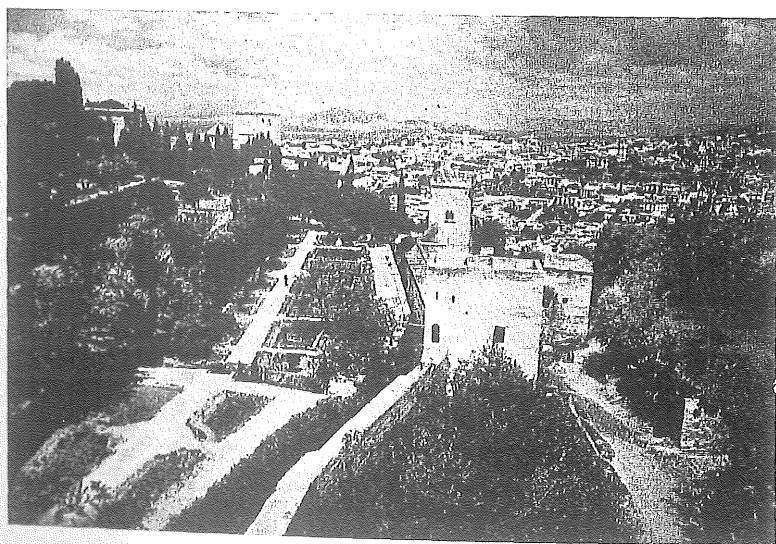


La iglesia rupestre de Bobastro (Málaga).

Foto Zubillaga.



La sierra de Elvira desde la torre de la Vela de la Alhambra de Granada.



La sierra de Elvira (al fondo) desde la torre de la Cautiva de la Alhambra de Granada.

donde el terreno presenta una mayor regularidad y donde los grandes costados que miran hacia el valle de Gínés aseguraban del temor a una sorpresa»¹.

Al llegar 'Abd al-Raḥmān III a Bobastro después de su rendición, encontró una mezquita abandonada, en la que oró. La mandó restaurar, pues refieren haberse seguido en ella, desde entonces y sin interrupción, oraciones y sermones². Pero Bobastro quedaría medio despoblado, pues el visir Ibn Ḥudayr, enviado por al-Nāṣir para la rendición, llevó a Córdoba a Ḥafṣ y a toda su familia y a los cristianos de la ciudad con sus mujeres y niños³.

Respecto al castillo o alcazaba, hay noticia de que en el año 270 (883), al entrar en Bobastro Hāṣim b 'Abd al-'Azīz, general de Muḥammad I, elevó nuevas fortificaciones en la parte más elevada del cerro, instalando en ellas una guarnición⁴.

Durante el último asedió de Bobastro, 'Abd al-Raḥmān III mandó construir un castillo inmediato, el de Ṭal-ḡīra, en el que instaló zocos, y que contribuyó en gran parte a su rendición⁵. ¿Sería el llamado hoy de Turón, «en despoblado y cabe el río de su nombre», que cerraba el paso hacia las Mesas y dominaba una gran extensión de terreno? ⁶ Rendida Bobastro, al visitarla 'Abd al-Raḥmān III recorrió la ciudad en todos sentidos, mandó destruir las fortificaciones en torno y las viviendas exteriores y adoptó las

¹ Mergelina, *Bobastro*, p. 20. La misma disposición de pequeños barrios separados y alcarrias se repetía en la Alpujarra (Manuel Gómez-Moreno, *De la Alpujarra*, en *Al-Andalus*, XVI, 1951, pp. 17-36; Cajigas, *Topónimos alpujarreños*, en *Al-Andalus*, XVIII, pp. 295-322).

² *Una crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III*, pp. 149 y 151.

³ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 208; trad., p. 322.

⁴ Ibn al-Qūṭīyya, edic. Ribera, texto, p. 93; trad., p. 78; Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 108; trad., p. 173.

⁵ *Una crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III*, p. 147.

⁶ Mergelina, *Bobastro*, p. 25.

disposiciones necesarias para la construcción de una alcazaba fortísima. Quedó encargado de estas obras Sa'īd al-Mundir ¹.

Ocupaba dicha fortaleza la cumbre del cerro del Castillón, el más alto de los tres que forman las mesas de Villaverde. A oriente y norte bordéale un profundo tajo en cuyo fondo corre el río Guadalhorce; un solo camino le da acceso. Tenía, refiere al-Ḥimyarī, dos puertas; para llegar a la interior y más alta era obligado ascender por un sendero, al borde de un barranco, accesible tan sólo a peones poco cargados. Era imposible combatir la alcazaba de Bobastro con máquinas de asedio. Ocupaba lo alto del monte una meseta rectangular, en la que brotaban entre las rocas abundantes manantiales. Si la noticia es cierta, han desaparecido.

Las excavaciones permitieron descubrir la base de los muros de la fortaleza, hechos con sillares de arenisca de 44 centímetros de altura y 20 de espesor máximo, con longitudes variables de 47 a 77. Alternan generalmente en su despiece uno de soga con dos a tizón, aunque no falten ejemplos de estar uno de frente flanqueado por tres atizonados a cada lado. Trabáronse con mortero de cal. Este aparejo no cala el grueso de los muros, de metro a metro y medio, macizados entre los paramentos, y sin trabazón con éstos, con sillares de menor altura—unos 19 centímetros—y más cortos.

Los muros formaban un cuadrilátero y «dentro de él había otro, hacia su esquina más prominente», de unos 50 me-

¹ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, pp. 209-210; trad., pp. 324-325; «algún tiempo después dirigióse 'Abd al-Raḥmān [III] hacia Bobastro, arrasó el castillo y construyó otro en sus inmediaciones» (Ibn al-Qūṭiyya, edic. Ribera; texto, p. 111; trad. pp. 98-99); «se hizo dueño ('Abd al-Raḥmān III) de Bobaxter, y la fortificó y reconstruyó, destruyendo casi todos los demás castillos, excepto aquél» (*Ajḡār maymū'a*, edic. Lafuente Alcántara, texto, p. 154, trad. p. 134).

tros en cuadro, con pequeñas torres salientes macizas, más bien contrafuertes, de planta cuadrada y unos 3 metros de frente. En el ángulo nordeste del interior del recinto se reconoció un patio enlosado y en él un aljibe, cuyos muros estaban revestidos de estuco rojo, como de costumbre. Entre los restos de muros interiores, de pobre y mezquina construcción, aparecieron un capitel mutilado, de mármol blanco y del siglo X, una quicialera y varias piedras con molduras.

A algo más de 40 metros de los frentes norte, este y oeste de la fortaleza se conservan escasos vestigios de muros de un recinto exterior que la envolvía; un profundo tajo a sur hacía innecesaria toda obra defensiva por ese lado ¹.

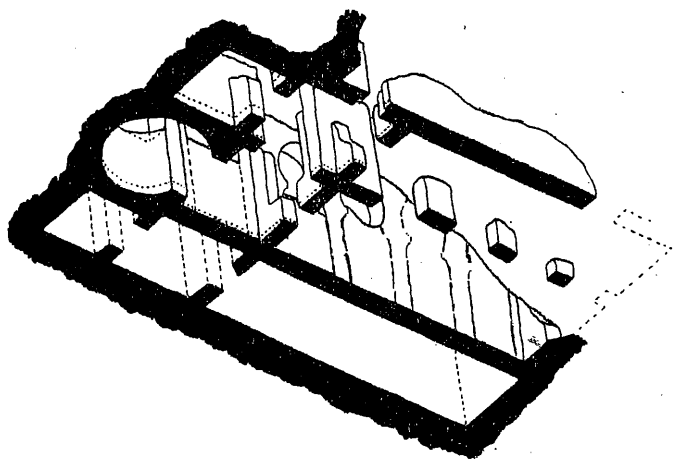
La iglesia rupestre de Bobastro, prácticamente indestructible, se labró en un enorme peñón que surge aislado, en una pequeña meseta algo separada de los núcleos de población y protegida por profundos cortes que sólo dejan un paso corto y difícil por el norte y otro hacia mediodía, más accesible, fortificado.

El templo, pobre y reducido, mal replanteado, quedó a medio excavar, tal vez, como ha supuesto el señor Gómez-Moreno, por esos errores e insuficiencia de dimensiones de la peña. Es una basílica de tres naves, crucero no acusado en planta y tres capillas a la cabecera, la central de planta de herradura y cuadradas las laterales. Su largo alcanza 16,50 metros, 10,30 tiene el crucero y el ancho de la nave mayor es de 3. Se comunicaban las naves por cuatro arcos de herradura sobre pilastras, abiertos los que separan la nave central de la del evangelio; los del muro frontero comenzaron a excavar y aparecen marcados sobre la roca por una fuerte incisión. En el abside central, a 2,10 metros de altura, la planta de herradura se convierte en cuadrada ².

¹ Mergelina, *Bobastro*, pp. 20-25; Gómez-Moreno, *El arte árabe español hasta los almohades*, *Arte mozárabe*, p. 63.

² Mergelina, *Bobastro*, pp. 6-12, y *La iglesia rupestre de Bobastro* (*Arch.*

Esta iglesia se levantaría entre el año 899, en el que Ibn Ḥafṣūn se convirtió al cristianismo, y el 917, fecha de su muerte. La planta del templo y aún algunas características del alzado, como son los arcos de herradura sobre pilastras separando las naves, parecen de tradición visigoda. Planta semejante tiene la iglesia mozárabe de San Miguel



Perspectiva anonométrica de la iglesia rupestre de Bobastro (Málaga).

Dibujo de C. de Mergelina.

de Escalada (León), pero los arcos de separación de sus naves se apean en columnas.

¿Afortunado y genial capitán de bandoleros con ambiciones de mando y lucro? ¿Caudillo de amplia visión política? Difícil es juzgarle prescindiendo de conceptos modernos

español de Arte y Arqueología, I, 1925, pp. 159-176); Gómez-Moreno, *El arte árabe español hasta los almohades*, *Arte mozárabe*, p. 356.

inaplicables a su época. Y más, cuando, como se dijo, faltan por completo testimonios de gentes de su bando y aun los del contrario apenas han sido explotados, pues la sugestiva figura de 'Umar ibn Ḥafṣūn sigue sin estudiarse con moderno criterio objetivo y científico ¹. El que lo emprenda debe ser buen conocedor de las ásperas serranías andaluzas, escenario de su novelesca vida.

Medina Elvira (Ilbīra o Qasīliya) (Granada).

En medio de la fecunda vega de Granada se levanta, abrupta, escueta y descarnada, una montaña de mármol oscuro y suelo ingrato y desaprovechado, sin «agua, ni leña, ni aun hierba» ². Los árabes llamáronla *al-Uqāb* (el Aguila negra) y los cristianos, desde la Edad Media, sierra Elvira.

Al pie de su ladera meridional, en una meseta algo elevada sobre la vega, frente a sierra Nevada, hubo una ciudad romana llamada Castilia ³, de menos importancia, sin duda, que Iliberis o Iliberri, cuyo solar estuvo en la Alcazaba vieja de Granada, sede episcopal bajo los visigodos y lugar donde se celebró en el año 309 el célebre concilio. Aún perduraba a mediados del siglo pasado el nombre de Castilia en el de una casería llamada de Castilla, existente por entonces en el término de Atarfe, entre esta villa y la de Pinos-Puente ⁴.

En 1842 el azar hizo descubrir cerca de Atarfe, en una hoya o planicie en el pago de Marugán, situado en un rella-

¹ Las páginas que le dedica el señor Lévi-Provençal en su citada obra son, por su índole, tan sólo un excelente bosquejo.

² *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reyno de Granada*, hecha por Luis del Mármol Carvajal, seg. impresión, t. I (Madrid 1797), capítulo III, p. 14.

³ Dozy creía que el nombre Castilia era ibérico.

⁴ Madoz, *Dicc. geog.-estad.-hist. de España*, III (Madrid 1846), p. 89.

no de la falda de sierra Elvira, un vasto cementerio — se abrieron más de 200 sepulturas — cuyos ajuares han sido fechados en el siglo V (lo que prueba la subsistencia de Castilla en esa centuria), un viejo conducto de agua y otros restos ¹. Algunos años después, en 1868, al abrir la carretera de Granada a Alcalá la Real, en los desmontes hechos entre Atarfe y los baños termales y en las inmediaciones de éstos, halláronse más sepulturas y algunos restos romanos y árabes ². La Comisión Provincial de Monumentos de Granada hizo excavaciones, de 1870 a 1875, en las faldas de sierra Elvira, en el solar de la ciudad muerta y en sus inmediaciones. Entre otros muchos objetos aparecieron algunas lápidas con inscripciones dedicadas a Domiciano y Antonino Pío y monedas imperiales ³.

Al conceder el gobernador Abū-l-Jāṭṭār al-Kalbī, en 123 (742), terrenos en feudo a los *ḡunds* sirios de Balý, asignó al de Damasco la región de *Ibīra* ⁴, nombre que los musulmanes dieron a la Iliberis romana, llamada más tarde Granada, en la que los primeros walíes o gobernadores establecieron su residencia y la capitalidad de la *kūra* o distrito. De la importancia de éste, de grau extensión y muy poblado, puede dar idea el número de jinetes — 2.900 — que se le asignó para la expedición contra los asturianos en 249 (863) ⁵, el mayor de los de al-Andalus después de los 6.790 asignados a Sidona.

¹ *Historia de Granada*, por don Miguel Lafuente Alcántara, I (Granada 1845), p. 363; *Examen de las antigüedades de Sierra Elvira*, Memoria presentada a la Real Academia de la Historia en 1842 (*Obras poéticas y literarias* de don José de Castro y Orozco, tomo segundo, Madrid 1865, pp. 7-88).

² *Medina Elvira*, por don Manuel Gómez Moreno (Granada 1888), pp. 5-8.

³ *Ibidem*, p. 11.

⁴ Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, p. 33; trad. p. 48.

⁵ Ibn Ḥayyān, *Muqtabis*, citado por Ibn 'Idārī, *Bayān*, II, texto, páginas 111-112, trad. 178-179.

Pero, como en otras *kūras* — Assidona abandonada por Calsena, Malaca por Rayyu, etc. —, pronto prefirieron los invasores salir de las antiguas ciudades, pobladas por mozárabes y judíos — según Rāzī llamaban a Granada la ciudad de los judíos —, para establecerse en lugar en que vivir con mayor independencia, apartados de los infieles.

El lugar escogido en la *kūra* de *Ilbira* fué Castilla, que ellos llamaron *Qasṭiliya*, a dos leguas al noroeste de Iliberis y al pie de la sierra que más tarde se llamó *ḡabal Ilbira*.

Ignórase si subsistía la ciudad o aldea romana: lo verosímil, vista la persistencia de su nombre, es que no estuviera totalmente despoblada. Además del tradicional romano arabizado de *Qasṭiliya*¹, los autores islámicos la llaman *ḥaḍra Ilbira*, es decir, capital de la *kūra* de *Ilbira*², mientras a la actual Granada conocíanla por *madīnat* (ciudad principal, cercada y con mezquita mayor) *Ilbira*³.

¹ Al-Rāzī, citado por Ibn al-Jaṭīb, dice que *Qasṭiliya* era la capital (*ḥaḍra*) de *Ilbira* (Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, terc. edic., I, p. 328). En la corrompida versión castellana que se conserva de al-Rāzī — escribía en la primera mitad del siglo X —, el nombre aparece deformado en el de Cazalla, «que en el mundo non ha quien la semeje si non Damasco, que es tan buena como ella» (Gayangos, *Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada del Moro Rasis*, en «Memorias de la Real Acad. de la Hist., VIII», p. 37). Yāqūt, en su artículo sobre *Qasṭiliya*, dice que esta ciudad era la capital de *Ilbira* (*Muʿyam al-buldān*, edic. Wüstenfeld, IV, p. 97). Ibn Ḥayyān repite lo mismo en su *Muqtabis* («*Al-Muqtabis*» de Ibn Ḥayyān, trad. Guráieb, en *Cuad. de Hist. de Esp.*, XVII, p. 161 y XXIII-XXIV, p. 342).

² *Ḥaḍra Ilbira* la llama Ibn al-Farādī en sus biografías (*Tārij, Bib. Arab. Hisp.*, t. VII, Madrid 1892, 26, 102, 243, 252, 253, 250, 385, 339 y 342), según cita de M. Gómez-Moreno M., *De Iliberri a Granada*, en *B. R. A. H.*, XLVI, 1905, p. 57; Ibn Ḥayyān, en lugares distintos a los citados en la nota anterior, y ʿArīb (t. I, pp. 168-169), nombbranla del mismo modo (Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, terc. edic., I, p. 329).

³ La localización de estos nombres dió lugar a múltiples discusiones hasta que Gómez-Moreno resolvió definitivamente el problema en su trabajo *De Iliberri a Granada* (*B. R. A. H.*, XLVI, pp. 44-61). En el mapa que acom-

Los datos de los autores islámicos sobre la instalación de la capitalidad del distrito de *Ilbira* en *Qasṭāliya* son contradictorios.

Afirman unos que su mezquita mayor fué fundada por el famoso *tābiʿ* (discípulo de los compañeros de Mahoma) Ḥanaš al-Sanʿānī (m. en 100/718-719), compañero de Mūsā ibn Nuṣayr y piadoso musulmán que levantó también la mezquita mayor de Zaragoza. La de *Qasṭāliya* fué restaurada — reconstruida y agrandada — por el *imām* Muḥammad I en 250 (864) ¹. Al-Ḥimyarī atribuye la fundación de *Ilbira* a ʿAbd al-Raḥmān I. Dice que la pobló con numerosos clientes suyos (*mawālī*), a los que después se agregaron los árabes del *ḡund* de Damasco ².

Qasṭāliya o *Ilbira* fué por breve plazo una de las más bellas, ricas, populosas y nobles ciudades de al-Andalus, metrópoli de su parte oriental. A su alrededor abundaban las corrientes de agua ³. Al-Rāzī pondera el lino de su comarca, muy apreciado por las mujeres; la abundancia de sus frutos, que no faltaban durante todo el año; las telas de seda incomparables tejidas en ella y exportadas al resto de al-Andalus ⁴. El antinomio de *Ilbira* gozaba fama de ser el más fuerte y puro para teñir el cobre ⁵.

pañá a estas páginas figura, por error, el nombre *Madinat Ilbira* al norte de Granada; debe decir *Ilbira* o *Qasṭāliya*.

¹ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 29; trad., p. 37; véase *infra*.

² *Ibidem*.

³ Madoz, en su *Diccionario*, III, p. 89, alude a una fuente de agua exquisita que nace en Sierra Elvira y cuyas aguas se llevaron encañadas a un pilar de Atarfe, a $\frac{1}{4}$ de legua.

⁴ Gayangos, *Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada del moro Rasis*, en «Memorias de la R. Acad. de la Hist.», VIII, p. 37; Lévi-Provençal, *La «Description de l'Espagne» d'Abmad al-Rāzī (Al-Andalus, XVIII, p. 68)*; Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 23; trad., p. 31.

⁵ Maqqarī, *Analectes*, I, p. 72.

Mientras en Granada predominaban mozárabes y judíos con sus respectivos templos abiertos, en *Ilbīra* residían principalmente musulmanes y en su mezquita mayor se congregaban los árabes esparcidos por las alquerías de la vega. Para ponderar la importancia de la ciudad, Ibn Ḥayyān refiere que a la puerta de esa mezquita se veían a veces reunidos 50 bocados de plata de otras tantas cabalgaduras, tan considerable era el número de nobles de *Ilbīra* ¹. A fines del reinado de ‘Abd al-Raḥmān II había en ella siete fauques que propagaban las enseñanzas recibidas en Qairawān del famoso Saḥmīn ². Ibn al Jaṭīb también alude al crecido número de sabios y teólogos y a la abundancia de letrados famosos en *Ilbīra* ³.

Pero esta ciudad y su región sufrieron mucho durante las sublevaciones de árabes, muladíes y mozárabes contra los omeyas cordobeses en los revueltos tiempos del emir ‘Abd Allāh y en los primeros del reinado de ‘Abd al-Raḥmān III. A fines del siglo IX, escribió Ibn Ḥayyān, *Ilbīra* era un baluarte de los muladíes. Los árabes, minoritarios, se refugiaron en el castillo de Granada (la Alhambra), y repararon sus muros, que estaban a la sazón derruidos. Protegía a los primeros el cabecilla ‘Umar ibn Ḥafsūn; capitaneaba a los árabes, rebeldes al emir, un prestigioso caudillo, Sawwār, que derrotó repetidamente a los muladíes y acabó siendo muerto por éstos en un combate. Su cadáver fué llevado a *Ilbīra* y despedazado por las mujeres que habían perdido familiares luchando contra los soldados de Sawwār. La región estaba desierta y arrasada como consecuencia de estas luchas entre muladíes y árabes, encas-

¹ Dozy, *Recherches sur l’histoire et la littérature d’Espagne*, I, terc. edic., pp. 330-331.

² Ibn al-Farādī, *Ta’rīj*, n° 7, citado por Lévi-Provençal, *Hist. de l’Esp. musulmane*, III, p. 490; Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 29; trad., pp. 37-38.

³ Cita de la nota penúltima.

tillados, respectivamente, en *Ilbīra* y en la Alhambra de Granada ¹.

La *kūra* de *Ilbīra* fué uno de los principales escenarios de esas revueltas y la ciudad cambió con frecuencia de dueño. En rebeldía, fué conquistada en 278 (891) por 'Abd Allāh, pero, merced a la traición de algunos de sus habitantes, pasó al año siguiente a poder de Ibn Ḥafsūn. *Ilbīra* sucumbió en las revueltas que dieron fin al califato cordobés. Después de saquear los alrededores de Málaga el año 400 (1010), los berberiscos se dirigieron a *Ilbīra* y la destruyeron. Perekó violentamente a hierro y fuego, como prueban los esqueletos encontrados entre sus ruinas. Cautivaron a las mujeres, colgando de los pechos a las que se enteraban tenían dinero para forzarlas a entregárselo ².

Arruinada *Ilbīra*, sus moradores supervivientes se trasladaron a Granada ³, capital del distrito desde entonces. Corte pocos años después de la dinastía berberisca zīrī convirtióse en una de las ciudades más importantes de la España musulmana, mientras las ruinas de su antigua rival sumergíanse lentamente bajo tierra.

El historiador Ibn Ḥayyān refiere, después de visitar a mediados del siglo XI las ruinas de *Ilbīra*, que sus bellos edificios estaban ya arruinados; apenas si se conservaba en pie más que la mezquita ⁴.

¹ «*Al-Muqtabis*» de Ibn Ḥayyān, trad. Guráieb (*Cuad. de Hist. de Esp.*, XVIII, 1952, pp. 152-157).

² *Córdoba de la primera a la segunda conquista de la ciudad por los berberiscos* [nov. 1009-mayo 1013], según *al-Bayān al-Mugrib* de Ibn 'Idārī, trad. G. Levi della Vida (*Cuadernos de Hist. de España*, V, Buenos Aires 1946, p. 158).

³ Idrīsī, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, edic. Dozy y de Goëje, texto, p. 203; trad., p. 250; Ibn al-Jatīb en Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, terc. edic., p. 332; Maqqarī, *Analectes*, I, página 95; Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, texto, p. 29; trad., p. 37.

⁴ Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, terc. edic., I, p. 331.

Poco después de la muerte del visir Samuel ibn al-Nagrālla, ocurrida en 448 (1056-1057), el alfaquí Abū Ishāq al-Ilbīri (m. 459 / 1064) expulsado de Granada por el monarca Bādīs b. Ḥabūs a instigaciones de su visir judío Yūsuf, hijo y sucesor de Samuel, se refugió en una *zāwiya* u oratorio llamada *rābiṭat al-ʿUqāb*. Desde ese retiro, cuya situación en la sierra se ignora, escribió una elegía a las ruinas de la espléndida ciudad, muerta por los pecados de los hombres, apenas llorada, poblada en otros tiempos por guerreros, hermosas doncellas, sabios y nobles; tan sólo subsistía el recuerdo de las virtudes y las glorias de sus habitantes y descendientes ¹.

Al pie de sierra Elvira acampó en la primavera de 1091 Alfonso VI, frente a Granada, mientras el Cid con sus gentes, llegado después, lo hacía en el llano, en la Vega, como para proteger al monarca ².

La *zāwiya* de Abū Ishāq era lugar de gran veneración para los granadinos, según refiere Ibn Ŷuzay, escriba de los viajes de Ibn Baṭṭūṭa (703/1303 – 779/1377), el que la visitó acompañado por el qāʿid de los qāʿides, superior de los ṣūfíes de Granada, el jurisconsulto Abū ʿAlī ʿUmar. Al lado de la *zāwiya* menciona la ciudad de Tīrah, desierta y arruinada ³.

¹ *Un alfaquí español, Abu Ishāq de Elvira*, por Emilio García Gómez (Madrid 1944), pp. 29 y 127.

² Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid* (Madrid 1929), páginas 428 y 948. Como advierte el autor, la *Historia Roderici* llama «Libriella» el lugar del campamento, corrupción de Ilbīra; casi todas las crónicas castellanas lo sitúan en sierra Elvira.

³ *Voyages d'Ibn Batoutah*, edic. y trad. Defrémery y Sanguinetti, IV, pp. 372-373. Según Ibn al-Jaṭīb, en esta *rābiṭat al-ʿUqāb* estuvo el filósofo místico Ibn Sabʿīn, fallecido en 669 (1270), cuando atravesó la región de Granada camino de Ceuta (*Iḥāṭa*, ms. del Escorial 1673, p. 283). En ella vivió largo tiempo su discípulo el poeta ṣūfī al-Šuštārī, muerto en Damiette un año antes que su maestro (*Ibidem*, p. 342; E. Lévi-Provençal, *Le voyage d'Ibn Bāṭṭūṭa dans le royaume de Granade* (1350) en *Mélanges William Marçais*, París 1950, p. 220).

Por los mismos años, el visir Ibn al-Jaṭīb describía en su introducción a la *Ihāṭa* el triste cuadro de la desolada Elvira, y lloraba ante sus ruinas y los restos de sus edificios aún en pie, entre ellos los de la mezquita mayor, que las manos destructoras del tiempo no habían conseguido borrar por completo y aún atestiguaban del pasado esplendor de la ciudad ¹.

En 1364 Muḥammad V de Granada dió *Ilbīra* en feudo al célebre historiador Ibn Jaldūn ².

«Sierra Elvira» llaman las crónicas cristianas en el siglo XV a la montaña en cuya falda meridional estuvo la ciudad en ruinas. Así la nombra, en árabe — *ḡabal Ilbīra* —, al-Ḥimyarī. A su pie acampó en 1431 don Juan II de Castilla en la entrada que hizo en la vega de Granada, y allí mismo se dió una batalla en la que fueron derrotados los moros ³.

Cerca de dicho lugar, probablemente en las márgenes del río Cubillas, había un castillo llamado *ḡiṣn Ilbīra*. Cercado por el Rey Católico a mediados de ḡumādā II de 891 (1486), rindiéronse sus pobladores ante la imposibilidad de poder defenderlo, abandonándolo con todo lo que pudieron transportar ⁴.

En la bula de erección de las parroquias del arzobispado de Granada por los Reyes Católicos, en 1500, figura Elvira como anejo de Atarfe (*al-Tarf*) ⁵, lugar cercano a las

¹ Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, tomo primero, terc. edic., pp. 330-332; texto árabe, apénd. XXVII.

² *Prolégomènes historiques*, trad. Slane, I (París 1865).

³ «Biblioteca de Autores Españoles» (Colec. Rivanedeyra), *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, pp. 496-499.

⁴ Maqqarī, *Analectes*, p. 805; Alfredo Būstani y Carlos Quirós, *Fragmento de la época sobre noticias de los Reyes Nazaritas o Capitulación de Granada y Emigración de los andaluces a Marruecos* (Granada 1940), páginas 21-22; manuscrito de El Escorial, publicado por Müller, p. 20; Mármol, *Historia del rebelión*, I, cap. III.

⁵ Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, terc.

ruinas, como se dijo, que empezó llamándose *Tarf Ilbira*, o sea extremidad o cabo de Elvira, según la traducción antigua de una escritura del año 616 (1219) del archivo del Ayuntamiento de Granada. El viejo nombre de la montaña persistía en la toponimia local en el siglo XVI, pues en un apeo de 1505 figura la «cudiat Alocab» como lugar de viñas lindante con la senda que iba de Albolote a Atarfe ¹.

Según escribió don Justo Antolínez en su *Historia Eclesiástica de Granada*, se hallaron en Elvira el año de 1515 «muchos ídolos y asimismo en diferentes tiempos muchas inscripciones romanas que se han llevado a diferentes partes». El embajador veneciano Andrés Navajero vió en 1526, en la falda de un monte, las ruinas de *Ilbira*, a las que llamaban Granada la vieja ².

Un apeo de 1547 nos informa de que había algunas casas en el solar de la ciudad muerta, llamado «pago de Elvira», y «un asiento de iglesia antiguo, que dicen que solía ser iglesia de Granada la Vieja, que tiene 7 marjales, poco más o menos» ³.

Mármol, residente en Granada en 1571, dice haber visto a la parte del cierzo de la sierra Elvira, «muchos vestigios y señales de vestigios antiquísimos. Y los moradores de los lugares comarcanos se fatigan en vano, cavando en ellos, pensando hallar tesoros, y han hallado allí medallas muy antiguas de tiempo de gentiles» ⁴.

edic., I, p. 333; *Descripción del reino de Granada*, por don Francisco Javier Simonet (Madrid 1860), pp. 34 y 136-137.

¹ Gómez-Moreno, *De Iliberri a Granada* (B. R. A. H., XLVI, páginas 59-60).

² *Viajes por España*, traducidos por Fabié, «Libros de antaño», VIII, p. 307. Sitúa a Elvira y la dedica unos párrafos Lucio Marineo Sículo, en *De rebus Hispaniae*, lib. 20.

³ Arch. de Diezmos de Granada, según cita de Gómez-Moreno, *De Iliberri a Granada* (B. R. A. H., XLVI, p. 60).

⁴ Mármol, *Historia del rebelión*, seg. edic., I, cap: III, pp. 12-13.

Por los mismos años don Fernando de Mendoza acusaba la existencia de «tenues vestigios de la antigua Iliberris Bética, grande ciudad en otro tiempo. Y, con efecto, los restos derruidos o más bien, los cadáveres de la difunta ciudad y de los muros de la iglesia en que se celebró el concilio ¹, se divisan en el collado que vulgarmente se llama monte de Elvira y que al par conserva claro vestigio de la antigua ciudad y de su nombre» ². Luis de la Cueva reconoció las ruinas en 1603 ³.

De los hallazgos casuales realizados en ellas y en sus inmediaciones en el siglo XIX, ya se hizo referencia en páginas anteriores; a las excavaciones que tuvieron lugar en la misma época, se alude más adelante.

En resumen, *Qastiliya* o *Ilbira* estuvo situada en las últimas estribaciones de la falda meridional de la sierra Elvira, en un terreno de arrastre y sedimentación. La parte principal de la población se extendía por una meseta de escasa pendiente, sobre la vega, formada por las tierras arrastradas por varios barrancos que afluyen a una hoya, a la que dominan y abrigan por tres de sus lados las laderas de la sierra, mientras se abre hacia mediodía, con espléndida vista sobre la vega, Granada y, al fondo, el imponente murallón de la sierra Nevada.

Durante bastantes años, desde los hallazgos fortuitos de 1842 hasta 1878, aunque no con continuidad, explotáronse

¹ Serían los muros de la mezquita. Siguió suponiéndose que en la ciudad arruinada al pie de sierra Elvira se había celebrado el concilio de los comienzos del siglo IV. En la biblioteca de la Real Acad. de la Hist. se conserva una *Disertación histórico-eclesiástica sobre el lugar y tiempo en que se celebró el famoso concilio eliberitano* (ms. en 4º, E 81). Fué leída por su autor don José Tormo el 6 de abril de 1753; fija en ella la población de Iliberris, Elibere o Elvira en las ruinas de sierra Elvira.

² *De Concilio Iliberritano Confrmando*, lib. I, cap. I, según cita de Gómez Moreno, *Medina Elvira*, p. 4.

³ *Diálogos de las cosas notables de Granada* (Sevilla 1603).

las ruinas y se hicieron excavaciones con fines comerciales y para aprovechar los materiales en nuevas construcciones, y arqueólogos y eruditos en busca de objetos de interés arqueológico, pero no se levantaron las plantas de las construcciones descubiertas, que parece no interesaron a los que intervinieron en las excavaciones. La Comisión de Monumentos de Granada harto hizo con salvar buena parte de los objetos hallados.

Por todas partes, y singularmente en las ruinas de la mezquita, se vieron huellas de un violento incendio: cenizas, carbones, metales fundidos entre ellos, piedras calcinadas y materias carbonizadas y restos de esqueletos humanos, de gentes que sucumbieron al destruirse violentamente la ciudad.

Los hallazgos de 1842 y posteriores demuestran que una ciudad romana, Castilia, al parecer de alguna importancia, ocupó el mismo solar que la islámica; el cementerio del pago de Marugán, en el que se exploraron más de 200 tumbas ¹ está a mayor altura, en la ladera del cerro, que el solar de *Ilbīra*. No ocupaba esta buena situación defensiva al quedar dominada en gran parte de su perímetro por cerros que van elevándose gradualmente. No se alude al hallazgo de restos de murallas y fortificación en los relatos de las excavaciones.

Los vestigios de población descubiertos ocupaban «una superficie de 2 kilómetros de largo, por uno aproximadamente de ancho, siendo probable que la ciudad se extendiera hacia la vega» ².

En la parte más septentrional del solar de *Ilbīra*, al fondo de la hoya, está el pago de los Pozos, así llamado por los

¹ De ellas se extrajeron una gran cantidad de brazaletes, zarcillos (algunos de oro), sortijas, collares, alfileres y hebillas de cobre y bronce, a más de gran cantidad de cacharros de barro cocido.

² Gómez Moreno, *Medina Elvira*, p. 12.

muchos cegados que en él existen (en el próximo Atarfe casi todas las viviendas tienen también pozo), indicando, junto con las ruinas, que por él se extendía el caserío. Lugar inmediato y más al sur, donde el barranco va ensanchando, ocupa, a nivel algo más bajo, el pago de los Tejeletes, cuyo nombre revela la existencia de ruinas, y en su parte occidental el haza llamada de la Mezquita, algo más elevada que los de alrededor por las ruinas de ese edificio.

En ese pago y en sus inmediaciones se encontraron también abundantes pozos de considerable profundidad, algunas piedras labradas, trozos de columnas de mármol, sillares y muchos sillarejos de piedra franca. En el extremo oriental de la hoya, en la ladera de uno de los cerros, apareció en 1870 una inscripción sepulcral mozárabe de un tal Cipriano, fallecido en 1002.

Los muros de las edificaciones halladas eran de mampostería; los suelos, de baldosas de piedra o de argamasa teñida de rojo, color general de los zócalos, sobre los que los muros de algunas construcciones decoráronse con labor de adornos lineales, a base de rectas y circunferencias, con técnica de esgrafiado, destacando sobre el blanco del fondo el rojo de los adornos, obtenido aquél levantando la primera capa teñida. Aparecieron también decoraciones más libres, con atauriques semejantes a los que adornan la cerámica hallada en el mismo lugar, de color bermeillon, solo o fileteado en negro y, a veces, un amarillo vivo. Los muros de otras habitaciones decoráronse con relieves de yeso tallado, formando cenefas, recuadros y cartelas rectangulares o exagonales, destacadas sobre el muro pintado de rojo ¹. Predomina en estas yeserías la labor a bisel y revelan una interpretación pobre y provincial del arte cordobés de los últimos años del siglo X, patente sobre

¹ Gómez-Moreno, *Medina Elvira*, pp. 9-49; Gómez-Moreno, *Monumentos arquitectónicos de España, Granada*, pp. 47-49.

todo en un fragmento de arco o modillón de yeso, de 33 centímetros de longitud, con decoración de ganchos o rollos y faja central de hojas digitadas, idéntica a la de varios modillones de la ampliación de Almanzor en la mezquita cordobesa. Alguna estancia debió tener cúpula gallonada, de la que aparecieron restos entre los escombros. En una de las casas descubriéronse varios objetos de bronce que, con los demás restos hallados, se conservan en el museo Arqueológico de Granada.

Ya se dijo cómo al-Ḥimyarī atribuye la fundación de la mezquita mayor de Ilbīra a Ḥanaš al-Sanʿānī, fallecido el año 100 (718-719), que fijó la orientación de su *miḥrāb*. Hacia mediados del siglo XI, cuando la ciudad estaba ya arruinada, Ibn Ḥayyān copió una inscripción cufica que había sobre el arco de ingreso al *miḥrāb*, cuya transmisión debemos a Ibn al-Jaṭīb. Decía así, traducida: «¡En nombre de Allāh, el magnífico! [¡Esta mezquita] ha sido construída para Allāh! Ordenó su construcción el emir Muḥammad b. ʿAbd al-Raḥmān — ¡que Allāh le prodigue sus beneficios! — en la esperanza de las magníficas recompensas prometidas por él mismo, y con objeto de proporcionar un lugar espacioso de oración a sus súbditos. Se terminó, con la ayuda de Allāh, bajo la dirección de ʿAbd Allāh b. ʿAbd Allāh, su gobernador de la provincia (*kūra*) de Ilbīra, en *ḡū-l-qaʿda* del año 250» (6 diciembre 864 a 2 enero 865)¹.

¹ El texto de Ibn al-Jaṭīb, que recoge el de Ibn Ḥayyān, en la *Iḥāṭa*, edic. del Cairo, t. I, p. 12. Afirma el visir granadino, según la traducción de Dozy, que Muḥammad I construyó la mezquita sobre los cimientos de la de Ḥanaš al-Sanʿānī. También procede de Ibn al-Jaṭīb la noticia, que atribuye a Ibn Baškuwāl (Maqqarī, *Analectes*, II, p. 4), de haber fijado al-Sanʿānī la quibla de la mezquita de Ilbīra como la de la de Córdoba (Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, terc. edic., I, pp. 331-332 y apéndice XXVII, p. LIX). Publicóse además la inscripción: en la *Historical notice of the king of Granada*, en la obra de Owen Jones y Jules Goury, *Plans*,

La mezquita era un grande y magnífico edificio, con muros de sillares de arenisca, acabados de arrasar en 1874. Sostenían su techumbre grandes columnas romanas de mármol blanco, cuyos fustes aparecieron en gran número, pero tan sólo se encontró un capitel corintio calcinado, muy tosco, y una basa moldurada, de no mejor labra. En el suelo había gruesa capa de ceniza y carbón, y en ella fragmentos de bronce, con los que, después de dilatadísima y paciente labor, don Manuel Gómez Moreno consiguió armar seis lámparas de platillos calados; plomo derretido, procedente sin duda de la cubierta del edificio, en el que quedó impreso el tejido de las esteras de esparto que cubrían el suelo, con labor idéntica a las de hoy, y pequeños trozos de vidrio, de los recipientes de aceite de las lámparas. Poco fué lo hallado de decoraciones murales, yeserías con tallas vegetales de gran corpulencia y desarrollo ¹.

elevations, sections and details of the Alhambra (Londres 1842-1845), p. 3; Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, p. XLIV, y *La Péninsule ibérique*, texto, p. 29; trad., p. 37; Lerchundi y Simonet, *Crestomatía árabe española*, p. 41. Simonet, con arreglo a un códice escurialense, sustituyó el nombre de 'Abd Allāh por el de 'Abd al-Salām.

¹ Gómez Moreno, *Medina Elvira*, pp. 8-11; Gómez-Moreno, *Monumentos Arquitectónicos de España, Granada*, pp. 47-48. La Real Academia de la Historia solicitó del Gobierno, sin resultado, que prohibiera las excavaciones en sierra Elvira hasta tanto que se formara el plano de los sitios donde habían de practicarse, bajo la inmediata inspección de la Comisión Provincial de Monumentos. Las órdenes gubernativas fueron completamente inútiles — los terrenos pertenecían a particulares — y las excavaciones prosiguieron hasta que otras causas vinieron a suspenderlas.

ÍNDICE

	Págs.
Por qué y cómo mueren las ciudades.....	8
Ciudades muertas hispano-musulmanas.....	14
Albelda (<i>Al-Bayḏā</i>) (Logroño).....	22
Santaver o Santaveria (<i>Ṣantabarīya</i>) (Cuenca).....	25
Recópolis (Guadalajara).....	34
Olmos (<i>Walmuš</i>) y Canales (Toledo). Calatalifa (<i>Qal'at al-ḥalfā</i>) (Madrid).....	42
Alfamín o Alhamín (<i>Al-Fabnūn</i>) (Toledo).....	49
Vascos (Toledo).....	52
Albalate (<i>Majādat al-Balāṭ</i>) (Cáceres).....	60
Calatrava la Vieja (<i>Qal'at Rabāḥ</i>) (Ciudad Real).....	69
Alarcos (<i>Al-Araḳ</i>) (Ciudad Real).....	104
Oreto (<i>Urit</i>) (Ciudad Real).....	112
Cástulo o Cazlona (<i>Qaṣṭalūna</i>) (Jaén).....	117
Mentesa (<i>Mantiša</i>) (Jaén).....	127
<i>Al-Madīna al-Zāhira</i> (Córdoba).....	132
Setefilla (<i>Ṣantaḥila</i>) (Sevilla).....	139
Tejada (<i>Talyāta</i>) (Huelva).....	144
Saltés (<i>Salṭiṣ</i>) (Huelva).....	153
Calsena (<i>Qalšāna</i>) (Cádiz).....	158
<i>Laqqa</i> y <i>Beqqa</i> (Cádiz).....	165
Carteya (<i>Qartāḡanna</i>) (Cádiz).....	174
Bobastro (<i>Bubaṣṭro</i>) (Málaga).....	182
Medina Elvira (<i>Ilbira</i> o <i>Qaṣṭiliya</i>) (Granada).....	195